

MIGUEL ARAZURI

LA MUJER DE ROOQUE BRAVO



Lectulandia

Antón Mendoza, hombre de agitada vida, muere asesinado en Madrid. Se atribuye el crimen a su esposa, pero el jurado la considera inocente. Aunque recobra la libertad, la ira popular la persigue y todas las puertas se le cierran. ¿Por qué Roque Bravo, que presencié la tumultuosa vista en la Audiencia, le ofrece su protección?

La trama del relato nos lleva a un antiguo «pazo» en tierras gallegas, donde la hija de Roque Bravo oculta un misterioso pasado, un enigma trágico.

Lectulandia

Miguel Arazuri

La mujer de Roque Bravo

ePub r1.1

Eumeo 25.08.14

Título original: *La mujer de Roque Bravo*

Miguel Arazuri, 1970

Diseño de cubierta: José Luis Saura

Retoque de cubierta: Eumeo

Editor digital: Eumeo

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Roque Bravo salió del Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Estaba vestido de punta en blanco, pues acababa de ser recibido por un importante personaje: su levita era de impecable corte, y su chistera de siete reflejos hubiera podido causar envidia a un embajador; pero, a pesar de esto y de que llevaba ambas prendas no sólo con desenvoltura, sino con despreocupación, su persona se despegaba del ambiente cortesano. Su tórax era demasiado ancho para ser elegante; su espeso bigote semirrubio caía al natural, sin cosméticos ni las retorcidas guías de moda... Se había quitado los guantes, porque le entorpecían, y miraba en torno con el interés del provinciano que viene a Madrid de tarde en tarde, pero más bien con desagrado que con admiración: el ajetreo callejero le parecía discordante e inútil.

Nunca dejaba de sorprenderle el gran número de desocupados que se encontraban en la capital a cualquier hora y en cualquier calle.

Ahora eran las diez y media de la mañana. ¿Adónde iban todos aquellos madrileños? Era ya tarde para encaminarse a ningún trabajo, y temprano aún para volver a casa a comer... En realidad, no parecía que fueran a ninguna parte, con excepción de un recadero de tienda cargado con una gran cesta y dos albañiles que llevaban una larga escalera salpicada de cal... Y aun ellos no mostraban tener mucha prisa, pues se detenían a media acera para escuchar a un charlatán que, con una mesita delante, pregonaba un elixir curalotodo:

—¡El secreto de los faquires de la India, hecho con hierbas del monte Cáucaso, el más alto del mundo...!

Roque se desvió un poco para esquivar a los portadores de la escalera, que interrumpían el paso.

El chirrido del tranvía eléctrico que cruzaba la plaza atrajo su mirada. También eso le denunciaba como «paleta». Los madrileños se habían acostumbrado ya a aquel monstruo, pero Roque, aunque lo había visto en diversas ocasiones, seguía encontrándolo extravagante, mutilado sin las mulas, inquietante con aquel palo que subía hasta los alambres y soltaba chispas de cuando en cuando...

Por asociación de ideas, Roque pensó en el trillo eléctrico, «maravilla de la invención moderna», que anunciaban todos los periódicos y que se exhibía en la calle de Barquillo.

—¡*El Imparcial!* —pregonaba un chiquillo—. ¡Con el juicio de la Mariana Estévez...! ¡Últimas noticias del crimen de la Carrera...!

Roque embocó la calle de Alcalá. Una gitana, con su churumbel a horcajadas, le cortó el paso resueltamente con la invocación ritual:

—¿Te la digo, *resalao*...? ¡Mira que te importa mucho saber lo que te espera...!

Roque se detuvo, mirándola, con la boca seria y los ojos risueños. La mujer se

apoderó de su gran mano y la abrió para mirar la chira palma.

—¡Aquí *farta argo*, buen *moso*! ¿No te sobra una monea en la *borsa*, *emperaó*...? ¡Una monea de plata, *pa* que *yame* a la suerte...!

Roque retiró su mano y quiso apartar a la mujer; pero ésta se aferró a su manga, insistente.

—¡*Pue manque zea sin na*, yo te la digo! ¡Que tengo yo *guzto* en *jasete* ese *orsequio*...! ¡A vé otra vé *eza* mano de *conquistaó*...!

Roque dijo:

—¡No!

Separó a la mujer con el revés del brazo y siguió su camino, sin apresurarse, adoptando, quizá por contagio, un aire descuidado; pero nadie podría tomarle por un «paseante en cortes». Su gesto y su mirada le distanciaban.

Delante de las Calatravas se notaba cierto movimiento. Las damas distinguidas acudían a la elegante misa de once, y los desocupados se detenían para verlas bajar de los coches, con la mirada fija, primero, en las finas botitas que surgían entre enaguas de encaje, y luego en los rostros velados de blanco o de negro, y después, cuando ellas ya habían pasado, en el quiebro garboso de las cinturas... Roque miró también, con bastante interés. Otra cosa no tendría Madrid, pero lo que es mujeres...

Sonriendo un poco, siguió su camino, dobló por Barquillo y recorrió la calle hasta llegar a la tienda en que se exponía el «trillo eléctrico». También allí había un grupito de mirones.

Roque penetró en la tienda y se hizo explicar el funcionamiento de la máquina. Luego, sin dar su opinión, salió a la calle y reanudó su tranquila marcha: el último trozo de Barquillo, Fernando VI, las Salesas. Allí se detuvo de nuevo, sorprendido por una desusada afluencia de público. Tras pensar con desdén que la principal ocupación de los madrileños parecía ser callejear y detenerse en todas las esquinas, preguntó a una mujer de mantón que estaba a su lado:

—¿Sabe usted lo que pasa, señora?

—El juicio, ¿qué va a pasar? ¡El juicio de Mariana Estévez, la que mató a su marido a los pocos meses de casada!

—Iba a ser a las nueve —intervino un espontáneo—, pero lo han retrasado... Dicen que para cansar a la gente.

—¡Huy, ya lo creo! Muchos se han ido...

—¡Y yo también me tengo que ir! —suspiró, pesarosa, la mujer—. ¡Bien que lo siento!

—Dicen que el juez, si pudiera, cerraría las puertas, para que nadie se entere de los trapicheos.

—¡Toma, claro! Como que la quieren sacar libre, porque la protege un ministro.

—¿Un ministro? —repitió Roque, incrédulo.

—¡Bueno, o que lo ha sido! Para el caso es lo mismo... Don Adolfo Mena, ¿no le suena a usted el nombre?

—Sí —dijo Roque—; sí que me suena. Se apartó de sus interlocutores. En seguida advirtió que eran menos de lo que a primera vista parecían los que realmente se proponían penetrar en el edificio. Éstos se apretujaban, discutiendo, en las escaleras, mientras que los demás —mirones de los mirones— se quedaban en la calle formando grupos, parloteando y cambiando burlas.

—Pues haberlo conseguido —dijo Roque.

—¡Ya, ya, ya abren...!

—¡Ya se están abriendo las puertas!

Alguien empujó a Roque hacia la escalera, y él, en lugar de resistir, siguió el impulso: empujó al que tenía delante y empezó a abrirse paso a codazo limpio, sin hacer el menor caso de las protestas que levantaba: una vez que había decidido entrar, tenía que entrar.

Cuando consiguió llegar hasta el centro de la corriente, ésta le ayudó a ascender sin mayor esfuerzo. La sala estaba ya casi llena por los que habían entrado «de favor», pero Roque descubrió un asiento vacío en uno de los primeros bancos, y se dirigió a él resueltamente.

—¡Oiga, esto es para la prensa! Aquí no se puede sentar —le dijo un joven de cuello muy largo y bigote muy ralo.

Roque no contestó, ni le miró, ni se movió.

—¡Levántense todos! —ordenó el ujier.

La sala tenía varias ventanas a lo largo de una de las paredes laterales; pero eran estrechas y muy altas, de modo que iluminaban bastante bien los escudos alegóricos de escayola colocados sobre el estrado, y bastante mal el estrado mismo. Entraron muchas personas surgiendo por distintas partes: el tribunal —cinco hombres de toga que se sentaron tras la majestuosa mesa—; los jurados, pastoreados por un ujier que los introdujo en una especie de corralillo...

La aparición de la acusada levantó un susurro en la sala.

—¡Ésa es, ésa...! ¡Mírala...!

Sólo fue visible un instante. En seguida se sentó en el banquillo, de espaldas al público. Roque sólo había podido distinguir una figura vestida de negro y muy erguida, una cara pálida, de gesto duro.

—¡Siéntense todos! —ordenó el ujier.

La voz del juez, apagada y lejana, dijo algo inaudible, que el ujier repitió en voz alta:

—¡Que comparezca don Adolfo Mena!

Nuevo revuelo en la sala. Roque siguió con interés la marcha del testigo a lo largo del pasillo. Era un hombre de cincuenta años que llevaba con gran prestancia su barba

negrísima y su discreto vientre. Roque percibió el brillo de la gruesa cadena de oro, de los zapatos de charol... El «prócer» —como decían los periódicos gubernamentales—, el «pez gordo» —como decían los de la oposición, y el pueblo con ellos— subió a la tribuna. El juez le hizo las preguntas de rigor, de las que resultó que su residencia era Madrid, y su profesión oficial, propietario.

—¿Conoce usted a la acusada?

—Sí, señor presidente. Somos vecinos.

La voz del juez era cascada; la del testigo, sonora como de orador político.

—¿Se limitaba a eso su relación? ¿A saludarse cuando se encontraban en la escalera?

—Los señores de Mendoza (es decir, la acusada y su marido) se alojaban en casa de la señora viuda de Orozco, antigua amiga de mi familia. Yo la visitaba con cierta frecuencia, y ella me presentó a sus huéspedes.

—Huéspedes de pago, según consta.

—Sí, señor. La señora de Orozco se encontraba en mala situación económica desde la muerte de su esposo. Pero trataba a los señores de Mendoza como a amigos.

—¿Tuvo usted conocimiento de alguna desavenencia de la acusada con su esposo?

—Tuve conocimiento de la mala conducta de Antón Mendoza y de la paciencia angelical con que su esposa le soportaba.

Alguien rió en la sala, y hubo varios cuchicheos burlones.

El juez echó mano a la campanilla, pero no llegó a tocarla.

—Especifique usted esa declaración —dijo.

—Mendoza era simpático para los que le conocían poco: un joven alegre, despreocupado; hasta parecía bondadoso. Pero en cuanto se le observaba con atención y sin dejarse engañar por las apariencias, se descubría que era un libertino y un desalmado. No sólo había dilapidado en pocos meses la fortuna de su esposa, sino que la traicionaba vilmente en aventuras de baja estofa.

—¡Mentira!

El corazón de Roque dio un vuelco de sorpresa, y por la sala entera pasó un sobresalto: la acusada se había puesto en pie, con un movimiento impulsivo.

—¡Mentira, señor juez, no le crea usted! ¡Todo eso son calumnias de un infame!

—¡Silencio! —ordenó el juez—. ¡Siéntese usted!

—¡Es que está mintiendo por despecho! ¡Es un canalla que me perseguía a todas horas! ¡Yo le dije lo que se merecía, y no me lo ha perdonado!

—¡Basta! ¡Siéntese! —ordenó el juez—. ¡Siéntese y calle, o suspendo la vista!

La acusada se sentó, lenta y como dudosa, como dispuesta a saltar de nuevo. El periodista, al lado de Roque, tomaba notas febrilmente, con cara de felicidad.

—Continúe el testigo su declaración —dijo el juez.

—Lamento ser tan mal juzgado por la acusada —dijo Adolfo Mena, con la voz un poco alterada—. Mi única intención es favorecerla. El comportamiento de su esposo es, a mi juicio, un atenuante de gran peso.

—¿Atenuante? —Mariana estaba otra vez de pie, erguida, estremecida por un furor apasionado—. Señor juez, ¿no ve usted que quiere perderme? ¡Quiere dar a entender que yo maté a Antón! ¡Es un canalla y un cobarde!

—¡Por última vez, silencio, y siéntese! —dijo el juez.

—¡Quiere deshonorar a Antón y perderme a mí! ¡Es un hipócrita, señor juez! ¡El libertino es él y no Antón! ¡Cuando mi marido estaba fuera de Madrid, él me paraba en las escaleras con requiebros, y un día le di una bofetada! ¿No es verdad, señor don Adolfo? ¿No probó usted mi mano en su cara? ¿No es eso lo que le ha traído aquí con todo ese veneno...?

Era un chorro ardiente de ira y de sarcasmo, imposible de contener. El juez permaneció pasivo durante unos instantes. Luego sacudió la campanilla.

—¡Se suspende la vista! ¡Despejen la sala!

—¡Magnífico, magnífico! —murmuró el periodista, frotándose las manos—. ¡Esta mujer me lo da todo hecho!

—¿Por qué? —preguntó Roque, a quien parecían dirigirse estas palabras—. ¿Qué quiere usted decir?

—¿Es que no se da usted cuenta? ¡Pues yo lo veo claro como el agua! Ella contaba con don Adolfo para salvarse, y está visto que él no se quiere comprometer.

—No entiendo...

—¡Despejen, despejen! —repetía el ujier moviendo los brazos como si oseara gallinas.

—¿Que no entiende? —dijo el periodista, riendo, mientras Roque y él avanzaban pasillo adelante—. Se ve que no ha leído usted los periódicos. Por lo menos, el mío, el *Cantaclaro*.

—Pues no. Soy de fuera y no estoy muy enterado...

—¡Ya, ya se ve! Guapa «la Mariana», ¿eh? Todo el mundo la llama así, y pronto cantarán su nombre las coplas de los ciegos... Es guapa, desde luego..., o lo era cuando la detuvieron; pero la gente no le tiene simpatías, porque es orgullosa. ¡Vaya arranque el de hoy! ¡Todo un carácter! ¡Cualquiera diría que es inocente y que adoraba a su marido!

—¿Y no es así?

—¡No sea usted ingenuo! Está clarísimo que se entendía con don Adolfo y que mató al marido para poder casarse con él.

—¡No lo creo!

—¿Por qué? —rió el periodista—. ¿Es que le ha gustado su cara?

—Apenas la he visto. Pero su indignación me ha parecido noble y sincera. Si

fuese culpable, habría aceptado las disculpas de don Adolfo.

—¡Ah, pero es que Mariana Estévez no es así! Su soberbia está por encima de todo, y se enfureció al ver que su cómplice la traicionaba.

—¿Su cómplice?

—¡Pues claro! Estaban de acuerdo para matar al pobre Mendoza, sólo que el Mena es muy astuto y tuvo buen cuidado de buscarse una coartada: la noche del crimen se reunió con media docena de peces tan gordos como él y no se apartó de ellos. Le dejó a ella la tarea sucia, comprometiéndose a sacarla libre. Y eso es lo que hará.

—¿De veras piensa usted que un cacique puede sacar libre a un asesino?

—¡No me haga usted reír! ¿Es que no sabe usted que hay tabernas donde se compran los jurados?

—¡Eso no es posible!

—¿Que no...? ¡Vamos, es usted un inocente! En teoría, los jurados se designan por sorteo, y todo ciudadano está obligado a actuar cuando le toca. Pero, en la práctica, todo el mundo se escabulle con un pretexto o con otro y, al fin y a la postre, los que vienen a la Audiencia son profesionales, por decirlo así, que tienen sus agentes y venden sus votos al mejor postor.

—No lo creo —repitió Roque secamente.

—¡Bueno, allá usted! Pero, volviendo a lo que estábamos, a la Mariana le ha fallado el cálculo: don Adolfo la sacará absuelta, pero escurriendo el bulto al mismo tiempo. Está claro que casarse, ¡ni pensarlo!

—¿Cómo puede usted saber todo eso? —dijo Roque Bravo.

El periodista le miró de reojo, irónico y superior.

—¡Yo sé muchas cosas, amigo! Vivo de eso: de saber cosas... Y usted, ¿sabe quién es el abogado de Mariana Estévez?

—¿Quién?

—Sagredo. El primero de Madrid y el más caro.

—Bueno, ¿y qué?

—¿No ha oído usted que el marido la había arruinado? Ella no tiene sobre qué caerse muerta.

—¿Quiere usted decir que no puede pagarse a ese abogado?

—¡Ni a ése ni a ninguno! Primero le nombraron uno de oficio, y luego apareció Sagredo, por arte de birlibirloque. Por lo visto, dice que le interesa el caso y que trabaja gratis; pero eso no lo cree nadie en Madrid. ¡Menudo es el tal Sagredo! No hay otro para sangrar a sus clientes hasta la última peseta. Además, ¿por qué le va a interesar un caso como éste? Desde el punto de vista jurídico, no puede ser más vulgar.

—Pero hace mucho ruido, por lo que parece, y puede darle fama.

—¿Para qué quiere más fama de la que tiene, si le sobra clientela? Desengáñese usted: a ése le paga Mena, como yo me llamo Prudencio. ¡El excelentísimo señor don Adolfo Mena...!

Estaban ya en la calle. El periodista, riendo, dio unas palmadas en el hombro de Roque.

—¡Hasta más ver, amigo! Lea mañana el *Cantaclaro*, y verá lo que es bueno.

Se alejó el joven, y Roque le siguió con una larga mirada despreciativa.

Al día siguiente compró el *Cantaclaro*. Ya lo conocía de fama, pues era muy vendido, aunque mucho más en Madrid que en provincias. Se titulaba a sí mismo «diario independiente», y era calificado por las personas decentes de libelo inmundo, lo cual no impedía que lo compraran a hurtadillas y lo devorasen con fruición.

Roque leyó en el café la crónica firmada por Prudencio Barra y escrita con toda la petulancia, la frivolidad y la insolencia indispensables a un buen periodista. No contenía, por lo demás, ningún informe nuevo para Roque, pero las cosas dichas el día anterior de palabra le parecían ahora, al verlas escritas, mucho más dañinas.

El camarero, que se acercó a la mesa de Roque, colocó sobre ella el vaso con el azucarillo dentro, la taza, el azucarero, el plato con la media tostada... Roque seguía leyendo.

—¿Mitad y mitad? —preguntó el camarero.

—Sí —dijo Roque sin alzar los ojos.

Pero el camarero no pudo contenerse.

—¿Qué le parece a usted? —dijo, señalando el periódico con la barbilla—. ¡Si es que en el mundo ya no queda vergüenza! ¿Qué se apuesta usted a que *entodavía* la sacan libre?

—¡Cuidado! —dijo Roque con irritación—. ¡Está usted derramando el café!

—¡Usted disculpe, señorito! Pero no le he *manchado*, a Dios gracias.

Secó el hombre solícitamente la mancha del velador de mármol y se decidió a alejarse, defraudado. Roque se desayunó y se encaminó hacia la Audiencia, sin prisa, suponiendo que iba con tiempo sobrado; pero se encontró con que la sesión de la vista estaba ya muy avanzada. El tribunal había utilizado, a la inversa, el mismo truco del día anterior: adelantar la hora, para disminuir la aglomeración del público. Aun así, la sala estaba de bote en bote, y Roque tuvo que quedarse en pie cerca de la puerta. Estaba hablando el fiscal, y su acusación pareció a Roque, en el primer momento, más dirigida contra la víctima que contra la acusada.

—... por numerosos testigos la vida disoluta y derrochadora de Antón Mendoza, que no correspondía en modo alguno al estado de su fortuna. Antón Mendoza no tenía otra profesión que la de jugador: la Bolsa por la mañana, el tapete verde de diversos garitos por la noche, éstos eran los «talleres» y las «oficinas» donde trabajaba. Al casarse con él, su esposa era dueña de una pequeña fortuna en tierras. El

señor don Adolfo Mena (testigo, por cierto, de la defensa) ha descrito ante ustedes, señores del jurado, la conducta de la víctima respecto a su esposa: no sólo la había arruinado, sino que la traicionaba con otras mujeres. Está probado que el último viaje «de negocios» que hizo a provincias tenía por objeto acompañar a cierta viuda que le creía soltero. Mariana Estévez soportaba todo esto con una paciencia que ha sido calificada de «angelical». Pero no es «angelical» precisamente el carácter de esta mujer, según ustedes mismos han tenido ocasión de comprobar directamente. Y también la testigo Teodora Cruz, sirvienta de la señora viuda de Orozco, nos ha relatado aquí el áspero arrebató de la acusada en cierta ocasión en que ella, con intención de consolarla, le preguntó si había llorado y si era su marido culpable de su llanto... ¿A qué se debe, pues, la pasividad con que esta mujer de violento carácter soportaba las traiciones y malos tratos de su esposo? Pues a orgullo, señores del jurado. Mariana Estévez no gusta de quejas ni de vanas amenazas femeninas. Es reservada y altiva en su trato corriente, como nos lo han dicho varios testigos y como ustedes mismos han podido observar. Pero esa reserva no hace sino aumentar la intensidad de sus sentimientos. Y llega una hora en que esa intensidad es tan grande que no puede sufrirla su temperamento. Nosotros la hemos visto aquí convertida en tigresa, imposible de gobernar hasta el extremo de que ha sido preciso suspender la vista. Y ello por una declaración a su favor cuyos términos, al parecer, no fueron de su agrado. ¿Cuál no sería su rencor, su ira incontenible, ante la traición del hombre en quien había depositado su amor y su confianza?

El silencio en la sala era absoluto. Un silencio de sorpresa y de decepción. También Roque Bravo estaba sorprendido, pero su sorpresa era de satisfacción: el discurso del fiscal no era tan duro como podía esperarse; parecía incluso apuntar ya las circunstancias atenuantes. Sin embargo, acabó pidiendo para la acusada la pena de muerte; pero ello parecía un final postizo y convencional, poco de acuerdo con el resto. El juez dio la palabra al abogado defensor, y éste se puso en pie, estirándose las mangas y mirando en torno con la actitud de un malabarista que va a hacer su número. Roque pensó, con desdén y desconfianza, que era un fante. Pero en cuanto empezó a hablar, su impresión se desvaneció. No en vano era tenido don Juan Sagredo por el mejor abogado de Madrid. Su estupenda voz llenó la sala, audible hasta en su mínima inflexión, pero nunca hiriente. Los jueces le escuchaban con atención y los jurados con avidez. El discurso fue breve, contundente y quizá demasiado emotivo.

—... son dos los principales argumentos esgrimidos por el ministerio público: el primero consiste, simplemente, en la ausencia de toda prueba, ni un indicio que apunte hacia otro posible criminal: no se sabe de nadie que tuviera motivos y oportunidad para matar a Antón Mendoza. Pero, señores del jurado, no es el deber de este tribunal investigar quién y por qué mató a Antón Mendoza, sino dictaminar sobre

las pruebas presentadas contra Mariana Estévez. A mi juicio, éstas son nulas. El segundo argumento de la acusación se ha basado en la heroica paciencia de la acusada frente a las ofensas de su esposo, su digna reserva cuando se la interrogaba sobre sus lágrimas escondidas y su noble arrebató de indignación cuando alguien ante este tribunal quiso exponer (sin duda con buena y caritativa intención) los sufrimientos que la infeliz víctima soportaba en silencio. Y cuando digo «víctima», señores, me refiero a esta mujer de hermosa figura y gesto dolorido que está en el banquillo, pendiente de la decisión de ustedes. Ha habido otra víctima, es cierto, aquélla por cuya muerte estamos juzgando a Mariana Estévez. Víctima, sin duda, de un asesino, ya que, según el informe médico, la posición y dirección de la herida demuestran que no pudo tratarse de un suicidio. Pero, a mi juicio, señores, no existe prueba alguna que justifique el que la acusada sea declarada culpable: Antón Mendoza maltrataba hipócritamente a su esposa, y ella le mostraba el mismo amor que cuando se casó con él. ¿Es esto un motivo para acusarla de asesinato? Sus rostros me dicen que no lo es, señores del jurado. ¡Pues bien!: es el único que aquí se ha expuesto, salvo, naturalmente, las circunstancias de oportunidad y medio, que, tratándose de una esposa respecto a su marido, carecen de significado. Toda esposa, naturalmente, tiene oportunidades constantes para agredir a su marido sin despertar su desconfianza hasta que sea demasiado tarde... Según este criterio, en todo crimen cometido contra un hombre casado debía ser su mujer la acusada... Pero repasemos los hechos...

Los hechos eran conocidos de todos en sus diversas versiones. El matrimonio Mendoza había cenado con su huésped, la viuda de Orozco, a las siete y media, y luego habían entrado en las habitaciones —un despacho y un gabinete con alcoba— que tenían alquiladas. La viuda se había acostado a las nueve, y su criada, tras dejarla acomodada, había vuelto a la cocina a terminar de recoger los cacharros y a hacer la cuenta del día. A eso de las diez y media había sonado el timbre. La sirvienta, sorprendida y casi alarmada, había mirado por la mirilla antes de abrir, y había tardado en reconocer a la acusada, que era quien llamaba, pues creía que estaba en sus habitaciones. Nada había preguntado, sin embargo, pues era mujer de pocas palabras, y Mariana Estévez no se prestaba tampoco a charlas superfluas. Se había limitado a franquearle la entrada. Mariana había entrado en sus habitaciones e inmediatamente había lanzado un grito espantoso. Al acudir la sirvienta, había encontrado a Antón Mendoza caído en el suelo, clavada en el costado la plegadera de plata que estaba habitualmente sobre su escritorio.

—Muerto, señores del jurado. Mi defendida corrió en busca de un médico que habitaba en la misma calle, y éste, al llegar, pocos minutos después, certificó que la muerte se había producido hacía más de una hora. El ministerio público ha supuesto que mi defendida cometió el crimen en un momento de obcecación y que luego,

aterrada, salió a la calle y buscó el medio de disimular su estado de ánimo. Mariana Estévez, por su parte, nos dice que su marido la indujo a irse a casa de unos amigos que vivían cerca, donde él la recogería más tarde, ya que tenía que hacer antes un trabajo. Alega la acusación que es poco creíble que Antón Mendoza aconsejase a su mujer que saliera sola de noche. Pero hay que tener en cuenta dos circunstancias: la primera, que Mendoza estaba lejos de ser un hombre de sentimientos delicados, y la segunda, que el camino era breve y la hora aún temprana, ya que la señora viuda de Orozco, anticuada, como anciana, en sus costumbres, cenaba más temprano que la mayoría de los madrileños. Es el hecho que Mariana Estévez estuvo en casa de los señores de Roura desde poco antes de las nueve de la noche hasta que, cerca de las diez y media, impaciente y turbada por el retraso de su esposo, decidió volver a su casa. Los señores de Roura la acompañaron y esperaron ante el portal hasta que el sereno abrió la puerta. Entonces se retiraron. Ustedes, señores del jurado, han oído aquí las declaraciones del Señor Roura: nada en la conducta de Mariana Estévez les pareció sospechoso durante la hora y media que pasaron juntos y que emplearon en jugar al mus. La acusada, dice el señor Roura, no jugó muy bien; pero... ¿es acaso la torpeza en ese ingenioso juego motivo suficiente para acusar a una mujer de parricidio?

Hubo sonrisas en el jurado, risitas en el público. Y, de pronto, un silbido agudo y largo. El juez montó en cólera y agitó la campanilla.

—¡Ujier: expulse a ese insolente! Y, si no le encuentra en seguida, despeje la sala.

No hubo dificultad en hallar al silbante, pues sus vecinos, ante el riesgo de verse todos expulsados, se apresuraron a denunciarle. Resultó ser un jovenzuelo, que salió engallado y riéndose, orgulloso de su notoriedad.

El abogado continuó su discurso insistiendo sobre los puntos señalados e insinuando la posibilidad de que Mendoza esperase una visita que quería ocultar a su esposa, razón por la cual la alejó de la casa.

Por fin remató su discurso con un latiguillo patético:

—En vuestras manos, señores del jurado, están la vida o la muerte de esta mujer, sobre la cual el destino ha acumulado los más crueles golpes: por si no fuera dolor bastante la pérdida de un esposo joven y amado, ¡sí, tiernamente amado a pesar de sus defectos!, la más horrenda acusación viene a herirla en su corazón, y en su dignidad. ¡Está sola en el mundo, señores del jurado, esta criatura hecha, como todas las de su sexo, para ser protegida! No tiene otra esperanza ni otro amparo que vuestra justicia y vuestra benevolencia. ¡A ellas la encomiendo!

A Roque le pareció inoportuno este final. ¿Para qué recurrir a latiguillos sentimentales, cuando la razón bastaba a señalar que sería una injusticia temeraria condenar a Mariana Estévez? Pero no todo el mundo pensaba así en torno a él. Los comentarios eran hostiles y despectivos.

—¿Lo ves? ¿No te lo decía yo que la sacaban libre?

—¡Toma, ya está visto! ¡Si hasta el fiscal está en el ajo!

El silencio se hizo cuando el presidente ordenó a la acusada que se pusiera en pie. Todos los cuellos se estiraron y se retorcieron, en un afán inútil por verla mejor, por distinguir su perfil. Roque Bravo miraba su talle, ceñido en un vestido negro; sus hombros, erguidos; sus cabellos, recogidos en un moño bajo que parecía pesar, obligándola a echar hacia atrás la cabeza.

—¡Mírala, qué orgullosa!

—Se ríe del mundo porque sabe que va a salir libre.

—¿Tiene usted algo que alegar —decía la apagada voz del juez, más adivinada que oída— sobre lo dicho por su abogado defensor?

A Mariana, en cambio, se la oyó con claridad en toda la sala.

—Yo no he matado a mi marido. Y no es verdad que fuera malo. Yo le quería, y él me quería a mí.

—Puede sentarse —dijo el juez. Y se volvió hacia los bancos del jurado—. Antes de retirarse a deliberar, ¿necesitan ustedes alguna aclaración sobre los puntos tratados en el juicio?

Los jurados se miraron unos a otros, hubo encogimientos de hombros, gestos de vacilación. Al fin, un hombre se puso en pie un instante.

—No, señor presidente.

—En ese caso —ahora el juez alzó la voz con un esfuerzo, como si tuviera interés en ser oído en toda la sala—, se retirarán ustedes inmediatamente para deliberar y decidir por votación acerca de las preguntas que este tribunal va a formular acto seguido, de viva voz y por escrito. Pero antes quiero hacerles una advertencia: su juicio debe basarse *única y exclusivamente* sobre las pruebas presentadas ante ustedes en esta sala y sobre los razonamientos que acerca de ellas han formulado el ministerio público y el letrado de la defensa, sin tener en cuenta para nada los rumores u opiniones infundadas que puedan haber llegado hasta ustedes.

El presidente hizo una pausa, durante la cual su mirada se apartó del jurado y recorrió la sala, como un desafío. Nadie se movió ni emitió el más leve rumor. Roque Bravo sintió una gran simpatía y admiración por aquel hombre, que se quedaba tan chiquito detrás de la enorme mesa, pero que sabía imponer su autoridad. Una vez que ésta quedó bien de manifiesto, el presidente procedió a leer las preguntas:

—Primera: Mariana Estévez y Veral ¿es culpable de haber causado la muerte de su esposo, Antón Mendoza Suárez? Segunda: caso de que la respuesta primera sea afirmativa, ¿concurren en el hecho circunstancias agravantes, como alevosía, premeditación, abuso de confianza? Tercera: por el contrario, ¿pueden considerarse las atenuantes de provocación y obcecación?

El juez se echó hacia atrás.

—Nada más. Retírese el jurado a deliberar. El tribunal quedará constituido y en disposición de suministrar los datos o aclaraciones que el jurado estime necesarios. El público puede permanecer en la sala, a condición de guardar la compostura y el silencio debidos. Quien no lo haga así será inmediatamente expulsado.

Los miembros del jurado se levantaron y salieron, conducidos por un ujier. Los jueces se acomodaron a esperar; algunos, leyendo; otros, como el presidente, apoyados en los tiesos respaldos y con las manos cruzadas sobre el vientre. En los bancos de la sala, nadie habló ni se movió durante algunos minutos. Luego empezaron discretos cuchicheos.

Un hombre se puso en pie en la primera fila y avanzó hacia la salida a lo largo del pasillo central. Era Prudencio Barra, que al ver a Roque le hizo un guiño entre amistoso e impertinente, al tiempo que abría la puerta. Un tumultuoso rumor entró del vestíbulo, y el periodista se apresuró a cerrarla. Sacudió una mano en dirección a Roque haciendo una mueca ponderativa.

—¡Buena se está armando ahí fuera! —dijo en voz baja—. Se debe de haber corrido que van a dar la sentencia... Yo iba a salir para fumar un cigarrillo, pero vale más dejarlo... Menos mal que la deliberación va a ser muy corta.

—¿Usted cree?

—¡Desde luego! El presidente les ha dado el veredicto mascadito... Y eso suponiendo que...

—¡Silencio! —ronqueó el presidente, con acompañamiento de campanilla.

El periodista se apartó de Roque y volvió a su puesto en sumisa actitud. A los pocos minutos, el ujier abría la puertecilla por donde habían salido los jurados, y éstos aparecieron, uno tras otro, y fueron colocándose en sus puestos. En la sala, todo el mundo se removía. Algunos se pusieron en pie instintivamente, y volvieron a sentarse ante las protestas de los demás... El juez esperaba, frunciendo el ceño. Cuando se hizo el silencio ordenó:

—Levántese la acusada para escuchar el veredicto del jurado.

Mariana Estévez obedeció. Ahora, dentro de la sala no se oía una mosca; pero, en cambio, en el exterior aumentó el alboroto, y de pronto la puerta se abrió bruscamente; el ujier que la guardaba fue proyectado de espaldas, y hubiera sin duda caído al suelo de no sujetarle enérgicamente Roque Bravo. Una oleada de público se precipitó tras él gritando y disputando entre sí y se adelantó a lo largo del pasillo central. El presidente agitó violentamente la campanilla y forzó su voz hasta convertirla en un graznido:

—¡Orden, orden...! ¡Silencio! ¡Que no entre nadie más...! ¡Ujier! ¡Expulse a todos los que han entrado indebidamente!

Entonces Mariana Estévez tuvo la desdichada ocurrencia —muy comprensible, por lo demás— de volverse a mirar lo que sucedía a su espalda. Fue como aplicar una

cerilla a un barril de pólvora. Una mujer gritó:

—¡Asesina!

Y otra tiró un zapato a la acusada.

—¡A por ella! —aulló una tercera, poniéndose de pie en un banco—. ¡La van a soltar porque es la amiga de un cacique! ¡Si fuera una pobre la ahorcarían!

—¡Ujier! ¡Llame a la guardia! —ordenó el juez.

—¡Abajo los caciques!

—¡Fuera, fuera los vendidos!

—¡A por ella! ¡Arrastradla! —insistió la oradora, desmelenándose—. ¡El juez está vendido!

Roque Bravo cargaba como un toro pasillo adelante, abriéndose paso a golpe limpio. Varios hombres estaban intentando saltar la barandilla del estrado. Tres de los jueces y dos de los jurados se pusieron de pie en actitud defensiva. El abogado y el ujier hacían retroceder hacia el fondo a Mariana y a la matrona, protegiéndolas con sus cuerpos. Uno de los alborotadores había saltado ya y se adelantaba hacia ellas. Pero Roque saltó tras él, le cogió del brazo y, cuando él se volvió, le derribó de un puñetazo. Al momento se encontró peleando con dos o tres desconocidos. Pero ninguno de ellos era para él digno rival. Firme el cuerpo, contundentes los puños, aguantó impasible las acometidas hasta que la llegada de los guardias disolvió rápidamente el tumulto. Los agresores se escabulleron como ratas, y Roque Bravo se encontró frente a frente con Mariana Estévez, y, por un instante, perdió la noción del presente y el dominio de sus gestos.

Ella le miraba como alucinada, pálida por las emociones sufridas, con los ojos dilatados por el miedo. Él, sin darse cuenta de lo que hacía, metió su mano derecha bajo la solapa izquierda de la levita en busca de la tabaquera; pero volvió a sacarla vacía. Mariana Estévez entrecerró los ojos, y sus labios emitieron un débil sonido. El abogado la sostuvo por el brazo, murmurando unas palabras de aliento, y la hizo sentarse en el banquillo.

Un guardia tocó a Roque en el brazo.

—¡Fuera de aquí! ¡Vamos, hay que despejar la sala!

—¡No! —dijo el juez, que seguía sentado y no parecía dar demasiada importancia a nada de lo que había ocurrido—. Ese caballero puede quedarse, si lo desea. Que baje del estrado y se siente en la sala.

Roque Bravo se inclinó.

—¡Gracias, señor presidente!

El público de la sala había quedado reducido a los periodistas y un corto número de personas. Los demás, aun protestando y debatiéndose, eran conducidos hacia la salida por los guardias. Uno de los jueces se secaba la frente con un pañuelo. El abogado defensor volvía a su puesto; la matrona ofrecía un frasco de sales a Mariana,

que lo rechazaba sin mirarlo.

El juez se aclaró la garganta y repitió las palabras que había dicho antes de iniciarse el tumulto:

—Levántese la acusada para oír el veredicto.

Mariana Estévez se puso en pie. Ahora Roque, que se había colocado en un extremo del primer banco, alcanzaba a ver su perfil.

Se levantó un hombrecillo flaco, que se colocó unas gafas en la punta de la nariz y empezó a leer un pliego que tenía en la mano.

—Los jurados han deliberado sobre las preguntas que se han sometido a su resolución, y, bajo el juramento que prestaron, declaran solemnemente lo que sigue: a la pregunta «Mariana Estévez y Vera ¿es culpable de haber dado muerte a su esposo Antón Mendoza Suárez?», la respuesta tomada por unanimidad es: no. En vista de ello, consideran ociosa la respuesta a las preguntas siguientes.

Mariana volvió la cabeza para mirar a su defensor, que bajó la suya en un leve gesto de aquiescencia y satisfacción. El ujier recogió el acta de manos del presidente del jurado y se la entregó al del tribunal. Éste la hizo pasar por las de sus compañeros, cambió con ellos algunas palabras y, acto seguido, dijo en voz alta:

—En vista de lo declarado en el veredicto, este tribunal tiene a bien dictar sentencia de absolución de la acusada, que desde este momento queda en libertad. No obstante, y debido a las circunstancias, consideramos más prudente que permanezca, de momento, bajo la custodia del tribunal. Ha terminado la vista. Despejen la sala.

Tribunal y jurados se levantaron y salieron.

El defensor se acercó a Mariana y le ofreció su brazo. Roque los miró salir y luego se volvió para salir a su vez. Pero Prudencio Barra le detuvo por el brazo.

—¿Qué? —dijo, risueño—. ¿Tenía yo razón o no la tenía?

—¿De qué habla usted? —preguntó Roque ásperamente.

—¡Pues del veredicto y la sentencia! ¿No le dije yo que la sacaban libre?

—¡Naturalmente! Como que está bien claro que es inocente.

Prudencio Barra se desternillaba de risa:

—¡Ya, ya he visto que saltaba usted como un tigre para defenderla! Se siente usted caballero andante, ¿verdad? ¡Lástima que haya elegido como dama a esa...!

—¡Cuidado, joven! —cortó Roque fríamente—. Ya ha visto usted que sé pegar cuando quiero.

—¡Bueno, hombre! —El periodista le palmoteo el hombro, conciliador—. No se enfade, que yo no tengo por qué ofenderle a usted. Pero me hace gracia verle tan inocente, no lo puedo remediar. Todo el mundo sabe que «la Mariana» mató a su marido, y no en un arrebato, sino a sangre fría, para poder casarse con el ricachón.

—¡Eso es una calumnia, y, si la repite usted en su periódico, por Dios que le denuncio, si no lo hace la interesada!

—¡Bueno, esto es inaudito! —El joven periodista parecía esforzarse sinceramente en retener la risa—. Pero ¿de dónde saca usted esa fe tan ciega?

—He asistido a buena parte del juicio, y no me ofrece ninguna duda que ha sido justo. No existe ninguna prueba contra ella. ¡Ninguna en absoluto!

—¡O no las han querido presentar! ¿No ha visto usted que hasta el fiscal estaba de parte de la acusada?

—El fiscal ha hablado con moderación, según es su deber.

—Pues... ¿y el juez?

—El juez ha tenido la valentía y la prudencia de poner en guardia a los jurados contra los charlatanes como usted.

—Pero..., ¡vamos a ver, señor...! A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Eso no hace al caso.

—Teme que le saque en el periódico, ¿eh? Bueno: pues no me lo diga; pero convéznase de que usted no sabe de la misa la media, y yo, en cambio, estoy enterado de todos los detalles.

—Esta mañana he leído su artículo en el periódico. Me ha parecido una sarta de inventos que no se apoyan en nada. El vulgo les sigue a ustedes, los *reporteros*, y se traga todo lo que ve en letras de molde. Pero yo estoy acostumbrado a juzgar por mí mismo. Y le repito a usted lo que ya le ha dicho: *doña* Mariana Estévez ha sido absuelta por el tribunal, y si alguien se atreve a seguir acusándola públicamente, comete un delito penado por las leyes.

Prudencio Barra sonreía aún.

—¡Gracias por el aviso! Pero no se preocupe: conozco mi oficio y sé bien lo que puedo decir y lo que no.

—De todos modos, tenga cuidado: tal vez yo hile más delgado que las leyes... Y no me importará ir a la cárcel por lesiones, con tal de tener el gusto de partírla a usted las narices... ¿Entendido?

—¡Ya lo creo! ¡Hasta más ver, señor... don Quijote! Esto lo dijo Prudencio Barra cuando ya se había alejado unos pasos de Roque. Y añadió luego, medio vuelto para echar a correr:

—¡Tendrá usted que disputársela a don Adolfo! Pero puede que él esté dispuesto a cedérsela...

Con gusto hubiera corrido Roque Bravo tras el chisgarabís, para ejercitar *hic et nunc* su amenaza; pero contuvo su impulso: no tenía objeto dar un escándalo más en aquel momento. Su atención se distrajo, además, justamente, porque al salir a la calle se encontró con que la Audiencia continuaba sitiada por grupos de talante amenazador, contenidos a duras penas por los guardias, que abrían calle para los que salían de la vista. Roque temió por un momento ser reconocido y agredido, pero no fue así. Nadie pareció fijarse en él y pudo sin dificultad perderse entre el público y

luego alejarse de él. Lentamente, fruncido el ceño en intensa meditación, se encaminó a la *Fonda de Madrid*, en que se alojaba. La fondista protestó por lo tardío de la hora: ya se había levantado la mesa, pensando que el señor no venía a comer...

—Pues cuanto más tiempo pierda usted en hablar, más tarde se hará —cortó Roque secamente. Y se dirigió al comedor.

Comió solo en un extremo de la «mesa redonda», ya que no había otra, abstraído en sus pensamientos, pero no tanto que no advirtiera que la sopa estaba tibia —ordenó que la calentaran—; la carne, correosa —hizo que la sustituyeran por huevos con torreznos—, y el arroz con leche, crudo por dentro. Pero el postre no le interesaba y se limitó a rechazarlo. Luego se dirigió a un entrante del pasillo conocido con el nombre de «escritorio para huéspedes» y amueblado con una mesa cubierta de manchas de tinta en la cual se veían dos grandes tinteros de cristal, una bandeja con plumas de acero en mangos de asta y una cesta de mimbre con pliegos y sobres de humilde calidad.

Roque suspiró interiormente por las comodidades de su casa, se preguntó por qué no era posible, en toda una capital de España, encontrar un alojamiento decente, y se puso a escribir una carta.

Querida Amanda: Tenía pensado haber emprendido hoy mismo el viaje de regreso, pero circunstancias imprevistas me obligan a permanecer en Madrid algún tiempo más. No te inquietes, pues todo marcha bien. Hace un par de días me recibió por fin el ministro de Gracia y Justicia para lo de la parroquia, y ayer hablé con el diputado y con el subsecretario de Gobernación, el cual me ha dado una carta para el nuevo gobernador, recomendándome en términos muy calurosos. Espero, pues, que este viaje mío resulte de utilidad y que los asuntos que me trajeron se resuelvan según nuestros deseos (y según la justicia). Pero aún me quedan algunos cabos por atar, y por eso he decidido aplazar mi vuelta por unos pocos días. En la Corte todo son demoras y nada puede hacerse con la celeridad que se quisiera. Abraza en mi nombre a Otilia, que siga en todo las órdenes del médico, y tú recibe cariñoso abrazo de tu hermano.— ROQUE.

Cuando volvió a leer la carta, Roque no pudo menos de sonreír: no había escrito una sola frase que no fuese verdad, y sin embargo, la carta toda era una condenada mentira.

1.

La casa de la Carrera de San Jerónimo en que Antón Mendoza había encontrado muerte violenta —«la casa del crimen», como habían de llamarla los madrileños durante varios meses— era un antiguo palacio dividido por sus actuales dueños para alquilarlo por pisos. El principal, naturalmente, era el ocupado por don Adolfo Mena, y bajo él, en el entresuelo, habitaba la viuda de Orozco. Envuelta en una capa de alto cuello, oculta la cara por el velo del ancho sombrero, Mariana Estévez se apeó de un simón no ante el portal, sino doscientos metros más allá. Aún había algunos papanatas contemplando boquiabiertos la fachada, pues la noticias del juicio y el veredicto habían reavivado el interés público. Pero Mariana no pensaba entrar por la puerta principal, y ni siquiera se acercó a ella. Dando un rodeo por un estrecho callejón, penetró en el patio. No miraba a derecha ni a izquierda, temerosa de atraer la atención, y fue un alivio para ella encontrarse en la penumbra de la escalera. Una vez en el entresuelo, tiró enérgicamente del cordón de la campanilla y esperó muy cerca de la puerta, pero sin llegar a empujarla. De este modo, cuando la puerta se abrió, le fue fácil seguir su movimiento y, sin violencia, encontrarse a medias dentro de la casa.

—¡Jesús! ¿Quién es...? —exclamó, con sobresalto, la mujer que había abierto.

—No te asustes, Teodora: soy yo.

—¡Jesús! —repitió la mujer.

Hizo un movimiento instintivo para cerrar la puerta; pero aquello era imposible. Mariana empujó ahora, suavemente.

—Déjame entrar, Teodora. ¿De qué tienes miedo?

—¿A qué viene usted aquí a estas horas?

—No tengo otra casa que ésta.

—¿Cómo dice que ésta es su casa? ¿Quién paga la habitación? ¡Ni una perra desde que la prendieron a usted!

—¿No está alquilada?

—¡No! No hemos encontrado quien la quiera.

—¿Siguen allí mis cosas?

—¡No! Están recogidas. ¡Lléveselas usted y váyase!

—¿Adónde quieres que vaya de noche? ¿A una fonda, una mujer sola? ¿O que vaya de casa en casa pidiendo cobijo?

—¡Eso no es asunto mío! Usted ya no vive en esta casa.

—No; no es asunto tuyo. Es asunto de tu ama, y con ella he de hablar.

—¡La señora está durmiendo!

—No, eso no es verdad. Estará en la cama, pero despierta. Yo sé bien que duerme muy poco.

—¡Bueno, pues ahora no puede usted verla!

—Tampoco puedo irme.

—Entonces, ¿va usted a asaltar la casa por las malas?

—No. Si tu ama me echa, me iré.

Teodora era mujer fuerte y colorada, de unos treinta años. Rió con burla ante las palabras de Mariana.

—¿Es que no conoce usted a la señora? Empezará a llorar, y a gemir, y a pedir socorro...

—No puedo irme, Teodora: ¿no sabes que han querido matarme en la misma Audiencia? Si en la calle me conocen, allí me destrozan... Los jueces me han dado inocente, pero la gente no lo quiere creer. Me han sacado a escondidas de la Audiencia y me han traído hasta aquí en un coche con dos guardias...

Teodora apretaba la boca y balanceaba la cabeza de atrás a delante.

—¡Pues sí que estamos buenas! Si la dejo a usted entrar esta noche, ¿se irá mañana por la mañana?

—Te lo prometo. Tampoco yo deseo quedarme en esta casa.

—Entonces, ¿qué remedio? Pase usted... El cuarto está sin arreglar, pero le sacaré a usted ropa para la cama.

Teodora acercó una pajuela al fogón y con ella encendió una vela. En la casa había entrado ya la electricidad, pero no en el piso de la viuda de Orozco, «que no tenía dineros que tirar ni ganas de diabluras». Gas sí que había, y, con su vela, Teodora encendió uno de los brazos, provistos de rizadas tulipas que flanqueaban el espejo dorado colgado sobre la chimenea del gabinete. Mariana miró alrededor: la sillería estaba enfundada y el espejo cubierto por una gasa amarilla.

—Estará todo perdido de polvo. Yo limpio de cuando en cuando, pero...

Teodora se encogió de hombros. Mariana dijo apagadamente:

—Es lo mismo. Gracias, Teodora.

—Bueno: voy por las sábanas... A la señora no le digo nada ¿sabe usted? ¿Para qué? Mañana se irá usted antes de que se levante, conque...

Sonrió Mariana con cansancio.

—Sí, me iré temprano; puedes estar tranquila.

Salió Teodora. Mariana dejó sobre una silla su pequeño *cabás* negro, se quitó lentamente la capa y el sombrero y luego se acercó a la puerta que unía el gabinete con el despacho. La abrió. En la penumbra, el despacho, con las sombras blancas de los muebles enfundados, era una habitación desconocida... Mariana dio dos pasos por ella. No había alfombra, y Mariana recordó que la sangre de Antón la había manchado... Un brillo en la oscuridad la atrajo hacia la mesa. Alzó en sus manos el pesado objeto de plata en el que se reflejaba la luz: un candelabro de estilo modernista, costoso y extravagante; varios tallos de nenúfar se entrelazaban

horizontalmente, y sólo alzaban en sus extremos las hojas planas y redondas que sostenían las velas.

—¿Dónde está usted, señorita...? —llamó, un poco inquieta, la voz de Teodora.

—Aquí, Teodora: en el despacho —dijo tranquilamente Mariana.

Y volvió hacia el gabinete con el candelabro en las manos.

—Esto es mío, Teodora, ¿no lo recuerdas?

—¡Ah!, ¿es de usted? No me acordaba.

—Se lo regalaron a mi marido, y él lo tenía en gran estima.

—¡Pues lléveselo, lléveselo! No piense usted que yo me quiero quedar con nada de nadie.

—Ya lo sé. Y sé también que os soy deudora a ti y a tu ama. No os he traído más que disgustos, y vosotras me guardáis mis cosas y me dais cobijo...

—¡Calle usted, por Dios! ¿Qué se le va hacer? ¡Peor suerte le ha tocado a usted y se tiene que aguantar!

Teodora tenía buen corazón y, además, era curiosa. No se limitó a entregarle las sábanas a Mariana, sino que la ayudó a hacer la cama, mirándola al mismo tiempo sin disimular su interés. La palidez del encierro no sentaba bien a la piel trigueña de la joven, y la excesiva delgadez marcaba dos surcos a los lados de su boca. Teodora sacudió la cabeza y expresó su opinión con un suspiro.

—¡Quién la ha visto y quién la ve, señorita! Le han echado a usted veinte años encima... ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—No lo sé.

—¿No tiene usted familia?

—No tengo a nadie.

—Ni dinero tampoco, ¿verdad?

—Tendré que empeñar las ropas y mis alhajas para pagar la cama y la comida. Pero tengo salud y puedo trabajar..., suponiendo que alguien quiera darme trabajo.

—Debía usted irse a su pueblo.

—No; ya te he dicho que no tengo parientes. Además, allí no hay trabajo más que en el campo... Y además...

Mariana se interrumpió; no quería decir que en el pueblo todos habían desaprobado su rápido matrimonio con el guapo forastero del que nadie sabía nada. Todos habían vaticinado pronta ruina y graves desdichas, aunque no tantas como las que habían caído sobre ella.

Una campanilla tintineó largamente, repetidamente.

—¡La señora! ¡Allá voy! ¿Quiere usted algo más...?

—No, gracias, Teodora.

—Pues, entonces, que usted descanse...

Teodora salió y Mariana se sentó sobre la cama recién hecha. La cama que había

compartido con Antón. Se quedó quieta, mirando al vacío. Sí: al vacío, porque miraba dentro de sí misma.

No sentía absolutamente nada. Recordó las palabras melodramáticas del abogado defensor: «... esta mujer sobre la que el destino ha descargado sus golpes más crueles...», «... un esposo joven, tiernamente amado...».

Era verdad. Todo aquello era verdad. Y, sin embargo, sólo le daba ganas de reír.

Estaba sola en la habitación que había presenciado las horas decisivas de su vida. El amor de Antón. La muerte de Antón. El cuerpo frío y rígido con el puñal clavado.

Y nada: no sentía nada.

Al principio, sí: había gritado espantosamente para vaciarse de aquel horrible espectáculo. Y luego, en la cárcel, se había retorcido de dolor cada vez que lo recordaba. Y había sentido, también, miedo. Un miedo que la hacía temblar sola en su celda y morderse las manos. Ella sabía lo que era el garrote; había visto, de niña, los dibujos de los pliegos de aleluyas que los ciegos vendían por las ferias: el reo sentado y la cuerda en torno a su cuello, y el torniquete... Y luego la lengua fuera, la enorme lengua negra...

Pero ya ni eso la hacía estremecerse: había escapado y ahora tenía que vivir.

—¡Señorita! ¿Se puede? —preguntó Teodora entreabriendo la puerta.

—Sí... Pasa...

—Señorita: no le he preguntado si quiere usted cenar.

—Ya he cenado; gracias, Teodora.

—¿No quiere usted comer nada, de verdad?

—De verdad. Gracias.

Teodora no se iba, y Mariana comprendió que aún no le había dicho el verdadero motivo de su reaparición.

—Señorita, yo... No lo tome usted a mal, pero yo... ¡Yo la voy a cerrar a usted con llave!

La frase había sonado agresiva, pero era de pura turbación. Mariana rió.

—¿Piensas que te voy a matar mientras duermes?

—No, señorita, pero..., ¡la verdad! Si estuviera usted en mi lugar, ¿no haría lo mismo?

—¡Cierra, mujer, cierra! Y no te olvides de cerrar también la otra puerta del despacho.

A las ocho de la mañana salió Mariana Estévez de casa de la viuda de Orozco, dejando en ella sus equipajes preparados para enviar a recogerlos cuando hubiera encontrado otro alojamiento. No llevaba sombrero y capa, como la noche anterior, sino pañuelo y mantón. Pero en el estrecho portal del patio la esperaba un hombre que no se dejó engañar por aquel amago de disfraz. Era don Adolfo Mena, que surgió del hueco de la escalera y se interpuso en su camino.

—¡Buenos días, Mariana!

—¡Ah...! —Mariana se sobresaltó, y se indignó luego— ¡Don Adolfo! ¡Déjeme paso!

—En seguida. Pero antes tengo que decirte dos palabras.

—¡Ni una siquiera! ¡Déjeme paso!

—No antes de que me oigas.

—¿Quiere usted que grite?

—No lo harás. No te conviene.

—¡Menos me conviene hablar con usted! ¿Quién le ha dicho que estaba aquí? ¿El abogado?

—La portera.

—¡No es verdad! ¡Ha sido el abogado! Usted le paga, ¿no es cierto?

—Me lo echas en cara como una ofensa. ¿No te das cuenta de que me debes la vida?

—¡De su mano no quiero nada!

—¡Escucha, rabiosilla, no seas niña!

—¿Quién le ha dado a usted permiso para tutearme?

—El cariño que te tengo.

Mariana, con un movimiento arrogante, se echó hacia atrás el pañuelo y alzó la cara frente a la de don Adolfo.

—¡Míreme bien! ¡Estoy flaca y fea! Parece que tengo cincuenta años.

—Tienes veinticinco y eres hermosa. Sólo necesitas reposo y buenos alimentos. ¡Mira! Yo tengo una quinta cerca de Cuenca, y necesito allí un ama de gobierno...

—¡Primero la muerte! ¡Primero el garrote! —exclamó Mariana apretando los dientes y echando chispas por los ojos.

Pero aquella bravura sólo consiguió atizar la codicia del cacique, que era un experto en mujeres.

—¡Qué ojazos tienes, muchacha! Después de un mes a mi lado, serás la hembra más guapa de España.

Al decirlo, don Adolfo se inclinó hacia Mariana, encandilado. Pero ella le empujó con ambas manos, tan furiosamente que le hizo retroceder hasta la pared, y salió acto seguido al patio, con el pañuelo y el mantón medio caídos. Colocándose los sin detenerse, cruzó el patio y el callejón y siguió aprisa calle adelante. No miraba a derecha ni a izquierda, y, de cuando en cuando, tiraba del pañuelo hacia la cara, para esconderla. Así llegó a la casa donde había pasado las últimas horas de su vida normal.

Cuando ponía el pie en la escalera, el portero la llamó, asomándose a la puerta de su cubículo.

—¡Eh, oiga! ¿Adónde va?

—A casa de los señores de Roura.

—Si vienes para doncella, sube por la escalera de servicio.

Mariana vaciló un momento, y luego hizo lo que el portero le decía: quizá fuera aquél el medio más sencillo de llegar a la presencia de la señora de Roura. Y, en efecto, la gruesa cocinera, que le abrió la puerta del piso, la recibió sin desconfianza alguna.

—¿Quién te manda?

—Teodora, la que está en casa de la señora viuda de Orozco.

—Bueno; espera un poco, que voy a avisar a la señora.

Un momento después, Mariana se encontraba ante su amiga Matilde. Ésta se hallaba sentada ante el tocador, con el pelo suelto sobre el peinador de encajes.

—Pase, pase usted —dijo amablemente.

Mariana entró, esperó un instante y, cuando vio que la cocinera se retiraba, echó hacia atrás su pañuelo y dijo:

—¿No me conoces, Matilde?

Matilde casi gritó.

—¡Dios mío...! ¿Eres... eres Mariana?

—Sí... ¿Tanto he cambiado?

—No... Es decir, sí, has cambiado, pero... ¡Dios mío, estoy aturdida! ¿Cómo se te ha ocurrido venir aquí?

El bonito rostro de Matilde mostraba apuro, disgusto, vacilación. Mariana conservó su aplomo.

—Porque no tengo otro sitio donde ir. Necesito ayuda, Matilde, y tú eres mi única amiga en Madrid.

—¿Tu única amiga...? Sí, claro, pero... ¿qué puedo hacer yo? ¿Qué es lo que quieres?

—No tengo casa ni dinero. Necesito, antes que nada, una habitación en que alojarme, y después necesito trabajo.

—Yo lo siento muchísimo, Mariana, pero ¿qué quieres que haga? Aquí no pretenderás quedarte, supongo... ¡Vamos!: quiero decir que... que no tengo habitación...

—¿No podrías dejarme el cuarto de huéspedes, sólo por una o dos noches, mientras busco un sitio decente en que meterme?

—¡No, no! ¡Eso no puede ser! Además, ¡vaya una dificultad! No tienes más que andar un poco por las calles, y en seguida verás anuncios en los portales...

—Está bien... Ya lo haré. Pero ¿no podría tu marido buscarme trabajo?

—¿Mi marido? ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué mi marido?

—Porque es un hombre respetable y conoce a mucha gente...

—¡No, no, Mariana! ¡A César déjalo en paz! ¡No se te ocurra acercarte a él!

—No lo haré —dijo Mariana fríamente—. Puedes estar tranquila. Pero quisiera saber por qué te pones así. ¿Es que tú eres de los que creen que debían haberme condenado?

—¡No, no! ¡Por Dios, no digas tonterías! Pero la carrera de mi marido es muy delicada... ¿Has visto la que le ha caído encima al pobre Adolfo Mena, sólo por haber querido favorecerte? Los periódicos de la oposición se aprovechan para arrancarle el pellejo a tiras... Y si tuvieran ocasión de meterse también con César, ¡qué más quisieran! No, Mariana: precisamente, César es el menos adecuado, ¿no lo comprendes? Debes buscar a otras personas más... modestas, que no llamen la atención del público.

—Bien está, Matilde. Ya he comprendido...

Matilde se puso en pie, se acercó a un escritorio y lo abrió. Tenía las manos y la voz muy inseguras y precipitadas.

—¡Lo siento, lo siento mucho, Mariana! Pero para mí lo primero es mi marido... Si... estás en un apuro, lo que puedo hacer es...

Mariana levantó una mano.

—¡No, Matilde! No me ofrezcas dinero, porque no lo aceptaré. Todavía no pido limosna...

—¡Pero no se te ocurra ir a ver a César! Te advierto que si lo haces...

Matilde estaba roja y muy agitada. Mariana, de pronto, entendió no sólo su presente actitud, sino otras que en su momento le habían pasado inadvertidas: Matilde Roura estaba —había estado siempre— celosa de ella. La despectiva indignación de Mariana se aplacó.

—No te preocupes, Matilde —dijo, casi compasiva—, yo quería la ayuda de tu marido por tu mediación. A él directamente nunca se me ocurriría acudir.

—¡Es que, claro, compréndeme...! ¡Él puede que no se atreva a decirte que no...! ¡Es tan caballeroso...! Y yo no quiero que...

—Te repito que puedes estar tranquila. Adiós, Matilde.

—¿No te importa salir por la cocina? No quiero que las muchachas comenten...

—Saldré por la cocina, mujer. Nadie sabrá quién soy. ¡Adiós!

Matilde llamó a la cocinera, y ésta acompañó a Mariana hasta la puerta de servicio.

—¿Qué? ¿Te has arreglado con la señora? —preguntó.

—No —respondió Mariana, lacónica.

Y salió de prisa al descansillo, mientras que la cocinera se encogía de hombros y cerraba la puerta. Mariana bajó rápidamente los primeros escalones y muy despacio los restantes. No sabía qué hacer ni a dónde encaminarse. Al llegar a la puerta de la calle se detuvo un instante en el umbral, preguntándose qué dirección tomar. Le asustaba la claridad del día, la proximidad de los transeúntes, que podían mirarla y

ver claramente su rostro... Se sobresaltó porque ya había alguien que la miraba, un hombre plantado en la acera. Cuando las miradas de ambos se cruzaron, el hombre se quitó el sombrero y saludó rendidamente. Mariana no le correspondió, sino que le volvió la espalda y echó a andar rápidamente, para alejarse de él cuanto antes.

Ella misma no comprendía el extraño temor que le imponía aquel hombre. Sólo le había visto una vez, y había sido en la sala de la Audiencia, defendiéndola con los puños... Y, sin embargo, le causaba una impresión sombría, como un presentimiento de desgracia.

«Pero... ¿de qué desgracia? ¿Qué puede pasarme peor de lo que me ha pasado y me está pasando...?».

Un poco más allá, tranquilizada al ver que el desconocido no había intentado seguirla, aminoró el paso y empezó a fijarse en los portales. Pero no era aquél un barrio adecuado para lo que ella deseaba, y pronto lo comprendió así: aquéllas eran casas ricas, y, aun en el caso de que algunas de ellas alquilaran habitaciones, no lo anunciaban con carteles en la puerta.

Mariana echó a andar en dirección a los barrios bajos, resuelta a mentir y a dar un nombre falso. El sistema pareció dar buenos resultados: en una viejísima casa de la calle de Tres Peces, una anciana le alquiló una habitación bastante decente y muy barata. Mariana dijo que se llamaba María Veral (éste era el apellido de su madre) y que trabajaba en un taller de modista.

2.

Fue un gran alivio para Mariana. Contrató a un mozo de los que paraban en Antón Martín para que le trajera sus equipajes, empeñó por lo que le dieron los pendientes de su madre y el reloj de oro que le había regalado Antón y pagó el primer mes de hospedaje. Pero subsistía el problema más difícil: encontrar trabajo. Mariana hizo algunas gestiones sin éxito: no tenía referencias ni más preparación que la de una mujer de su casa, y, además, había algo en su apariencia que no encajaba ni con su vestir ni con sus pretensiones.

Un mediodía en que regresaba a su casa desanimada, haciendo tiempo para la hora en que se suponía que salía de su trabajo, se fijó en un taller de planchado en el cual las chicas estaban recogiendo la labor con alegre bullicio. Abrió la puerta de cristales. Era un amplio bajo que daba por un lado a la calle y por otro al patio. Largas mesas de un lado y de otro; una tabla a la altura de la cabeza, cargada por arriba de pilas de ropas, y por debajo de la cual corría una interminable fila de cruces que sostenían enaguas, peinadores, capillos almidonados y listos para la entrega...

En el aire flotaba el olor tostado y dulzón de la plancha, mezclado con el picor del carbón vegetal.

El bullicio cedió a la entrada de Mariana, y una mujer gruesa y colorada se acercó a ella.

—¡Buenos días! ¿Qué deseaba?

—¿Puede usted... darme trabajo?

—¿Trabajo? Puede ser... ¿Sabe usted del oficio?

—Un poco.

—¡Huy, un poco! Eso quiere decir que no sabe nada.

—No me importa empezar de aprendiz.

—Un poco talludita, ¿no?

—Me he quedado viuda y necesito ganarme la vida.

Las planchadoras, que estaban quitándose delantales y manguitos blancos, poniéndose pañuelos y mantones, murmuraban entre sí con tal viveza que la maestra se volvió a mirarlas.

—¿Qué os pasa a vosotras, chicas? ¿Qué guirigay es ése?

—¡Pregúntele usted cómo se llama!

—¡Mírela usted bien, dígame que se quite el pañuelo!

—¡Es la Mariana, maestra! ¡La Mariana Estévez!

—¡Viuda! —una de las chicas rió, malévola—. ¡Ya lo creo!

La maestra se volvió a Mariana con un gesto de horror en su floreciente rostro.

—¿Es verdad lo que dicen ésas?

—¡Sí, es verdad! —dijo Mariana, con arrogancia desesperada.

La maestra se puso en jarras.

—¿Y tienes la poca lacha de venir a pedir trabajo a una casa decente?

—¿Por qué no se lo pides al cacique de Mena? —gritó la más audaz de las planchadoras—. ¡Él te lo dará más fácil y bien *pagao*!

—¡Fuera! ¡Largo! —ordenó la maestra, señalando la puerta a Mariana.

Una de las chicas cogió una jofaina de las de remojar y llegó justo a tiempo para arrojar el agua a Mariana en el momento en que ésta pisaba la calle. Rieron todas, y Mariana se volvió, furiosa y dispuesta a la réplica. Pero el retablo de caras burlonas, despreciativas, y la risa sana de aquellas mujeres la paralizó: no eran malas, en realidad; se creían justas, pensaban estar corrigiendo una injusticia. Mariana quiso hablar y no pudo; la garganta se le agarrotó y los ojos se le nublaron. Había llorado muy pocas veces en su vida, la última cuando se llevaron el cuerpo de su marido para hacerle la autopsia.

Ahora, rabiosa por su debilidad, dio media vuelta y se alejó de las risas inocentes y crueles de las planchadoras, de las miradas curiosas de los transeúntes...

Dos días después, cuando volvió a su alojamiento a las seis de la tarde, se encontró esperándola al yerno de la patrona. Antes de que hablara, Mariana adivinó lo que iba a decir: se había descubierto su identidad y no la querían como huésped.

—Aquí tiene usted su mes, quitando los días que ha pasado, pero esta noche ya no la pasa usted aquí.

—¡Esta noche...! ¡Pero eso no puede ser! ¿Adónde voy yo esta noche?

—Eso es cosa suya. Aquí entró usted con mentiras, así que no se queje. Mi suegra dice que si duerme usted aquí esta noche, ella se va. Y, como usted comprenderá, eso yo no lo puedo consentir. Ahora vendrá un mozo, que le he avisado yo, para que baje sus baúles. Así que... dese usted prisa.

Mariana no replicó: entró en su cuarto y se puso a hacer rápidamente su equipaje. De nuevo vino en su ayuda aquella especie de desesperada indiferencia que se interponía entre ella y el mundo.

«Puede que en una fonda de las caras no me puedan decir que no... Y, si me lo dicen, yo le diré al mozo que deje los baúles en la calle y me sentaré junto a ellos... Supongo que acudirá alguien..., aunque sea un municipal. Digo yo que habrá algún sitio en Madrid donde se recojan los que no tienen casa: un asilo, o un convento...».

La expulsión de «la Mariana» fue un espectáculo para todo el barrio. En torno al carrillo del equipaje se habían congregado numerosos chiquillos y, desde todas las puertas, las mujeres miraban.

Cuando la protagonista salió, llevando su saco de mano, en pos del faquín que llevaba a espaldas el segundo baúl, se oyó un rumor de comentarios punteado de voces más altas:

—¡Mírala, mírala: ésa es!

—¡Mírala, qué orgullosa...!

Y los chiquillos abuchearon, encantados:

—¡Eh...! ¡Eh...! ¡Fuera! ¡Largo de aquí...! ¡Eh, eh!

Mariana cruzó ante ellos y siguió calle adelante, impasible en apariencia. Mientras tanto, el mozo descargaba de golpe el baúl sobre el carro y luego, cogiendo a éste por las varas, echó a andar, no empujándolo, sino reprimiendo su rodar por la empinada cuesta abajo.

Los chiquillos corrían alborotando detrás de Mariana.

Las mujeres, en cambio, callaban, suspensas. Al dar la vuelta a la esquina de Ave María, una anciana de aspecto modesto y respetable se acercó a la joven y dijo, con mucho acento gallego y una sonrisa algo desdentada:

Señora, ¿quiere venir conmigo?

Mariana se detuvo.

—¿Quién es usted?

—No me mire mal, señora... Yo puedo alquilarle una habitación.

—Y... ¿por qué?

—¿Por qué...? Pues... porque me da lástima como la tratan. Si los jueces no la condenaron, ¿por qué han de condenarla los que no saben nada?

—¿De verdad es... por eso?

—Yo soy una mujer decente. Venga conmigo. Si usted quiere, puede preguntar a mi portera y a mis vecinos... Soy viuda y vivo sola.

Mariana dudaba, pero no veía otra solución. Además, estaba muy cansada. Había sido una fatiga muy grande tener que pasarse en la calle, sin refugio y sin rumbo, todas las horas que se suponía pasaba en el trabajo.

—Muchas gracias —dijo—. Iré con usted.

La mujer se volvió y, con gran viveza, muy contenta al parecer, dio instrucciones al mozo. Luego tomó a Mariana del brazo y la guió hacia la calle de la Magdalena, mientras se justificaba *verbosamente*.

—Yo estaba en casa de una parienta que vive ahí, en la calle Tres Peces... Unas vecinas me contaron todo lo de usted, y yo les dije que me parecía un pecado echarla a la calle de esa manera. «Eso no se hace ni con un perro —les dije yo—; ¿qué va a hacer esa pobre mujer, si nadie le quiere dar cobijo ni colocación?».

—Gracias —murmuró Mariana cansadamente—. Muchas gracias...

—¡No las merece! Las mujeres tenemos que ayudarnos unas a otras, que los hombres bien se ayudan, ¿no le parece?

No le gustaba a Mariana aquella mujer, pero las cosas que decía no carecían de buen sentido ni, al parecer, de buena voluntad. Su casa estaba próxima y la habitación que mostró a Mariana era, más que decente, casi confortable.

Todas las vacilaciones que hubiera podido sentir la joven se desvanecieron a la

vista de aquella gran cama, de los blancos embozos recién planchados.

No se le ocurrió, de momento, pensar que aquella cama estaba esperando a alguien y que, según las explicaciones de la dueña, ese alguien no podía ser ella...

Cenó a gusto y durmió como un tronco, aunque no dejaba de latir en su mente una inquietud confusa. Por la mañana, con el chocolate y los churros del desayuno, la patrona le trajo una propuesta.

—Usted no tiene trabajo, ¿verdad señorita? —empezó, con aquel tono meloso que desagradaba a Mariana.

—No; ahora voy a salir a ver si encuentro algo.

—¡Eso le iba a decir!: que no hace falta que ande de aquí para allá, porque así no va a conseguir nada... Si quiere, yo hablo con una cuñada que tiene un taller de costura, y, en recomendándola yo, ya puede contar que la coloca...

—Verdaderamente —murmuró Mariana, despacio y a la fuerza—, es usted muy buena conmigo, sin conocerme...

—¡Bah, señorita! Cada cual lleva su cédula en la cara. Yo, con mirarla, ya sé que es buena. Y, además, segura estoy de que tiene manos de ángel para la costura.

—No tanto como eso. Pero estoy dispuesta a empezar por el principio.

—Pues, entonces, ya está todo hablado: usted no se preocupe de nada, que yo hablaré con mi cuñada y lo arreglaré todo y le traeré a usted la noticia, que ha de ser buena, si Dios quiere.

Mariana seguía recelosa, pero se repitió a sí misma una y mil veces que no tenía motivo y que no debía dejarse llevar por su carácter, demasiado vehemente, ni por la exagerada antipatía que le inspiraba todo lo que oliera a servilismo. A mediodía, la patrona regresó radiante: su cuñada aceptaba a Mariana en su taller, y hasta estaba dispuesta a pagarle bien, si era capaz de cumplir su trabajo.

—¿Y no había...? ¡Vaya si cumplirá, y mejor que ninguna!

La costurera no se parecía en nada a su cuñada. Era una mujer grande, cejijunta, lacónica, que apaciguó los celos de Mariana con su evidente y más bien hosca naturalidad.

Durante ocho o diez días, Mariana trabajó con aplicación. Las largas horas de jornada, lejos de pesarle, le agradaban. Llegaba por la noche rendida y dormía casi bien, lujó olvidado desde su desgracia. Empezaba a pensar que había encontrado una estabilidad, una rutina, una tregua. Pero un mediodía, cuando volvía a casa a la hora de comer, la patrona salió a su encuentro, más melosa y más gallega que nunca:

—¡Mire, señorita, lo que tiene aquí! Se lo trajeron mientras usted no estaba, y ya pensé que no lo podría recoger, porque hay que firmar, ¿sabe?; pero a lo último el cartero me lo dejó... ¡Mire, mire, *dineriño* fresco!

Ofrecía a Mariana un plato con algunos billetes de banco y un papel que la joven reconoció: era un resguardo de giro postal. Pálida de ira, sintiendo que todo se le

había venido abajo de golpe, lo cogió, lo leyó: no figuraba el nombre del imponente ni ninguna clase de explicación. El lugar de origen era Madrid.

No le quedó ya ninguna duda. Arrebatando los billetes bruscamente ante la mirada atónita de la patrona, giró sobre los talones y se dirigió hacia la puerta.

—¡Pero, señorita! ¿Adónde va...? ¿Es que no va a comer?

Mariana no contestó. Llevaba aún puestos mantón y pañuelo. Salió a la calle directamente y a largos pasos se encaminó a la Carrera de San Jerónimo. Esta vez no entró en su antigua casa a través del patio, sino por la puerta principal. El portero debía de estar comiendo, porque no se dejó ver.

Mariana subió la alfombrada escalera, pasó ante la puerta del entresuelo sin detenerse y al llegar al principal llamó con un enérgico tirón. Le abrió un criado de chaleco rayado, largas patillas y gesto cínico.

—¿Qué desea? —dijo con desabrimiento—. Me parece que se ha equivocado.

—Quiero ver a don Adolfo Mena.

—¿El señor la ha citado?

—No; pero dígame que Mariana Estévez quiere verle. Si está comiendo, espero aquí.

El criado se quedó boquiabierto, mirando de hito en hito a Mariana. Ella apremió, impaciente:

—¿No me ha oído? ¿Está comiendo don Adolfo?

—No... no. Todavía no se ha sentado a la mesa...

—Pues dígame que salga aquí.

El criado, muy perplejo y vacilante, se fue pasillo adentro, volviendo la cara atrás para mirar a Mariana. Reapareció a los pocos minutos.

—Pase usted. El señor la recibirá en seguida. —¡No quiero entrar! Quiero que salga él aquí. Dígame que sólo es un minuto.

—¡Pero, señorita, el señor me ha dicho...! —¡Y yo le digo que no entro! Pásele mi recado. Cada vez más intrigado y perplejo, el criado volvió a eclipsarse brevemente.

—El señor me ha dicho que no saldrá, y que, si quiere usted verle, tendrá que pasar al despacho.

Mariana se mordió los labios, dudosa; pero estaba demasiado indignada para renunciar a su propósito.

—¡Está bien! —dijo—. ¡Vamos! El criado la precedió pasillo adelante, se detuvo ante una puerta, la abrió y se apartó a un lado.

—¡Espere usted aquí! No se vaya —le dijo Mariana al pasar ante él.

Y se quedó en la misma puerta, impidiendo que pudiera cerrarse. Don Adolfo Mena estaba frente a ella y se puso en pie para recibirla, muy sonriente.

—¡Buenas tardes, señora! Su visita me honra... ¡Retírate, Matías!

—¡No! —dijo Mariana—. No es necesario. Sólo he venido a... ¡esto!

Al decir la última palabra, arrojó al centro de la habitación los billetes que aún llevaba en la mano y se volvió para marcharse. Pero don Adolfo, un instante desconcertado por el inesperado gesto, reaccionó en seguida.

—¡Mariana, espere! ¿Qué significa esto?

—¡De sobra lo sabe usted! —dijo Mariana, volviéndose desde el pasillo—. ¡No quiero su dinero ni nada de usted! ¡Ni tampoco su ayuda, ni la casa que me ha buscado, ni el trabajo...! Ya le he dicho que prefiero morirme de hambre antes que deberle a usted ni un alfiler.

—Le aseguro, Mariana —dijo don Adolfo—, que no entiendo palabra de cuanto me dice.

La entonación del hombre era tan evidentemente sincera que hizo vacilar la convicción de Mariana.

—Entonces... —murmuró la joven—, ¿no fue usted?

Don Adolfo se había acercado, y Matías se esfumaba hacia el recibidor. El asombro de Mariana le hizo, por un instante, olvidar las precauciones.

—¿No fue usted quien pagó a una mujer para que me ofreciera un cuarto y un empleo?

—No. Lo hubiera hecho con muchísimo gusto, pero...

—¿No me mandó ese dinero por correo?

—No. Ignoraba su alojamiento. Pero, desde luego, sería una satisfacción para mí el que usted aceptara...

—¡No acepto nada! He venido a decirle eso precisamente: que me deje usted en paz de una vez.

Inesperadamente, don Adolfo sonrió.

—¿De verdad has venido a eso, preciosa? ¿No habrás venido a todo lo contrario...?

—¡He venido a devolverle su dinero! No quería que usted pensase que me lo había quedado.

Don Adolfo rió suave y se acercó más.

—¡Eres una mujercita muy lista, pero a mí no me engañas! Yo no te he mandado ese dinero. Ni yo ni nadie. Tú has inventado toda esa historia para venir a verme.

—¡Lo que quiero es no verle más!

—Y para eso vienes a mi casa...

—¡Mire usted! —Mariana señaló hacia el interior del despacho, sobre cuya alfombra se veía, entre los esparcidos billetes, un pequeño papel blanco—. ¡Mírelo, ahí tiene el resguardo del giro!

—¡No puedo, preciosidad! —dijo don Adolfo en tono confidencial y burlón—. Estando tú a mi lado, no puedo apartar los ojos de ti...

—¡Apártese! ¡Déjeme pasar!

—¡No grites, preciosa! Has venido por tu voluntad... ¿De qué sirve ahora armar un escándalo? ¿Qué pensarán los que te oigan?

—¡Suélteme! —dijo Mariana, apretando los dientes. ¡No quiero gritar, pero gritaré hasta alarmar la casa si no me suelta!

Don Adolfo la soltó, pero alargando el brazo de forma que le impedía el paso. Sonreía, muy tranquilo y divertido.

—Eres una hipocritilla... Sabes que me gustas más cuando te enfadas.

—¡Déjeme pasar!

—Me echabas de menos, ¿verdad, tortolita...?

—¡Matías...! —llamó Mariana—. ¡Venga usted, Matías!

—¿A qué viene eso ahora, fierecilla? Ya no te vale disimular: has venido cuando yo no te esperaba ya, y ahora...

De pronto, con un movimiento brusco y una fuerza que Mariana no esperaba, don Adolfo la abrazó y la besó. Mariana se debatió inútilmente, dándose cuenta por primera vez de lo debilitadas que estaban sus fuerzas físicas. Las morales estaban sin duda también abatidas por la conciencia del grave error que había cometido.

Durante un instante de angustia y humillación, Mariana se encontró impotente bajo aquellas caricias que la repugnaban, entre aquellos brazos opresores, respirando aquel olor a tabaco, a agua de colonia. Se ahogaba; las lágrimas de rabia y vergüenza, la impedían respirar.

—¡No! ¡No! —quería gritar, sin conseguirlo. Al fin, una palabra brotó, confusa y sofocada—: ¡Canalla!

—¡Canalla! —repitió otra voz, masculina y poderosa.

Mariana se sintió violentamente arrancada del ofensivo abrazo y se encontró frente a frente con el hombre de la Audiencia. Parpadeó, creyendo soñar: la cara curtida, la boca dura, los puños preparados para un nuevo golpe. La misma figura incongruente, que parecía nacer súbitamente del aire.

—¿Qué es esto? —preguntó don Adolfo, con la dignidad posible a un hombre que acaba de ser lanzado violentamente contra una pared—. ¿Qué hace usted? ¿Cómo ha entrado?

—Por la puerta, naturalmente.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no importa ahora. Soy un hombre honrado y llegado oportunamente. Señora: vámonos de esta casa.

—¡No sea ridículo! —exclamó don Adolfo, despectivo—. Esta mujer ha venido por su voluntad.

—¡Vine a tirarle su dinero a la cara! —gritó Mariana.

—Eso no es más que un pretexto: yo nunca le he mandado un real.

—¿Pretexto? —Mariana se encogió de hombros—. ¿Cree usted que yo tengo los billetes para tirarlos así?

Al decirlo, señaló hacia el interior del despacho; el raro intruso siguió su movimiento con los ojos, vio el dinero por el suelo y se acercó a recogerlo. Con los billetes en la mano, volvió hacia Mariana.

—Tómelos usted —dijo—, no son de este... *caballero*.

—¡Usted está loco! —dijo don Adolfo, despectivo— ¡o no sabe con quién trata!

—¡Vaya si lo sé!: con un cobarde capaz de ofender a una mujer indefensa.

—¡Le denunciaré por allanamiento de morada!

—No hará usted tal, señor Mena. Me dejará ir tranquilamente... Señora: tome el dinero y salga. Yo saldré luego, porque no quiero imponerle mi compañía.

—Ese dinero no me pertenece ni lo quiero.

Mariana salió, demasiado altanera y rígida, precisamente porque se daba cuenta de que, si se dejaba ir, andaría haciendo eses y tropezando con las paredes. Estaba completamente aturdida y, lo mismo que las otras veces en que se había encontrado con aquel hombre, sentía frío y miedo sin parar, mientras que él se había comportado con ella de forma impecable.

Durante el camino hasta su casa se esforzó en ordenar sus pensamientos en un sentido práctico.

«Tengo que dejar esa casa y también ese trabajo. Si no es cosa de don Adolfo, será cosa de *ese hombre*... Sí: debió de ser él quien me envió el dinero; por eso lo recogió con tanta tranquilidad... Me siguió a la casa, claro está... Me sigue a todas partes, escondiéndose. Yo lo presentía todo este tiempo; por eso estaba inquieta sin saber por qué. ¿Qué querrá de mí? Me asusta más que don Adolfo, mucho más... Porque don Adolfo no es más que un fresco, y, en cambio, ese hombre...».

Al llegar a su casa, la patrona le salió al encuentro, muy agitada.

—¡Ay, señorita, gracias a Dios que vino! ¡No sabe el rato tan malo que me ha hecho pasar! ¿Por qué se fue de aquella manera, sin comer...?»

Mariana retuvo su impulso de replicar con aspereza. En la última temporada había aprendido la conveniencia de tragarse el genio, y la inmediata experiencia de su infortunada visita a don Adolfo no había hecho más que confirmar la enseñanza. Se limitó, pues, a decir fríamente:

—Comeré dentro de un momento. Ahora voy a mi cuarto.

Estaba aún demasiado sofocada para tener apetito, pero le bastaron unos minutos, que empleó en guardar mantón y pañuelo y en lavarse las manos, para descubrir que estaba hambrienta.

La patrona le sirvió con solicitud aún más notoria que de costumbre y —cosa extraordinaria— sin hablar apenas. Mariana comió con avidez, pero sin darse cuenta de lo que comía. Estaba abstraída en su problema: no podía seguir en aquella casa, ni

tampoco podía dejarla mientras no hubiera encontrado otra. La idea de volver a la búsqueda azarosa la aterraba: «Pero no hay más remedio. Y también tengo que buscar trabajo. He de esconderme donde ese hombre no me encuentre. Quizá sería mejor que me fuera al pueblo; pero... ¿qué voy a hacer allí? Y, de todos modos, no tengo valor para volver, después de todo lo que ha pasado».

—¡Señorita!

Mariana había acabado de comerse la naranja que constituía su postre. La patrona estaba ante ella, evidentemente nerviosa. Sin desplegar los labios, la joven la interrogó con la mirada.

—Señorita... —repitió la mujer—, ahí... ahí fuera hay un caballero que quiere verla.

—¿Un caballero? —Mariana se puso en guardia—. ¿Ha dicho su nombre?

—Don Roque Bravo.

—No le conozco. Dígale que no quiero verle.

—¡Pero, señorita...!

—¡Haga lo que le he dicho! Que le dé a usted el recado que sea.

Pero Roque Bravo estaba ya entrando en el comedor.

—Usted perdone, señora. Es necesario que hablemos.

Mariana se puso en pie bruscamente.

—¡Usted otra vez! ¿Por qué me persigue? ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Nada malo, señora. Nada que pueda ofenderla. Yo no soy un Adolfo Mena.

—¡Pero me ha armado una trampa! ¡Está usted de acuerdo con esta mujer!

—Sólo para ayudarla a usted.

—¿Y por qué tiene usted tanto afán de ayudarme?

—Porque soy un hombre honrado y me avergüenza el trato injusto que le dan a usted.

—¿Qué tiene usted que ver conmigo ni con mi suerte?

—Presenciar una injusticia y cruzarse de brazos es una vileza.

—¡Usted no puede remediar nada! Sólo puede hacerme más daño aún.

—He venido a pedirle que se case conmigo.

Mariana se quedó petrificada por un momento. Luego, de súbito, estalló en una carcajada estridente. Roque Bravo la contempló impasible al principio; pero las oleadas de risa nerviosa se sucedían sin descanso, incontenibles y dolorosas. Mariana, con las manos engarfiadas sobre el respaldo de la silla, se balanceaba hacia atrás y hacia delante, con las mejillas mojadas de lágrimas. La patrona se santiguó, asustada, y Roque se acercó a Mariana y la sacudió por un brazo.

—¡Basta ya! ¡Siéntese y calle!

La sentó a la fuerza y le acercó a la boca el vaso de agua que había sobre la mesa. Mariana reía aún débilmente, y su risa semejaba a las sacudidas de un llanto nervioso.

Cogió el vaso de la mano de Roque y bebió un trago dócilmente. Luego él le ofreció su pañuelo para que se secase las lágrimas. Al fin Mariana alzó los ojos hacia él.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Mi nombre ya lo sabe usted. Tengo tierras en Galicia y estoy en Madrid de paso.

—¿Por qué se ocupa usted de mí? Todos creen que he matado a mi marido, y usted no sabe si es verdad o no.

—Yo sé que es usted inocente.

—¡No puede saberlo!

—He asistido a una parte de su juicio. Ninguna persona sensata puede dudar de que ha sido justo.

—Sin embargo, todos lo dudan.

—No el juez, ni el fiscal, ni los jurados. Lo dudan los que no juzgan por los hechos, sino por las patrañas de los periódicos. A muchos necios les basta ver algo en letras de molde para creerlo como artículo de fe. Pero yo pienso con mi propia cabeza, y veo que es usted una víctima de la política.

—¿La política? —repitió Mariana, desconcertada.

—Sí. Los periódicos de la oposición se valen del interés que siempre despierta un crimen para denigrar a Mena y, de paso, a su partido. Y los periódicos de la situación, bastante tienen en defender a los suyos, sin preocuparse de usted.

—Es posible que todo eso sea verdad. Pero a usted no le importa.

—Sí que me importa.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho: perdería mi propia estima si presenciase una injusticia cruel sin hacer nada por remediarla.

—¡Pero es que no puede usted hacer nada!

—Puedo casarme con usted.

Sonrió Mariana amargamente.

—¿Sólo por librarme de mi mala suerte?

Roque Bravo frunció el duro ceño, meditando su respuesta.

—No —dijo por fin, tranquilamente—. No es sólo por eso.

—¡Me lo figuraba! ¡Váyase, por Dios! Si de verdad es usted un caballero, váyase en seguida.

—Con una condición: prométame que no dejará usted esta casa.

—La dejaré en cuanto encuentre otra.

—Bien está. Pero ha de ser otra decente y segura. Si no es así, no se mueva de ésta. Y en cuanto a su trabajo, puede usted seguir en él sin ningún recelo.

—Seguiré mientras no encuentre otro... o me echen de éste.

—Si busca, tenga cuidado: Madrid está lleno de asechanzas para una mujer sola.

Mariana sonrió de nuevo, con ironía:

—¿Usted cree, señor Bravo? Gracias por el aviso.

—Usted lo sabe de sobra y comprendo que no quiera ya confiar en ningún hombre. Pero sería triste que, por huir de mí, que sólo quiero su bien, fuese a encontrar algún mal lance.

Mariana miraba a Roque fijamente, muy intrigada, tratando de descubrir la intención que se escondía tras aquel rostro tranquilo e impenetrable de campesino. ¿Era bien parecido aquel hombre? Mariana no lo sabía. Los ojos eran grandes, claros bajo las negras cejas, y no parpadeaban ni esquivaban los suyos. De pronto, Mariana se estremeció: la mano derecha de Roque ascendía, cruzando el ancho pecho, hasta desaparecer bajo la solapa izquierda de la chaqueta. Mariana aguardó un instante, en tensión, oscuramente angustiada. En seguida la mano reapareció, vacía, y volvió a caer a lo largo del costado...

—¿Quién es usted? —preguntó Mariana con voz más alta y estridente de lo que ella quería.

—¡Ya se lo he dicho! —respondió Roque, alzando una ceja—. ¿Quiere ver mi cédula?

—¡No, no es eso! Es que... ¿No nos hemos visto usted y yo alguna vez... hace mucho tiempo?

—No lo creo... Que yo sepa, la vi a usted por primera vez en la Audiencia.

—Pero... quizá años atrás... ¿No ha estado usted nunca en Villar del Duque?

—Ni siquiera conocía ese nombre. —Está en la provincia de Toledo. Es mi pueblo; yo he nacido y he vivido allí hasta mi matrimonio... ¿No me engaña usted?

—¿Con qué fin? Me alegraría poder decirle que soy un viejo amigo de su familia. Pero no he estado nunca en su pueblo, ni en ningún otro fuera de Galicia. Sólo a Madrid vengo de tarde en tarde, y bien contra mi gusto.

—Entonces... tiene que haber sido un sueño... o un aviso.

—¿Un aviso?

Mariana se mordió los labios.

—¿Qué lleva usted en ese bolsillo? —preguntó.

—¿En qué bolsillo?

—En ése de la izquierda: el del chaleco, o el interior de la chaqueta...

—¿Aquí...? Nada: el tabaco.

—¿Era eso lo que buscaba usted con la mano hace un momento?

—Puede ser... No me fijé, pero es fácil que buscara el tabaco sin darme cuenta. Soy muy fumador.

—¡No, no era eso! ¡Era otra cosa! ¿Lleva usted un arma, una pistola?

—No, desde luego —dijo Roque Bravo, con evidente asombro.

—¡Pero acostumbra usted a llevarla ahí! ¡Una pistola, probablemente!

—¡Le aseguro que no! Muy pocas veces llevo un arma, y jamás en el bolsillo.

La voz era tranquila, positiva, terminante. Mariana suspiró, exasperada y agotada, sin saber qué decir ni qué pensar.

—No acabo de comprender —dijo Roque—. ¿Teme usted que la amenace con una pistola?

—¡No, no! —Mariana sacudió la cabeza, impaciente—. No es eso. Pero, por favor... ¡váyase ya!

Roque hizo un corto ademán de sumisión.

—Bien, señora. Usted manda. Estoy en la *Fonda de Madrid*, por si puedo servirla en algo.

3.

En el taller de la modista, Mariana era una obrera silenciosa y aplicada. La maestra la apreciaba, aunque no se lo decía, y las compañeras se mantenían reservadas, a causa, sobre todo, de la actitud de la propia Mariana, pero no parecían hostiles. Hasta que un día, poco después de su entrevista con Roque Bravo, Mariana notó un cambio en la actitud de las muchachas. Silencio, miradas de reojo, bocas entreabiertas de papanatas... Mariana sabía lo que aquello significaba. Por eso no se sorprendió cuando por la tarde, la maestra la retuvo a la salida para preguntarle si se llamaba de verdad María Veral...

Cuando Mariana volvió a casa aquella noche, estaba otra vez sin trabajo.

Decidió irse al pueblo. Le parecía necesario hacer la prueba aunque no tenía dudas acerca del resultado. Y, en efecto, todo se desarrolló como ella suponía, sólo que, al hacerse realidad, fue aún más amargo y difícil de soportar que en sus previsiones: los chiquillos que la seguían por la calle, las puertas que se le cerraban, la sequedad de los parientes, la insolencia del cacique local, cuyas pretensiones amorosas había ella rechazado en otro tiempo. Mariana se lo encontró cara a cara en la calle, y él se plantó en el centro, cerrando el paso, patiabierta, con los pulgares metidos en el cinturón y una sonrisa de oreja a oreja. Mariana se desvió para pasar lo más lejos posible de su lado, y él la siguió con la mirada y con la risa, una risa honda que le sacudía todo de mezquino deleite.

Mariana dio vuelta a la esquina y entró en el fresco zaguán de la casa del cura, un alivio para el calor del día y para el ardor de su vergüenza. Se llevó las manos a la cara, pero reaccionó contra su debilidad: ¿por qué tenía que llorar ella? ¿Por qué tenía que avergonzarse? Alzó la cabeza con orgullo, y llamó con la frase habitual:

—¡Ave María Purísima...!

—Sin pecado concebida —respondió, muy próxima y apacible, la voz del cura.

Mariana le vio en el umbral de la sala baja, consumidlo, con la cara pequeña y retostada y el hermoso cabello blanco escapándose del bonete.

—¡Don Fidel...!

—Pasa, hija, pasa... Sabía que estabas en el pueblo, y esperaba tu visita...

Mariana entró. Todas las casas del pueblo tenían una sala como aquélla, con la puerta al zaguán y una ventana al patio, que sólo se usaba en el verano. La del cura estaba solada de baldosas rojas viejas y resquebrajadas, pero enceradas primorosamente, y en los barrotes de la reja se enroscaban los tallos de una verde enredadera, la más graciosa y fresca celosía.

—Siéntate, criatura... Estás rendida —dijo el cura—. Basta verte para comprender lo mucho que has padecido... ¿Quieres refrescar, hija? Sí, claro que sí...

—No, don Fidel; muchas gracias. Sólo quiero hablar con usted...

—Pero podemos hablar mientras tú tomas una horchatita... Estará enseguida, porque ya le dije al ama que majara las almendras... Pero no te preocupes, que ella no entrará aquí: yo mismo traeré lo que haga falta...

No había modo de oponerse. Mariana se recostó en la mecedora de rejilla, mientras el cura salía, afanoso.

«¡Qué bien se está aquí! ¡Lástima tener que irme...! Si pudiera quedarme aquí siempre...».

Don Fidel volvió enseguida, trayendo una jarra de cristal, empañada por la frescura del líquido blanco que la llenaba. A Mariana le supo a gloria la horchata, y así lo dijo.

—¡Muchas gracias, don Fidel! Está riquísima... —¿Verdad que sí? Con el calor, no hay bebida como la horchata...

Al cabo de un momento, Mariana dejó el vaso, se limpió los labios y se decidió a hablar.

—Supongo que ya le habrán contado a usted lo... bien que me va en el pueblo.

—Algo he oído... ¡Y algo me van a oír a mí más de cuatro!

—No tengo ni donde pasar la noche, don Fidel.

—Por eso no te apures: ya lo arreglaremos, no faltaba más. Poca caridad hay en este valle de lágrimas, pero no ha de faltar quien quiera darte cobijo si yo se lo pido.

—Muchas gracias otra vez, don Fidel... No sé qué sería de mí si no fuera por usted.

—Más quisiera poder hacer por ti, hija. ¿De qué te sirve que yo te resuelva una noche? ¿Qué vas a hacer con tu vida, criatura de Dios?

—Y... ¿qué sé yo, don Fidel? Vine aquí de puro desesperada, aunque sabía que no iba a encontrar ninguna solución.

El viejo cura suspiró, se removió inquieto. Echó mano a la jarra.

—¿Quieres otro vasito antes de que pierda su frescor...?

—No, gracias, don Fidel.

El cura se sirvió un vaso, lo levantó, volvió a dejarlo sin llevárselo a los labios... Entonces advirtió Mariana, con sorpresa, que estaba turbado e inquieto.

—Don Fidel —dijo la muchacha suavemente—, yo sentiría en el alma que mi visita le trajera a usted disgustos o molestias.

El cura la miró con auténtica indignación.

—Pero... ¿qué estás diciendo? ¿Qué opinión tienes de mí, hija mía? ¿Crees que voy a ser tan miserable..., yo, un ministro del Señor, para dejarme amilanar por las malas lenguas?

—Usted no sabe si yo soy culpable o inocente.

—Los jueces humanos te han absuelto. ¿Y voy a condenarte yo? No, hija mía. Si dudara de tu inocencia, rechazaría el mal pensamiento. Pero nunca he dudado, y

ahora menos que nunca, después de verte.

—¡Dios se lo pague, don Fidel! —murmuró Mariana con los ojos húmedos.

—¡Vamos, vamos, no seas tonta! ¡Señor, cuánto daño se hace en la vida sin querer, sólo por frivolidad y por dejarnos llevar de las pasiones chicas...! Porque los que te rechazan y te amargan la vida, ni siquiera son malos, la mayoría.

—Tal vez no, don Fidel. Pero a mí me están matando.

—¡Pobre hija! ¡Pobrecilla! Ya me doy cuenta... Y lo malo es que de esto no te vas a librar fácilmente. Pasará el tiempo, las malas lenguas se ocuparán de otra cosa, pero, mientras tú vivas y te llares Mariana Estévez...

El cura sacudió la cabeza, con un gesto significativo.

—He intentado cambiarme el nombre; pero no me ha servido de nada. Quizá, como usted dice, cuando pase el tiempo... Pero, entre tanto, tengo que vivir... He pensado irme fuera de Madrid. Pero... ¿adónde, sin conocer a nadie, sin una carta de recomendación...? Si usted pudiera dármele, don Fidel...

—Y... ¿para quién, hijita? Llevo en este pueblo desde que salí del seminario y no conozco a nadie fuera de aquí... ¡Ojalá pudiera ayudarte! Pero no puedo..., a no ser con un consejo bien intencionado y sin ninguna seguridad de acertar.

—Y... ¿qué consejo es ése, don Fidel? —preguntó Mariana, con un recelo que ella misma no comprendía.

—Veras, verás... Vamos por partes... Esto es lo que me tiene inquieto, ¿comprendes? No tu visita, por supuesto, sino la necesidad de... de aconsejarte en algo tan delicado.

—Pero... ¿a qué se refiere usted, don Fidel?

—Toma: lee esta carta. La recibí ayer, y en el primer momento me quedé como si estuviera escrita en chino. Pero tú la entenderás, me figuro.

Mariana desplegó el humilde plieguecillo rayado de azul.

—«Señor cura párroco de Villar del Duque. Mi querido compañero: Por encargo del interesado le escribo a usted para informarle de que don Roque Bravo...».

Mariana enrojeció violentamente y alzó la mirada de la carta.

—¡Dios mío...! ¡Ese hombre otra vez! Pero, don Fidel..., ¿sabe usted...?

—Acaba de leer; eso es lo primero. Luego hablaremos...

—«... don Roque Bravo y Sueiro es un caballero de buenas costumbres, propietario de tierras en el término de mi parroquia, cumplidor, según me consta, de sus deberes religiosos, y tenido en buena opinión por sus vecinos y sus caseros. Es viudo desde hace muchos años y no existe, que yo sepa, ningún motivo que le impida contraer nuevo matrimonio si lo desea. Le ruego me recuerde en sus oraciones, como promete hacerlo con usted su afectísimo en Cristo, Severo Fañanás, cura párroco de Santa Herminia de Lorenzana».

Debajo venían largas y complicadas señas de la provincia de Lugo, todo ello

garantizado por un sello de goma de la parroquia. Mariana, al acabar de leer, alzó hacia don Fidel su mirada interrogante.

—¿Qué más, don Fidel? Porque me figuro que hay algo más.

—Sí, hija mía; pero eso, con tu permiso, te lo dirá el propio interesado.

—¿Quiere usted decir que... ese hombre está aquí?

—Sí. Está en mi casa desde esta madrugada, y sólo aguarda tu permiso para entrar aquí.

—¿Cree usted —dijo Mariana apretando las manos con fuerza— que debo dárselo...?

—Sí, hija. Así lo creo. Eso a nada te obliga ni en nada te compromete. Por supuesto, yo no os dejaré solos ni un momento.

—Pero... ¿qué es lo que piensa usted, don Fidel? ¿Le parece a usted que se puede discutir siquiera lo que ese hombre pretende?

—Discutirlo... ¿por qué no? No es ningún pecado ni ninguna herejía. Aceptarlo ya es otra cosa, y eso tienes que decidirlo tú. Pero quiero que sepas una cosa: don Roque Bravo me ha pedido informes tuyos, y eso habla en favor de su seriedad. Creo que, realmente, se propone casarse contigo lo antes posible.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué?

—Él te lo dirá..., supongo.

—¡Muy bien! —dijo Mariana rabiosamente—. ¡Hágale entrar!

El cura salió, y volvió en seguida con Roque Bravo. Éste saludó rendidamente a Mariana, que le correspondió con sequedad.

—¡Siéntense, siéntense ustedes...! Y tú, Mariana, hija, escucha lo que tiene que decirte este caballero, y luego responde según tu juicio y tu sentir... Hable usted, don Roque.

No era fácil tarea la de Roque Bravo. El cura, turbado, apartaba de él la mirada, frotándose nerviosamente las manos. Mariana, en cambio, le miraba de hito en hito, retadora, abiertamente hostil. Pero Roque no era hombre que cambiara de propósito ante una dificultad.

—Ya le he dicho una vez, señora, que deseo casarme con usted. Creo que ahora, dichas en presencia de una persona de tanto respeto como don Fidel, mis palabras merecerán mejor crédito. También supongo que los informes de mi párroco, que me conoce desde hace muchos años...

—¡Sí, todo eso está muy bien! —cortó Mariana, sin poder contenerse—. Usted es un hombre honrado, está en buena posición y quiere casarse conmigo. Nada de eso lo pongo en duda. Pero lo primero que necesito saber es *por qué*. ¿Qué motivos tiene usted para desear casarse conmigo sin haberme visto más que dos o tres veces?

—Uno de los motivos ya se lo he dicho: deseo reparar la injusticia que se comete con usted.

—Ese motivo, yo no lo creo. Dígame el otro, el verdadero.

—Son verdaderos los dos, señora. Le diré el segundo: yo soy viudo y tengo tres hijos. Mi hija mayor es delicada de salud, está muy mimada y es caprichosa; los otros dos son varones, traviesos y a ratos díscolos. La casa en que vivo está en medio de mis fincas, lejos de toda ciudad. El trabajo es grande; la diversión, ninguna, y las comodidades, escasas para lo que piden las costumbres modernas. No es fácil para mí encontrar una mujer de cierta crianza y dispuesta a cargar con estas condiciones... ¡Es decir!: supongo que más de una las aceptaría de palabra; pero, una vez casada, lo más probable es que se aburriese y se convirtiera en una carga para mí, en lugar de ser una ayuda.

—¡No creo esa explicación! Usted podría encontrar fácilmente una mujer ya no muy joven y acostumbrada a vivir en el campo.

—Yo no quiero una aldeana, sino una mujer de mi mismo origen y educación.

—¡No lo creo, señor Bravo, no insista usted!

—Entonces... ¿cuál cree usted es el verdadero motivo?

—Pues... una de dos: o tiene usted en su casa algún inconveniente más grave que los que me ha dicho, o se ha encaprichado usted de mí.

Roque Bravo sonrió. Era la primera vez que Mariana veía aquella expresión en aquel rostro, y la transformación fue tan notable que la desconcertó.

—Me pone usted en un compromiso muy grave, pero no tengo más remedio que ser sincero: tengo casi cuarenta años; ya he pasado de la edad de los caprichos y las locas pasiones.

—¡Eso no tiene que ver! También un hombre maduro puede perder la cabeza por una mujer.

Se acentuó la sonrisa de Roque.

—¡Bien!, pues no es ése el caso. Yo no he perdido la cabeza por usted. La decisión que he tomado, la he tomado por reflexión y no por pasión.

—¡No lo creo! ¡Está usted mintiendo!

—¡Mariana! —interrumpió don Fidel severamente—. ¡No debes hablar así!

—¡Usted perdone, pero tengo que ser sincera!

—Sí, don Fidel —apoyó Roque tranquilamente—, es necesario que hablemos claro, si queremos llegar a una conclusión.

—¡Bueno, bueno! Pues que hable... Pero no te dejes llevar por el genio, hija: di lo que piensas, pero no hables sin pensar.

—¡Quiere engañarme, don Fidel, lo veo muy claro! Sabe que yo le rechazaré si confiesa que está loco por mí; sabe que a mí, en estos momentos, su amor no puede atraerme, sino espantarme.

—¡Vamos, vamos —amonestó don Fidel—, no saques las cosas de quicio!

—¡Yo quería a mi marido! —dijo Mariana apasionadamente—. Era guapo, joven

y alegre. Yo le adoraba, y él me quería a mí, digan lo que digan. No era un hombre formal, no encontraba trabajo que le gustara. Quizá... no me era fiel tampoco. ¡Pero yo le quería con todos mis sentidos y nunca querré a ningún otro!

Don Fidel parpadeó, pero no dijo nada. Miró de reojo a Roque, que no parecía en modo alguno impresionado por el arranque de Mariana. También ella le miraba retadora, con la respiración agitada. Roque habló sin precipitarse.

—Yo no dudo de que dice usted la verdad. La acepto... y me alegra.

—¿Le alegra que yo no pueda quererle nunca?

—Ni a mí ni a ningún otro. Eso es lo que usted ha dicho.

—¡Eso es!

—Pues es una garantía para mí. Llegará usted a estimarme. Yo la estimo ya y la respeto. Es usted valerosa y leal. Con eso me basta. Su pasión no la necesito.

—¡Ya! —dijo Mariana con desprecio—. Le bastaba a usted con tenerme, aunque sea contra mi gusto.

—¡Vamos, vamos, Mariana! —murmuró don Fidel, apurado.

—Se equivoca usted —dijo Roque—, y, para demostrárselo, voy a hacerle una oferta: si usted lo desea, será el ama de mi casa y la segunda madre de mis hijos. Pero mi esposa, sólo en los papeles.

—¡Eh, poquito a poco, señor don Roque! —intervino con viveza el párroco—. Esos propósitos pueden plantear serios problemas en cuanto a la validez del matrimonio. Si se casan ustedes con el previo compromiso de no consumir su unión...

—No se preocupe usted por eso, don Fidel —cortó Mariana secamente—, si yo me otorgo ante la Iglesia por esposa del señor Bravo, será para cumplir todos mis deberes como buena cristiana. He dicho que nunca podré amarle, porque así lo creo sinceramente; pero una mujer puede ser una buena esposa aunque no sienta nada en su corazón.

—Eso es muy justo —dictaminó don Fidel—, la mutua estima y el mutuo respeto pueden ser mejores bases para un buen matrimonio que una pasión ardorosa, que casi siempre es de corta duración. El afecto viene luego, con el paso del tiempo, siempre que ayude la buena voluntad... Pero hay una cosa, don Roque... —El viejo cura carraspeó azorado—. Yo no pongo en duda de ningún modo su buena fe, ni mucho menos quiero ofenderle...

—Hable sin miedo —le animó Roque—, tiene usted derecho a pedirme las garantías que quiera.

—Mariana ha hablado de una posibilidad a la que usted no ha respondido...

—No sé a qué se refiere usted...

—Si... si en las condiciones de su casa... o de su familia hay algún grave inconveniente que justifique esta decisión, realmente un poco fuera de lo ordinario,

que usted ha tomado, creo que es su deber explicársela claramente a Mariana.

Roque frunció el ceño, como reflexionando. Luego habló lentamente y hasta con cierta premiosidad.

—Honradamente —dijo al fin—, creo que he dicho todo lo esencial, al menos en lo que pueda afectar a Mariana. Cada casa y cada familia tienen sus dificultades, pero yo creo que, dentro de lo que alcanza la previsión humana, puedo ofrecer a mi esposa una posición segura, tranquila y respetada. Y, a mi juicio, esto es lo que más necesita una mujer buena, y doña Mariana Estévez, más que ninguna otra.

El efecto de las palabras de Roque Bravo sobre sus dos oyentes fue muy distinto y hasta contrapuesto: al cura le parecieron evasivas y más bien inquietantes. A Mariana, en cambio, la apaciguaron por completo.

—Sí: eso es lo que yo necesito: paz y respeto. No pido otra cosa.

—Sin embargo, hija mía —aventuró el cura, vacilante—, quizá sería prudente que, antes de la decisión irrevocable, procurases conocer más directamente la vida que vas a aceptar... ¿No sería posible, don Roque, encontrar el medio de que Mariana se instalase en las cercanías de su casa durante algún tiempo...? ¿No podría usted buscarle un empleo honorable en la vecindad, de modo que pudieran ustedes conocerse mejor...?

—No —dijo Roque con cierta sequedad—; no se me ocurre ningún medio adecuado. Mi casa, como le he dicho, está aislada en el campo. Además, deseo evitar en lo posible cábalas y habladurías. Mi propósito es casarme en Madrid y comunicar a mis familiares los hechos consumados. Precisamente iba a proponerle a usted, señora, una condición indispensable.

—¿Qué condición? —dijo Mariana, otra vez recelosa.

—Que se deje usted en Madrid su nombre y su pasado. Para mi familia y mis vecinos, será usted sólo «María»; y si necesita en alguna ocasión usar su apellido, será el segundo el que diga siempre.

Mariana se encogió de hombros.

—Muy bien. ¿Por qué no? Ya en Madrid empecé a nombrarme María Veral. Pero siempre queda el peligro de que alguien me reconozca.

—Procuraremos evitarlo.

—¿Pero puede ocurrir que no lo consigamos! —insistió Mariana, algo impaciente.

—Poder, pueden ocurrir muchas cosas. Si el caso llega, ya lo afrontaremos.

—Entonces, acepto, señor Bravo. Nos casaremos cuando usted quiera.

—En cuanto consigamos arreglar los papeles. El plazo legal de su viudez ya se ha cumplido. ¿Le parece bien, en principio, a primeros de julio?

—Sí —dijo Mariana, con voz un poco ahogada—, me parece bien.

Y a usted, don Fidel —Roque se volvió, sonriente, hacia el cura—, ¿le parece bien?

—Yo... yo aquí no tengo por qué opinar —murmuró el viejo, más confuso y preocupado de lo que quería confesarse—, lo único que puedo hacer es pedir a Dios por vosotros.

4.

Desde el momento en que aceptó la proposición de Roque, Mariana se propuso no consentirse más dudas sobre su decisión: ya estaba tomada, ya había empeñado su palabra, y no se volvería atrás por ningún motivo. En realidad, no los tenía: el comportamiento de Roque pecaba, si acaso, por exceso de corrección y de reserva, y esto para Mariana no era motivo de rencor, sino de gratitud.

Durante el tiempo que transcurrió hasta la boda, aquellos novios singulares se vieron pocas veces y siempre muy brevemente y en presencia de la patrona.

Un día, ésta no pudo más e interrogó a Mariana:

—Señorita, usted me disculpará si me meto donde no me llaman, pero es que me estoy figurando una cosa y me parece que no me equivoco...

—Si lo que se figura es que voy a casarme con don Roque Bravo, no se equivoca usted.

—¡Ay, señorita, cuánto me alegro! ¡Que sea para bien!

—Gracias, Manuela.

—Ha hecho usted muy bien en decirle que sí. Es un señor de verdad y muy buen cristiano. Mariana sonrió.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Le conoce mucho?

—¡Ay, mire, le conozco por su manera de portarse! Mucho debe de quererla a usted cuando tanto se preocupa de cuidarla y de que no le pase nada malo.

—Usted fue a buscarme por encargo suyo, ¿no es verdad?

—Sí, señorita... ¡Pero no piense mal de mí! Desde el primer momento me dijo que venía con buen fin, que, si no, ¡a buena hora me presto yo a hacer ese papel! Yo sabía que no me engañaba, ¿sabe?, porque antes de hablar conmigo estuvo hablando con la portera, que tiene un hijo de camarero en la *Fonda de Madrid*. Le preguntó por una habitación en una casa honrada y de toda confianza, y la portera, que bien me conoce, le mandó para la mía... Y ¿sabe lo que me dijo él...? En seguida me conoció por el habla que soy de su tierra, y me dijo que se alegraba, porque así yo le tendría más confianza a él y a mí. Y que le importaba más que la vida ayudar a una persona que estaba en un mal paso sin culpa ninguna. Y esa persona era usted, señorita... Me explicó todo lo de su juicio, y yo me quedé tan convencida.

—Supongo que le dio dinero, además de buenas razones —dijo Mariana.

—¡*Diome*, no lo puedo negar! Yo soy una pobre y tengo que vivir, señorita, y, tal como están las cosas, tenerla a usted en casa puede traer muchos disgustos... ¡Pero ni por todo el oro del mundo le serviría yo si fuera para algo feo!

Aunque no lo manifestó, aquellos informes dejaron en Mariana una fuerte impresión: las palabras de la patrona «mucho debe de quererla a usted» parecían tener una sólida base en la realidad. Era evidente que Roque Bravo había derrochado

ingenio y voluntad para ayudarla sin dar lugar a ambiguas interpretaciones. Y había conseguido, aún antes de su matrimonio, crear en torno a ella un islote de respeto y seguridad, los mismos bienes que le había ofrecido para el futuro.

«Me quiere, aunque lo niegue; no puede haber otra explicación. Se muestra frío, no me pide nada, ni siquiera una palabra cariñosa; pero es porque sabe que yo no podría dársela, ni por salvar mi vida. Teme asustarme, y por eso se domina, pero forzosamente tiene que estar enamorado de mí. A no ser que...».

Aquella otra explicación no lo era, en realidad. Era sólo una sombra, una fantasía indeterminada que a veces surgía en la mente de Mariana, sobre todo por las noches, cuando estaba en la cama y no podía dormirse o cuando sus maltratados nervios la despertaban de madrugada. Entonces veía en Roque Bravo a un ser de otro mundo, encargado por misteriosos poderes de cumplir para con ella una oscura y fatídica misión...

«¡Se lo preguntaré! —se prometía a veces en aquellos momentos de angustia—. Le contaré estos miedos que paso y mis presentimientos...».

Pero, llegado el día, rechazaba aquellas ideas disparatadas y se repetía que su suerte estaba echada y que era enfermizo detenerse en tales fantasmagorías cuando tantos motivos reales tenía de preocupación.

La boda se celebró por la tarde y con la máxima reserva. Al verse frente al altar, en la iglesia solitaria y oscura, Mariana recordó angustiosamente su primera boda, también rápida y sin ceremonia, porque ella no tenía parientes cercanos, y Antón se había mostrado refractario a toda solemnidad.

«¡Pero tan distinta!», gimió Mariana en su corazón.

Y deseó que cualquier obstáculo fulminante obligara a aplazar la ceremonia y le diese tiempo a reflexionar.

Pero todo se desarrolló sin obstáculos y con una rapidez que a Mariana le pareció vertiginosa.

—Señora doña Mariana Estévez y Veral, ¿quiere usted por esposo...?

Y Mariana dijo que sí a las tres preguntas, consciente de que le habría resultado mucho más fácil decir que no.

Acabada la ceremonia, los recién casados tomaron un coche para irse directamente a la estación del Norte, donde ya tenían el equipaje. Roque ayudó a subir a Mariana y se sentó luego a su lado. El coche arrancó. Mariana tenía los ojos bajos y las manos fuertemente apretadas sobre el regazo. Oyó la voz de su marido, muy tranquila, con un dejo insólito de burla amistosa:

—Yo te aseguro, María, que no tienes ningún motivo.

—¿Cómo...? —Mariana alzó la cara, desconcertada.

—Estás asustada, y eso es una tontería. No tienes nada que temer de mí. No voy a imponerte ninguna violencia. Sólo deseo tu bien.

Mariana sintió un nudo en la garganta y se esforzó por tragarse unas lágrimas inoportunas. Al cabo de un momento, cuando ya había pasado la ocasión de responder, murmuró en voz muy baja:

—¡Gracias!

Roque no dijo nada, y ella se quedó sin saber si la había oído o no. Y en seguida se acabó aquella brevísima y relativa soledad.

Cenaron en la estación, sumergidos en una atmósfera de agobio y mal humor. Luego entraron en su departamento. Todos los del tren iban llenos, porque la moda del veraneo en el Norte se acentuaba cada año entre la gente distinguida y la que quería parecerlo. El viaje le resultó a Mariana interminable. Se dormía y despertaba, aturrida por el monótono traqueteo, sobresaltada por los repentinos alaridos de la máquina, tan misteriosos en la noche... Hacía calor y la atmósfera estaba cargada; pero la mayoría de los viajeros consideraban una temeridad el abrir la más leve rendija en las ventanillas.

Roque, junto a Mariana, estaba sorprendentemente inmóvil, apenas visible, como una gran sombra; y ella, aunque se sentía anquilosada por la rígida postura, no quería de ningún modo abandonarse sobre su hombro.

«Es un desconocido, y estoy casada con él».

Tampoco de Antón sabía apenas nada en el momento de su matrimonio.

«Pero... ¡era tan distinto!».

Porque a Antón le quería y no necesitaba saber nada más para entregarle su vida con plena confianza. En cambio, ahora...

«Si me bajase en la primera estación, todavía podría anularse el matrimonio...».

Pero sabía que no haría tal cosa: no era el tren lo que la arrastraba hacia tierras desconocidas, sino la voluntad de aquel hombre que se llamaba Roque Bravo y afirmaba que sólo quería protegerla.

Llegó el día, y los viajeros empezaron a removerse, despeinados, sucios de carbonilla. El tren salía de un túnel para entrar en otro. Roque sonrió a Mariana:

—Ya falta poco. En Lugo dejaremos el tren y, después de comer, tomaremos un coche para Meilán.

Mariana no quiso bajar en Ponferrada para desayunarse, pero Roque se empeñó en darle por la ventanilla un vaso de café con leche.

Mariana no volvió a dormirse. Su estado era un penoso intermedio entre el sueño y la vigilia. Roque, en cambio, parecía bien despierto y animado. Miraba a cada momento hacia el exterior, y en cierta ocasión señaló a Mariana, sonriente, el paisaje que se descubría a través del sucio cristal de la ventanilla.

—¡Esto ya empieza a ser otra cosa! —dijo respirando profundamente, como si la atmósfera del vagón no fuera cada vez más mefítica.

Al fin llegaron a Lugo, y descendieron del tren; pero sólo para comer y

emprender un nuevo viaje en un coche alquilado. En Mariana se acentuaba la sensación de lejanía y desamparo. Roque llamaba su atención sobre el hermoso y fresco paisaje, sobre la grandeza misteriosa de los montes cubiertos de pinos y la dulzura de los prados jugosos, que daban ganas de ser vaca...

—Hemos tenido mala suerte: el coche es malo, y los caballos, peores. Vamos a llegar de noche, y es lástima, porque la entrada en Meilán merece la pena de verse.

—¿Meilán es un pueblo?

—No. Es el nombre de mi casa. La aldea más próxima se llama Fao.

El terreno, una vez pasado el alto puerto de montaña, se hacía cada vez más suave y feraz. Se veían pequeñas aldeas, muchas casitas aisladas, tejados de pizarra y una asombrosa red de muros de piedra cercando una infinidad de pequeñas fincas: prados, campos de maíz o de patatas, o de cereales casi maduros. Y, de cuando en cuando, medio oculta entre el verdor, una casa más grande y moderna, blanca y jactanciosa.

—Parece un país rico —dijo Mariana.

—Éstas son las mejores tierras de la provincia y quizá de toda Galicia —respondió Roque con orgullo.

Cruzaron una aldea, ya de noche. Algo más tarde, Mariana distinguió una elegante verja de hierro, tras la cual se entreveían un jardín y una gran casa con un torreón.

—Parece una finca muy hermosa —comentó Mariana.

—Es el pazo de Lorenzana —dijo Roque con brevedad.

—¿Está deshabitada?

—No. ¿Por qué?

—No lo sé. Como tú me dijiste que tu casa estaba aislada...

—Y lo está. Aún tenemos una hora de camino. Fue una hora escasa lo que tardaron.

Al cruzar un arco de piedra abierto en un muro de tres metros, Roque dijo, apoyando ligeramente su mano sobre el brazo de Mariana:

—Ya estamos en casa.

Olía a bojés y a flores, a jardín recién regado. Mariana estaba a cada momento más sorprendida y desconcertada.

Ante la puerta de la casa había un grupo numeroso de personas. Varias de ellas tenían linternas en las manos. Dos o tres perros empezaron a saltar en torno al coche, con ladridos cortos y gemidos de cariño. Una voz joven gritó:

—¡Quieto, *Leal*...! ¡*Canelo*, aquí...!

Roque saltó a tierra y ayudó a bajar a Mariana.

—¡Buenas noches, familia!

—¡Buenas noches, padre!

—¿Qué tal el viaje, Roque?

—Bienvenido, señor... y la compañía.

—Vamos adentro... Tengo que presentaros a María, y aquí no se ve nada. Venid todos arriba, a la sala...

Subieron por una escalera exterior, que conducía a una especie de galería cubierta, y entraron en un salón, iluminado por una potente lámpara de petróleo. Mariana tuvo una rápida impresión de lujo cómodo y anticuado, antes de dedicar por entero su atención a las personas que la rodeaban. Roque hizo las presentaciones: «Mi hermana Amanda, mis hijos Gaspar y Lorenzo...». Y varios nombres más que quedaron flotando en la mente de Mariana y que debían de corresponder a los servidores, hombres y mujeres: Benigna, Egidio, Alejo, Marcelina... Luego, Roque enlazó con el suyo el brazo de Mariana, y sonrió:

—No necesito deciros que ésta es mi esposa, la dueña de mi casa desde este momento.

Hubo un murmullo, se repitieron las reverencias:

—¡Bienvenida, señora!

—¡Por muchos años!

—Que sea para bien...

Los dos muchachos sonrieron tímidamente; Amanda hizo un tieso saludo con la cabeza.

—Gracias —dijo Mariana—. Me alegro mucho de conocerlos a todos...

—Quiero —dijo Roque, subrayando las palabras un poco más de lo que parecía adecuado— que mi esposa sea muy feliz, y espero que vosotros me ayudaréis a conseguirlo... Y, por de pronto —añadió con un rápido cambio de tono—, vamos a cenar. María está muy cansada, y yo también.

Los criados se esfumaron, y la familia se dirigió hacia el comedor.

—¿Y Otilia? —preguntó Roque.

—Está en la cama —respondió Amanda—. Para ella es muy tarde... Ya sabes que no le conviene trasnochar.

—Sí, ya sé —dijo Roque, impaciente—. Pero ¿está bien?

—Sí, sí; pero permíteme que te diga, hermano, que la sorpresa que ha recibido no ha sido de ningún provecho para sus nervios ni para los de nadie. Me refiero, naturalmente, a la noticia de tu boda. Yo misma he tenido palpitaciones toda la tarde. Gracias a que Benigna se empeñó en darme una copa de anís, y eso me sentó el cuerpo.

Amanda hablaba en tono quejumbroso. Era una mujer solemne y encorsetada, ostentosamente viuda, con vestido negro hasta la barbilla, pendientes de azabache y un guardapelo de oro con un gran pensamiento de esmalte morado que, con toda evidencia, contenía reliquias de su difunto. Los hijos de Roque eran dos muchachos delgados, de ojos vivos. Mariana observó que evitaban mirarse para no romper a reír,

quizá porque acostumbraban burlarse de su tía o porque estaban azorados; o quizá, simplemente, porque tenían alrededor de doce años. Su padre los cogió a los dos por el cuello y los empujó hacia delante, con una sonrisa reprimida de complicidad. Los chicos se adelantaron de prisa, riendo ahogadamente, y Roque enlazó con un brazo a su hermana y con el otro a su mujer.

—Es verdad que todo ha sido muy rápido —dijo con alegre naturalidad—; pero ya comprendes que yo no estoy en edad para noviazgos largos.

—Una cosa es un noviazgo largo, y otra cosa es un escopetazo como éste... Usted me perdonará, María, pero...

—¿Qué es eso de *usted*? —interrumpió Roque—. ¡No seas ridícula, Amanda! María es tu hermana.

—Sí, muy cierto; pero la culpa es tuya: si me hubieses hablado de ella, si yo hubiese ido a Madrid, como es debido, para pedir su mano, habría tenido tiempo de conocerla y de...

—¡Bien, ya la conoces...! ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Sin grandes novedades. Todo se ha hecho conforme a tus órdenes. Eso supongo, por lo menos, ya que las mandaste a Egidio y no a mí.

—Quise evitarte molestias, mujer.

—Las molestias tengo que padecerlas lo mismo. Y, además, la humillación de ver que se hacen cosas raras que yo no comprendo y tener que acatarlas sin decir nada.

—¿Cosas raras?

—¡Sí, sí! Ahora no es momento de entrar en detalles, pero te aseguro que he tragado mucha quina. ¡En fin, no hablemos más de esto! Ya sabes que yo no soy quejumbrosa.

—¡No, desde luego! —dijo Roque, con un tono de profunda convicción que hizo recrudescerse la carcajada clandestina de los chicos.

Estaban ya en el comedor. Otra poderosa lámpara colocada en un portalámparas de bronce y porcelana suspendido del techo por tres cadenas. Una gran mesa reluciente de plata y cristal. Aparadores cargados de vajilla... Roque apartó la silla para que se sentara su mujer, mientras el mayor de los chicos prestaba a su tía el mismo servicio.

«Una familia feliz —pensó Mariana— y una casa rica...».

Este pensamiento la acompañó durante toda la cena. Roque le había dicho que tenía tierras en Galicia, y ella había imaginado una propiedad oscura en un remoto rincón. ¿Dónde estaban las dificultades que él había insinuado con motivo de su boda?

«Aquella mujer, Benigna, tiene todo el aspecto de un ama de gobierno; la doncella que sirve la mesa sabe su oficio, y la comida es muy buena. Excesiva, para mi gusto; pero, claro, supongo que habrán querido celebrar mi llegada».

—Tu mujer no come nada, Roque —dijo Amanda—. Creo que no le gusta el pollo.

—¡Oh sí! —se apresuró a protestar Mariana—. Sí que me gusta. Pero, de verdad, no puedo comer más.

Acabada la cena, Roque abrevió las despedidas.

—La última noche la pasamos en el tren. Nos hace falta un buen descanso, y yo tengo que madrugar mañana. ¡Buenas noches a todos!

Encendió una vela de una de las varias palmatorias que había sobre la chimenea. Con ella en la mano izquierda, pasó el brazo derecho sobre los hombros de su esposa y se la llevó pasillo adelante. Ella le dejaba hacer con aparente pasividad, pero se sentía erizada de antagonismo. Al llegar ante una puerta, al otro extremo del pasillo, Roque la soltó para abrirla. Mariana entró y se adelantó varios pasos con la manifiesta intención de distanciarse de él. Le oyó cerrar la puerta, se volvió y se quedó mirándole. Dijo, enmascarando muy mal su agitación bajo una calma falsa por completo.

—¿Por qué tanto empeño en engañarme? ¿Por qué no me dijiste la verdad, si yo la adiviné desde el principio...?

Roque depositó cuidadosamente la palmatoria sobre una cómoda.

—No entiendo —dijo—. ¿A qué viene eso ahora?

—¡Tú me dijiste que tenías dificultades en tu casa, que te hacía falta una mujer para gobernarla! ¡Y todo eso es mentira! Aquí sobran mujeres, la casa es rica y rodeada de otras casas... ¡Te sobrarían novias si quisieras casarte!

Roque sonrió. Su dentadura era hermosa y en sus sienes se formaron pliegues de burla espontánea.

—Me lo reprochas como un crimen. Yo podía elegir y te elegí a ti. ¿Dónde está la ofensa?

—¡La ofensa está en la mentira! Ahora contradices la explicación que me diste... ¿Por qué? ¡Eso es lo que quiero saber!: ¿por qué?

—¡Por Dios, cálmate! No quiero que toda la familia nos oiga discutir.

—¡Están lejos de aquí!

—De todos modos, pueden oírnos.

Mariana se volvió bruscamente, mordiéndose los labios. La calma de Roque aumentaba su desconcierto y su irritación.

La alcoba era grande, amueblada con lujo antiguo y sólido: una inmensa cama de caoba, muy alta, cubierta por una colcha de damasco amarillo, a juego con las cortinas de las dos ventanas. Candelabros de plata sobre la chimenea de mármol rojo.

—Si hay algo que no te agrada —dijo Roque—, lo cambiaremos. Aquella puerta pequeña da a un cuarto ropero y de aseo... El fuego, como ves, está preparado, pero no creo que lo necesites. He dicho que te trajeran ropa de mi hermana, para que no

tengas que ocuparte hoy de tus maletas.

Mariana apenas escuchaba.

—¿Por qué me engañaste, Roque? —repitió con obstinación.

Roque suspiró.

—Tú misma te engañaste. No quisiste creerme cuando te dije la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que sólo deseaba protegerte.

—¡Ésa no es la verdad! ¡No hay nadie en el mundo capaz de hacer una cosa así! Si lo que quieres es que te lo agradezca, pierdes el tiempo: sólo un loco haría una quijotada semejante. Un loco... o un muchacho sentimental y romántico. Y tú no eres ninguna de las dos cosas, eres todo lo contrario. Un hombre como tú puede casarse por un capricho, por una pasión repentina, por un deseo más fuerte que su juicio; pero si no sintieras más que compasión, me habrías dado dinero, me habrías buscado amparo, pero...

—Olvidas que quise ofrecerte las dos cosas, y tú las rechazaste.

Mariana se llevó las manos a la frente, agotada pero no convencida.

—Entonces..., ¿mantienes que no me quieres, que no te atraigo como mujer?

—Siento tener que repetir tal descortesía, pero... lo mantengo.

Mariana sintió una oleada de sangre en las mejillas. Al desconcierto se mezclaba ahora un vivo despecho, ilógico pero inevitable.

—Y... ¿estás también dispuesto a demostrarlo? —dijo con aspereza retadora.

—Desde luego. Si me hubieras dejado terminar, te habría explicado que mi habitación está al otro lado del cuarto de aseo. Me instalé en ella durante la última enfermedad de mi mujer, que fue muy larga, y después de su muerte seguí durmiendo allí. Hay un pestillo entre las dos habitaciones. Puedes cerrarlo, si quieres; pero acuérdate de abrirlo por las mañanas. No deseo que mis criados ni mi familia noten nada extraño en nuestro matrimonio.

Mariana se quedó sin habla durante unos momentos, mirando a Roque de hito en hito. Él estaba inmóvil como un bloque de serenidad incommovible, mirándola a su vez sin pestañear. Subconscientemente, ella esperó verle alzar la mano para meterla bajo la solapa, y eso fue lo que él hizo, en un movimiento despacioso y sin duda maquinal.

Mariana emitió un sonido ahogado y se tapó la boca con la mano. Roque bajó la suya, desconcertado.

—Pero... ¿qué te sucede?

—¡Otra vez...! ¡Otra vez...! ¿Cuándo te he visto yo a ti, Roque...? No tu cara, no. Tu cara no la había visto hasta aquel día en la Audiencia... Pero ese ademán tuyo, ese movimiento... ¡Siempre sé cuándo vas a hacerlo antes de que lo hagas!

—¿Quieres decir el de meterme la mano en el bolsillo, así?

—¡Sí, sí! Estás muy quieto, y de pronto haces eso... Lo haces sin darte cuenta, me parece.

—A veces, sí; ya te lo he dicho; pero ¿qué tiene de particular?

—Que yo lo adivino, ¿comprendes? Lo veo *antes*.

—Bien. —Roque alzó levemente los hombros—. Me has visto hacerlo varias veces; ¿qué tiene de extraño que lo preveas?

—¡No quieres comprenderme! Fue la primera vez. Yo no te había visto nunca, no te conocía de nada, y cuando te vi en la Audiencia, plantado frente a mí, supe exactamente lo que ibas a hacer: alzar tu mano, meterla bajo la solapa y sacarla otra vez vacía... ¡Lo supe y tú lo hiciste! ¡Y yo no te había visto nunca hasta aquel instante!

—¡Cálmate, María! ¿Por qué te agitas de ese modo? Todo eso es muy sencillo y nada tiene de misterioso: no se trata de ningún gesto raro. Supongo que hay muchos hombres que acostumbran hacerlo. Tú te habrás fijado en alguno de tu conocimiento que tuviera esa costumbre.

—¡No, no, no te empeñes en hablar sin saber! ¡Eres tú, sólo tú, no ningún otro! ¡Yo te reconocí *a ti* en ese movimiento! Y supe también...

Mariana se interrumpió. Las piernas le flaqueaban. Se sentó de golpe en una de las butaquitas de felpa que había a los pies de la cama. Roque la miraba con curiosidad y también con disgusto. Con el disgusto de un hombre razonable ante los histerismos de una mujer.

—Supe —continuó Mariana, con menos fuerza— que era algo malo para mí. Algo muy malo.

—¿El que yo sacara el tabaco? —interrogó Roque irónico.

—¡No lo sacaste, y yo sabía que no ibas sacarlo!

—Más a mi favor —Roque sonrió burlescamente—, ni siquiera podía molestarte el humo.

—¿Qué es lo que crees? —exclamó Mariana, indignada—. ¿Que estoy loca, o que finjo?

—Creo que te hace daño recordar aquellos malos momentos, sobre todo ahora, que estás cansada. Lo mejor que puedes hacer es procurar dormir.

Mariana suspiró, algo avergonzada.

—Sí... Creo que tienes razón...

—Descansa bien, y hasta mañana...

Roque se dirigió hacia la puertecita de comunicación. Se detuvo antes de salir.

—A Egidio, naturalmente, no le he dado ninguna explicación sobre mis órdenes; pero a mi hermana sí se la daré, si tengo ocasión. Le diré que quiero tener libertad de madrugar o traspasar sin molestarte, y que, además, me he acostumbrado a mi cuarto y soy demasiado viejo para cambiar. Te lo digo por si surge la conversación, que no te coja desprevenida.

—Eso no te ocurre a ti nunca, ¿verdad? —dijo, con una acidez de origen desconocido—. Tú lo tienes siempre todo previsto.

Roque se detuvo con la mano en el picaporte.

—No —dijo—. No siempre.

Mariana durmió bien y se despertó descansada. La luz se filtraba suavemente por los balcones. Se levantó, se puso una bata y salió a uno de ellos. El sol le dio en la cara, haciéndole bajar los ojos. Una madreSelva que trepaba hasta los barrotes alargaba hacia ella un trémulo racimo de flores marfileñas. Mariana se inclinó aún más para olerlas, con una repentina sensación de alegría y libertad. Miró hacia delante frunciendo un poco los ojos.

Aquella era la fachada posterior de la casa, y ante ella se extendía un cuadrado de césped rodeado de rosales de pie. Un hombre con sombrero de paja estaba regando en aquel momento; colocaba los dedos ante la boquilla de la manga, con lo que el chorro de agua se descomponía en haces ligeros y susurrantes.

—Pero, hombre, Julián, ¿qué haces...? ¡A quién se le ocurre ponerse a regar a estas horas el campito...! ¿Dónde quieres que me siente yo ahora sin mojarme los pies...?

Era Amanda quien reprochaba, quejumbrosa y cargada de razón. Salía de la casa en aquel momento, con una gran bolsa de labor al brazo y acompañada de uno de sus sobrinos, que le traía un sillón de mimbres.

Mariana se retiró del balcón, dándose cuenta de que debía de ser escandalosamente tarde.

Y de otra cosa también: de que había salido de la cárcel.

5.

Había en la habitación un gran tocador de caoba, con un espejo ovalado sostenido por dos cuellos de cisne al estilo imperio. Mariana se sentó frente a él para peinarse y se quedó quieta, mirando atentamente su propia cara. Frunció el ceño, suspiró y empezó a cepillarse el pelo.

«Estoy flaca —pensaba—, y descolorida, y fea. Seguramente a Roque, que no me conoce de antes, le parezco del montón y marchita. Pero, entonces, ¿por qué...?».

Se encogió de hombros y descartó la pregunta con una respuesta que sabía falsa:

«Será que es un filántropo... Un filántropo de rara especie...».

Acabó rápidamente su arreglo y salió de la habitación. En el pasillo se desorientó un poco y, en lugar de llegar al salón, se encontró frente a una ancha escalera de piedra, que descendía hasta un largo vestíbulo solado de grandes lastras, también de piedra, muy pulimentadas por el tiempo. Además del arranque de la escalera, se abrían a él varias puertas laterales, y dos más anchas, una en cada extremo, que daban a las dos principales fachadas de la casa. A través de una de ellas vio Mariana la verde hierba del campito, y a Amanda sentada en su sillón de mimbre, con los pies sobre un taburete y bordando en bastidor. Mariana se volvió hacia el otro lado, pues deseaba ver la fachada delantera, que al llegar apenas si había adivinado. Ante ella, la explanada estaba enarenada, y un amplio camino bordeado de un seto de boj medianamente recortado conducía hasta el arco por donde había entrado el coche la noche anterior. Mariana miró hacia la casa. La fachada era hermosa, típica de un pazo gallego, con una doble escalera exterior, que conducía a un cuerpo saliente bajo el cual se abrigaba la ancha puerta principal. La hiedra cubría el granito en buena parte y enmascaraba casi por completo el gran escudo de armas, que no estaba en el eje de la fachada, sino en la esquina superior derecha.

Mariana empezó a pasear lentamente dando la vuelta al edificio. En todas las perspectivas se descubría, como fondo, el altísimo muro de piedra, cubierto también de enredaderas.

Las ventanas de la planta baja eran pequeñas y estaban enrejadas. Mariana supuso que correspondían a dependencias tales como graneros, despensas, bodegas, y se quedó muy sorprendida cuando vio que, a través de una de ellas, una mujer estaba mirándola fijamente. No fue su mera presencia lo que la sorprendió, sino un conjunto de circunstancias que se impusieron simultáneamente a su atención: la mujer, que era extremadamente joven, llevaba el negro pelo suelto sobre un peinador de encajes, propio sólo para ser usado dentro del dormitorio, y sus ojazos se clavaban en Mariana con una expresión insolente y rencorosa. Mariana saludó, algo intimidada:

—¡Buenos días!

Los labios, llenos, húmedos, hermosos, de la joven permanecieron cerrados

durante un largo momento. Al fin pronunciaron, muy brevemente:

—Buenos días.

Mariana dio dos pasos para continuar su paseo; pero sintió sobre su espalda la mirada de la desconocida, y no pudo menos de volverse a mirarla de nuevo.

—Discúlpeme si me equivoco —dijo, decidiéndose de pronto—, pero supongo que... que es usted Otilia.

—Sí. Yo soy Otilia Bravo. ¿Y usted?

—Yo soy... María. La mujer de tu padre. Me alegro mucho de verte. Ayer, cuando yo llegué, tú estabas ya acostada.

La jovencita sonrió, y su belleza se borró, porque aquella sonrisa no tenía nada de juvenil ni de agradable.

—No estaba acostada. Estaba encerrada.

—¿Encerrada? —murmuró Mariana.

—¡Sí! Como ahora. Éste es mi calabozo.

—Eso... —dijo Mariana, indecisa y desconcertada—, eso es una broma, naturalmente...

—¡Acérquese, mire hacia dentro!

Mariana se acercó. La habitación era muy baja de techo; el suelo estaba cubierto de alfombras, pero bajo ellas se veían las mismas lastras de piedra que en el portal. Y las paredes, aunque bien blanqueadas, tenían el enlucido tosco, en contraste con los elegantes muebles, propios de una alcoba de jovencita.

—¿Ve usted? Me han traído a este cuarto porque la ventana tiene reja. Antes había aquí una panera.

—¿Una... panera?

—¡Sí! Donde se guarda el pan, el centeno... Quitaron las arcas, le dieron una mano de cal y trajeron aquí los muebles de mi cuarto.

—Pero... ¿por qué?

—Por orden de mi padre.

—Me lo figuro; pero supongo que tendría alguna razón para darla.

—Eso... pregúnteselo a él. Para usted no tendrá secretos. Cuando un hombre se casa a sus años con una mujer más joven que él, se convierte en un pelele.

—Me parece —sonrió Mariana— que conoces muy poco a tu padre.

—La tía Amanda debe conocerle, ¿no le parece? Y ella es quien lo dice. ¡Cuando él no está delante, claro!

—¿Es verdad que estás encerrada?

—¡Ya lo creo! Y con una llave así de grade... Benigna es mi carcelera.

En aquel momento, cuando Mariana empezaba a preguntarse si en aquella criatura estaría el secreto de Roque —y quizá, por oscuros caminos, la razón de su extraña conducta—, la puerta de la habitación se abrió y el propio Roque apareció en

su hueco. Mariana notó, con vago alivio, que no había habido girar de llave, sino el simple alzarse de un anticuado, ruidoso y simple picaporte. Roque permaneció un instante inmóvil, como apreciando la situación. Luego se adelantó hacia su hija, mirando al mismo tiempo a Mariana y saludando a las dos sucesivamente.

—¡Buenos días, María! ¿Cómo estás, hija? ¿Qué haces aquí, encerrada a estas horas, con el día tan magnífico que tenemos?

—Buenos días, padre —dijo Otilia, inexpresiva.

Pero Roque no pareció percibir aquella notoria frialdad. Continuó hablando tranquilamente.

—Precisamente venía a buscarte para presentarte a María; pero veo que ya habéis hecho conocimiento.

—Sí..., a través de una reja.

—¡Bueno! Eso no impide que podáis veros y saludaros. Tengo en obra la mitad de la casa —añadió dirigiéndose a Mariana—, y por eso me he visto obligado a trasladar aquí los cuartos de mis hijos, provisionalmente.

Otilia tenía la cabeza baja y las pestañas velaban sus ojos; pero la comisura de su boca se curvaba ligeramente en un gestecillo que no llegaba a ser sonrisa pero que a Mariana le pareció insolente. Roque no pareció verlo. Dio un golpecito en la mejilla de su hija.

—Bien: vístete y sal al campito. Te espero allí con María.

Salió de la habitación, y Otilia, al quedarse sola, se volvió hacia Mariana. Dijo:

—No me han traído aquí por causa de las obras; ha empezado las obras para traerme aquí.

—La puerta no estaba cerrada con llave —respondió Mariana tranquilamente.

El rostro de Otilia se arrebató de ira.

—¿Usted qué sabe?

—Lo sé perfectamente.

Otilia iba a replicar, pero cambió de gesto al sentir el paso de su padre sobre la arena. Alzó los brazos para correr las cortinas.

—Hasta luego —dijo—. Voy a vestirme.

Roque cogió del brazo a su mujer.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? ¿Has dormido bien?

—¡Admirablemente! Pero dime, Roque: tu hija parece resentida contra ti. Me ha dicho que la tienes encerrada.

—Ya te dije que está muy mal criada.

—¿Sólo eso...? —insistió Mariana lentamente.

Y Roque saltó con viveza:

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Pero las cosas que me ha dicho...

—¿Qué te ha dicho? —cortó de nuevo Roque, apremiante.

—Me refiero, sobre todo, a la forma de decirlo: parece amargada y rebelde.

—¿Cómo se te ocurrió venir a hablarle? ¿Quién te dijo dónde estaba?

Mariana alzó los ojos hacia la cara de su marido. Aunque éste había hablado con naturalidad, a ella le pareció percibir en su voz una irritación contenida.

—Nadie me dijo nada. La vi casualmente en la ventana y adiviné que era ella. No era difícil, aunque es cierto que el sitio me sorprendió un poco...

Roque no contestó. Iban desandando despacio los pasos que Mariana había andado un momento antes.

—Es una casa muy hermosa —dijo Mariana, por decir algo—; pero no debías dejar que la hiedra cubriera el escudo.

Roque sonrió.

—No lo permitiría si el escudo fuese mío.

—¿Es que no lo es?

—No. Mi padre compró esta casa y las fincas. Era un indiano, ¿sabes?

—¡Ah! —hizo Mariana.

—Mi abuelo tenía unas tierrecitas y muchos hijos. Mi padre era uno de los pequeños. Se fue a América, como tantos otros, y ganó mucho dinero. Pero ni un solo momento dejó de pensar en volver y en comprar tierras. Pudo casarse allí con mujer rica, pero no lo hizo. Quería una esposa de acá y de buena familia.

Roque Bravo miró en torno con una ligera sonrisa que apenas disimulaba su orgullo.

—Cumplió todos sus propósitos —dijo—. Estas tierras y esta casa pertenecían al marqués de Treboedo, que las vendió para irse a Madrid.

—Es raro que tu padre no prefiriera edificar una casa nueva.

—Eso suelen hacer los indianos. Cuando veas una casa muy blanca o pintada de colores es que es de un indiano. Pero mi padre era diferente. Sabía que el dinero solo no es nada. Pagó muy bien al marqués. Muy bien.

—Estás orgulloso de tu padre, ¿verdad? —sonrió Mariana.

—Sí, por cierto. Era todo un hombre. Se fue a América en la cala de un barco, como tantos otros. Pero no se conformó con hacerse rico. Muchas veces, paseando por sus tierras, me decía: «Roque, de los hombres nacen los caballeros».

Roque se volvió con cierta brusquedad y cambió de tono.

—Vamos —dijo—; nos sentaremos con mi hermana en la huerta. Si no le hacemos un poco de caso, se dará por ofendida. Habrás notado que es muy puntillosa.

—Sí, eso me ha parecido...

Mariana hizo una pausa y añadió:

—Si está acostumbrada a gobernar la casa, supongo que le caerá muy mal que venga yo a quitarle su puesto...

—El puesto es tuyo, indiscutiblemente —decretó Roque perentorio—. Además, Amanda no vive aquí siempre. Su marido le dejó una casa en Mondoñedo, y ella la habita una parte del año.

Dieron la vuelta a la esquina. Mariana miró a Amanda, que bordaba muy abstraída, metiendo la nariz en la labor.

—Es mucho mayor que tú, ¿verdad?

—Ocho años.

—¿Nada más? Podría pasar por tu madre.

Roque sonrió con burla amistosa.

—¡Gracias! Es un cumplido que me halaga. Sobre todo ahora que estoy casado con una mujer que podría ser mi hija.

—¡Eso no es verdad! Sólo nos llevamos quince años...

—Lo bastante para que yo desee parecer joven.

Estaban ya ante Amanda. Cambiaron unas frases, y Roque entró en la casa en busca de asientos. Mariana habló con su cuñada sin poner apenas atención a lo que decía. Tenía demasiadas cosas en que pensar.

Roque tardaba en reaparecer. Vino un criado con dos sillones de mimbre, y volvió a entrar para traer uno más. Al fin apareció Roque en la puerta, llevando del brazo a su hija Otilia. A primera vista se advertía que la muchachita venía contra su gusto. Roque la hizo sentar en uno de los sillones, y se sentó luego en el que quedaba libre.

—Hace un día muy hermoso —dijo tranquilamente—, y espero que dure, porque me parece que está entrando el Norte.

La conversación, así encauzada, siguió por derroteros convencionales. Otilia, ni por fórmula tomaba parte en ella.

Poco antes de la hora de comer se presentaron los dos muchachos, jadeantes, sudorosos, despeinados. Lorenzo, el más joven de los dos, el de la cara más riante y ojos más traviosos, llevaba pantalones y calcetines negros porque estaba estudiando en el seminario. Los dos eran guapos, lo mismo que su hermana.

«Se parecen a su padre —pensó Mariana—. Hasta ahora no me había dado cuenta de que Roque es un hombre guapo...».

Durante la comida, Otilia se comportó como una víctima impotente pero no resignada: su padre la había obligado a sentarse a la mesa, pero no podía obligarla a comer. Uno tras otro, los platos le fueron servidos y retirados sin que ella los probara.

—¡Por el amor de Dios, Otilia! —dijo Amanda en tono patético—. Si sigues así, te vas a morir de hambre. No comprendo cómo puedes resistir: hace no sé los días que no pruebas bocado...

Un extraño resoplido, como de aire comprimido que hace saltar una válvula, interrumpió la peroración de la buena señora, al tiempo que Lorenzo hundía la cara en la servilleta. Gaspar se mordía cruelmente los labios, tratando de contener la risa.

Pero todos los esfuerzos de los muchachos fracasaron, y sus carcajadas brotaron como chorros poderosos.

—¡Roque! —exclamó Amanda, irguiéndose con noble altivez—. ¿Qué significa esto? ¿Vas a consentir que estos dos monigotes se burlen de mí?

—¡Gaspar! ¡Lorenzo! —ordenó Roque severamente—. ¡Levantaos de la mesa ahora mismo!

Los dos muchachos obedecieron y salieron del comedor, doblados aún de risa. Su padre se llevó la servilleta a los labios con cierto apresuramiento; pero Mariana ya había visto en ellos un temblor muy significativo. Y también Otilia debió de notarlo, porque sus ojos lanzaron relámpagos.

—¿Puedo retirarme, papá? —preguntó fríamente—. No me encuentro bien.

—Vete —dijo Roque, ya sin rastros de risa en el gesto ni en la voz.

Después de la comida, Roque salió con Egidio, su administrador —allí llamado *mayordomo*—; Amanda se fue a su cuarto, a echarse una siestecita, y Mariana dedicó una hora a deshacer sus maletas y ordenar sus ropas en cajones y armarios. Contempló durante un momento el candelabro de plata que constituía quizá su más valiosa posesión. Lo colocó en diversas posiciones, sobre la mesa de centro, sobre la chimenea, sobre la cómoda... Pero, verdaderamente, su estilo desdecía rabiosamente del de la habitación. Encogiéndose de hombros, lo metió en el fondo de uno de los cajones.

Media hora más tarde salió de la habitación, dispuesta a darse un paseo por la finca. Desde el pasillo oyó un canturreo monótono y distraído, que evocó en ella una idea. Avanzó en dirección al sonido y vio confirmada su impresión: el que tarareaba era un pintor que, encaramado en lo alto de una escalera, estaba blanqueando una habitación. Aquéllas eran, sin duda, las obras a que había aludido Roque. No parecían muy importantes, pero, desde luego, había sido preciso vaciar la habitación. Y también las próximas, según Mariana comprobó a continuación. El pintor no la había visto y seguía con su trabajo y su melopea... Mariana continuó su marcha, dispuesta a explorar, ya que estaba allí, aquella parte de la casa. Pero se detuvo de pronto, sorprendida, porque casi había chocado con Otilia, que venía silenciosamente en dirección contraria a la suya. Muy silenciosamente, porque venía descalza. La bien provista bandeja que la jovencita llevaba en las manos hizo comprender a Mariana que había sorprendido una expedición clandestina. Se quedaron las dos mujeres mirándose, Mariana quizás un poco burlona, Otilia retadora y muy erguida.

—¡Qué satisfecha está usted! —dijo la jovencita, con aquella mueca del labio superior que le era peculiar. Piensa que me ha pescado y que puede burlarse de mí, ¿verdad?

—No —contestó Mariana tranquilamente—; sólo que ahora comprendo por qué se reían tus hermanos de las preocupaciones de tu tía: no hay peligro de que te

mueras de hambre.

—¡Y mi padre lo sabe de sobra! Yo no quiero amenazarle con morirme de hambre, como usted se figura. Pero no como con él a la misma mesa para que sepa que no le perdono.

—Por lo que estoy viendo, él es quien tiene mucho que perdonarte a ti. Yo admiro su paciencia.

—¡Usted no sabe nada! Acaba de llegar y ya quiere hacer juicio de todo. Mi padre no tiene derecho a tenerme presa.

—Un padre no tiene presa a su hija. Y tú, además, eres una niña.

—¡Eso no tiene que ver! ¡Pregunte, pregúntele a él! No tiene derecho sobre mí, y, si yo quisiera denunciarle a la autoridad, le mandarían a la cárcel.

—Dices niñerías muy tontas, Otilia.

—¡No se haga tan tranquila, que no lo está! Usted conoce muy poco a mi padre, y ahora está pensando si se ha casado con un demonio...

Mariana fijó en la muchacha sus ojos firmes y penetrantes. Preguntó, en un tono tranquilo:

—¿Es tu padre un demonio?

—¡A ratos, sí! Cuando no quiere una cosa, la niega, dice que no es verdad, cierra los ojos para no verla. Y cuando se da de cara con ella..., entonces se vuelve loco y él mismo no sabe lo que hace.

—Ese retrato no se parece nada a tu padre.

—¡Antes ya me dijo usted lo mismo! Piensa que lo conoce mejor que nadie, ¿verdad? ¡Aguarde, y ya irá aprendiendo!

Mariana se apartó un poco sin decir nada, para dejar paso a Otilia. La muchacha vaciló, como defraudada, y luego, muy tiesa, cruzó junto a su madrastra y se fue pasillo adelante.

6.

Al segundo día de la estancia de Mariana en Meilán, fue Benigna, el ama de llaves, quien la despertó con unos golpecitos en la puerta, y, una vez que recibió el permiso de Mariana, penetró en la habitación, trayendo el desayuno en una gran bandeja. Mariana la entrevió, a la luz que entraba por la puerta misma, y se sorprendió un tanto.

—Pero... ¿esto por qué, Benigna? Yo no estoy enferma ni acostumbro desayunarme en la cama.

—¡Vaya, no quiero que pase lo de ayer, que se me escapó la señora sin desayunarse! Si el señor lo supiera, mucho se disgustaría...

—No es para tanto —sonrió Mariana, que se había sentado en la cama—. Me levanté tan tarde que casi hubiera juntado el desayuno con la comida...

Benigna, entre tanto, había dejado la bandeja sobre la mesa de centro y se había acercado al balcón más alejado de la cama, para abrir en él una rendija. El sol entró, en una raya alegre y deslumbrante.

—Luego volveré a cerrar, cuando venga a recoger la bandeja, y así puede dormir la señora cuanto guste...

—No soy tan dormilona como parece —sonrió Mariana—. Ayer se me pegaron las sábanas porque estaba cansada del viaje, pero de ordinario soy madrugadora.

—Pues aquí no tiene para qué madrugar, que no ha de faltar quien haga las cosas. Lo primero es reponerse, que está muy descolorida y *delgadilla*. Ya me dijo el señor que tuvo unas fiebres grandes. Y con el aire de Madrid y aquellos alimentos que son agua, ¿cómo se había de reponer?

Mariana no replicó, porque le pareció oportuno guardarse la irritación que sentía. Bajó los ojos sobre la bandeja del desayuno, que Benigna acababa de colocar ante ella, y desplegó con todo cuidado la servilleta, adornada de encajes.

¡De modo que Roque había creído necesario disculpar ante sus criados el aspecto físico de su mujer...! Sin duda las tribulaciones que Mariana acababa de sufrir habían dejado huellas sobre su rostro; pero si Roque las notaba hasta tal punto..., ¿por qué se había casado con ella? Era la misma pregunta que se había hecho tantas veces; pero esta vez no era curiosidad lo que expresaba, sino un vivo despecho. Entre tanto, Benigna había pedido permiso para retirarse, y Mariana se lo había dado maquinalmente. Al quedarse sola, la joven tuvo el impulso de apartar de sí la bandeja para saltar de la cama y acercarse al espejo. Pero se rió de sí misma y no se movió.

«¿No quedamos en que se ha casado por caridad? Cuanto más flaca y marchita me vea, más natural es que me compadezca».

Seguía sin convencerla el razonamiento, pero se agarró a él como el día anterior para alejar de sí el problema inquietante. Se desayunó bien y hasta forzando un poco

el apetito, y en seguida se levantó y, sin dejar de burlarse de sí misma, buscó en el fondo del armario algo que había guardado allí el día anterior, sin prestarle atención: un tarrito de «bálsamo cutáneo al agua de rosas», que acostumbraba usar en otro tiempo, cuando era una mujer feliz, casada con un hombre alegre y muy mundano... Lo destapó y lo olió con temor de que estuviera rancio, pero tenía el mismo fresco perfume de siempre. No se lo aplicó a la cara, pues era para ser usado por la noche, pero el mero hecho de tenerlo a mano apaciguó su mortificación.

«¡Quién me iba a decir a mí que volvería tan pronto a preocuparme de mi cara...! ¿Qué me importa, al fin y al cabo? Si a Roque no le parezco hermosa, mucho mejor. Eso me libra de preocupaciones. Pero él no desea que nadie sospeche la verdad de nuestro matrimonio, y es natural que yo procure ayudarle».

Rió Mariana, contemplándose con el cepillo en la mano.

«¡Sospechar la verdad! ¿Y a quién se le va a pasar por la cabeza una idea tan disparatada...?».

El día y los siguientes transcurrieron sin notables novedades. Roque se pasaba las horas fuera de casa en compañía de Egidio, o encerrado en el despacho con él o con otros hombres, labradores o tratantes, que llegaban a todas horas preguntando por el amo.

Otilia declaró un mediodía que tenía jaqueca, y su padre aceptó la disculpa para permitir que se retirase de la mesa, con alivio de todos. Aquella noche y en las siguientes comidas estuvo ausente, sin que nadie lo comentara. Una tarde, cuando Mariana cruzaba el huerto para salir por su puerta posterior, con intención de darse un paseo, vio a su hijastra en el cenador tapizado de enredaderas que otras veces había llamado su atención como refugio fresco y agradable. Otilia estaba recostada en una tumbona de mimbres, y a su lado, sentada en una sillita baja, Benigna cosía.

«Sin duda, esta criatura está enferma, de cuerpo o de espíritu. ¿Será eso lo que quiere decir cuando acusa a su padre de negarse a ver la realidad?».

Mariana había establecido ya la costumbre de pasear sola por la finca, rechazando firmemente la heroica oferta que Amanda le había hecho de acompañarla; prefería, con mucho, la soledad, que le permitía seguir libremente sus impulsos, andar de prisa o despacio, detenerse, dejar vagar la imaginación. Sentía que aquellas caminatas, a veces largas, fortalecían su cuerpo y descansaban su mente.

Pasaba también algunos ratos en su cuarto, ante el balcón, leyendo algún libro tomado de las estanterías del despacho: obras de Pereda, o de la condesa de Pardo Bazán, o de Vázquez de Mella. Pero, a media mañana, casi siempre se sentaba junto a Amanda a hacer labor.

A pesar de los reparos, no sin fundamento, que había puesto a la precipitada boda de su hermano, la solemne dama no manifestaba hostilidad hacia su cuñada. Sin apearse de su digna compostura, parecía recibirla con agrado, y condescendía a

comentar con ella las cualidades y derechos de los sirvientes y de sus sobrinos varones. A Otilia no aludía nunca, ni Mariana se decidía aún a interrogarla acerca de ella. Otro tema favorito de Amanda era la historia sin historia de su feliz matrimonio y de la muerte repentina de su esposo, acaecida diez años atrás.

Roque parecía muy complacido cuando, al llegar a la hora de comer, encontraba a su mujer y a su hermana juntas y conversando.

—¡Qué bien se está aquí! ¿No es cierto, María? Mientras haga buen tiempo, hacéis muy bien en pasarlo al aire libre. ¿No te parece, Amanda, que María va teniendo ya mejor color?

—Sí, por cierto —respondía Amanda con una grave inclinación de cabeza—, y hasta yo diría que va estando algo más gruesa... o menos delgada, mejor dicho.

El ritmo de la vida en la casa se alteró un poco el sábado, y mucho más el domingo. El sábado, después de comer, Amanda explicó a su cuñada que era preciso sacar los manteles y ornamentos de la iglesia, porque al día siguiente tocaba la misa en Fao.

—¿Toca la misa? —repitió Mariana, sin comprender.

—Es que sólo la tenemos cada quince días. La iglesia de Fao es sólo un anejo de la parroquia de Lorenzana, y el domingo en que no nos toca misa tenemos que ir allí para oírla. Pero mañana la tenemos aquí, y esta tarde hay que ir preparando la iglesia.

Quiso ir la misma Mariana, y fue toda una pequeña caravana la que se encaminó a la aldea: una moza con una gran cesta plana en la cabeza, en la cual iban las ropas, candelabros y floreros; Mariana y Amanda con sendos ramos de flores —la última, además, con una sombrilla—, y Lorenzo, el seminarista, balanceando en su cadena las enormes llaves de la iglesia. Anduvieron un rato por el ancho camino carretero por el que Mariana había entrado en la finca; luego saltaron un muro, mediante unas piedras salientes colocadas en él a modo de escalera —para lo cual Amanda necesitó la ayuda eficaz de su sobrino Lorenzo—, y continuaron por una sendita verde entre campos labrados, hasta llegar a la diminuta iglesia, con su leve espadaña y su jardín de tumbas en torno. Porque, más que cementerio, habría parecido jardín descuidado y bravío, con su hierba pujante y sus matitas de digital y manzanilla y sus zarzamoras y helechos enmascarando las humildes losas de pizarra, de no ser por el mausoleo de mármol blanco que, al lado izquierdo de la puerta de entrada, gritaba llamativamente su fúnebre significación.

—La sepultura de mis padres —dijo Amanda orgullosamente.

Se santiguó y rezó un padrenuestro por las almas de los allí enterrados, mientras Mariana leía los nombres y sentía, más que pensaba, que aquel templete blanco con letras doradas, un tanto ostentoso por comparación con la humildad aldeana que lo rodeaba, era más bien una tacha que un adorno en el paisaje.

Luego entraron en la *iglesuca*, que alcanzaba apenas el tamaño de una ermita, y,

mientras la rapaza barría los suelos, Amanda y Mariana extendieron sobre el altar los manteles blanquísimos y almidonados, colocaron los candelabros de plata —«donación de don Laureano Bravo y su esposa doña Felicia Sueiro», según declaraba una inscripción grabada en la base— y arreglaban las flores en los búcaros de cristal.

Y mientras todo esto hacía, Mariana tenía la impresión de ir conociendo mejor a su marido; pero con la extraña circunstancia de que cada vez le comprendía menos en aquello que más le interesaba.

Al día siguiente, la misa era a las diez, ya que el párroco tenía que decir antes la de la parroquia. La familia emprendió la marcha en corporación antes de las nueve y media. Roque iba de levita, como Mariana le había visto en Madrid por primera vez. Amanda, de negro, como siempre, pero con pendientes largos y variadas sargas de azabache cubriendo su majestuoso busto; Otilia, de rojo, con un atrevido sombrerito que la hacía parecer, en verdad, una mujer. Mariana, sin intentar razonar el motivo de su empeño, hizo cuanto supo para embellecerse, incluso darse un levísimo toque de carmín en los pómulos, bajo los polvos de arroz. Descendió la espalera la última, cuando ya todos esperaban reunidos en el vestíbulo, y la mirada con que Roque la recibió dio la razón a sus esfuerzos. Echaron a andar todos, la familia y parte de los criados, pues sólo algunos de éstos habían ido temprano a la parroquia. Roque daba su brazo a Mariana, y cuando, a lo largo del camino, quedaron por un momento algo apartados del resto de la comitiva, dijo él, con una sonrisa cortés y un poco maliciosa:

—De verdad, María, es asombroso lo mucho que ha mejorado tu semblante con los aires de esta tierra.

—Y con los polvos de mi tocador —dijo Mariana secamente—, no quiero que te avergüences de presentar a tu esposa.

Roque se echó a reír por toda réplica. No podía dar otra, ya que Amanda, del brazo de su sobrino mayor, llegaba ya muy cerca de ellos. En seguida se oyó tocar la campanita de la iglesia, señal de que Lorenzo, que se había adelantado, acababa de llegar a ella. Se tropezaban con grupos de aldeanos endomingados que venían de distintas direcciones y saludaban a Roque con mucho respeto, sin privarse, no obstante, de clavar en su mujer miradas devoradoras de curiosidad. Y Roque correspondía, afable y sosegado, llevándose dos dedos al ala del sombrero, al tiempo que Mariana sonreía y cabeceaba graciosamente.

Una vez dentro de la iglesia, la concurrencia se distribuía en la forma siguiente: en un banco, colocado a lo largo de la pared del lado del Evangelio, se sentaba la familia de Meilán, incluidos los criados, y con la excepción de Roque, Mariana y Amanda, que disponían de reclinatorios tapizados de terciopelo. En otro banco largo, adosado a la pared del lado de la Epístola, se colocaban los hombres de la aldea. Sus mujeres se agrupaban detrás, cerca de la puerta, sentadas o arrodilladas en banquetas

individuales, tan diminutas que desaparecían totalmente bajo los amplios refajos.

Todo aquello tenía un sabor patriarcal y hasta feudal muy desconcertante para Mariana, que se pasó toda la misa distraída por los mismos pensamientos que la habían intrigado la tarde anterior.

Cuantos más datos iba reuniendo sobre el carácter y la posición de Roque Bravo, más incomprensible le parecía estar allí ella, «la tristemente célebre Mariana Estévez», sentada a su lado como esposa suya.

Acabada la misa, el cura acompañó a la familia de Meilán, invitado a comer, según era, al parecer, costumbre antigua. La comida fue pantagruélica y larga; y tediosa hubiera resultado para Mariana de no ser por el gran interés que ella ponía en observar a su nueva familia. El cura era un viejo amable y campechano, que ponderó mucho la sorpresa recibida en la comarca con la boda de Roque Bravo.

—¡Ha hecho usted muy bien, señor don Roque! A todos se lo he dicho: el estado de viudez puede ser muy santo, pero no es adecuado para todos los hombres, sobre todo siendo aún tan jóvenes y vigorosos como usted. Y hallándose, además, en la posición en que se halla y rodeado de los peligros que... ¡En fin, todos nos entendemos! Lo único que me duele es que la boda se haya celebrado lejos de aquí.

—En la parroquia de la novia, don Severo —sonrió Roque—, según es lo establecido.

—¡Lo comprendo, lo comprendo! Las circunstancias así lo pidieron.

Rió de pronto el buen señor, mirando a Otilia.

—¿Y tú, hija, cuándo nos vas a dar el buen día? Ya no tardará mucho, si se juzga por tu apariencia. Estás hecha toda una mujer y muy..., ¡vaya!, muy aparente. Yo soy ya lo bastante viejo para poder decírtelo. Pretendientes, cierto que no han de faltarte... Dime, hija, con franqueza, ¿no... no hay nada preparado ni a la vista?

Tal vez el viejo cura empezaba a perder los papeles, o quizá no había sido nunca muy discreto. En todo caso, era sorprendente que no advirtiera el efecto que sus palabras estaban causando en los comensales. No en los dos muchachos, que se limitaban a mirarse entre sí y a mirar a su hermana con burla; pero Amanda se había puesto roja como una remolacha, y la cara de Roque se había revestido de una pétrea impasibilidad. Otilia alzó la mirada y deliberadamente la clavó en su padre, sonriendo al mismo tiempo triunfante, retadora, enseñando los blancos dientecllos.

La pausa fue larga y muy penosa, pero no para don Severo, que seguía comiendo y mirando a Otilia con inocente malicia. Por fin dijo Roque:

—Otilia es aún muy joven, señor cura. No piensa en esas cosas todavía.

—¡Bueno, bueno, pues no te descuides! La naturaleza pide lo suyo, y los padres sois muchas veces ciegos, con el afán de que los hijos sean siempre niños.

Y Otilia seguía mirando a su padre y sonriendo. Hasta los chicos percibían ya lo extraño y violento de la escena. Mariana sintió un deseo vivísimo de poder dar a

Otilia un par de cachetes. Pero Roque no perdió la calma.

—Muchas gracias por sus advertencias, don Severo —dijo reposadamente—; no las olvidaré.

—Un poco más de pollo, señor cura —dijo Mariana apresuradamente—. ¡Sí, sí, esta pechuga, que está muy jugosa!

Y, quieras que no, la sirvió en el plato del párroco, que estaba a su derecha, consiguiendo con ello distraer su atención. En seguida, Amanda acudió al refuerzo preguntando por una feligresa enferma. El buen don Severo se puso a dar acerca de ella noticias prolijas, y el peligro quedó conjurado. Otilia volvió a bajar la mirada sobre su plato. Hasta aquel momento, y sin duda como excepción en honor del día, había comido normalmente. A partir de entonces no probó bocado ni nadie le hizo ninguna observación sobre ello.

Terminada la comida, el cura durmió una buena siesta y luego emprendió el regreso a su casa montando uno de los caballos de Roque y llevándose a sus dos hijos como espoliques. Cuando todos ellos se perdieron de vista, Roque se volvió a Mariana:

—¿Te parece que demos un paseo, María? Hace muy buena tarde...

Mariana respondió que con mucho gusto, y los dos, cogidos del brazo, emprendieron el paseo. Pensaba ella, muy interesada, que él aprovecharía la ocasión para explicarle las extravagancias de su hija, pero pronto se desengañó. Roque empezó a hablar descuidadamente, comentando lo que veían y señalando a su mujer los detalles que le parecían interesantes.

—Estas tierras las saneó mi padre canalizando el agua que las encharcaba. Ahora son las mejores de esta región... ¿Ves estos muros? Cierran sobre sí toda la finca, y también fueron construidos por mi padre. Yo tendré que ampliarlos, pues he comprado algunos *leiros* por la parte norte...

Mariana oía y callaba y se iba irritando ante aquel *cuajo* exagerado. Hasta que Roque notó aquel persistente silencio y preguntó:

—¿Estás cansada, María? ¿Quieres que volvamos?

—No, gracias. Es que... tengo que hablarte de un asunto que me preocupa.

—¡Ah! —hizo Roque en una voz muy poco invitadora—. Bien: te escucho.

Mariana no era mujer que se dejara intimidar fácilmente. Lejos de eso, bastó el tonillo cortante de su marido para desvanecer en ella toda vacilación.

—Tu hija me ha dicho —empezó dejando a un lado todo preámbulo— que tú la retienes aquí contra derecho y prisionera. Me lo dijo hace ya días, con el encargo de que te lo repitiera. Yo no quería hacerlo, pero la escenita de hoy en la comida me ha convencido de que no es sólo una insolencia.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Roque, con la cara demudada por un furor repentino—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué más te ha dicho Otilia?

Mariana estaba más impresionada de lo que quería demostrar por el cambio de gesto de su marido y por el silbar de la ira en su voz. Sin embargo, no se echó atrás, sino que respondió audazmente a la pregunta de Roque:

—Me ha dicho que no te perdona y que puede enviarte a la cárcel cuando quiera.

—Y tú ¿qué sentido le das a eso? ¿Piensas que mi hija tiene razón y que yo soy un secuestrador?

—No —dijo Mariana lentamente, vacilando en la palabra—. Pienso que cuanto haces lo haces por su bien. Pero pienso también que hay algún fundamento en lo que dice.

—¿Qué fundamento? ¿Quieres hacer el favor de concretar?

Roque y Mariana estaban ahora frente a frente. La voz del hombre restallaba sin alzarse mucho, contenida, amenazadora. Angustiada en el fondo, pensó Mariana. Y tuvo la certeza de que allí había realmente un secreto que a su marido le importaba mucho ocultar. Sostuvo la mirada de Roque y apuntó, con firmeza:

—Quizá... no es realmente tu hija...

En el momento de decirlo se arrepintió, porque se dio cuenta de que aquellas palabras podían interpretarse en forma ofensiva y muy distinta a su intención; pero no tuvo ocasión de rectificar, porque la respuesta inmediata de Roque fue una carcajada espontánea.

—¿Qué ocurrencia más novelesca! Porque supongo que no has querido ofender la memoria de mi difunta esposa...

—¿Claro que no! —dijo Mariana sofocada—. Quiero decir que... la ley no tiene a Otilia por hija tuya; que... que tal vez la has recogido o adoptado, sin los trámites que la ley exige.

—Eres una mujer ingeniosa —dijo Roque, sonriendo aún y evidentemente muy aliviado—; pero no atormentes en vano tu imaginación. Otilia es hija mía legítima desde todos los puntos de vista. Además, tiene dieciocho años recién cumplidos.

—Entonces, ¿por qué dice que la retienes por la fuerza?

—¿Es que no puede aplicarse la fuerza para hacer cumplir la ley a un hijo rebelde?

—¿Pero ella dice que tú no tienes derechos sobre ella!

—¿Pues los tengo! —Roque alzó la voz por primera vez, con dureza—. Tengo todos los derechos de un padre, diga ella lo que quiera.

—¿Por qué lo dice, entonces? ¿Por qué te desafía con la mirada y te hace palidecer cuando se habla de su porvenir?

Roque se encogió de hombros y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—¿Qué quieres que responda a eso? ¿Por qué son como son las cosas de la vida?

—¿Está enferma tu hija?

—¿Enferma...? No lo creo. Su temperamento extremado, y... ciertas

circunstancias extravían su juicio. Eso no es una enfermedad.

—Pero... ¿qué circunstancias...?

Mariana se interrumpió bruscamente, comprendiendo que iba a cometer una indiscreción.

—Perdona —añadió en seguida—, no tengo ningún derecho a preguntarlo.

—¡No se trata de eso! Es que yo no deseo hablar de ello. Ni contigo ni con nadie. Es agua pasada. Lo que hay que hacer es olvidar.

«Parece —pensó Mariana, pero no lo dijo— que tu hija no es de tu misma opinión».

Estaban ya volviendo hacia la casa, el uno junto al otro, y Roque se detuvo a poco para ofrecer su brazo a Mariana. Pero lo hizo sin mirarla, y ella comprendió lo trastornado que estaba y el trabajo que le costaba disimularlo. Ninguno de los dos pronunció palabra hasta que estaban ya cerca del arco de entrada. Entonces dijo Mariana, gravemente:

—Creo que he hablado demasiado, Roque. Lo siento mucho y te suplico que... que no te des por enterado con Otilia. No me consolaría si por mi causa le dieras un disgusto...

Roque se detuvo y volvió la cara hacia Mariana.

—¿No te encargó ella misma que me transmitieras su insolencia?

—Sí: me dijo que te lo transmitiera; pero yo debí callar.

—Tú cumpliste su encargo y no tienes ninguna responsabilidad.

—¡Pero, Roque, de todos modos...!

—¡Por Dios! —cortó Roque, con violencia reprimida—. ¡No hablemos más de esto!

Mariana calló, comprendiendo que sería peor que inútil la insistencia. Dio un paso para cruzar el arco, pero Roque la detuvo.

—Espera un poco —dijo—; es mejor que demos otra vuelta.

—¡Ah, bien! Como tú quieras —dijo Mariana, sorprendida.

—Ha sido un paseo demasiado corto. Pensarían que hemos discutido, sobre todo si nos ven llegar con esta cara.

Sin replicar, Mariana le dio el brazo una vez más. Anduvieron un buen trozo y luego se sentaron sobre un árbol cortado desde el cual se veía una perspectiva risueña y apacible de fincas diversas en un marco de árboles: campos de centeno que esperaban ya la siega, con su color de oro viejo; prados de alta hierba, ondulante y fresca; un campo de patatas... Cada parcela estaba rodeada de su muro de piedras, bien construido; unos eran antiguos y estaban tapizados de zarzamoras; otros mostraban la piedra aún blanca, recién cortada. Aunque de una tierra muy distinta a aquélla, al fin era Mariana hija de labradores y en un pueblo campesino había crecido. Por eso lo que veía le resultaba comprensible y supo apreciarlo. Aquella

tierra estaba no sólo bien cultivada, sino cuidada con amor y orgullo. Más que un medio de vida, su finca era para Roque Bravo un pedestal, la base de su confianza y de su fuerza. Ahora mismo, Mariana lo adivinaba, con sólo mirar en silencio a su alrededor. Él, mientras hacía y encendía su cigarro, iba recuperando la calma. Acabado el cigarro, se volvió y sonrió:

—Podemos volver cuando tú quieras.

Ella se levantó, obediente; él le ofreció su brazo, y cuando habían dado algunos pasos dijo:

—No quiero que te atormentes sin necesidad. No te he traído aquí para cargarte con mis preocupaciones.

—Con eso quieres decir —respondió Mariana muy suavemente— que no debo meterme donde no me llaman.

—No debes darte por ofendida. Hablo por tu bien y el de todos. No es fácil ayudar a los demás, y a veces se puede hacer daño con la mejor intención.

Mariana volvió a sentirse de pronto irritada.

—Es muy extraño que tú digas eso —dijo con una sonrisa irónica—. O, mejor dicho, es muy extraño que, pensando así, hayas hecho conmigo lo que has hecho.

Roque no se alteró. Miró a Mariana, sonriendo también.

—No fue un impulso repentino, María. Creo que ya te lo he dicho. Antes de decidir, me informé de tu carácter, de tu pasado, de tu situación... Me convencí de que no había otra salida.

Mariana abrió los labios para hablar, pero no supo exactamente cuál de las mil cosas que bullían en su cerebro quería decir primero. Y su vacilación bastó a Roque para cortarle la palabra.

—De todos modos —dijo—, ya está hecho. ¿Para qué seguir dándole vueltas? ¿Por qué no procuras vivir en paz? Es lo único que yo deseo, lo único que te pido.

Roque hablaba en tono persuasivo, y Mariana se sintió dominada. Suspiró, encogiéndose levemente de hombros.

—Tienes razón. Me ofreciste seguridad y respeto, y has cumplido tu promesa. Y si en algún momento yo me siento inquieta, no tendré más que recordar la situación en que estaba cuando tú me rescataste.

—¡No! Eso, no. Nunca debes acordarte de aquello. Respira, sólo. Vive, déjate vivir, no pienses demasiado. Te aseguro que es un buen consejo.

7.

Mariana llegó a lo más alto de la roca y se dejó caer, un poco jadeante. Era la cumbre de la Peña Crespa, y, en ella, una piedra redonda de granito, enorme, casi desgajada del suelo, aterciopelada de líquenes que le daban un tacto especial, áspero, seco, sin dureza. Así son las rocas en aquella comarca, viejas como la Creación, vivas como árboles, amistosas para los humanos como toda la tierra en que se asientan. Mariana miró en torno, cansada y contenta. Aquellos paseos solitarios, más largos cada vez, iban convirtiéndose en un hábito casi necesario. En casa no tenía nada que hacer y el tiempo era extraordinariamente bueno. Roque estaba todo el día fuera de casa, pues se había iniciado la siega del centeno. Los chicos y él venían a comer tarde y con prisas, acalorados y llenos de animación. Luego se iban con el bocado en la boca.

Amanda y Benigna, por cortesía, consultaban a Mariana sobre las ropas de la casa y las comidas. Pero sus preguntas llevaban implícita la respuesta, y Mariana la daba tal como se esperaba de ella.

Aquella situación de invitada de honor o de convaleciente era provisional por naturaleza; pero Mariana la aceptaba mientras duraba, siguiendo los consejos de Roque con una facilidad que a ratos la sorprendía a ella misma.

El cielo tenía un color más intenso que de ordinario, con una gota púrpura diluida en el azul. Mariana notó el picor del sol y la quietud del aire y recordó que Roque, en la comida, había hablado de anuncios de tormenta.

Al ponerse de pie notó otra cosa más: que los pies le dolían en las finas botitas ciudadanas.

«He andado más que nunca. Tendré que encargarme unos borceguíes de campo. Menos mal que ahora me toca bajar».

Pero bajar es, para los pies, una prueba más dura que subir, y Mariana no tardó en experimentarlo. Llegó a la base del monte cojeando y crispada, para comprobar con desconsuelo que se había perdido.

«Éste no es el muro que yo salté al venir. Aquél era el de la finca de Roque, y estaba perfectamente cuidado. Éste se desmorona por todas partes...».

Miró alrededor, buscando alguien a quien preguntar. Tenía la sensación de presencias humanas; pero esa sensación la tenía siempre que caminaba por aquellas dehesas y senderos. Apenas veía a nadie, pero oía voces, llamadas, carretas no lejanas, y a veces chasquidos y susurros de roce entre las matas, demasiado ligeros para ser causados por una res.

Ahora oyó ladridos y una voz masculina que daba una orden. Pero no consiguió ver a nadie y no quiso ponerse a gritar pidiendo auxilio. Saltó el muro y echó a andar en la dirección que le pareció adecuada. Estaba en un robledal magnífico, de árboles

nunca podados; el suelo estaba frondoso de helechos, y los troncos, tapizados de musgo o invadidos de hiedras. Pero unos pies doloridos y la necesidad de andar sobre ellos anulan todas las bellezas de la tierra, y sólo hubo una cosa en que Mariana se fijó con anhelo: una corriente de agua que se deslizaba entre juncos y sobre piedras musgosas. No lo pensó un momento: buscó un sitio en que sentarse, se descalzó y, entrecerrando los ojos con delicia, sumergió los ardientes pies en el riachuelo. Una rana saltó, y varios renacuajos —*cabezolos*, como allí se los llama expresivamente— se apresuraron a desaparecer entre los juncos. Durante unos segundos, Mariana se encontró fuera del mundo, fuera de su propia vida, mirando como alucinada sus blancos pies, y el correr del agua sobre ellos, y el tremolar ligero de una planta acuática... De pronto se estremeció, levantó los ojos sobresaltada y ahogó un grito: al otro lado del regato había un hombre, que estaba mirándola muy sonriente.

—Buenas tardes. ¿La he asustado? —dijo alegremente, llevándose la mano al sombrero.

—¡Claro que sí! —exclamó Mariana—. No le había oído llegar. Anda usted como una sombra.

—Más bien como un cazador furtivo. Pero no lo soy, no vuelva a asustarse.

—No pienso, no se preocupe —dijo Mariana fríamente—; pero le ruego que se vaya.

—¿Por qué? ¿La molesto?

—Prefiero estar sola, si a usted le da lo mismo.

—Pues... no; no me da lo mismo. No todos los días encuentro en mis tierras una intrusa tan linda como usted.

—¿Es usted el dueño de esta finca?

—Tomás Lorenzana, a los pies de usted.

—¿Lorenzana? ¿Es de usted ese pazo que se ve entre árboles desde la carretera?

—Sí. Ésa es mi casa, y la de usted.

—Gracias; pero... le agradecería que me dejase sola un momento. Quiero calzarme.

—Como usted mande. Pero séquese bien los pies; si los calza húmedos, se le harán ampollas... ¡Tome!

Al decirlo, Tomás Lorenzana se quitó el pañuelo que llevaba en el cuello y, hecho una bola, lo lanzó al regazo de Mariana. Luego se volvió y desapareció en la espesura de helechos y brotes de roble. Mariana desplegó el pañuelo, que era de espesa seda cruda, y, sin escrúpulos, lo utilizó para secarse los pies. Pero cuando llegó el momento de calzarse, se encontró con que era una empresa casi imposible: parecía que sus pies habían crecido o que las botas se habían achicado. Por fin lo consiguió, y se puso en pie, apoyándose en un árbol.

«Imposible que yo llegue andando hasta casa —decidió—, no tengo más remedio

que pedir ayuda».

Alzó la voz:

—¡Señor Lorenzana! ¿Quiere venir?

El hombre reapareció instantáneamente. Era muy alto, algo cargado de hombros, aguileño de perfil, rubio de bigote y alegre de mirar. Al ver a Mariana apoyada en el árbol se echó a reír.

—¡Me lo figuraba! No puede usted andar, ¿verdad?

—No. Imposible. No puedo dar ni un solo paso.

—¡Es natural! Bien está meter en agua unos pies magullados; pero para empolvarlos con talco y meterlos en seguida en la cama; no para volver a calzarlos y seguir caminando.

—¿No podrá usted mandar aviso a Meilán, para que venga alguien a buscarme con un caballo?

—¿A Meilán? —dijo Tomás Lorenzana, observando a Mariana con nuevo interés—. También eso me lo figuraba... Es usted la mujer de Roque, ¿verdad?

—Sí.

—Tenía noticias de su llegada y estaba esperando a que pasaran algunos días antes de ir a darle la bienvenida. Pero...

Se interrumpió, y una sonrisa hizo chispear sus azules ojos.

—Pero no me la imaginaba a usted... así.

—¿Cómo? —dijo Mariana con ligereza—. ¿Tan tonta como para no saber usar los pies?

—Eso puede sucederle a cualquiera. Sobre todo a una madrileña. Yo no pensaba que fuera usted tan valiente... ni tan bonita. Creía a Roque Bravo invulnerable ante la belleza. Pensaba que habría hecho una boda... razonable.

—Yo soy muy razonable, señor Lorenzana, aunque en esta ocasión no lo haya demostrado.

—¡No lo pongo en duda! —rió el hombre—. Pero es usted también muy hermosa.

—¿Quiere hacerme el favor de ir en busca de ayuda? —cortó Mariana con firmeza.

—Haré algo mejor que eso. Tengo aquí cerca mi caballo; lo traeré, usted lo montará y yo la conduciré a su casa.

—No; muchas gracias, pero me basta que envíe usted un aviso.

—¡Por Dios, eso sería complicar las cosas tontamente! Además, para cuando llegaran a buscarla, habría estallado la tormenta... Espere aquí un instante.

Mariana no protestó, porque comprendió que Tomás Lorenzana tenía razón. Le dejó alejarse y, cuando él volvió, trayendo al caballo de las riendas, montó dócilmente y con su ayuda.

—Muchas gracias —dijo al verse sobre la silla—. Ahora, si me hace el favor de

indicarme el camino, no es necesario que me acompañe. Roque hará que le devuelvan el caballo.

—¿De veras se cree capaz de dominar sola a *Sultán*?

—¿Es muy difícil? —murmuró Mariana, asustada.

—Muy fogoso. Y, además, la desconoce a usted. No correré el riesgo de dejarla sola con él. Será un placer servirle de espolique.

También esta vez cedió Mariana, convencida de que no había otro remedio. Tomás Lorenzana tomó el caballo de las riendas y empezaron a caminar.

—Su marido es más listo que yo —dijo el hombre al cabo de unos momentos—, profetizó la tormenta desde ayer, y hoy se ha dedicado a hacinar lo segado.

—¿En sus tierras han seguido la siega?

—Sí, toda la mañana. Ahora precisamente estaba dando órdenes para que recojan a toda prisa.

—Y yo le he interrumpido. ¡Cuánto lo siento!

—¡Bah, no se preocupe! Mi mayordomo decidirá sin esperar mis órdenes. Yo no soy un propietario modelo, como Roque Bravo. Las cosas marchan sin mí, salvo cuando se trata de la caza o de la pesca. Por eso su esposo tiene cada vez más tierras, y yo cada vez menos.

—Eso es una broma, claro está —sonrió Mariana.

—¡Nada de eso! Roque Bravo acabará siendo dueño de todas las tierras de Lorenzana. Y de la casa también, seguramente: es la meta que se ha propuesto.

—¡No lo creo! —Mariana protestó con viveza—. Roque está muy contento con la casa que le dejó su padre, y estoy segura de que no desea cambiarla.

—Quizá no. Quizá sólo quiere mi casa para convertirla en granero: entonces la suya será la mejor y más importante de la comarca.

—No puedo creer que hable usted en serio: Roque no envidia a nadie. Está muy conforme con ser quien es.

Esto lo dijo Mariana sin ninguna seguridad, pues desconocía los verdaderos resortes del espíritu de su marido. Tomás Lorenzana se echó a reír.

—¡Perdóneme! Sin duda tiene usted razón: Roque está muy seguro de sí. Indudablemente, tiene que estarlo, para haberse casado con una mujer como usted.

—¿Qué quiere usted decir? —saltó Mariana con involuntaria viveza.

—¡No se enfade, por Dios! Es usted una madrileña hermosa y elegante, veinte años más joven que él.

—¡No; veinte, no!

—Pues quince; para el caso es lo mismo. ¿No cree usted que hace falta audacia para enterrarla en la vida aldeana? Roque vive aquí todo el año, quitando algunos viajes cortos. Cuando supe que se había casado, me figuré que su esposa sería una mujer de condición modesta y ya no muy joven. Desde el domingo, los paisanos se

hacen lenguas de su belleza; pero yo no les hacía demasiado caso. Cualquier mujer de piel blanca y un poco bien vestida suele parecerles hermosa. Pero con usted no exageraron, sino que se quedaron cortos.

—Es usted muy galante, señor Lorenzana —dijo Mariana, en un tono irónico destinado a desanimar a su interlocutor.

Consiguió su objeto. Tomás Lorenzana rió y cambió de tema.

—Mire usted: ya estamos en Meilán. En lo que ahora es Meilán. Esta finca era mía hasta hace dos años. Tuve que venderla para salir de un apuro, y su marido me la compró. A buen precio, desde luego. Cuando se trata de agrandar su finca, Roque Bravo no mira el dinero. Vea: ya tienen casi todo el centeno en medas... Y, si no me equivoco, allí está el señor amo vigilando el trabajo...

Iba a llamar Mariana a su marido, que estaba a otro extremo del campo segado, pero no fue necesario, porque uno de los hombres que estaban con él le señaló a los recién llegados, y Roque echó a andar, cruzando el rastrojo entre las medas o montones de mies colocados en la forma más adecuada para soportar la lluvia sin sufrir daño. Cuando se acercó vio Mariana que tenía el ceño fruncido. No obstante, saludó con su acostumbrada tranquilidad, y preguntó sin manifestar alarma:

—¿Qué ha sido eso, María? ¿Algún percance?

—Apenas si se puede llamar así: su esposa es novel aldeana y les ha pedido a sus pies... y a sus botas más de lo que pueden darle...

—Además, me perdí, y el señor Lorenzana me encontró en sus tierras. Gracias a él estoy aquí.

—Se lo agradezco, Tomás —dijo Roque, inexpresivo.

—¡No hay por qué! A sus pies, señora; y me despido. Voy a ver lo que hacen con mi pan...

—¡Pero llévese su caballo! —exclamó Mariana.

—¡No, no! —Tomás Lorenzana se alejaba ya—. Voy al Cotedo y estoy muy cerca... ¡Mándeme a *Sultán* cuando quiera, Roque!

Roque, sin decir nada, echó mano a las riendas del caballo.

—¿Hay alguna enemistad entre Lorenzana y tú? —preguntó Mariana al cabo de un momento.

—¿Enemistad? ¿Por qué se te ha ocurrido eso? ¿Te ha dicho algo desagradable?

—¡No, no! Ha estado muy amable... y galante. Pero me ha dicho que tú acabarás comprando todas sus tierras y destinando su pazo a granero.

—¡Qué tontería! —dijo Roque, despectivo.

—Está arruinado, ¿verdad?

—¡Nada de eso! Tiene muy buenas tierras, aunque hipotecadas. Si las cultivara bien y se apretase un poco el cinturón, podría rescatarlas fácilmente. Pero es un indolente y un despilfarrador. Se pasa la mitad del año lejos de aquí, dedicado a la

buena vida y dejando sus bienes en manos de mayordomos.

—Su familia ha sido muy importante, ¿verdad?

—Lo ha sido y lo es. Tomás no es tan rico como sus abuelos, pero sigue siendo el marqués de Lorenzana, uno de los primeros personajes de Galicia.

—¿De veras? Pues parece un hombre muy sencillo, nada encofetado.

Roque alzó los hombros, sonriendo.

—¿Para qué necesita darse importancia? Se la dan los demás sin que él tenga que molestarse. Pero no creas que olvida por un instante quién es ni la distancia que le separa de los simples mortales... ¡No perdáis tiempo, que no sobra! —Roque se volvió de pronto a los obreros, que habían hecho un alto para mirar a Mariana—. ¡Yo vuelvo luego!

8.

Los truenos se iniciaron en seguida, pero la tormenta de agua no cayó hasta el anochecer, cuando ya Roque había logrado encerrar la mies seca y dejar la demás protegida dentro de lo posible. Llovió durante toda la noche, y, al día siguiente, Mariana oyó a Amanda comentar con Benigna los estragos que había sufrido la cosecha del Pazo.

Aquella misma tarde, el viento norte se llevó los restos de la tormenta; pero Mariana no podía, de momento, reanudar sus paseos, porque apenas si sus llagados pies soportaban las chinelas caseras.

—Voy a encargarte a Lugo unas botas de campo. Mañana mismo va Egidio con varias comisiones. Dale unas botas como medida; o, mejor, toma un dibujo de tu pie sobre un papel.

—La verdad, Roque —opinó Amanda, cargada de razón, como siempre—, me sorprende que animes a María en esas costumbres. ¿Te parece a ti propio que una señora ande vagando por montes y *trollos*, sola, expuesta a perderse o a tener un mal encuentro?

—María no corre ningún peligro mientras no se aleje de Meilán, como no lo hará. Además, el médico le ha mandado hacer ejercicio para acabar de reponerse.

—¡También a mí! Por eso doy todos los días un paseo de media hora después del desayuno, y otro después de la siesta. Pero para eso no hace falta salirse de la carretera.

—Si a María le gusta el campo, ésa es una buena condición, puesto que tiene que vivir en la aldea.

Pero las botas, naturalmente, tardarían en venir, puesto que habían de hacerse a medida. Al día siguiente de esta conversación, Mariana decidió que ya se encontraban mejor sus pies. El aire, fresco y cargado de fragancias después de la tormenta, parecía echarle en cara su encierro, y Mariana no quiso resistir su llamada. Se puso su más viejo par de zapatos, escotados y no muy propicios para el campo, pero ablandados por el uso, y salió resueltamente al huerto con intención de cruzarlo hacia la puertecilla posterior. Sonreía al recordar las objeciones de su cuñada. No había dejado de sorprenderla el que Roque las descartase tan resueltamente, alegando incluso una imaginaria prescripción médica.

«Se da cuenta de que necesito distraerme, ocupar el tiempo en algo. Y no cabe duda de que desea mi bien estar».

Aquella idea, tranquilizadora a primera vista, era, en el fondo, muy inquietante, porque evocaba la imagen inverosímil de un hombre lo bastante generoso para casarse con una mujer sólo por protegerla, y lo bastante frío para tratarla exactamente como si fuese su hermana.

«¡Es increíble! Los hombres no son así. ¡Roque Bravo no es así! Si yo le repugnase, no se habría casado conmigo; y si no le repugno, aunque no me quiera, aunque no esté enamorado de mí... Al fin y al cabo, soy su mujer, soy joven, estoy sana... Y él ha establecido tal distancia entre los dos, que ahora le resulta más difícil acercarse a mí que a cualquier extraña con quien se cruzara por la calle. Me ha hecho una promesa que yo no le he pedido, y ha comprometido todo su orgullo en cumplirla. Una promesa de *no-amor*... ¡Es absurdo, todo esto es absurdo! A no ser... A no ser que tenga una explicación que yo desconozco».

Y la explicación surgió allí mismo, de pronto, en la mente de Mariana, como la única posible.

«¡Sí, tiene que ser eso! ¿Cómo no lo he pensado antes? Está enamorado de otra mujer... De una mujer que le ha rechazado o que es imposible para él. ¡Por eso se ha casado conmigo! Por despecho... o para atarse, para librarse de la tentación. Es disparatado, impropio de un hombre sensato y equilibrado como Roque parece ser. Pero... ¿acaso sé yo cómo es Roque en realidad, cuál es su verdadero carácter? Sin duda hay dentro de él más fuego y más pasiones de lo que quiere demostrar...».

—¡Es el último aviso que te doy! Por tu bien te aconsejo que me creas.

Mariana se detuvo, sobresaltada. Abstraída en sus pensamientos, había llegado hasta cerca del cenador, y sólo al oír el súbito arrebato de Roque había advertido que él estaba allí, en pie, llenando con su ancha espalda todo el pequeño hueco que dejaban las enredaderas. No se veía a la persona con quien hablaba, pero Mariana supuso que era Otilia, y la voz de la joven confirmó en seguida la suposición.

—Pero... ¿qué he hecho yo? ¿Es tan malo escribir una carta?

—¡Según qué carta! Pero eso es lo de menos. Otras has escrito y yo no te he dicho nada.

—¡No! ¡Te has conformado con romperlas!

—Las primeras las envié, aun sabiendo que no llegarían a ninguna parte. ¡Tú misma las viste, devueltas por el cartero!

—¡El cartero hace lo que tú le mandes!

—¡No digas más estupideces! No eres tonta, y sabes que lo son. Como sabías también que el hijo de Egidio le enseñaría la carta a su padre y que su padre me la traería a mí.

—¡No, no lo sabía! ¡No sabía que eran tan bajos y tan serviles!

—Sabes que me son fieles y que piensan que tú estás enferma. No tenías ninguna esperanza de que la carta llegara a su destino.

—Entonces, ¿por qué se la di?

—Para hacerme daño. Para hacerme pasar el trago de verme frente a mi mayordomo sin saber qué decirle ni qué cara poner. ¡Para eso lo hiciste! Y quizá para amenazarme con el escándalo.

Otilia no respondió, como si aceptase por verdaderas las palabras de su padre. Mariana, sofocada y asustada, deseó con toda su alma retroceder, pero no se atrevió a hacerlo precisamente en aquel silencio: si Roque la descubría escabulléndose su situación sería más desairada. Pensó dar a conocer su presencia adelantándose hasta ser vista, pero, antes de que se decidiera, ya Roque estaba hablando otra vez, en tono más moderado:

—Egidio no es hablador, pero al rapaz no habrá quien le haga callar, ni conviene tampoco insistir sobre ello. Poca cosa sabe, puesto que no ha abierto la carta. Supondrá que tienes un cortejante y que te escribes con él a espaldas mías; a estas horas, eso será lo que estén comentando en todo Meilán, y en Fao, y en Lorenzana. Tú sabes cuánto me mortifica, y estás contenta. Pero escucha una cosa: si algún día llegan a saber la verdadera historia, si llegas a dar ese escándalo que tienes siempre suspendido sobre mi cabeza...

—¡Roque! —exclamó Mariana, decidiéndose de pronto.

Roque giró en redondo, con los ojos chispeando de furor.

—¡María! ¿Qué haces ahí?

—Ya lo ves: no quiero oírte sin que lo sepas. Venía por el camino, y no me di cuenta de que estabais ahí hasta que tú gritaste.

Mariana hablaba con calma, sin permitir que el gesto ceñudo de Roque la azorase. Estaba disgustada, pero no se sentía culpable ni estaba dispuesta a ser tratada como tal. La pausa fue muy larga. Roque apretaba los labios, y por encima de su hombro asomaban los ojos de Otilia, brillantes, ardorosos, cargados, le pareció a Mariana, de malignidad.

Era evidente que Roque no sabía en aquel momento qué partido tomar, y fue la misma Mariana, muy dueña de sí, quien rompió la tensión.

—Bien, yo os dejo —dijo tranquilamente—. Voy a intentar dar un paseo.

Y echó a andar, sin que ni Roque ni su hija intentasen detenerla.

Al día siguiente era domingo, y, como no había misa en Fao, la familia fue en coche a la parroquia, que estaba en Lorenzana, a dos kilómetros de distancia. Otilia no apareció, y Mariana preguntó si estaba enferma.

—No —respondió Roque en tono breve—; pero ha ido con Benigna a Penedo, que es la misa al alba.

Mariana se preguntó si el madrugón habría sido iniciativa de Otilia o imposición de su padre.

Cuando llegaron a Lorenzana no se veían hombres a la puerta de la iglesia, señal de que el celebrante estaba ya en el altar. Cruzaron apresuradamente el cementerio, pero Mariana tuvo tiempo de ver un monumento funerario que, como en Fao, destacaba entre las losas de pizarra; sólo que éste no era de mármol, sino de granito, y parecía, por su estilo y la negrura de la piedra, mucho más viejo que la modesta

iglesia barroca. Dentro de ella, la distribución era parecida a la de Fao: había también un banco de preferencia —sólo que mucho más aparatoso, grande y tallado—, y también los hombres se colocaban a un lado y las mujeres a otro. Y como aquí Roque Bravo no tenía derecho a ninguna distinción, Amanda y Mariana tuvieron que separarse de él para situarse entre las mujeres.

Mariana le observó mientras recorría el pasillo central, y luego dirigió su mirada hacia el gran banco delantero. No le costó ningún trabajo reconocer a Tomás Lorenzana en el hombre alto que se sentaba en él. Pero a su lado había una mujer rubia, vestida de blanco, cuya presencia la desconcertó.

«No se me había ocurrido que el marqués estuviera casado. Sin embargo, es lo más natural, a su edad y con su posición».

La misa no fue larga, a pesar del sermón, más bien premioso. Y no bien el sacerdote se arrodilló ante el altar para rezar las últimas oraciones, Roque Bravo se levantó, lo mismo que otros varios hombres, y se dirigió a la salida. Al pasar junto al sitio en que estaban su mujer y su hermana, les hizo señal de que le siguieran. Mariana se apresuró a obedecer. Amanda alzó las cejas, en signo de sorpresa y reprobación, pero imitó a su cuñada. Roque las esperaba a la puerta; las dejó pasar delante y salió tras ellas.

—Pero ¿a qué vienen estas prisas, Roque?

—Tengo que volver en seguida. ¡Vamos, no te detengas! No tengo ganas de encontrarme en medio de la gente. Si empiezan los saludos, no escaparemos en una hora.

—Pero ¿te has dado cuenta de que ha vuelto Blanca Lorenzana?

—Claro que me he dado cuenta.

—¿Y te vas sin saludarla?

—Ya la saludaré otro día.

Estaban ya junto al coche. El criado había salido detrás de ellos de la iglesia y les había adelantado corriendo. Les tuvo la puerta y subió de un salto al pescante.

—¡Pero esto parece una huida, Roque! —exclamó Amanda—. Blanca creerá que no quieres saludarla.

—¿Quién es Blanca? ¿La mujer de Tomás Lorenzana? —preguntó Mariana.

—¡No, por Dios! —exclamó Amanda con énfasis, como si hubiera oído un disparate—. Tomás es soltero. Blanca es su hermana. ¿Tú sabías que había vuelto, Roque?

—No. Supongo que llegaría anoche.

—Deberíamos esperar y saludarla.

—No seas pesada, Amanda. Ya sabes que no me gusta venir a Lorenzana.

—Pues a mí, sí: veo a la gente y me distraigo.

—¡Todo lo que tú quieras! Pero es un trágala, y yo no lo aceptaré nunca de buena

gana.

—En eso tienes razón: papá decía siempre que era un abuso.

—¿Por qué es un abuso el tener que venir a misa a Lorenzana? —preguntó Mariana, sorprendida.

—Pues porque debiera haberla en Fao todos los domingos —explicó Amanda, presurosa—. La iglesia de Fao era, en realidad, la capilla del pazo de Meilán..., de nuestra casa. Sólo que los dueños permitieron que se edificase a medio camino entre el pazo y la aldea, como favor a los aldeanos. Y el derecho a tener misa en Meilán proviene de una donación hecha a la parroquia hace no sé el tiempo...

—A mediados del siglo dieciocho —concretó Roque—. Claro que la parroquia no posee ya esas tierras desde la desamortización. Pero eso no es motivo para anular el derecho adquirido ni cambiar las costumbres.

—¡No, por cierto! —confirmó Amanda, cargada de razón—. Pero las cosas estaban ya así cuando tú y yo nacimos, y hemos venido desde niños a la misa de Lorenzana un domingo sí y otro no, y muchas veces nos hemos quedado a la salida para saludar a los amigos.

—Cuando yo no he podido evitarlo.

—¡Pero es que hoy no podías!

—Sí que podía, puesto que pude.

—Blanca, pensará...

—¡Deja a Blanca que piense lo que quiera! —cortó Roque, con irritación. Y añadió, con más tranquilidad—: Por lo demás, no pensará nada. Parece que no la conoces. No tiene nada de cavilosa.

El argumento debía de ser sólido, porque allí se acabó la discusión. Amanda pareció deglutir las palabras de su hermano, y luego se echó atrás, con un último suspiro de reprobación.

Mariana reflexionaba sobre la actitud de Roque. La falta de datos sobre él y la evidente reserva de su carácter hacía que cada palabra y cada movimiento se convirtieran en enigmas para su mujer.

«No le gusta ir a Lorenzana, y yo creo que es a causa del marqués. No creo que sea por envidia. Lo que yo le dije al marqués es verdad: Roque está contento con ser quien es y con tener lo que tiene. Pero le molesta encontrarse con alguien que está por encima de él. La posición de Tomás Lorenzana es más antigua que la suya y más elevada. El sepulcro de la familia data de siglos y tiene una lista de nombres interminable. Su banco en la iglesia tiene un escudo tallado y es tan viejo o más que la misma iglesia. Y sin duda Roque piensa que ese hombre despreocupado y gastador no merece sus privilegios...».

Una punzada de dolor sobrecogió a Mariana, desviando el curso de sus pensamientos: ¡así había sido Antón Mendoza! Indolente, amante de todos los

placeres y convencido de su derecho nato a gozarlos todos por sólo ser quien era... Pero Mariana no deseaba pensar ahora en su marido muerto, y deliberadamente volvió su atención a Tomás Lorenzana.

«Es natural que Roque no le tenga simpatía, pero ¿no lo sería también, como dice Amanda, que se hubiera acostumbrado a su vecindad? Y, sin embargo, no es así. Le crispó verle conmigo el otro día, y hoy escapa para no saludarle. ¡Sí, escapa, y estoy segura de que es por eso!».

Aquella tarde, después de la excesiva comida dominical y del subsiguiente reposo, Roque invitó a Mariana a dar un paseo, lo mismo que el domingo anterior. Era, al parecer, una costumbre, un rito.

Mariana se levantaba ya de su sillón de mimbres —estaba sentada en el huerto—, cuando apareció Benigna, muy presurosa y un poco colorada.

—¡Señor, ha venido el señor marqués, con la señorita Blanca! Dicen que vienen a visitar a la señora, y los he pasado al salón...

Roque se estuvo quieto medio segundo, sin mirar a Mariana. Luego dijo:

—Muy bien, Benigna. Ahora salimos. Avisa a doña Amanda.

—¡Sí, señor! Ahora mismo: está en su cuarto. Benigna volvió hacia la casa, tan diligente como había venido. Roque miró ahora a su mujer, sonriente.

—¿Vamos allá, María?

—Sí, cuando tú quieras.

Blanca Lorenzana era una mujer rubia y muy bonita. Llevaba un vestido a rayas anchas de raso blanco y negro y un sombrero de paja negra cubierto de flores azules, del azul exacto de sus ojos. Una *toilette* un poco atrevida, que sólo una mujer de su distinción podía llevar sin riesgo. Cuando se puso en pie al ver entrar a Mariana, sus facciones se animaron con una sonrisa llena de viveza y de encanto. Hubo los saludos y presentaciones de rigor.

—¡No se quejará usted, Roque! —exclamó Blanca, riendo como una niña—. Anoche llegué, y hoy estoy aquí... Cuando Tomás me lo dijo (¡lo de su boda, quiero decir!), casi me desmayé... ¡Roque Bravo casado, así, de sopetón! ¡Qué noticia para una recién llegada!

—¿Quiere usted decir —sonrió Roque— que me considera un carcamal, ya fuera de combate?

—¡Oh, pero qué presumido, cómo le gustan los cumplidos! De sobra sabe usted que le considero el mejor partido de la provincia. Y para una mujer soltera, siempre es triste saber que un hombre libre se ha casado...

Roque se echó a reír, al parecer de muy buena gana. Blanca se volvió a Mariana, acentuando su amable sonrisa.

—Me había dicho Tomás que es usted muy hermosa. Yo no lo creía, porque mi hermano tiene gustos muy benévolos cuando se trata de mujeres...

—¡Eh, poco a poco, no me desacredites! —protestó Tomás—. Estás hablando de mí como yo hablo de los aldeanos.

—Es que, en algunas cosas, eso eres: un aldeano, ni más ni menos. Pero en este caso reconozco que no exagerabas: ya no me sorprende la... caída de Roque. ¡Y usted perdone, señora, el modo de hablar! Hablo como... cazadora.

—¡Cuántas bobadas dices, hermana! Ten en cuenta que la señora de Bravo no te conoce aún.

—Se llama María —intervino Roque.

—Pues bien, María —dijo Blanca—, aclararé, para que mi hermano no se escandalice, que nunca me propuse cazar precisamente a Roque. Pero toda mujer soltera que ha cumplido los veinticinco se siente cazadora..., ¿no lo cree usted así?

—No —intervino Roque, sin dejar hablar a Mariana—; María no es cazadora, o, si lo es, lo disimula muy bien. Tuve que cazarla yo a ella..., y trabajo me costó conseguirlo.

—¿Qué sabes tú Roque? —dijo Mariana, harta ya de que no la dejaran meter baza—. Un buen cazador no deja ver sus redes.

—¡Claro que no! —aprobó Blanca, riendo—. El ideal es que la presa se encuentre en la mochila convencida de que ha entrado ella por su gusto... Pero ¡ay...! —suspiró, burlona—, eso es muy difícil de conseguir con piezas tan... resabiadas como Roque Bravo. Debe usted ser muy hábil, María, además de muy guapa.

—No lo crea usted: simplemente, le cogí por sorpresa.

—¡Sí, es posible! Usted estaba en su terreno, y Roque, no. Pero estoy segura de que usted habría triunfado igualmente en cualquier lugar.

En aquel momento entró Amanda.

—¡Querida Blanca! ¡Qué amable, venir tan pronto a vernos!

—No es amabilidad, Amanda, sino curiosidad. Tomás me dijo que venía a saludar a nuestra nueva vecina, y yo decidí acompañarle. ¡No podía pasar ni una noche más sin saber cómo era la mujer de Roque!

Amanda alzó las cejas, sin saber cómo tomar aquellas declaraciones. Al fin optó por preguntar si el viaje de Blanca había sido bueno. Y en seguida, bajo la solemne influencia de la digna viuda, la conversación adquirió un tono más convencional. Blanca fue minuciosamente interrogada sobre la salud y asuntos familiares de diversos amigos comunes. Roque se echó hacia atrás en la butaca y se puso a hablar con Tomás. Mariana, momentáneamente al margen, observaba los rostros y las expresiones, preguntándose por el verdadero significado del alegre discreto de hacía un instante. Tanto Roque como los dos Lorenzana se habían mostrado llenos de aplomo, divertidos y a sus anchas. ¿Por qué dudaba Mariana de la sinceridad de aquella actitud?

«¿Sinceridad...? Quizá Blanca es sincera, más sincera de lo que quiere aparentar.

Decir la verdad en tono de burla es un buen medio de disimularla. Creo que está excitada, que su animación es, en parte, nerviosidad. Sólo que ella tiene mucho mundo y sabe hacer frente a cualquier situación y hasta sacar partido de ella, por difícil que sea... ¿Difícil...? Pero ¿por qué pienso que es difícil para ella? No sé por qué, pero lo pienso. Y pienso que Roque disimula también, lo mismo que ella, y que tiene tanto empeño como ella en parecer muy tranquilo y alegre».

Cuando los visitantes se despidieron, los visitados los acompañaron hasta su coche. Luego Mariana y Roque emprendieron su demorado paseo. Caminaron en principio en silencio, y Mariana aguardó con cierta expectación las primeras palabras de su marido.

—Parece que el tiempo se asegura. Si sigue así, esta semana acabaremos de recoger el pan, y la que viene empezaremos la maja.

Mariana, sin saber si irritarse o reírse, optó por preguntar qué era la «maja», aunque su sentido común le decía que no podía ser otra cosa que la trilla. Y la conversación siguió, referida exclusivamente a las faenas del campo, mientras Mariana se confirmaba en su propósito de interrogar a Amanda en cuanto tuviera ocasión de hablarle a solas.

9.

Aquella noche, Mariana durmió poco y mal.

Desde la muerte de su marido, hacía ya más de un año, nunca se había detenido a pensar en él, pero nunca tampoco había dejado su recuerdo de estar presente, como una nube de la que apartaba la mirada pero que hacía cambiar toda la luz del mundo.

A raíz de la tragedia, las miserias y las amenazas que habían caído sobre ella habían conseguido el efecto misericordioso de aturdirla y embotar su espíritu. Luego las revelaciones bochornosas de la vista y del proceso habían provocado una reacción defensiva y ciega: ¡no quería creer, no permitiría que nadie difamase a su marido!

«Pero todo aquello se me metió dentro, porque no era una novedad para mí... El desengaño había empezado ya. ¿Desengaño? ¿Puedo llamarlo desengaño? No, porque en realidad nunca estuve engañada. Nunca pensé que Antón era un hombre muy serio y formal; nunca me pregunté si lo era o no, si merecía o no mi cariño. Se lo di, o mejor dicho, él lo conquistó con sólo mirarme y decirme dos palabras».

¡Qué deslumbramiento, qué éxtasis el descubrir que aquel hombre se fijaba en ella! El forastero brillante, que pasmaba a todas las mujeres del pueblo con su apostura, y su gracia, y el brillo de sus ojos negros, y la elegancia desconocida de sus ropas. Ni un instante de duda: Mariana, sola en el mundo, rodeada de afectos tibios y convencionales, se había rendido, sin fingir siquiera resistencia, en cuanto Antón había hablado de matrimonio.

«¡Qué lucha con mis tíos, con las amigas, con todas las personas de juicio! Pero ¡qué poco me importaban todos! ¡Qué feliz era... y qué feliz fui mientras estuve casada con Antón! Me engañaba, ahora no puedo dudarle; me mentía a todas horas. Pero ¡mentía tan bien! Y yo estaba decidida a creerle, porque le quería. ¡Cómo le quería! Él era todo mi mundo».

Mariana evocó en la oscuridad aquella sonrisa, aquella voz acariciadora e irresistible. Antón Mendoza era un hombre bien educado, un aristócrata que se reía de las normas en que había sido criado, pero que conservaba como arma incomparable los modales y las inflexiones de voz que había aprendido desde la cuna. Quizás era ésa la clave de su éxito: aquella mezcla de elegancia señorial y desgarro de aventurero.

«Pero Antón no era malo, no era capaz de hacer daño a sabiendas. Sólo que... ¡tenía tanta vida y la sangre tan ardiente! Nunca me arrepentí de haberme casado con él. Nunca, ni en los peores momentos. Y si ahora mismo él volviese a la vida...».

El dolor de lo irremediable inundó a Mariana, apretó su garganta, llenó de lágrimas sus ojos.

«Pero Antón ha muerto —se dijo rabiosamente—, y nunca volverá a vivir. Y yo estoy viva y casada con un hombre que nada me importa. ¿Por qué? ¿Por qué he

hecho esto tan absurdo? ¿Para salvarme? Pero ¿de qué? ¿Qué me importa ya lo que me suceda? ¿Qué más me da vivir o morirme?».

Pero no estaba en el carácter de Mariana el salirse así de la realidad.

«Sí, sí que importa. Es tonto decir que da lo mismo: tener frío, tener hambre, recibir insultos por la calle, no da lo mismo que vivir en una buena casa y ser tratada como una reina. Me he casado porque no podía hacer otra cosa; pero ¿qué me importa lo que este hombre piensa, ni lo que le ocurre a su hija, ni lo que significa para él la linda rubia del pazo? ¡Nada, no me importa absolutamente nada! Ni siquiera me interesa, en el fondo, saber por qué se ha casado conmigo. Aquí estoy, y en esta casa me llaman señora y me dan cuanto necesito sin necesidad de pedirlo. Y Roque Bravo no me pide nada a cambio de todo eso. ¿Qué más puedo desear? ¿Por qué empeñarme en intervenir en su vida, si él no lo desea ni a mí me conviene?».

Lo que a ella le convenía era dejar las cosas como estaban. Había encontrado un empleo, un raro empleo consistente en no hacer nada, en no saber nada, en aceptar a ciegas un bienestar gratuito.

«No es el empleo que yo habría elegido por mi gusto; pero no pude elegir, ni ahora tampoco puedo. Ahora, mucho menos. Roque me ha salvado, y yo no puedo pagarle con un escándalo que sería herirle donde más le duele. Además, ¿qué podría yo hacer? ¿Adónde podría ir?».

Argumentos parecidos los había tenido consigo misma varias veces. Pero en este caso, pensó que tenían un nuevo sentido, porque su curiosidad había muerto. Ya sólo sentía hacia Roque y su mundo un despego tranquilo.

«Esto está muy bien. Cumpliré mi trato lealmente, y me dejaré vivir, como él mismo me aconsejó».

La despertó Benigna al traerle el desayuno. Mariana le dijo que tenía dolor de cabeza y se quedaría en su cuarto toda la mañana, pero añadió que saldría para comer: no quería poner a Roque en el compromiso de tener que entrar a verla e interesarse por su salud.

Aquella misma tarde, Mariana reanudó prudentemente sus paseos solitarios, que fue alargando cada vez más desde que llegaron las botellas de becerro.

Hacía las cosas con una nueva decisión, sin cortedad ni temores, sin la menor vacilación, como si ahora conociese realmente el terreno que pisaba.

Roque detenía a veces en ella la mirada de sus ojos pensativos, y, aunque no dijo nada ni lo dio a entender, Mariana comprendió que había percibido el sutil cambio operado en su espíritu.

«Pocas cosas se le escapan a este hombre», pensó Mariana.

Y, sin saber por qué, este pensamiento la alegró.

También ella, por su parte, hizo una observación: Amanda la huía; cuando se encontraban en la mesa, toda la familia reunida, se mostraba especialmente amable y

afectuosa con ella, pero evitaba cuidadosamente encontrarla a solas. Mariana sonreía interiormente. De haberlo querido, le hubiera sido muy fácil inutilizar aquellas inocentes maniobras; pero había cambiado de idea y ya no tenía interés en hacer hablar a su cuñada.

En uno de sus paseos, cuando se hallaba bastante lejos de Meilán, se encontró nuevamente con Tomás Lorenzana. Él iba a caballo, pero en cuanto la vio, echó pie a tierra y se acercó a ella, sombrero en mano.

—¡Feliz encuentro, María! No necesito preguntarle cómo está usted: basta verla.

—Sí, estoy muy bien, gracias —dijo Mariana con naturalidad—. Y su hermana ¿está bien, también?

—¡Oh, sí, muy bien! Un poco aburrida. Creo que debería usted visitarla alguna vez.

—Con mucho gusto. Se lo diré a Roque.

—¡Hágalo! Pero, si él se pone pesado, no le espere. No debe usted permitir que la aisle del mundo. Porque, para él, ya lo sabe usted seguramente, no hay más mundo que su bienamado Meilán, ni más seres humanos que sus habitantes.

—Creo que eso es un poco verdad; pero Roque no me ata, ya lo ve usted: conoce mi afición al campo y me permite satisfacerla a mis anchas.

Tomás sonrió, mirando a los pies de Mariana.

—Veo que hasta se ha comprado usted botas de campo. ¡Bien hecho! Es usted valiente y tiene un espíritu original.

—¿Tan raro le parece que me guste su hermosa tierra?

—De ordinario, las mujeres sólo aman el paisaje visto desde la ventanilla de un cómodo coche y a través de un velo que proteja su cara de los estragos del aire libre.

—¿Ése es el gusto de su hermana?

—Blanca tiene cien gustos diferentes, contradictorios. Tan pronto se pasa los días corriendo a caballo los montes, como declara que la aldea le entristece tanto que hasta le quita el ánimo de levantarse de la cama... Entonces se pasa las horas muertas leyendo novelas y comiendo bombones...

—Creo que, más o menos, a todos nos pasa eso un poco: el humor cambia de un día a otro.

—Pero usted no se deja abatir por la morriña, sino que la obliga a airearse por los campos.

—No siempre; hay de todo —sonrió Mariana. Y añadió, cambiando de tono—: ¡Bien, sigo mi paseo! ¡Muchos recuerdos a su hermana!

—¿No me permite usted que la acompañe? Soy buen cicerone. Yo también tengo amor a este terruño..., aunque no en la misma forma que su esposo.

—¡Muchas gracias! —dijo Mariana con ligereza—. Pero prefiero ir sola. Me he propuesto llegar otra vez a lo alto de la Peña Crespa y bajar sin perderme. Y la gracia

está, precisamente, en encontrar yo sola el camino.

—¡Bah!, esa prueba puede usted hacerla cualquier día. Personalmente, creo que no merece la pena subir allá arriba. Esta tierra no está hecha para ser contemplada desde lo alto. No tiene la grandeza del mar, ni de las altas montañas, ni de las grandes llanuras. Es una tierra para verla de cerca, para sumergirse en ella, respirándola desde dentro, tocándola con las manos...

—Es posible que tenga usted razón. Pero yo, hoy, quiero cumplir el plan que me he trazado.

—Y... ¿sola ha de ser?

—Sí. Sola.

—¡Bien! —Tomás se inclinó, con un suspiro semiburlón—. Lo lamento. Otro día, quizá, podré enseñarle cómo veo yo a *miña terra*.

—Otro día... quizá —dijo Mariana.

Y se despidió.

Desde entonces empezó a encontrar en su camino, con alguna frecuencia, al marqués de Lorenzana, y, en estos casos, él echaba pie a tierra y se detenía unos momentos hablando con ella. Una vez la acompañó durante un largo trayecto a través de un bosque de robles. Y, ciertamente, consiguió hacer resaltar las bellezas que iban saliéndoles al paso a lo largo del camino: la gracia inesperada de un grupo de abedules, la majestad perfecta de un roble centenario nunca profanado por el hacha, los rumores distintos, apacibles, armoniosos, del agua, y del follaje, y de los pájaros, y de los insectos...

—Es toda una orquesta, ¿no oye usted? El zumbido de los mosquitos es como un fondo persistente de violines, y la *rula* es una flauta solista, muy virtuosa y patética.

—¡Es usted un poeta! —dijo Mariana, sonriendo.

—¡No diga eso, por Dios! Y, sobre todo, no se lo diga a Roque: acabaría de perderme la poca estimación que me tiene.

A Mariana no le desagradaban aquellos encuentros, porque Tomás Lorenzana se mostraba siempre deseoso de agradarle, sin salirse nunca de la más perfecta corrección. Pero cuando empezó a sospechar que no eran casuales, empezó a temer también que dieran que hablar en la aldea. Esto le dio mucho que pensar, porque no sabía cómo cortar el riesgo sin poner fin también a sus paseos.

«Tomás no me da ningún motivo para sentirme ofendida, y decirle que no quiero encontrarle más sería tanto como dar a las cosas un sentido que... no tienen. ¡No, no lo tienen! Tomás se aburre, tiene el día entero para correr los campos, y yo soy para él una cara nueva, alguien con quien hablar, ni más ni menos».

Sin embargo, estaba inquieta, y, después de encontrarse a Tomás dos días consecutivos, decidió suspender sus paseos durante algún tiempo, o mantenerlos dentro de los límites de Meilán.

Amanda había olvidado ya sus precauciones y volvía a instalarse con su costura en el campito, en lugar de hacerlo en el balcón de su cuarto, como en los días anteriores. Mariana volvía a sentarse junto a ella, y las sosegadas conversaciones recomenzaban. Roque, al llegar, las encontraba juntas y se sentaba un momento a su lado, antes de entrar a comer. Un día, Mariana dijo, sin alzar los ojos de su labor.

—¿No crees que deberíamos devolver la visita a los Lorenzana? Me he encontrado a Tomás, y me ha dado a entender que su hermana nos echa de menos.

Roque se recostó hacia atrás en su sillón de mimbre, cruzando las manos detrás de la nuca.

—Sí, tendremos que ir... Ya lo pensaba yo. Pero no hay prisa. Espera a que terminemos la maja.

Mariana no insistió. Al día siguiente, cuando volvía de su breve paseo, vio a Otilia en el cenador, no tumbada en la silla larga, sino sentada en una bajita y bordando muy aplicada. Benigna estaba a su lado zurciendo una sábana. Mariana se acercó y saludó.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señora —dijo Benigna poniéndose en pie.

—Buenas tardes —dijo Otilia, alzando un instante la mirada de su labor.

—Tienes muy buen aspecto, Otilia —dijo Mariana—. ¿Te encuentras mejor?

—Estoy perfectamente bien —dijo Otilia, cortante.

—¿Me dejas ver tu trabajo?

Otilia se lo tendió, sin decir nada, y Mariana vio con sorpresa que era una fina labor de tapicería, de un dibujo y un colorido muy elegantes.

—¡Pero esto es una preciosidad, Otilia! —dijo sinceramente—. ¡Eres una artista!

—¿Verdad que sí, señora? —exclamó Benigna—. ¡Y ella misma hace los dibujos!

—¿De verdad...?

—¡Sí! ¿Por qué no? —dijo Otilia—. No soy tan torpe como usted piensa.

—Es que, para hacer esto, no basta con ser hábil: hay que tener conocimientos de dibujo.

—¿Y quién dice que yo no los tengo?

—La señorita Otilia ha estado seis años en un colegio. Y siempre venía cargada de premios y medallas.

—No lo dudo —sonrió Mariana—. Realmente, este almohadón es una obra de arte.

—No es un almohadón. Es un asiento de silla.

—¡Ah! Quedará precioso.

—Es para una sillería Luis XV, que yo tengo guardada. Era de mi abuela, la madre de mamá.

—Pero ¿vas a hacer toda la tapicería?

—Sí: un sofá, dos butacas y ocho sillas, respaldos y asientos. Ya tengo hechas varias piezas.

—¡Será un trabajo muy largo!

—Sí; pero merece la pena. Están muy mal tapizadas, y la abuelita decía que era una pena, porque la sillería es auténtica. Me la dejó a mí porque me gustaba. Está guardada en el desván, pero cuando yo ponga mi casa me la llevaré.

Al decir esto, Otilia volvió a mirar a Mariana con aire de reto, como antes, cuando había nombrado a su madre. Pero Mariana hizo como si nada notara.

—Me gustaría mucho saber hacer este punto. Si me enseñases, te ayudaría.

Otilia hizo un gesto escéptico, casi despectivo.

—¡Hace falta mucha paciencia! Y usted se pasa el día paseando por el monte...

—No todo el día. Un rato nada más, para hacer ejercicio. Y tú debieras hacerlo también; no es bueno que pases la vida sentada, a no ser que estés enferma.

—¡Yo no estoy enferma!

—Eso me parece. Por eso digo que deberías pasear.

Otilia miró de reojo a Benigna, que discretamente había dado unos pasos fuera del cenador y fingía observar atentamente al jardinero, que estaba inclinado sobre unas plantas de tomates; luego miró a Mariana, con una sonrisa.

—¿Y por qué no se lo dice usted a mi padre? —preguntó.

—Claro que se lo diré, si tú quieres...

Otilia se encogió de hombros.

—A mí me da igual —dijo.

Y volvió a dedicarse a su labor, como si Mariana no estuviera ya allí. Mariana se alejó, diciendo adiós a Benigna con la cabeza y preguntándose interiormente si el pedirle a Roque que permitiera a su hija acompañarla en sus paseos sería una intromisión contraria a sus propósitos o un simple acto de humanidad.

«Roque la mantiene prisionera, y por algo será... ¿Puedo yo responder de que no se escapará si me la llevo? Sí, supongo que sí. Aún a malas, yo tengo más fuerza que ella y, además, siempre hay alguien cerca. No me iría lejos, a los montes, sino que iríamos por caminos entre fincas. Bastaría un grito para que acudiese gente. Claro que el resultado sería un escándalo, y quizás es eso lo que Otilia quiere conseguir. ¡Qué criatura más rara! Esos bonitos ojos suyos, tan insolentes, que no se sabe si son fríos o apasionados... Y ese terco rencor contra su padre...».

Mariana estaba indecisa y, por el momento, no le dijo nada a Roque; pero notó con satisfacción que la actitud de Otilia hacia ella se había modificado un poco. Cuando pasaba ante el cenador se detenía siempre un momento, interesándose por el trabajo de la jovencita, y ésta le mostraba sus progresos, y un día trajo un asiento y un respaldo ya terminados para enseñárselos. Otro día, al regreso de su paseo, Mariana se sentó, pidiendo a su hijastra que le enseñara los secretos del *petit point*, aunque

esto no era ya necesario, pues los había aprendido con la simple observación. Otilia accedió sin hacerse rogar, y, aunque ni un instante se apartó de su reserva, Mariana se llevó la impresión de haber obtenido una victoria.

Pero no fue esto lo que la decidió a hablar con Roque sobre su hija, sino un nuevo encuentro que tuvo un par de días más tarde con Tomás Lorenzana. Esta vez era él quien había penetrado en tierras ajenas, pues estaba en la Zanca, un trozo de monte muy boscoso que Roque había agregado a Meilán y cercado recientemente. Cuando vio aparecer a Tomás, surgiendo de pronto entre unos matorrales, Mariana tuvo que sofocar un grito de sobresalto perfectamente justificado.

—¡Tomás! —exclamó con indignación—. ¡Otra vez usted!

—¡Perdone! —sonrió Tomás—. Siento haberla asustado.

—¡Lo ha hecho a propósito!

—¡Nada de eso! Es que este terreno es así; yo me he sorprendido tanto como usted.

—¿De veras? Pues no lo ha demostrado.

—¡Bueno! Digamos *casi* tanto. La había visto hacía un par de segundos.

—¿Y cómo viene usted a pie? No es su costumbre.

—He dejado a *Sultán* junto al muro de la Zanca.

—¿Y por qué?

Tomás sonrió, burlón.

—Está usted muy preguntona esta tarde. ¿No es evidente por qué? ¿Cree usted que éste es un terreno para cruzarlo a caballo?

—Pero... ¿qué necesidad tenía usted de cruzar la Zanca?

Tomás se azoró un poco, y rió para disimular.

—Necesidad —dijo luego—, ninguna. Yo paseo por gusto y busco los caminos que me agradan.

—Tiene usted en sus tierras bosques mucho más hermosos que éste.

—Más extensos, sí; más bellos, no. Al menos, esta tarde.

—¿Es eso un cumplido, señor Lorenzana? —dijo Mariana, con una punta de sequedad.

—Es la simple expresión de un hecho —replicó Tomás, inclinándose imperturbable.

Mariana buscó palabras con que expresar su desagrado, pero no las encontró adecuadas. Ponerse solemne y darse por ofendida le parecía injustificado, y, por otra parte, desconocía el carácter del marqués de Lorenzana y no podía prever su reacción. Temió irritarle, o, peor aún, empujarle a concretar sus hasta entonces levísimas insinuaciones. Optó, pues, por echar a andar desviando sus pasos hacia el muro de la finca, que se percibía hacia la izquierda, entre árboles y matorrales.

—Así va usted mal —opino Tomás—, se encontrará en seguida fuera de la finca.

—Ya lo sé. Quiero salir al camino para volver hacia casa.

—Pero ¿por qué? Yo la guiaré a través del bosque, y saldrá usted a ese mismo camino, sólo que algo más allá.

—Es que no quiero alargar mi paseo.

Tomás se detuvo, volviéndose hacia ella en una forma que le obligó también a detenerse.

—Últimamente no se aparta usted apenas de su casa. Sentiría mucho ser yo la causa de ese cambio en sus costumbres.

A Mariana le pareció notar, bajo el tono contrito de su interlocutor, una cierta fatuidad; y ello le hizo apresurarse a desmentirle, por más que lo que él decía era muy semejante a lo que, un momento antes, había estado pensando en decir.

—¡Por Dios, qué ocurrencia! —exclamó con admirable naturalidad—. Lo que pasa es que no siempre tengo los mismos ánimos ni el mismo tiempo libre. Otilia me espera a las cinco para un trabajo que estamos haciendo juntas.

—Es una niña muy extraña, su hijastra —dijo Tomás, con cierta viveza.

—¿Extraña? No. En realidad, no es ya una niña, y ahí está toda la extrañeza: el cambio de edad.

Tomás hizo un movimiento como para decir algo, pero luego lo pensó mejor y cerró los labios. Mariana, que lo había advertido, continuó hablando con aire despreocupado.

—Ha estado delicada, según creo, y Roque exagera los cuidados. Supongo que es el recuerdo de su primera esposa lo que le hace tan aprensivo respecto a la salud de su hija.

—Sí —dijo Tomás, pensativo—, eso es posible...

—Pero, a mi juicio —continuó Mariana—, a la niña no le hacen ningún bien estas precauciones tan exageradas. Acabará por convencerse de que está enferma, sin estarlo. Sólo que, ¡claro! —sonrió la joven, de súbito, mirando a su interlocutor—, la *madrastra* es la persona menos indicada para decirle a un padre que mima demasiado a su hija...

Cuando se separó de Tomás, pocos minutos más tarde, Mariana iba contenta de sí misma; se había desprendido de Tomás sin reconocer que huía de él y, además, había defendido, sin conocerlos, los secretos familiares de Roque.

«Pero está visto que no puedo seguir saliendo sola. Y es lástima, porque lo necesito. Tengo que cansarme por el día para poder dormir de noche. ¡No puedo pasarme las horas muertas cosiendo o leyendo sentada constantemente!».

La perspectiva la asustaba; no temía por su salud física, sino por el equilibrio de su espíritu. Por instinto comprendía la necesidad de vivir hacia fuera y huir de las cavilaciones. Y en el tratamiento que se había impuesto tenían parte fundamental aquellos paseos que ahora se creía obligada a interrumpir. Suspiró.

«Tendré que pasear con Amanda por la carretera. Si me decidiese a pedirle a Roque permiso para llevarme a Otilia... Pero ¿será prudente? No sé cómo lo tomará él, y, suponiendo que acepte, tampoco sé qué resultará de todo ello».

En el fondo, sabía que haría la tentativa más pronto o más tarde.

10.

Por las mañanas, Roque solía levantarse mucho antes de que su mujer se hubiera despertado. Por las noches, era él casi siempre quien daba la señal de retirada, y Mariana, como obedeciendo a un acuerdo tácito, se levantaba para irse con él. Entraban juntos en el dormitorio grande, y Roque, tras un formulario «¡Buenas noches!», se dirigía inmediatamente al suyo. Era curioso que la anormalidad de la situación se le aparecía a Mariana mucho más cuando reflexionaba sobre ella que cuando vivía en presente sus aspectos más aberrantes. Era tal la naturalidad y calma de Roque al llevar a cabo la diaria comedia destinada a engañar a su familia, que jamás surgía en aquellos momentos ninguna turbación entre marido y mujer. A Mariana no se le había ocurrido nunca correr el pestillo de la pequeña puerta que separaba las dos habitaciones. En primer lugar, porque no se creía con derecho a hacerlo, y, además, porque, cuando aquella puerta se cerraba a espaldas de Roque, ella se sentía tan separada de él como si habitaran en casas distintas.

Pero aquella noche se rompió la rutina. Roque, como siempre, abrió la puerta del dormitorio, se echó a un lado para dejarla entrar a ella, entró a su vez y cerró tras sí. Pero luego, en lugar de pasar junto a Mariana en dirección a su cuarto, se quedó quieto y carraspeó. Mariana le miró con sorpresa.

—Escucha, María —empezó él—. Tengo que hablarte...

Parecía un poco turbado, y la sorpresa de Mariana se convirtió en expectación. Una expectación tan viva que le alteró el pulso. La voz le salió un poco sorda.

—Tú dirás...

—En principio, a mí me pareció muy bien que pasearas por el campo cuanto quisieras. No se me ocurría que pudieses correr ningún peligro, y me hago cargo de que necesitas ocupar el tiempo y hacer ejercicio. Pero ahora he comprendido que me equivocaba: no está bien que vayas sola.

—¿Por qué no está bien? —preguntó Mariana secamente.

—Al parecer, los paisanos lo comentan, lo encuentran impropio.

—¿Y es ése motivo suficiente para que cambies de opinión?

—Ya ves que sí.

—¿Tanta importancia das a la opinión ajena, que cambias la tuya por los dichos de unos aldeanos?

—Sí que me importa la opinión de mis prójimos; sobre todo la de los que conviven conmigo. Pero es que, además, ellos me han hecho ver cosas en que yo no había pensado.

—¿Qué cosas, por ejemplo? —Mariana hablaba ahora en tono de franca rebeldía.

—Creo que tú puedes imaginarlas sin dificultad.

—Pero, a lo mejor, mi *imaginación* no coincide con la tuya.

—Yo tengo muy poca imaginación. La prueba te la estoy dando en este momento. Yo te animé a que pasearas sola, sin que se me ocurriese que en ello podía haber un peligro.

—¡Quiero saber, concretamente, a qué peligro te refieres!

—¿Por qué te enfadas, María? No he dicho nada que pueda molestarte. La equivocación, o la imprudencia, o como quieras llamarlo, ha sido mía, no tuya.

Hablaba Roque en un tono grave y tranquilo que obligó a Mariana a frenar su deseo irrazonable de discutir: era absurdo contradecir a Roque, cuando ella había llegado a la misma conclusión que él.

Al cabo de un momento, Mariana acabó por decir honradamente lo que pensaba:

—La verdad es que yo había decidido ya no volver a salir sola.

—Me alegro mucho. Sentía tener que contrariarte.

—Renunciar a mis paseos me contraría, aunque comprendo que es necesario.

—Yo procuraré acompañarte en cuanto adelante un poco el trabajo. ¿No te gustaría montar a caballo?

—Ya sabes que soy mala amazona.

—Mejorarás en seguida, con un poco de práctica.

—Probaré, si tú quieres; pero, por el momento había pensado otra cosa.

Roque esperó, interrogante. Mariana prosiguió, dando a su entonación toda la naturalidad que pudo.

—¿No crees que a tu hija le sentaría muy bien hacer un poco de ejercicio? La vida que hace no puede ser sana, sobre todo a su edad.

Roque había fruncido el ceño. No dijo nada.

—Está mucho tiempo al aire libre, y eso es bueno. Pero no basta. Necesita moverse, ejercitar sus fuerzas y apaciguar sus nervios. Lo necesita más aún que yo.

Roque seguía callado. No miraba a Mariana, sino al suelo.

—¿No te parece que tengo razón? —apremió Mariana al cabo de un momento.

—Sí que la tienes. Y no creas que me dices nada nuevo. Si Otilia hace la vida que hace, no es por gusto mío.

—¿Temes que huya de casa? —preguntó Mariana con crudeza.

Roque se sobresaltó, la miró con viveza, volvió a apartar de ella los ojos. Dijo, por fin, contra su voluntad:

—Me ha amenazado muchas veces con hacerlo. No creo que de veras lo piense, pero... no me atrevo a hacer la prueba.

—¿Sería peligroso que paseara conmigo?

—No querrá.

—¿Por qué no?

—Bastará con que sepa que a mí me agrada.

—Pero ¿y si no fuese cosa tuya? ¿Y si tu... cedieras contra tu gusto, por empeño

mío y de la niña?

—¿Te encuentras en esos términos con Otilia? —preguntó Roque, incrédulo.

—Quizá me equivoque, y, desde luego, no es mérito mío, pero me parece que ella empieza a estar cansada de su actitud. Sea cual sea el motivo...

Mariana dejó la frase en el aire, con la esperanza de que Roque la recogiera; pero él se limitó a seguir mirando a su mujer, en espera de que ella continuase. Y ella continuó, al cabo de un instante:

—El mal recuerdo, o la pasión de ánimo, o lo que sea, está cediendo ya, y si la chiquilla encuentra ocasión de ir volviendo a la vida sin dar su brazo a torcer, yo creo que lo hará con mucho gusto.

—Si tú lo consigues —dijo Roque lentamente—, ¡qué peso me quitarías de encima!

—¿Me permites que lo intente?

—Te lo ruego. Haz lo que puedas, y ¡que Dios te guíe! Roque cruzó la habitación y se volvió desde la puerta de la suya.

—¡Muchas gracias, María! —dijo—. Por todo.

—¡Vaya! —sonrió Mariana, un poco emocionada—. ¡Yo estaba temiendo que me llamasen entrometida!

—Si de veras has pensado eso, es que me has entendido muy mal. Ésta es tu casa, con todo lo que contiene. Lo único que yo quiero evitar es que te fatigues o te preocupes.

—Lo que realmente no quieres —se atrevió a decir Mariana, en un arranque de franqueza— es que yo me empeñe en *saber*...

La luz era escasa —sólo una vela que Mariana traía en su palmatoria y que había dejado sobre la mesa de centro—; pero, a pesar de ello, fue visible que Roque enrojecía y parpadeaba.

—Hay cosas —dijo— que yo mismo quisiera borrar de mi recuerdo.

Abrió y cerró la puerta. Mariana se sentó frente al tocador y se llevó las manos al pelo para empezar a deshacer su peinado. Sus movimientos eran despaciosos, distraídos.

«En esto han venido a parar todos mis propósitos de mantenerme aislada de la vida de Roque...».

Pero no estaba arrepentida, sino contenta, muy contenta, a causa de dos breves frases de Roque. Y la perspectiva de su misión cerca de Otilia despertaba en ella un interés que no esperaba volver a sentir nunca más.

Tardó en desvestirse, pues su mente estaba abstraída.

Cuando por fin se metió en la cama, había tomado una decisión muy adecuada para facilitar su sueño:

«No hablaré en seguida con Otilia sobre los paseos... me sentaré junto a ella a

coser, y veré venir las cosas».

Mariana siguió su programa a la letra, y sólo después de cuatro o cinco días de trabajar con su hijastra, hablando poco y sólo del tiempo o de la labor que tenían entre manos, se decidió a decir, como sin darle importancia:

—Con esta tarde tan hermosa, ¿no te entran ganas de pasear un poco?

Otilia se encogió de hombros.

—No sé... ¿Se lo ha dicho usted a papá?

—¿Quieres que se lo diga?

—A mí me da igual. Haga usted lo que quiera.

—Pues hoy mismo, en la cena, se lo voy a preguntar. O, mejor no: mañana, en la comida para que estés tu presente.

Porque Otilia, seguía absteniéndose de comparecer en la cena, aunque no en la comida del mediodía.

—¿Y por qué tengo que estar yo?

—Porque así podrás apoyarme.

—Ya le he dicho que no me importa nada.

—Pero a mí, sí.

—¿Por qué? —Otilia estaba en guardia, casi hostil.

—Pues porque tu padre me ha prohibido que salga yo sola por el campo.

Mariana hizo esta declaración con recelo, muy dudosa del resultado. Pero en seguida comprendió que había acertado. Otilia sonrió, desdeñosa y triunfante.

—¡Vaya!: también usted va conociendo a papá, por lo que veo. Siempre tiene el *no* preparado en la boca. Los gustos de los demás le tienen sin cuidado.

—Es que, según parece, los aldeanos lo critican.

—¡Ah, claro, los paisanos! ¡Así es mi padre de cuerpo entero! Lo que piensan cuatro brutos ignorantes le importa más que sus gustos o los míos. ¿No es una cosa ridícula e indignante?

—Yo no quiero discutir con tu padre —esquivó Mariana—. Supongo que, cuando él hace las cosas, sus razones tendrá.

—¡Claro que tiene razones! Tiene una, sobre todo: que es un egoísta terrible y sólo quiere estar tranquilo. Le hace feliz ser el amo de todo, y que todos se descubran al verle de lejos, y que nadie tenga que decir nada de él ni de su familia. No le importa que en casa todos lloren y sean desgraciados, con tal que nadie lo sepa.

—¿Tú piensas —preguntó Mariana suavemente— que tu padre no te quiere?

Otilia vaciló, mordiéndose los labios. Luego alzó los hombros, gesto en ella muy frecuente.

—¡Hay muchos modos de querer!

Mariana resistió el impulso de pedirle a Otilia aclaraciones, aunque tenía la intuición de que la jovencita estaba deseando hacerlas. De momento, consideró más

prudente dejar las cosas como estaban y no querer adelantar demasiado. Se limitó, pues, a bajar la cabeza, como si las palabras que acababa de oír le dieran mucho que pensar. Durante un momento pareció como si Otilia fuese a seguir hablando: pero al fin optó por volver también a la labor, silenciosamente. Pasaron así varios minutos, y luego Otilia dijo, con forzada displicencia:

—Si papá lo permite, yo me alegraré de poder ir con usted.

Al día siguiente, a la hora de comer, Mariana planteó la cuestión sin haber hablado nuevamente con Roque.

—¿No te parece, Roque —dijo—, que Otilia hace una vida demasiado sedentaria? ¿Tienes inconveniente en que venga conmigo a dar algunos paseos por el campo?

Los dos muchachos se quedaron con la cuchara en el aire, mientras sus vivos ojos pasaban de su padre a Otilia y de Otilia a su padre y a Mariana. Roque dijo calmadamente:

—A Otilia no le gusta pasear.

—¿Quién ha dicho eso? —saltó Otilia.

—Creo que a la vista está.

—¡No pretenderás que es gusto mío estar encerrada!

—Si no recuerdo mal, te he aconsejado más de una vez que dices un paseo todos los días.

—¡Sí! ¡Por la carretera! ¡Y contigo de guardián!

—De guardián, no —dijo Roque sonriendo—; de acompañante.

—¡A ti te aburre pasear por la carretera!

—Pero yo paseo todas las tardes —intervino doña Amanda con digno reproche—, y tú nunca has querido acompañarme.

—¿Qué tiene que ver eso, tía Amanda? —exclamó Otilia, impaciente—. Tú andas muy despacio y siempre por el mismo sitio. En cambio, a María no le importa saltar muros, ni cruzar tojos y *xestas*... ¡Es otra cosa! Hasta podemos ir a caballo.

—Por ahora, no —dijo Roque—. A ti no te conviene fatigarte demasiado para empezar. Los primeros días es mejor que deis paseos cortos.

—¿Eso quiere decir que me dejas? —preguntó Otilia, adoptando de pronto una actitud displicente.

—Si María quiere llevarte...

—¡Yo ya le he dicho que sí! ¡Con mucho gusto!

—Pues, por mi parte, no hay inconveniente en hacer la prueba.

—La prueba ¿de qué? —saltó de nuevo Otilia.

—De si te sienta bien o mal el cambio de régimen.

—¡No hables como si estuviese enferma, padre, porque no lo estoy!

Era evidente que Otilia buscaba disputa; pero Mariana intervino, y desvió el peligro con una sonrisa:

—Yo espero que los paseos nos resulten a las dos muy agradables.

11.

Y se cumplieron las esperanzas de Mariana, porque tuvo ella buen cuidado de dar a Otilia toda la libertad posible. La dejaba adelantarse, correr, marcar el rumbo, tumbarse en un prado, sobre un montón de hierba, o subirse a un roble con agilidad de chiquilla, aunque ella decía que estaba torpe, que la inactividad la tenía entumecida... Era como un potrillo al que se da suelta, como una colegiala al fin de un largo curso.

Al volver a casa tenía las mejillas sonrosadas y comía con buen apetito, ya sin remilgos ni comedias. A veces, riendo, se quejaba de agujetas.

Pero no siempre estaba de humor tan exuberante. A veces se limitaba a caminar junto a Mariana, silenciosa, mirando al frente con gesto soñador o preocupado. Y también entonces se abstenía Mariana de entrometerse.

Un día, la jovencita se echó a reír.

—No hablamos mucho tú y yo, ¿verdad...?

Mariana anotó mentalmente aquel *tú* impensado. Dijo, sonriendo:

—No, no hablamos mucho...

—Señal de que tenemos demasiado en que pensar.

—No lo creas —replicó Mariana con sinceridad—. Si a mí me gusta tanto andar es porque así reposan los pensamientos.

—Los míos no descansan nunca —dijo Otilia mirando fijamente a su madrastra—. Ni yo quiero que descansen.

Había otra vez desafío en la actitud de Otilia, pero Mariana no lo recogió ni intentó aprovechar la ocasión para penetrar en su intimidad. Ahora no sentía ya hacia ella y sus misterios la misma curiosidad que al principio. Ahora le importaba mucho más triunfar en la empresa que se había propuesto, que era ayudarla para ayudar a Roque.

De momento se conformaba con ver a la chiquilla recuperarse y deponer, aunque sólo fuera en parte, su actitud hostil hacia su padre.

Pero no paraban aquí sus planes, sino que tenía otros ocultos y más ambiciosos.

Una tarde, cuando cruzaban el jardín, a Otilia se le ocurrió cortar al paso una rosa roja e hincar su tallo en la cinta con que se ataba el pelo.

—¡Espera! —dijo Mariana—. Déjame que yo te la ponga bien...

El peinado era aún como de niña: el negrísimo pelo sujeto en lo alto de la cabeza y luego cayendo suelto por la espalda. Mariana colocó la flor bien en el centro, y luego se apartó un paso. Y, de pronto, viendo a Otilia sonreír despreocupada y contenta de sí misma, tuvo la sensación clarísima de descubrir en ella dos personas. Muchas veces se había dicho «tiene aún mucho de niña»; pero ahora se dio cuenta del significado de esta idea. A los dieciocho años, en toda mujer, especialmente en las

que han sido educadas y protegidas dentro de un hogar amante, queda aún mucho de la inocencia de la niñez, mezclado ya con una incipiente experiencia de la vida real. Pero el caso de Otilia era distinto, porque los dos elementos parecían —se lo parecieron a Mariana en aquel momento— extremados e inconciliables. La ingenuidad y el ímpetu de una niña; la pasión y la experiencia de una mujer. Las dos cosas estaban allí, como agua y aceite en un mismo vaso, emulsionados pero no mezclados, prestos a separarse...

Fue una impresión rápida, y, mientras duró, Mariana creyó ver claro en Otilia y hasta en su secreto... Y aun después que la impresión pasó, dejó en Mariana la seguridad de que sus planes no eran descabellados.

—Estás muy linda, Otilia —dijo.

Y era verdad. Llevaba la jovencita una falda oscura, tobillera para que no estorbara al andar por el campo, y una blusa a rayas con cuello y puños blancos, atavío de colegiala al que la estrecha cintura y el gracioso busto hacían parecer picante y casi audaz.

Otilia rió, inesperadamente tímida:

—¿De veras lo piensas? ¡Pues muchas gracias!

Echaron a andar y, en cuanto salieron del huerto, dijo Mariana, como sin darle importancia:

—¿Te sientes con ánimos de andar un poco más que de costumbre?

—¡Cuando más ando, mejor me encuentro!

—¡Así me gusta!

—Pero ¿por qué lo dices? ¿Tienes interés en ir a algún sitio?

—Se me había ocurrido acercarnos hasta el pazo de Lorenzana.

Otilia torció el gesto.

—¿A hacerles visita?

—¡No, no! Sólo a ver la casa desde fuera. La he visto sólo de lejos, cuando veníamos hacia acá, y me pareció muy hermosa.

—Sí, es magnífica. Papá dice que es una lástima que no la cuiden mejor.

—¿Te parece bien que vayamos?

—¡Sí, sí! Muy bien.

En cuanto salieron de las tierras de Meilán a las de Lorenzana, Otilia se encargó de señalar a su madrastra las diferencias entre las unas y las otras. No era necesario, porque saltaban a la vista: en las fincas de Roque Bravo, muros sólidos, sin una brecha; *cancillas* de madera pintadas de azul, que funcionaban a la perfección; regatos bien encauzados... En las del marqués, las puertas, sustituidas por entabados de ramas, no podían abrirse; pero eso carecía de importancia, porque siempre se encontraba cerca un hueco en la cerca, fácil de saltar. El verdadero problema lo constituían los *trollos* encharcados, donde la hierba, mezclada de juncos, disimulaba

el agua, que llenaba los zapatos en cuanto se ponía el pie sobre ella... Mariana había caído más de una vez en aquellas trampas al principio de sus exploraciones, pero había aprendido ya a conocer los síntomas indicadores de que era una laguna lo que parecía una pradera...

—¿Ves? —decía Otilia—. Si estas tierras fueran de casa, papá habría hecho de esto un prado riquísimo.

Y Mariana, contenta, evitaba sonreír: Otilia, solidaria de su padre en aquellas rivalidades de vecindad, olvidaba por el momento sus rencillas con él.

Al llegar ante la verja del parque, las dos mujeres se detuvieron. Allí desaparecía toda posibilidad de comparación.

El pazo del marqués de Lorenzana se alzaba sobre una suave loma cubierta de céspedes, arbustos y árboles no muy grandes, y detrás de él se veían las oleadas profundas de un bosque interminable. Las verjas de hierro, colocadas sobre un muro bajo de sillería, parecían abarcar un gran espacio dentro del cual no había ni una parcela dedicada a cultivo utilitario. Tal vez no estuvieran muy cuidados aquellos senderos y macizos, pero conservaban, a pesar de todo, la gracia con que habían sido trazados. La casa misma tenía dos torres, o, mejor dicho, torre y media, pues una de ellas se había desplomado en parte; pero la otra se erguía con tranquilo orgullo, como desdeñando la catástrofe que a ella alcanzaría también sin tardar mucho.

—Realmente —dijo Mariana—, es muy hermoso.

—Sí —Otilia suspiró, como si le pesara reconocerlo—, es una belleza.

—Sobre todo, por lo bien colocada que está la casa en el paisaje.

—¡Ay, mira, María! —susurró Otilia de pronto—. Aquélla es Blanca. ¡Vámonos antes de que nos vea!

—¿Por qué...? Podemos entrar a saludarla. Incluso le debemos visita.

—¡No, no! Ya se la pagarás con papá. A mí me aburren las visitas.

Mariana no insistió, aunque le parecía que era más bien cortedad que aburrimiento lo que hacía huir a su hijastra. No tenía interés en entrar en el pazo; más bien creía preferible un encuentro casual o que lo pareciese.

Blanca Lorenzana, con un gran sombrero de paja y un ligero vestido azul claro, iba con aire distraído de macizo en macizo, cortando flores y colocándolas en una cesta plana que llevaba al brazo.

Las dos curiosas dieron media vuelta y se alejaron de la verja. Mariana iba vigilante, con el oído aguzado y los ojos avizores, segura de que no saldrían de los límites de Lorenzana sin tropezarse con su dueño.

Cuando oyó no lejos el galope de un caballo, disimuló su satisfacción. Otilia no prestaba atención al brioso golpeteo, que primero se alejó y volvió a acercarse luego, dando a Mariana la seguridad de que Tomás Lorenzana, noticioso de su presencia andaba buscándolas por los alrededores. Y así debía de ser, porque a los pocos

minutos, saltando un muro y frenando en seco, caballo y caballero aparecieron ante las dos mujeres como caídos del cielo. Otilia gritó, y Mariana se echó hacia atrás con ella, sobresaltada. El marqués de Lorenzana se quitó el sombrero y pidió perdón por el susto, mientras su mirada de soslayo decía a Mariana que lo había hecho a propósito. Inmediatamente saltó a tierra.

—De verdad siento haberlas asustado; pero, por lo demás, me alegro mucho de este encuentro.

—¡Y menos mal que ha sido sólo el susto! —dijo Mariana con severidad—. Un metro más acá, y nos atropella a las dos.

—Pero salté... un metro más allá, señora mía —dijo Tomás, burlón—. De modo que es inútil lamentar una desgracia que no ha sucedido.

—¡Es una locura saltar así un muro junto al cual corre un camino!

—Locura... quizá. Pero no tan grave, al fin y al cabo. O... ¿es que no me considera usted capaz de hacer retroceder al caballo a medio salto?

—No —intervino Otilia de pronto, con una sonrisita ácida—; eso no puede hacerlo usted ni nadie. Pero ¿qué más da? Lo peor que podía suceder es que su montura pisoteara a dos vulgares intrusas; y me figuro que eso lo han hecho muchas veces sus antepasados con toda intención y considerándose en su pleno derecho. ¿No es así, marqués?

Tomás Lorenzana volvió su mirada hacia Otilia y la detuvo sobre ella con atención repentina, como si sólo entonces la hubiese visto realmente. La jovencita sonreía, a medio camino entre la hostilidad y la broma. Tomás alzó una ceja y sonrió también.

—Por lo que sé de mis antepasados —dijo, sin prisas y sin apartar de Otilia sus risueños ojos—, creo que, ante dos intrusas como ustedes, sus intenciones serían muy diferentes de las que usted les atribuye. ¡Muy diferentes, puedo jurárselo!

Otilia se puso muy colorada y no pudo menos de echarse a reír.

—Y para que no me juzgue usted más insensato de lo que soy —continuó Tomás sin dejar de mirarla—, le confieso que, antes de saltar, sabía dónde estaban ustedes, porque había visto la parte alta de sus cabezas por encima del muro.

—O sea —dijo Mariana—, que nos asustó usted porque quiso.

—¡Bueno...! Yo no quería asustarlas, precisamente, sino sorprenderlas. Y lucir las habilidades de *Sultán*.

—Y, de paso, las de usted —concluyó Mariana.

—De paso, las mías —reconoció Tomás—. Sé que yo solo valgo muy poco. Por eso me asocio con *Sultán* cuando voy al encuentro de una mujer bonita... o de dos.

—¿Venía usted a nuestro encuentro?

—¡Claro! Supe que estaban ustedes en mis dominios, y ¿cómo iba a dejarlas marchar sin pagar el portazgo? —Cambió de tono repentinamente—: Mi hermana las

espera para merendar.

—¿Su hermana? ¿Es que nos vio?

—Ella, no; pero las vio el ama Nemesia desde una ventana.

—Y se apresuró a dar la alarma —apuntó Mariana viendo que Otilia no parecía dispuesta a decir nada más.

—Se apresuró a contárselo a Vicente, el cual se lo dijo a Celso, el cual..., etcétera, etcétera, etcétera...

—Tiene usted bien montada la vigilancia de sus tierras.

—No es eso. Es que en casa nos aburrimos todos mucho. Y, además, es natural que al verlas a ustedes despertase el interés de todos.

—¿Tiene algo raro que paseemos por aquí? —preguntó Mariana alzando las cejas.

—Raro..., no, quizá. Vienen ustedes a inspeccionar la propiedad.

—¿Inspeccionar?

—Sí: como esposa e hija del futuro amo.

—¿Cómo? —exclamó Otilia con asombro.

—¡No le hagas caso! —dijo Mariana—. Es una broma del marqués: dice que tu padre se hará pronto dueño de todas sus tierras.

—¡Qué tontería! —rió Otilia.

Tomás la miró con falsa gravedad.

—Eso es lo que se dice siempre cuando no se sabe qué decir... Pero estamos perdiendo el tiempo, y Blanca estará impaciente esperándonos...

—¡Pero no podemos ir! —dijo Mariana—. Lo siento mucho, pero no podemos volver ahora hasta allá y detenernos a merendar. Llegaríamos a casa muy tarde y Roque se alarmaría.

—Ya he pensado en eso —replicó Tomás tranquilamente—, y por eso he enviado a Meilán un criado con el aviso.

Mariana miró a Otilia y vio en sus ojos un resuelto sí. Por lo visto, ya no le parecía tan aburrida aquella visita.

—¡Está bien! —suspiró Mariana—. Aceptamos por no desairar a su hermana.

A partir de aquel momento, Mariana sólo prestó una atención distraída a las galanterías y bromas del marqués, porque la inminente entrevista con Blanca absorbía todo su interés. Contestaba, sin embargo, a tono, ayudando a Otilia, que aún estaba un poco turbada, aunque por momentos se mostraba más resuelta y alegre.

—¿Y cómo es que el ogro ha dejado escapar a la princesa? Es un acontecimiento que tiene asombrada a la vecindad.

—¿De qué habla usted? —preguntó Otilia riendo—. ¿Quién es el ogro y quién es la princesa?

—La princesa, usted, naturalmente. El ogro..., no me atrevo a decirlo, no vaya a

ser que usted se enfade.

—El ogro es tu padre, Otilia —intervino Mariana riendo también—. Y creo que tiene buenos motivos para guardar a la princesa: rondan por aquí lobos muy peligrosos...

—¡Feroces! —exclamó Tomás—. ¡No lo sabe usted bien! Por eso me sorprende que el ogro haya consentido esta imprudencia.

—Es que la princesa no va sola: la acompaña un dragón de toda confianza.

—¿Usted?

—¡Yo misma!

—Pues, en ese caso, me temo que los lobos, en lugar de huir acudirán en doble número.

Si Mariana no hubiera estado tan distraída, habría advertido la mirada rápida y recelosa que Otilia pasó de Tomás a ella y de ella a Tomás. Pero en aquel momento estaban llegando de nuevo a la verja del pazo, pero esta vez ante la doble puerta de hierro forjado. Un criado acudió corriendo a hacerse cargo del caballo, y Tomás, tras entregarle las riendas, abrió la puerta ante sus invitadas.

—Bienvenidas a mi casa, que les ruego tengan por suya.

—Gracias —respondió Mariana—. Me alegro de ver el jardín por dentro. Es muy hermoso.

—*Era* hermoso —rectificó Tomás—. Actualmente es casi monte bravo... ¡Ah, miren ustedes! Allí veo a mi hermana...

A cierta distancia, en efecto, se descubría entre setos la clara silueta de Blanca, que estaba sentada bajo un árbol, dando la espalda al camino central. A Mariana le sorprendió la inmovilidad de aquella espalda, la inclinación de aquellos hombros y de aquella cabeza, que no se alzaba al ruido de los pasos. ¿Era verdad que Blanca Lorenzana estaba esperándolas?

Tomás se adelantó resueltamente:

—¡Blanca! Aquí te traigo a nuestras invitadas.

Y Blanca, en lugar de levantarse inmediatamente, permaneció aún un par de segundos sentada y con los hombros aún más inclinados. Luego, al fin, se puso en pie y se volvió. Sonreía, pero tenía los párpados hinchados y huellas rojas en torno a los ojos. Era evidente que la habían sorprendido llorando. Fue un momento difícil para todos, que la misma Blanca rompió con admirable valentía.

—Perdónenme ustedes —dijo, con la voz aún húmeda de lágrimas pero acentuándose su sonrisa—: Tomás es muy imprudente, y yo muy sentimental y estúpida.

—Perdónenos usted a nosotras —murmuró Mariana, muy turbada—, no hemos debido interrumpir así, pero pensábamos...

Se interrumpió Mariana, y Tomás completó su frase:

—Pensaban, porque yo se lo dije, que tú las esperabas.

—¡No tiene importancia! Me alegro mucho de que me las hayas traído.

—Las he invitado a merendar.

—¡No, no! —protestó Mariana—. ¡Nosotras nos vamos ahora mismo! Precisamente yo venía pensando que...

—¡Se lo ruego! —dijo Blanca con una sonrisa irresistible—. No se vayan ahora, dejándome con tan mal sabor de boca.

—Volveremos otro día; pero ahora...

—¡Por favor! —insistió Blanca—. Yo me he puesto tontamente a revivir memorias tristes. Estaba viviendo en el pasado, y ustedes me han hecho un gran servicio volviéndome al momento presente... ¡No hablemos más de esto! Merendaremos, si les parece, en el jardín de atrás, que da a poniente y es muy agradable a esta hora...

—¡Muy bien! Si usted quiere...

—¡Desde luego que sí! Tomás: vete a casa y ordena lo necesario. Nosotras daremos una vuelta entre tanto.

Tomás se alejó contento de escapar momentáneamente. Mariana admiraba más y más la presencia de ánimo de Blanca Lorenzana, que había dominado ya por completo su voz y su gesto, aunque en sus ojos quedaban aún, forzosamente, las huellas del llanto. Durante el paseo por el jardín hablaron sólo de él, de los éxitos y fracasos en la aclimatación de las diversas especies de flores.

La merienda fue servida por una mujer de sesenta años, vestida de negro, de rostro y ademanes hieráticos. Había en ella un algo de misterioso y, al mismo tiempo, hogareño. Notó Tomás las miradas que Mariana le dirigía, y dijo, sonriendo, después que la mujer se alejó:

—Un magnífico tipo de paisana gallega, ¿verdad? Ha nacido en esta casa, y yo creo que se dejaría matar por defenderla; pero para nosotros es una desconocida.

—No hagan caso a Tomás —protestó Blanca—. ¡El ama Nemesia una desconocida...!

—Si tú crees conocerla, eres más ingenua de lo que yo pensaba. Nemesia tiene poderes mágicos, y decide de la suerte de hombres, mujeres y ganados de todo este valle.

—¡Es verdad! —exclamó Otilia—. Eso dicen los paisanos, por lo menos.

—Pues yo puedo asegurarle que no es verdad —dijo Blanca con extraña expresión—: Nemesia me quiere más que a nadie en el mundo...

—¿Y acaso tienes motivos para quejarte de tu suerte? —Tomás sonreía, pero Mariana creyó adivinar que estaba un poco alarmado.

—No —suspiró Blanca—. Tal vez no. Tal vez sólo puedo quejarme... de mí misma.

Tomás se echó a reír.

—Decididamente, esta tarde estás disfrutando de tu mejor melancolía.

—Lo pide el día, ¿no crees? ¡Ha sido tan perfecto! La cumbre del verano es ya el principio del otoño, y el heno recién segado huele a nostalgia.

Blanca hablaba en tono ligero, pero su actitud resultaba desconcertante: después de haber dominado su emoción tan valientemente media hora antes, ahora parecía complacerse en jugar con el peligro, atrayendo la atención hacía sí y sus sentimientos.

Poco después, Mariana se levantó para despedirse. Blanca decretó que su hermano y ella las acompañarían una parte del camino, y al echar a andar tomó a Otilia del brazo y empezó a decirle cumplidos:

—¡Estás muy guapa, Otilia! ¡Hace tanto tiempo que no nos veíamos!

Mariana se vio obligada a emparejarse con Tomás, lo cual la contrarió un poco; pero consiguió mantenerse cerca de la otra pareja.

Tomás, aunque lo disimulaba, estaba también contrariado y hablaba poco. Blanca, en cambio, hablaba y reía con animación. Anocheceía, y Mariana estaba deseando llegar a casa, temiendo que Roque o Amanda se sorprendieran del prologando retraso; pero Blanca imponía una marcha caprichosa y lenta. De pronto se detuvo, y su voz llegó hasta Mariana con entera claridad.

—¿No sabes que padre fue mi ídolo cuando yo era niña? Era guapísimo y fuerte; a mí me parecía una especie de dios... Creo que estuve enamorada de él a los doce años.

Blanca rió, y Otilia le hizo coro forzosamente. Tomás se mordió el bigote, y Mariana estaba a punto de decir que tenía prisa, cuando una figura surgió ante ellos en el camino.

—¡Benigna! —dijo Otilia con tono de niña irritada—. ¿Qué pasa? ¿Vienes a buscarme?

—Vengo a buscar a la señora. ¿No está con ustedes?

—Sí, aquí estoy, Benigna. ¿Qué sucede?

—Mandóme la señorita Amanda, porque la señora tiene una visita y el señor no está en casa.

—¿Una visita? —repitió Mariana, fijándose en lo más sorprendente del mensaje—. Pero no será para mí personalmente, supongo...

—¿Cómo dice la señora?

—Quiero decir que será algún amigo de la familia, no mío.

—Es una señora de Madrid. Dice que quiere verla a usted y nada más que a usted. Vino desde Lugo en el coche de línea y está en casa desde antes de las cinco...

—Una señora de Madrid... —dijo Mariana lentamente—. ¡Qué extraño!

Experimentaba una aprensión indecisa, muy desagradable. Ella no tenía en Madrid ninguna amiga lo bastante íntima para hacer un viaje tan largo sólo por

visitarla. Y, en todo caso, no había dado sus señas a nadie. A nadie más que al cura de su pueblo, y era muy poco probable que éste le enviara ninguna visita.

Mariana reaccionó inmediatamente, dándose cuenta de que todos la observaban.

—¡Bien! —dijo, sonriente—. ¿Para qué hacer cábalas, si ahora mismo voy a saber quién es?

12.

La visitante estaba sola en el salón, donde habían ya encendido el brillante quinqué de gasolina. Mariana pudo verla con toda claridad desde la puerta misma, y en seguida supo que la veía por primera vez.

Era una mujer de unos treinta años, bajita y *rechonchuela*, con cara muy redonda y colorada. Aunque iba vestida discretamente de oscuro, había en su persona una crudeza descarada que se manifestaba incluso antes de que abriese la boca.

—Buenas tardes —dijo Mariana fríamente.

—¡Muy buenas las tenga usted, señora! —respondió la visitante.

Y su voz desgarrada, de madrileña barriobajera, confirmó la primera impresión de Mariana, que dijo, acentuando su frialdad:

—¿Es a mí a quien busca usted?

—¡Ya lo creo que es a usted! Pero vale más que cierre la puerta antes de que sigamos hablando. Lo digo por usted, ¿eh?, no por mí.

Mariana cerró dócilmente, sintiendo en el pecho y la garganta una opresión peculiar que creía ya olvidada.

—No la conozco a usted —dijo.

—¡Pero yo a usted, sí..., por los periódicos! Usted es «la Mariana Estévez».

No fue una sorpresa para Mariana el oír su nombre en aquellos labios. Era un golpe esperado y, sin embargo, la hizo tambalearse.

—¿Por qué ha venido? —murmuró—. ¿Qué quiere de mí?

—Yo creo que será mejor sentarse, ¿no? Porque no crea usted que esto se va a despachar tan de prisa... Y a usted se le ha puesto cara de difunta.

La mujer se sentó. Mariana hizo lo mismo por pura necesidad material: las piernas no la sostenían.

—¿Quién es usted? —repitió.

—Mi nombre no le vale a usted de nada, pero ahí va: me llamo Trinidad Pérez, y era novia de su marido de usted.

—¿Qué dice usted? —exclamó Mariana, recuperando las fuerzas, en su indignación—. ¿Cómo se atreve...?

—¡Eh, cuidado, pare usted el carro, señora! Cuando yo digo *novia*, digo *novia*: que me iba a casar con él, vamos, por la Iglesia y con todas las de la ley.

—¡Está usted loca!

—¡Lo he estado, ya lo creo! Loca de atar, cuando creí los embustes de aquel sinvergüenza.

—¡Si habla usted de Antón...! —quiso cortar Mariana, sofocada.

Pero Trinidad continuó, sobreponiéndose a la interrupción, aunque sin alzar mucho la voz.

—¡Roberto, señora! Roberto Carpió, soltero y con los papeles debajo del brazo para casarse con una servidora.

—Pero... ¿qué está usted diciendo? —exclamó Mariana, mirándola realmente como a una loca.

—Lo que usted oye: la cédula en regla y todos los papeles: Roberto Carpió Martínez. Pero era el mismo hombre a quien usted mató.

Mariana se puso en pie de un impulso.

—¡No quiero hablar más con usted! Voy a llamar a mi marido.

—¡Vaya usted, sí, señora! No crea que a mí me asusta. Precisamente, con él me interesa hablar, más que con usted.

Mariana, que ya estaba junto a la puerta, se volvió desde ella, perdido de pronto el valor.

—Yo no maté a Antón —dijo—, la justicia lo ha dicho.

—Mire usted: por eso no vamos a reñir. Es cosa de usted. Roberto..., o Antón, o como se llamara, tenía que acabar así; y si no lo hubiera matado usted, tendría que haberlo matado yo.

—Pero ¿por qué supone usted que su novio era Antón?

—Nada de suponer. Lo sé de cierto. Vi su retrato en los periódicos.

—¿Y por eso nada más...?

—¡Espere y déjeme terminar, jinojo! Por eso nada más, no: cuando vi el retrato, cogí el rastro, como quien dice, y me puse a husmear. He estado en la Audiencia y he oído todo lo que han dicho los testigos: los sitios por donde andaba; la taberna del Moro, en la Cava Baja, que tiene arriba una timba de aúpa... Lo cual que yo no lo sabía, antes, que si llego a saber que el niño era jugador... Pero él se pasaba allí las tardes y las noches, y allí le mandaba yo los recados. Sólo que no le llamaban ni Roberto ni Antón. Le llamaban *el Cubano*, porque hablaba así, *guachinanguito*, como él decía.

—¡Dios mío...! —murmuró Mariana.

Porque Antón Mendoza hablaba con un leve dejo ultramarino que sabía acentuar cuando quería.

—¿Qué? ¿Se va usted convenciendo? Una vez le seguí y le vi entrar en su casa (en la de usted, en la Carrera); le seguí porque me daba en la nariz que no vivía en la *Fonda Murciana*, como me decía. Tuvimos una de arder el pelo, y el muy charrán me convenció de que vivía allí con su abuela, que era rica y agarrada y no le dejaba ni respirar... ¡Hay que ver las cosas que se traga una mujer cuando está enamorada de un hombre! Yo no sé cómo se las arreglaba aquel demonio, que yo no quería otra cosa más que dejarme engañar... Cuando me veía muy rabiosa, me decía: «¡Pega, *patronsita*, pega y perdona!». Y yo, derretida como una tonta...

Mariana no oía ya, ni sabía dónde estaba. Sin saberlo, Trinidad había dicho las

palabras justas para desvanecer toda posible duda. Mariana estaba viendo la cabeza de Antón inclinada ante ella en una actitud entre humilde, cínica y cariñosa. «Pega, *patronsita*, pega y perdona». La misma frase de Antón, que más de una vez había conseguido enternecerla, ahora la anegaba de vergüenza. Las mismas palabras, con aquel acento dulce y gracioso de negrito cubano tan mal imitado por la madrileña... Era lo más íntimo de su intimidad, convertido en baratija manoseada; su ternura abochornada como un vicio secreto sacado a la luz.

—¡Vaya! —dijo Trinidad mirándola con ojos perspicaces—. Me parece que ahora he dado en el clavo... También a usted le hacía el numerito, ¿no? Con eso se convencerá de que yo no vengo a engañar a nadie...

—¿Qué quiere usted de mí? —murmuró Mariana, sin fuerzas.

—¡Lo mío, señora! Que me den lo que es mío. Ni un duro más ni un duro menos.

—¿Lo que es suyo? —repitió Mariana, sin entender y casi sin interés.

—¡Sí, señora! Yo vivía con una tía, pero se murió hace dos años, y me dejó lo que tenía: una cacharrería en la calle de Toledo y una cartilla de la Caja de Ahorros. De eso habíamos comido las dos, y de eso comía yo hasta que llegó aquel ladrón y me entonteció. Ahora lo pienso y me doy de morradas por bruta y por mema; pero entonces me pareció que iba a tocar el cielo con las manos. Primero saqué lo que tenía en la cartilla, para que él lo metiera en sus negocios... Contrabando, decía que era, y me traía sedas de Francia, y me daba dinero diciendo que eran las ganancias... ¡Bueno!, ¿para qué le voy a contar? Que estaba yo tonta y nada más: traspasé la tienda y le largué el dinero.

Mariana se había sentado. Escuchaba sólo a medias; su atención se escapaba hacia una terrible visión interior: Antón, su marido, tan guapo y seductor como siempre, y, sin embargo, otro hombre, completamente distinto: un hombre al que una mujer no podía entregarle su amor honradamente.

Una cifra que dijo Trinidad la despertó de súbito.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó con sobresalto.

—La verdad, ni más ni menos. Eso fue lo que me quitaron, y eso es lo que quiero llevarme de aquí. ¡Lo mío y nada más, que yo no soy ninguna ladrona!

—¿Pretende usted que yo... que yo le dé ese dinero...?

—Usted o su marido. Se ha casado usted con un hombre rico. Yo me alegro y me parece muy bien que haya tenido suerte; pero no es cabal que sea yo sola la que tenga que pagar los vidrios rotos.

—¡Pero yo no tengo nada, no heredé de Antón más que deudas!

—Pues que pague don Roque Bravo, que no se va a arruinar por ello.

—¡Pero eso no es justo, compréndalo usted!

—A mí lo que no me parece justo es quedarme yo a pedir por puertas. Y no me voy a conformar, ni lo sueñe usted. ¡Pues poquito trabajo que me ha costado dar con

usted y enterarme de todo! Su marido tiene mucho dinero y también mucho orgullo. A usted, aquí, la llaman «doña María» y nadie sabe nada de su primer marido... Así que... ¡pregúntele usted al segundo! Pregúntele qué prefiere: si pagar a toca teja o que todo el mundo se entere de que se ha casado con «la Mariana Estévez», la del crimen de la Carrera...

Mariana no contestó en seguida. Se había sentado y miraba ante sí, fijamente.

—Mi marido no es rico, como usted piensa —dijo por fin, despacio—. Es labrador, y los labradores disponen de poco dinero y tienen muchos gastos. Él no tiene culpa de lo que haya hecho Antón...

—Yo no digo que la tenga; pero tampoco la tengo yo. A usted se le ha arreglado todo de perilla, y yo quiero que a mí también se me arregle una miaja... Usted ha salido ganando con la muerte de aquel granuja. Yo me conformo con no perder. Pero de ahí no me saca nadie. Así que no perdamos más tiempo: diga usted que sí o diga usted que no.

—Yo no puedo decir nada —dijo Mariana, con desmayo—. ¡No tengo nada, nada que darle! Hasta mis alhajas las vendí cuando... cuando salí de la cárcel.

—Eso es cosa de usted... Sísele a su marido, o pídale el dinero, o llámele para que hable conmigo. A mí me da igual. Repare que yo he podido preguntar por él lo primero, y no he querido porque me parecía feo contarle el cuento a espaldas de usted. Eso para que vea que no la quiero perjudicar. Usted piense lo que más le conviene: lo único que yo quiero es lo mío.

Mariana callaba, tan pálida y desencajada que sorprendió a su interlocutora.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Se pone mala?

—No, no —murmuró Mariana—. Es que... tengo que pensar...

—Pero... ¿por qué lo toma usted así? ¡No me irá usted a decir que su marido no está enterado de todo!

—Hay cosas que... no sabe, y yo...

Mariana tragó saliva. Trinidad alargó el labio inferior.

—Sabe quién es usted, ¿no?, y lo que le pasó a su primer marido.

—Sí, eso sí; pero no sabe que Antón... Eso no lo sabía yo tampoco.

—Bueno, pues ahora ya lo sabe. Y su marido se alegrará de saberlo. Dicen que los hombres tienen celos hasta de los muertos; así que se relamerá de poderle llamar al difunto unas cuantas cosas feas...

Mariana se puso en pie, resuelta.

—Voy a llamarle, puesto que no hay otro remedio.

—Bueno, pero no tarde usted mucho. Es ya de noche, y ésta es la hora que no sé lo que voy a hacer con mis huesos. ¿Hay alguna posada por aquí cerca?

—No lo sé. No creo... Pero ya buscaremos algún arreglo. Volveré pronto.

Mariana salió, y se detuvo un momento fuera de la puerta del salón para serenarse

y dominar su gesto. Luego, viendo luz en el comedor, se encaminó hacia él en busca de algún criado. Era Benigna quien estaba allí, poniendo la mesa ayudada por una de las doncellas.

—¿Sabe usted si ha venido el señor, Benigna?

—¡Sí, señora! Está en el escritorio.

Mariana se dirigió al despacho de Roque, que era una habitación demasiado pequeña para los pesados y solemnes muebles que la llenaban. Roque la utilizaba relativamente poco, sobre todo como archivo, para escribir cartas o para alguna entrevista. Se levantó al ver a Mariana, y ella le habló bruscamente, sin siquiera una fórmula de saludo:

—Roque, ha ocurrido una cosa terrible: esa mujer que está ahí... Ya te lo han dicho, ¿verdad?

—Sí, me han dicho que es una amiga tuya de Madrid.

—¡Una amiga...! No, no es amiga mía. Yo no la había visto nunca ni sospechaba que existiera... ¡Dios mío, no! ¿Cómo iba a sospechar...?

—¡Cálmate, por Dios! ¿Por qué te alteras tanto? Yo me figuro ya de qué se trata.

—¿Que te lo figuras...? —exclamó Mariana, atónita.

—Viene a pedir dinero, ¿verdad?

—Sí... Pero ¿cómo puedes tú saberlo?

—No hace falta ser muy lince. Amanda me describió su aspecto, y en seguida comprendí que no era realmente una amiga tuya. Viene de Madrid y con aires de misterio... Es alguien que conoce tu historia y amenaza con divulgarla aquí, ¿no es eso?

—Sí —Mariana bajó la cabeza, abrumada—, eso es.

—Bien. No hay motivo para que te pongas así. Cuéntamelo todo.

Mariana obedeció, aunque omitiendo concretar los motivos que había tenido para creer en la identidad de Antón Mendoza con Roberto Carpió. Roque la oía inalterable, con la boca firmemente cerrada y el ceño algo fruncido. Cuando ella pronunció la cifra exigida por Trinidad Pérez, él hizo un gesto semiirónico, pero no dijo nada.

—¡Roque, esto no puede ser! —exclamó Mariana, cambiando súbitamente de actitud—. ¡No puedo consentir que esa mujer te despoje por culpa mía! Si cedes la primera vez, estás perdido: comprenderá que la temes y la tendrás siempre amenazando y pidiendo...

—Déjame hablar con ella. Ya veré lo que hago.

—¡No, no, Roque, escúchame! Lo que debes hacer es darle largas, y luego yo me iré de aquí con cualquier pretexto. Diremos que estoy enferma, o que tengo que ir a cuidar a un pariente... Y nunca volveré. Desharemos el matrimonio, si es posible. Quizá lo sea... dadas las circunstancias. Tú no has tenido intención de hacer de mí tu

esposa. Sólo quisiste... darme un refugio. Dudo mucho que...

—¡Basta, por favor, María! No desbarres más. ¿A qué viene toda esa serie de disparates?

—¡No quiero perjudicarte, Roque! ¡Jamás debí aceptar tu ofrecimiento! Pero yo no me daba cuenta de algunas cosas, te lo juro. Si hubiera sabido lo que era esto, tu posición aquí, tu modo de pensar... ¡Será una ruina para ti si se descubre quién es tu mujer!

—Una ruina, no. Yo estoy en mi casa y soy dueño de mí mismo. A nadie tengo que dar cuenta de mis actos.

—¡Pero no me has presentado con mi nombre!

—No. Quise, y sigo queriendo, apartarte de todo aquello.

—Pero ahora...

—Ahora... ya se verá. Voy a hablar con esa mujer —dijo Roque poniéndose en pie.

—¡Pero antes oye, Roque!: yo estoy dispuesta a irme; me iré antes de ponerte en vergüenza.

Roque estaba detrás de la mesa, ya de pie y con las manos apoyadas aún en el tablero.

—Me conoces muy mal, María —dijo tranquilamente—. No soy tan ligero para cambiar de intenciones. Y tampoco creas que lo que está ocurriendo me coge de improviso. Imaginaba que podía ocurrir. Procuraré hacer callar a esa mujer; pero, si no lo consigo, ¡qué se le va a hacer! Haremos frente *los dos* a las consecuencias.

Antes de que Mariana pudiera responder, Roque salió de tras la mesa y se dirigió a la puerta.

—¿No quieres que vaya contigo? —dijo Mariana.

—No. Tú espérame aquí a puerta cerrada. Es preferible que Amanda no empiece a preguntarte antes de que hayamos decidido lo que vamos a decirle.

Salió Roque, y a Mariana le pareció que, con su presencia, perdía todo contacto con la realidad. Aquel despacho en el que nunca había entrado hasta aquel día, aquellas enormes ampliaciones fotográficas colocadas en la pared frontera, a ambos lados de un pequeño crucifijo... Un hombre y una mujer, ya viejos. Ella vestida de negro, con cabellos blancos y gesto dulce. Él...

Mariana se quedó mirando aquel retrato, feo pero sin duda fiel. El padre de Roque, evidentemente; el hombre fuerte que había ido a América y había vuelto rico y decidido a hacer de su hijo un caballero.

Con esa incoherencia propia de las grandes tensiones del ánimo, de las esperas pasivas y angustiosas, Mariana estudiaba el retrato de su difunto suegro tan atentamente como si su suerte dependiera del carácter de aquel hombre.

«No se parece a Roque. Tiene la cara pequeña y las facciones menudas, muy

delineadas... Un hombre simpático. Y muy inteligente. Y alegre. Yo creo que era muy alegre y tenía mucha ilusión por la vida. Y sobre todo por su hijo, supongo. Adoraba a Roque, y Roque le venera a él... Eso se ve, salta a la vista. Sólo una vez me ha hablado Roque de su padre, pero yo ya sé que los dos se querían entrañablemente. Y Roque hizo muy feliz a su padre, realizó todas sus ilusiones, fue tal como el viejo soñaba que fuera...».

Al fin y al cabo, no era una incongruencia: sí que tenía relación, una relación muy estrecha, el modo de ser de aquel hombre muerto hacía tantos años, con la situación presente de Mariana.

Al darse cuenta de ello, Mariana se puso en pie, buscando otra distracción. Pero era inútil. Ya no podía apartar de sí la idea.

«Roque ha realizado lo que se había propuesto su padre. Es un hombre respetado, al que los aldeanos piden consejo y ayuda en sus apuros. Pero su posición no es la misma que la del marqués de Lorenzana, por ejemplo... ¡No, no es la misma! El prestigio de Roque depende sólo de él mismo, aún no ha echado raíces largas. Se le respeta por ser como es, no por ser quien es».

La crucecita de madera, con un Cristo de latón desgastado, era sin duda un recuerdo. Demasiado pequeño y demasiado pobre para estar colgado donde estaba.

«Quizás el indiano se lo llevó a América cuando emprendió su viaje en la bodega de un mercante...».

Mariana se volvió de pronto hacia la puerta, con el corazón agitado porque oía los pasos de Roque. Volvía muy pronto... ¿o no? Tal vez había pasado más tiempo del que ella pensaba.

Roque abrió la puerta.

—¿Qué...? —murmuró Mariana ahogadamente. Y él sonrió, sereno y protector.

—¿Por qué te angustias de ese modo, mujer? ¡Bien, todo ha ido bien!

—Pero... ¿le has dado el dinero?

—Le daré ahora mismo una parte y le enviaré la otra a Madrid dentro de un mes, cuando me convenza de que aquí nadie sospecha el motivo de su visita.

—Pero... ¿tú no crees que volverá a pedirte dentro de nada?

—No. Puede que me equivoque, pero no lo creo. Es una mujer honrada... a su manera. Su lógica y su moral no son muy ortodoxas, pero no quiere ser una ladrona.

Una vez que recupere *lo suyo*, tengo esperanza de que no volverá a molestarnos..., sobre todo si le van bien las cosas: va a casarse con el dueño de una taberna y quiere emplear su capitalillo en ampliar el negocio.

—Ya ves —Roque volvió a sonreír— que he aprendido muchas cosas en poco tiempo.

—Pero ¿y esta noche? ¿Qué vas a hacer con ella?

—Ahora mismo daré órdenes a Benigna para que le dé la cena y le prepare una

cama. Le diré que es una mujer de tu pueblo que se ha quedado viuda y ha venido a pedirte un socorro. Ella confirmará esta explicación, porque le conviene.

Mariana cerró los ojos, desmayada de alivio. Suspiró.

—Tú siempre resuelves las cosas de la mejor manera, ¿verdad?

Sin proponérselo, había puesto ironía en su pregunta. Roque la miró fijamente y su sonrisa se nubló.

—No —dijo con sequedad—; no siempre.

13.

A principios de septiembre, Blanca Lorenzana vino a despedirse. Por entonces, Mariana y Roque estaban más distanciados que nunca. Al exterior, todo seguía igual; pero el admirable comportamiento de Roque había dejado en Mariana un sentimiento, más que de gratitud, de desconfianza. Forzosamente, allí había alguna trampa. No era creíble, no era humana tanta generosidad, un desinterés tan absoluto a favor de una desconocida. Porque ella no era otra cosa. Una desconocida encontrada en el banquillo de una Audiencia y a la que Roque Bravo había introducido voluntariamente en su vida, exponiéndose con ello a un riesgo que le era particularmente odioso.

«¡Y sólo por salvarme! No lo creo. Es falso, yo sé que es falso. Roque me ha mentado, me miente todo el tiempo».

En apariencia, seguía conformándose al sensato propósito de aceptar sin análisis las ventajas de su posición. Pero, en el fondo, su alma era un hervidero de dudas y rebeldía, mezcladas con remordimiento.

Los paseos con Otilia continuaban, y también los encuentros con Tomás Lorenzana.

Éste aparecía ahora más comedido. Hablaba poco y se despedía pronto de las dos mujeres. Pero apenas pasaba día sin que las encontrara como por casualidad. Y, en estos casos, Otilia no podía ocultar su mal humor.

Un día, Mariana dijo, como sin darle importancia:

—Es simpático el marqués, ¿verdad? A mí, al principio, me parecía un poco fatuo, pero...

—¿Fatuo? —saltó Otilia, sin poder contenerse—. ¡Qué disparate! No sé cómo se te ha podido ocurrir esa idea.

Y Mariana se sentía contenta de su labor. Otilia se portaba ya casi normalmente, aunque seguía manteniendo cierta tiesura frente a su padre y una actitud defensiva y recelosa en familia.

Roque había hablado ya de que pronto se acabarían, ¡por fin!, las obras en el primer piso y Otilia podría trasladarse, lo mismo que sus hermanos, a sus antiguas habitaciones.

Por consideración a la susceptibilidad de su cuñada, Mariana paseaba también con ella algunas veces, dejándola hablar y pensando en sus cosas. Y fue precisamente en una de estas ocasiones cuando vieron venir a Blanca Lorenzana montada a caballo y vestida impecablemente de amazona. Se detuvo junto a ellas, con su más encantadora sonrisa.

—¡Buenas tardes! Iba a su casa, a visitarlas, pero si soy inoportuna...

—¡No, por Dios! —se apresuró a decir Amanda—. Volveremos ahora mismo, no

faltaba más... ¿Verdad, María?

—Desde luego. Y con mucho gusto.

—Entonces, voy a bajarme para que vayamos juntas. Espere a que me acerque al muro.

Así lo hizo, y descabalgó con agilidad, mientras Mariana echaba mano al bocado. Un chiquillo que guardaba las vacas en un prado próximo acudió corriendo al darse cuenta de la maniobra, atraído por la posibilidad de una propina, para hacerse cargo del caballo.

Blanca saltó del muro, apoyándose apenas en el hombro de Mariana, y las tres mujeres echaron a andar a la par, Amanda en medio, hacia la casa, que estaba muy próxima.

—Vine a despedirme de ustedes —dijo Blanca—, porque me voy pasado mañana.

—¿Tan pronto? —se asombró Amanda, por puro deber de cortesía.

—Suelo irme siempre hacia estas fechas, mis tíos me reclaman desde La Coruña.

—Siento mucho —dijo Mariana, algo azorada— que haya venido usted sin que Roque y yo hayamos pagado su visita, pero es que Roque ha estado tan ocupado todo este tiempo...

—Pero ¿cómo? ¿Es que Roque no le ha dicho...?

Blanca se detuvo un momento, como arrepentida de lo que iba a decir, pero luego continuó, abriendo mucho sus azules ojos con la más inocente de las sorpresas:

—¿No le ha dicho que estuvo en casa?

—No —dijo Mariana—. No lo sabía.

—Pues sí: vino un par de veces a vernos. Al parecer, le venía de paso, y como sabía que usted ya nos había visitado...

Parecía ansiosa de justificar a Roque, lo cual, en una mujer de mundo como ella, constituía una torpeza un poco sorprendente. Sólo que Mariana no creía que fuera torpeza, y por eso mismo adoptó una expresión muy alegre.

—¡Me quita usted un peso de encima! No sabe cuánto me alegro de que Roque no haya quedado tan mal con usted como yo temía. ¡Han sido unas semanas de tanto trabajo para él! Lo que siento es que ahora no está en casa, pero quizá vuelva a tiempo de verla a usted.

—No, no creo. Yo no voy a estar más que un momento. Tengo muchos preparativos que hacer. Entraré sólo para despedirme de Otilia.

Cruzaron el arco de entrada al jardín. El rapaz seguía a pocos pasos, con el caballo. Las tres mujeres andaban muy lentamente hacia la puerta de la casa, hablando del tiempo y de las flores que Blanca y Amanda cultivaban o creían cultivar en los respectivos jardines... De pronto se oyeron unas risas mezcladas de voces ruidosas, y los dos chicos de Roque salieron disparados de la casa y, como una exhalación, corrieron a lo largo de la fachada y desaparecieron. Era así como

participaban ellos en la vida de la familia, con explosiones vitales siempre un poco misteriosas para los mayores.

En la mesa no hablaban más que entre sí, y para eso casi siempre sin palabras, con miradas y gestos rápidos que constituían su lenguaje privado.

—¡Estos chicos —empezó Amanda, escandalizada según su costumbre— cada vez están...!

Se interrumpió, porque Otilia había aparecido también corriendo a la puerta de la casa, evidentemente en persecución de sus hermanos. Llevaba el pelo suelto y en desorden. En aquel momento parecía una chiquilla.

—¡Otilia! —llamó Amanda.

Pero era inútil, porque Otilia iba ciega en su indignación y no la oyó.

—¡Dios mío, qué criatura! ¡Otilia...!

—Déjala, Amanda: ya está lejos —dijo Mariana.

—¡Tiene unas cosas a veces esta criatura! —exclamó Amanda con agitación—. ¿Qué pensará usted, Blanca?

—Pienso que es todavía una niña. ¿Qué edad tiene?

—Dieciocho. No es ya una niña.

—Más vale que siga pareciéndolo —sonrió Blanca—. Mucho peor sería que se hiciera una mujer precoz, ¿no le parece a usted?

Amanda se turbó penosamente, miró a Mariana como pidiendo ayuda, y tartamudeó, muy colorada:

—Sí... ¡Sí, claro...! Tiene usted razón...

También Blanca miró a Mariana. Una mirada rápida, interrogante, sorprendida. Y Mariana acudió en auxilio de su cuñada con unas palabras que no respondían a sus pensamientos.

—Otilia ha vivido tan protegida, tan apartada del mundo... Por eso en muchas cosas es más niña de lo que corresponde a su edad.

—¡Naturalmente! —dijo Blanca, con ligereza—. Esa inocencia es encantadora... Bien: yo me despido aquí.

—¡No, por Dios! —exclamó Amanda—. ¿Por qué no entra usted en casa?

—Ya no tiene objeto mayor, puesto que venía, más que nada, para ver a Otilia...

—¡Pero Otilia volverá en seguida!

—Lo siento mucho, pero no puedo esperarla: como le he dicho, estoy muy atareada... ¡Manoliño, ven...! —Blanca se volvió, haciendo una seña al chico que traía el caballo—. ¡Acerca para acá!

En la fachada de la casa, a ambos lados de la puerta, bajo la marquesina que formaba la galería del primer piso, había dos poyos de piedra, puestos allí sin duda para ser utilizados como ahora lo hacía Blanca, que se subió a uno de ellos, mientras el chiquillo le arrimaba el caballo. Una vez que hubo montado, saludó, sonriente.

—¡Adiós! ¡Despídanme de Otilia y de Roque!

Amanda y Mariana contestaron a la despedida, y la primera ordenó al rapaz que entrase en la cocina para que le dieran una *cadela* y un pedazo de pan de trigo, golosina apreciadísima por los paisanos, que sólo lo comen de centeno.

Inmediatamente, las dos mujeres cruzaron la puerta de la casa, y casi se sobresaltaron al ver a Roque parado en medio del portal. Amanda, que iba delante, se irritó.

—¡Ay, Roque! ¿Qué haces aquí? Parece que te escondes.

—Y eso es lo que hago. Vi a Blanca, y no tenía ganas de visitas... ¿Se ha ido sin entrar?

—Sí: sólo quería despedirse, y parece que tenía prisa.

—¿Para qué iba a quedarse más tiempo? —se oyó a sí misma Mariana, con una voz lenta y sarcástica—. Ya dijo lo que había venido a decir.

—¿Lo que ha venido a decir? —repitió Amanda, sin entender.

—Sí: que Roque ha ido a verla varias veces, él solo.

Dicho esto, Mariana pasó, muy tiesa, por delante de los dos estupefactos hermanos, y salió al huerto por el otro lado del portalón, antes de que ninguno de los dos hubiera tenido tiempo de reaccionar.

14.

Avanzó por el jardín sin detenerse, cruzando el campito, y luego por la senda entre los cuadros de verduras rodeados de matas floridas, junto al cenador de hierro cubierto de enredaderas, hasta llegar a la puertecilla en el muro que daba al campo. Salió por ella, no porque quisiera ir a ninguna parte, ni siquiera alejarse de la casa, sino porque le era imposible detenerse. Rodeó el campo en rastrojo que había detrás y fue a salir, descendiendo dos escalones, que eran dos lastras de piedra salientes del muro, al camino hondo que llevaba a la Zanca. Pero no avanzó mucho por él, porque recordó su encuentro en ella con Tomás Lorenzana, y eso le hizo pensar con un rincón de la mente que no debía alejarse de casa. Cruzó la cancilla más próxima, que daba a un prado, y anduvo en torno a él y por el borde de un campo de maíz, sin más norma en su marcha que mantenerse a la vista de los muros del huerto de Meilán, altos y rebosantes de verdor.

Al fin salió a otro camino de los que irradiaban de la casa grande, y vio, sin sorpresa, venir a Roque en dirección a ella. No sabía en absoluto lo que iba a decirle ni lo que esperaba o temía que él le dijera. Ni siquiera estaba segura de sentir temor, o arrepentimiento, o indignación. Se había portado como una mujer celosa. Algo completamente fuera de sus categorías, inesperado para ella misma pero de lo que no podía arrepentirse, porque ahora, después de lo sucedido, le parecía fatal como la caída de un fruto maduro.

No deducía, no sacaba consecuencias. Sólo miraba a Roque, y cuando estuvo más cerca, vio que sonreía.

Entonces sí que supo lo que sentía: un furor que nubló por un instante todos los demás sentimientos.

Roque llegó a un paso de donde ella estaba y se detuvo. Entonces, en el breve momento en que él permaneció callado, ella se dio cuenta de que había preocupación bajo su sonrisa.

—Si te molesto, dímelo y me voy en seguida. Pero he pensado que tal vez quieras decirme algo. Por eso he salido a tu encuentro.

—¿No tienes tú nada que decirme a mí? —replicó Mariana, retadora.

—Preferiría contestar a tus preguntas.

—¿Para qué? ¿Para darte cuenta de hasta dónde sé y hasta dónde ignoro?

—Tú lo ignoras todo, María.

—Ante todo, yo no me llamo María. Aquí no hay ninguna razón para que me des un nombre falso.

—No es un nombre falso: figura en tu partida de bautismo.

—¿Qué más da? Lo que tú quieres es engañar a los que te oigan. Pero aquí no te oye nadie: puedes llamarme Mariana.

—Pero no quiero hacerlo —dijo él con sequedad.

Ella no se dejó intimidar.

—¿Por qué? —apremió, retadora.

—Porque, para mí, tú eres María. Casi he olvidado tu otro nombre.

—¡*Quieres* olvidarlo, que no es lo mismo! Eso es lo que dice tu hija: que cuando una cosa te desagrada, la borras de tu memoria y procuras convencerte de que no ha existido.

Roque Bravo apretó la boca y su frente se coloreó. Mariana deseaba, aun con miedo, verle perder el dominio de sí mismo. Pero él habló con calma, al cabo de un segundo.

—¿Por qué no me planteas la cuestión que te preocupa, en lugar de buscar querellas, que no son del caso?

—¿Y cuál es, según tú, la cuestión que me preocupa?

Roque sonrió, esta vez de mejor gana, aunque la preocupación subsistía.

—¡Está bien! La plantearé yo, porque, si no, nos estaremos dando vueltas eternamente... Al parecer, te ha parecido mal que yo vaya a visitar a los Lorenzana.

—Si vas a plantear las cosas —replicó rabiosamente Mariana—, ¿por qué no las planteas tal como son?

—Y... ¿cómo son?

—¡Tú lo sabes!

—Está bien: lo diré de otro modo. Te ha parecido mal que yo vaya, sin ti, a ver a Blanca Lorenzana.

—¡Eso ya se acerca más a la verdad!

—De tus pensamientos, pero no de los hechos: Blanca no estaba sola cuando yo entré a verla.

—¿No estaba sola?

—He ido dos veces. La primera, estaban en casa los dos hermanos. Y te diré, para acabar de aclarar las cosas, que yo sabía que estaban los dos. Pasaba por allí cerca, y, como sabía que tú los habías visitado, decidí hacerlo yo, para librarme así de un compromiso que me pesaba.

—¿Y la segunda vez?

—Me encontré a Tomás en el camino, y fue él quien me invitó a entrar, con tanta insistencia que no pude negarme. Te diré también que me sorprendió un poco tanta atención en el marqués.

—¿Y Blanca estaba allí?

—Apareció en el salón cuando yo estaba bebiendo una copa con Tomás. Nadie la había llamado, y a su hermano más bien le contrarió el verla.

—¿Y a ti?

Una pausa. Luego, Roque dijo, inexpresivo:

—A mí también.

—¿Y por qué no me hablaste de nada de esto?

—¿Por qué había de hablarte? Carece de interés.

—¡No tanto! La señorita de Lorenzana se ha molestado en venir hasta casa con el solo fin de enterarme de tus dos visitas.

Roque sacudió la cabeza.

—No, María. Tú no conoces a Blanca. Estoy seguro de que...

—Y tú, ¿la conoces muy bien? —interrumpió Mariana. Roque, de nuevo, pensó un segundo antes de responder.

—Dejo a un lado la segunda intención, María. Conozco bastante bien a Blanca Lorenzana: ten en cuenta que asistí a su bautizo, a su primera comunión y a la fiesta de su presentación en sociedad.

—¡Y has estado... o estás enamorado de ella!

—No te he dado ningún motivo para que pienses tal cosa.

—¡Ella me los ha dado de sobra!

—Creo que exageras.

—¡Dime la verdad, Roque! ¿No ha sido novia tuya? ¿No habéis pensado en casaros? ¿*No ha pensado ella* en casarse contigo?

—Haces tus preguntas en una forma muy difícil de contestar. Quizás hubo un momento en que, Blanca soltera y yo viudo, por la posición de los dos, por la vecindad... ¡En fin!: supongo que a muchos debió de parecerles... casi obligado que nos casáramos.

—¿*Sólo* por razones de conveniencia?

Roque no contestó. Tenía el ceño fruncido, como estudiando su respuesta.

—Si callas por galantería —dijo Mariana, sarcástica—, estás haciendo el ridículo, porque la propia Blanca se ha encargado de hacerme saber que está enamorada de ti.

Roque tomó a Mariana del brazo.

—Es mejor que andemos un poco —dijo.

—¿Por qué?

—Es más natural. No quiero que nadie piense que estamos disputando.

Ella obedeció sin decir nada, porque se le ocurrían demasiadas cosas que decir. Cada vez que comprobaba la preocupación de Roque por el decoro exterior, por la opinión ajena, sentía que el misterio se oscurecía en torno a ella. Roque comenzó a hablar gravemente y con calma.

—Blanca es una mujer muy impulsiva. Yo no soy muy hábil en describir a las personas y no sé decirlo de otra manera. Es impulsiva, no premedita sus palabras ni su conducta. Por eso puedo casi asegurarte que esta tarde no vino con intención de molestarte ni de meter cizaña entre nosotros. Vino a despedirse, sencillamente. No tenía más remedio que hacerlo. Sólo que, al verse frente a ti, Dios sabe por qué

detalle que la ofendió, o quizá sencillamente porque te vio hermosa y segura de ti misma..., no pudo resistir la provocación, real o supuesta.

—¡Supuesta, desde luego! Yo no hice otra cosa que disculparte por no haberla visitado.

—Pues ¿qué más quieres? Tú, disculpando mi desatención hacia ella: con toda certeza, pensó que lo hacías para vejarla.

—Es posible. Pero eso supone que entre ella y tú hay algo.

Roque suspiró, conteniendo su impaciencia.

—Blanca es muy bonita, es mi vecina, y ya te he dicho que hubo un momento en que se respiraba la conveniencia de nuestra boda...

—¡Eso ya lo has dicho antes!

—¡Espera, déjame hablar! No te niego que me tentó la idea de casarme con Blanca.

—¡Hablas como si se tratara de un pecado!

—No hubiera sido un pecado, pero sí una equivocación muy seria. Blanca está habituada a vivir en La Coruña buena parte del año y a pasarse temporadas en Madrid. No podría vivir sin teatros, y bailes, y modistas, y tiendas...

—¿Y te basta un razonamiento así —dijo Mariana, volviéndose a mirar a Roque con asombro— para rechazar a una mujer que te quiere y a la que quieres?

—Sí, ya ves que me bastó. No para *rechazar* a Blanca, sino para no declararme a ella.

—Pero tú sabías que ella te aceptaría sin vacilar.

—Pues... sí: lo suponía.

—Más que suponerlo: ella te había dado a entender que esperaba tu declaración, ¿verdad?

—Pues..., en cierto modo, sí. Pero... ¡por Dios! ¿No es ya bastante?

—¿Tanto te cuesta hablar de ella?

—No es fácil para mí, desde luego. Además, no conduce a nada seguir dándole vueltas: ya sabes que no hay nada que pueda ofenderte.

Mariana soltó su brazo del de Roque, para poder reír más a sus anchas.

—¿Ofenderme? ¿Pero es que tendría yo derecho a darme por ofendida si tú me confesaras que estás enamorado de otra mujer?

—Sí que tendrías derecho. Y, ¡por Dios!, no te rías así.

—¿Así? —repitió Mariana, riendo aún—. ¿Cómo es así?

—Sin motivo y sin ganas.

—¿De veras te parece que no hay motivo...? Ya se me había ocurrido pensar que tú te habías casado conmigo para escapar de otra mujer... Pero me pareció una idea tan ridícula... ¡Y ahora resulta que es verdad!

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Blanca es guapa y te quiere. Tú le diste esperanzas de casarte con ella, y luego te arrepentiste.

—¡Yo nunca le dije una palabra de boda!

—Pero lo pensaste, y ella se dio cuenta. Y recoger velas era muy difícil, porque ella es tenaz y no tiene nada de tímida... Y, además, es la señorita del pazo de Lorenzana. Y, sobre todo, a ti te atrae, y temiste no ser lo bastante fuerte. Dicen que, en batallas de amor, no cabe más victoria que la huida. Tú, como no podías huir materialmente, buscaste otra clase de huida...

Roque miraba a Mariana fijamente, y ella no supo interpretar la expresión de sus ojos.

—Si esa explicación te satisface —dijo, meditando, al parecer, cada palabra, como venía haciendo desde el principio de la entrevista—, no tengo interés en desmentirte.

Dichas en otro tono, aquellas palabras hubieran resultado ofensivas. Pero la gravedad de Roque parecía darles un sentido oculto, que puso en guardia a Mariana y le hizo contener su indignación.

—¿Tú crees —dijo con mucha calma— que puede satisfacerme?

—¿Por qué no? Lo que tú deseas es ver claro, ¿no es así? Conocer los motivos de que yo me casase contigo. Por eso me interrogas, y no por otra razón.

A medida que la intención de Roque iba siendo más patente, Mariana iba sintiéndose más fría y dueña de sí.

—Desde luego —dijo en tono desdeñoso—, puedes estar seguro de que no es por celos.

Tuvo la satisfacción de ver que Roque enrojecía. Continuó, con firmeza:

—Tú me has sacado de la peor miseria. Y yo te lo agradeceré toda mi vida.

—¡No digas eso! —interrumpió Roque duramente.

—Te debo gratitud —recalcó Mariana—, y no me pesa la deuda. Pero me pesa el no comprender. Aunque tú seas un santo, el más generoso y el más caritativo...

—¡No digas tonterías!

—Aunque lo fueras, ¿por qué elegirme a mí precisamente para ejercitar tu caridad? Yo no era la única persona desamparada que hay en el mundo. Hay muchas en situación aún peor que la mía.

—No. Peor, no.

—¡Claro que sí! Enfermos, hambrientos, ancianos y niños abandonados... Tú has tenido que encontrarte muchos a lo largo de tu vida, y no a todos los has traído a tu casa.

—Ese razonamiento es falso, María. Podría aplicarse a todas las obras de los hombres. ¿Por qué esto y no aquello? ¿Por qué ahora y no luego? ¿Por qué hasta aquí y no hasta allá?

—Sin embargo, todos los actos, hasta los de un loco, tienen su porqué.

—También los míos lo tienen —dijo Roque, despacio—. Tú has dicho que hay tribulaciones peores que la tuya. Para mí, no las hay. El buen nombre es el primero de los bienes en este mundo. Y verse humillado sin justicia y sin posibilidad de defenderse me parece tan amargo e insoportable que si te hubiese dejado en tal situación no hubiera vuelto a tener un sueño tranquilo.

—¡No puedo creerte, Roque! ¡No tiene sentido tu explicación! Si en tanto aprecias la buena fama, ¿cómo pones en peligro la tuya casándote con una mujer que la ha perdido?

—¡Sin culpa suya!

—¿Y qué más da? Ante la opinión pública, yo soy una delincuente de la peor especie.

Roque, una vez más, meditó su respuesta.

—Tengo en mucho el respeto de mis prójimos —dijo por fin—; pero tengo en más mi propio respeto. Abandonarte por miedo hubiera sido una vileza.

—¡No me dices la verdad, Roque! No es que quiera ofenderte, pero sé que no dices la verdad.

—No siempre puedo jurar cada palabra que digo; pero en esta ocasión creo que sí.

—Entonces, ¿afirmas que Blanca Lorenzana no tuvo nada que ver en el asunto? Antes me has dado a entender todo lo contrario.

—Tampoco ahora te digo que no tuviera nada que ver. Yo estaba preocupado con ese conflicto, y pensé que el casarme lo resolvería.

—¡Creándote otro mucho más grave!

—Ésa es otra cuestión.

—Sigo pensando que no me dices toda la verdad.

—Nunca se dice *toda* la verdad.

—¡Pero tú me ocultas lo más importante!

—Quiero tu bienestar. Lo quiero como cosa mía, y haré todo lo que pueda para que nunca te arrepientas de haber confiado en mí... ¿No es eso lo que verdaderamente importa?

—Sí —suspiró Mariana, derrotada—; quizá sí.

Volvieron del brazo y en silencio hacia la casa. Mariana había fracasado una vez más y estaba más lejos que nunca de comprender los motivos de Roque; pero no pensaba en ello, porque otra cosa la preocupaba mucho más: la advertencia de su marido, implícita pero evidente para ella, de que las relaciones entre los dos seguirían siendo las mismas en el futuro. No recordaba concretamente las palabras en que aquella advertencia se había expresado, pero no le cabía duda sobre la intención de Roque.

Estaban ya dentro del huerto, cuando Roque dijo, en tono positivo:

—Mañana me voy a Lugo. Estaré por allí unos cuantos días.

—Pero ¿no tienes que ir la semana que viene, a llevar a tu hijo al seminario?

—Sí: a Mondoñedo. Eso no es más que un paseo.

—Pero pensabas combinar los dos viajes, ¿verdad? Has cambiado de idea, y ha sido ahora mismo.

—¿Por qué lo dices?

—He acertado, confiésalo.

—En realidad, no he cambiado, porque no había decidido nada todavía.

—Lo has decidido en este momento.

—¡Bien, sí! Pero no sé adónde quieres ir a parar...

—¡Oh, no es nada! No tiene importancia.

Roque no insistió. A la puerta de la casa se separaron, y Mariana subió directamente a su habitación.

Cerró la puerta y fue a sentarse en el taburete del tocador, con la vaga intención de arreglarse un poco el peinado antes de bajar a cenar. Pero no tenía prisa y olvidó su intención, dejándose llevar por sus pensamientos sobreexcitados.

«Se va mañana para apartarse de mí. Teme que le plantee algún conflicto. Daría cualquier cosa por poder tranquilizarle. ¡No hace falta que te vayas, Roque! ¿Tan tonta me crees como para no haberte entendido? ¡Pues era bien fácil! Me das todas las explicaciones que te pido sobre Blanca Lorenzana. Todas, menos una: no me has dicho si la quieres o no la quieres. Reconoces que tengo derecho a interrogarte sobre ella, pero sólo por motivos de dignidad. Me das cuenta de tus acciones, pero tus sentimientos no son cosa mía. Celos, verdaderos celos, no tengo derecho a tenerlos... Todo eso me has dado a entender, y yo lo he entendido. ¡No hace falta que te vayas, que yo sé muy bien cuál es mi puesto, y estoy muy conforme con él!».

A Mariana le hubiera servido de gran alivio decirle a Roque todas aquellas cosas, decírselas suavemente, con una sonrisita irónica y amistosa. Como no podía hacerlo, decidió mostrarse en la mesa muy alegre y despreocupada, pero en cuanto entró en el comedor percibió la atmósfera cargada y dificultosa.

Amanda la recibió con un saludo muy comedido y una mirada de indisimulable curiosidad. Mariana recordó entonces que había pronunciado delante de su cuñada unas palabras imprudentes de las que —ahora sí— se arrepentía.

Otilia, por su parte, tenía una expresión huraña y retraída como en los días que Mariana la había conocido. Pero no: no era la misma expresión. Ahora había en su cara, más que insolencia y desafío, una especie de alarma... A esta conclusión llegó Mariana al cabo de un rato de observarla con sorpresa.

¿Lo notaba también Roque? Mariana pensó que no. Estaba muy abstraído.

En cuanto a los dos chicos, su conversación muda era más viva que nunca. Chispas rapidísimas pasaban de los ojos del uno a los del otro, y sus carrillos se

inflaban en algunos momentos, repletos de risas comprimidas. Y era Otilia el objeto de sus burlas. También a ella la miraban de reojo, y su gesto contraído parecía causarles un gran regocijo.

Mariana se sintió levemente intrigada, pero pronto dejó de pensar en lo que la rodeaba y, al amparo del silencio casi total que reinaba en el comedor, volvió a sumirse en sus pensamientos.

«Cuando me convencí de que Roque era un hombre honrado y quería de verdad casarse conmigo, acepté agradecida de todo corazón. Él en nada me ha engañado, a no ser en darme una situación mucho más desahogada y fácil de cómo me la pintó en un principio... ¿De qué me quejo, pues? ¿Por qué me siento tan descontenta y tan rebelde...?».

15.

Roque Bravo estuvo ausente más de una semana, y durante ella Mariana hizo un descubrimiento que la alegró sin sorprenderla, pero no sin inquietarla un poco.

El primer indicio —el cambio de actitud de Otilia— se acentuó después de la marcha de su padre.

Toda aquella mañana permaneció encerrada en su cuarto, y durante la comida no pronunció una sola palabra. Cuando Mariana le propuso el habitual paseo, la joven aceptó sin objeciones, pero mantuvo todo el tiempo su silencio y su gesto cerrado.

Encontraron a Tomás Lorenzana, como casi siempre; pero, contra su costumbre, él no se apeó para acompañarlas, sino que se limitó a saludarlas con un amplio sombrero. Otilia se ruborizó y apartó la mirada, apresurando el paso tras un rápido saludo. Nada de esto pasó inadvertido para Mariana, que, al cabo de un momento, cuando ya Tomás no estaba a la vista, comentó:

—¡Qué raro! El marqués debe de tener mucha prisa cuando no se ha parado un rato a charlar con nosotras...

Otilia no dijo nada y siguió andando, cabizbaja. Al cabo de un momento, Mariana volvió al ataque.

—Ahora que lo pienso, me parece que tenía un gesto muy serio... Demasiado serio... ¿Tienes tú idea de si le ha ocurrido algo?

—¿Qué le va a ocurrir? —dijo Otilia nerviosamente—. ¿Y por qué voy a saberlo yo?

—¿No le has visto desde la última vez que nos lo encontramos?

—¡No, no le he visto! ¿Adónde quieres ir a parar?

Mariana había hablado un poco al azar, pero la reacción de Otilia confirmó su vaga intuición.

—¿Por qué te pones así? —preguntó suavemente—. Yo no te he acusado de nada.

—¡Yo no me pongo de ninguna manera!

—Te has puesto a la defensiva, como si tuvieras algo que ocultar.

—¡Pues no, no tengo nada que ocultar! Pero no me gusta que me espíen.

—Yo no te espío, Otilia. Pero tu padre te ha dejado salir conmigo porque yo se lo he pedido. En cierto modo, soy responsable de lo que hagas.

—¡Pues no hago nada! ¡Absolutamente nada!

—¿Por qué perseguías ayer a tus hermanos?

—¿Aún no te has dado cuenta de que siempre se están metiendo conmigo?

—¿Qué te hicieron ayer? ¿Te quitaron algo?

Los ojos de Otilia relampaguearon.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te han contado?

—Nadie me ha contado nada. Era una suposición. Pero ahora estoy segura de

haber acertado. Era una carta, ¿verdad?

—¡No era una carta! ¡Estás inventando! ¡No era nada!

Otilia estaba a punto de llorar, y su furor era, en realidad, miedo. Mariana la contempló con asombro.

—¡Cálmate, Otilia! —dijo con gravedad autoritaria—. No sirve de nada gritar e insolentarse. Si no me contestas razonablemente, yo no tendré más remedio que sospechar algún misterio desagradable.

—¿Y qué quieres que te conteste? ¿No puedo pelearme con mis hermanos sin darte a ti cuenta de todos los detalles?

—¡Bien, como tú quieras! No me digas nada. Tendré que sacar yo sola las conclusiones.

—¿Qué conclusiones?

—No las he sacado aún. Ya pensaré sobre ello.

Mariana echó a andar sin prisa, sin volver la cara atrás. Otilia la siguió, pero sin llegar a emparejarse con ella; y así llegaron a la puertecita posterior del huerto, y entraron por ella y recorrieron el senderillo entre los cuadros de flores y verduras, una detrás de la otra y sin hablarse. Hasta que, cuando ya estaban entrando en la casa, Otilia cogió de pronto a su madrastra por el brazo.

—¡Espera, María! Ven conmigo.

—¿A dónde?

—A mi cuarto. Te voy a enseñar una cosa.

Otilia seguía durmiendo en aquella habitación enrejada, en el piso bajo de la casa, pero en ella se reflejaba el cambio de humor de su ocupante: había un ramo de junquillos en un florero sobre el tocador y por todas partes almohadones de dibujo modernista, bordados en brillantes colores con lirios de largos tallos angulosos y pasionarias geométricamente estilizadas...

Otilia cerró la puerta después que Mariana entró, sacó de su escote la cadenita que llevaba al cuello y desprendió de ella una llave más grande de lo que parecía adecuado para estar donde estaba.

—Me la he puesto aquí esta mañana —aclaró Otilia, observando la mirada de Mariana—, para que esos diablos no vuelvan a revolverme mis cajones.

Abrió uno de los de la cómoda, rebuscó en él por unos instantes y luego tendió a Mariana un papel.

—Toma. Esto fue.

—¿Lo que te quitaron tus hermanos?

—¡Sí! No tienen vergüenza. Me revolvieron todo el cuarto hasta que lo encontraron, y luego, encima, tuvieron el descaro de venir a reírse de mí.

—¿Es una carta de Tomás Lorenzana?

—¡No es una carta! ¡Toma, léelo!

—No, Otilia. No quiero leerla.

—¿Ahora sales con eso?

—Me has comprendido mal. Yo no quiero meterme en tu intimidad. Lo único que quiero es evitar que andes con escondites que pueden ser peligrosos. Tomás Lorenzana es un hombre hecho y con experiencia, y en él no tendría disculpa una incorrección.

—¿Es una incorrección mandarme un ramo de flores?

—¿Eso es lo que ha hecho?

—¡Sí, nada más que eso! Pero... ¡lee esto, no seas pesada! ¡Quiero yo que lo leas!

Mariana tomó la carta, que Otilia había desdoblado ya. Era una cuartilla de grueso papel hilo, cuyo membrete rezaba, sin corona: «El marqués de Lorenzana». Debajo sólo había una frase, escrita con letra grande, muy cursiva: «Hay muchas rosas en el jardín de Meilán, pero de esta especie —que es mi favorita— sólo hay una, la reina de todas ellas». No había firma. Mariana miró a Otilia.

—En efecto, apenas puede decirse que sea una carta. Venía con un ramo de rosas rojas, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —dijo Otilia, recelosa.

—No lo sé; lo imagino. Si hay que compararte con una rosa determinada, tiene que ser con una roja, muy oscura y muy aterciopelada.

—¿Tomás te ha dicho...? —Otilia no deponía su recelo, y Mariana se echó a reír.

—¡No, mujer, no me ha dicho nada! Por lo visto, es que coincidimos... ¿Eran así las rosas que él te mandó?

—Sí, eran así.

—¿Dónde están?

—¿Es que no me crees?

—¡Claro que te creo! Pero me sorprende no ver aquí el ramo.

—El ramo se secó ya.

—Pero... ¿no fue ayer cuando...?

—No. Ayer fue cuando los chicos encontraron la nota. Pero el ramo llegó hace... dos o tres días.

—¿Y cómo llegó sin que nadie lo viese?

—Lo trajo un criado del Pazo, y Benigna me lo entregó a mí.

—A escondidas...

—¡No! A escondidas, no. Lo trajo a mi cuarto, y nadie lo vio.

—Porque ella no quiso que lo vieran. Me he dado cuenta de que Benigna es tu aliada incondicional.

Otilia lanzó sobre Mariana una de sus ojeadas relámpago.

—¡Anda, dile eso a papá! Dile que Benigna está de mi parte. ¡Así pagarás la franqueza que tengo contigo!

—No tengo necesidad de decírselo: estoy segura de que él lo sabe ya.

—¿Te lo ha dicho?

—No. Pero lo sabe. Y, además, yo diría que se alegra.

—¿Se alegra?

—Sí; yo creo que sí. Benigna es una mujer juiciosa y sabe hasta dónde puede llegar su complicidad. Y a tu padre le agrada saber que estás bien atendida y mimada.

—A ti te parece que papá es perfecto en todo, ¿verdad?

—Creo que es un hombre bueno y que te quiere mucho.

—¡No tanto como a ti!

—Mucho más que a mí. Pero eso está fuera de la cuestión... Lo que me has contado hasta ahora no explica la actitud de Tomás. Te mandó un ramo hace un par de días. ¿Es eso razón para que hoy se mantenga apartado y tan serio?

—Es que yo... —Otilia se mordía los labios, muy nerviosa— yo le dije que no lo volviera a hacer.

—¿Se lo dijiste? ¿Cómo? ¿Hablaste con él?

—¡No, no! Le mandé una carta..., una nota.

—¿Cuándo?

—¿Y qué más da cuándo? —Otilia vibraba de irritación—. ¿Por qué me preguntas tanto? ¿Es que no me crees?

—Sí que te creo; pero prefiero ver las cosas bien claras. ¿Es hoy la primera vez que has visto a Tomás, después del envío del ramo?

—¡Pues claro que sí! Ayer no salimos, ¿no te acuerdas?

—Entonces, todo ese intercambio de cartas tuvo lugar anteayer.

—¡Sí, eso es...! ¡Bueno!, el ramo me lo mandó el día anterior, anochecido; y yo le escribí anteayer por la mañana.

—¿Y por qué le dijiste que no querías más rosas?

—¿Es que tú no conoces a papá? —dijo Otilia con desdén.

—¿Tú crees que le parecerá mal que el marqués te mande flores?

—Pero... ¡qué pregunta, María!

—Me parece que te equivocas, Otilia. Tomás Lorenzana es soltero y tú también. Él es un hombre honorable, conocido de tu padre, y, además, de brillante posición. Tú, aunque muy joven, estás ya en edad de pensar en el matrimonio... No veo ningún motivo para que tu padre se oponga a esas relaciones.

—¡No hay relaciones! —exclamó Otilia, muy agitada—. ¡No hay nada de relaciones! ¡Que no se te meta eso en la cabeza, porque no hay nada!

—¡Bueno, mujer, bueno! No las habrá; pero, aunque las hubiera...

—¡Es que no las hay, no las hay! —Otilia parecía a punto de llorar—. ¡Y no se te ocurra decirle eso a papá!

—¡Bien, bien! Por el momento, no hay nada que decir. Pero escúchame, hija mía:

te repito que estás muy equivocada respecto a tu padre. Supongo que eso se debe a... a que en alguna ocasión se ha portado duramente contigo.

—¿Te lo ha dicho él? —saltó Otilia, como antes. Parecía despertar en ella un gran interés el conocer exactamente hasta dónde llegaban las confidencias de su padre con su madrastra.

—No. No me ha dicho nada concretamente. Yo ignoro cuál es el motivo de vuestras disputas. Solamente, cuando yo le pregunté, me dijo que se había visto obligado a imponerte su autoridad. Y yo he supuesto que se trataba de algún noviazgo.

Otilia se volvió bruscamente, dando la espalda a Mariana. No dijo nada, y Mariana continuó:

—Lo que quiero decirte es que, si tu padre obró así, fue sin ninguna duda por tu bien y muy contra su gusto. Las circunstancias eran, seguramente, muy distintas a las actuales. No debes creer que se va a oponer por sistema a toda posibilidad de que tú tengas novio y te cases.

Otilia seguía inmóvil, vuelta hacia el tocador y manoseando los junquillos.

El espejo estaba demasiado bajo para que Mariana pudiera ver su cara, pero sí podía ver la actividad nerviosa e incesante de sus manos. Continuó:

—Lo único que le enfadaría y podría obligarle a oponerse es descubrir que queréis engañarle. Por parte de Tomás, eso sería imperdonable. Pero si tú le convences de que tu padre es un tirano...

Mariana se interrumpió, porque percibió la tensión de Otilia y vio a través del espejo cómo sus manos retorcían todo el haz de junquillos. Esperó una explosión de ira, pero la explosión no llegó. Otilia se tomó tiempo para dominarse antes de mirar a Mariana. Le temblaban un poco los labios.

—¡Yo no quiero noviazgos! No me fío de ningún hombre. Tomás es simpático y muy bien educado, pero eso no quiere decir nada.

—No —confirmó Mariana gravemente—; eso no quiere decir nada.

—No sé si yo le intereso o si es que se aburre aquí y no tiene otra diversión a mano. Sea lo que sea, el tiempo lo dirá.

—Lo dirá, sobre todo, su comportamiento. Si quiere verte a solas y esconderse de tu padre, mala señal. Pero no creo que se atreva a intentarlo.

—Y, si se atreve, yo le contestaré como se merece. Pero tú...

Otilia se interrumpió y tragó saliva. Mariana la miraba, interrogante y sin hablar.

—Tú... no le digas nada a papá.

—¿Por qué no? Tú no tienes nada de qué avergonzarte.

—Pero... ¡es que no hay nada que decir, María! ¡Nada! Y papá es..., ¡tú ya lo sabes! Es muy exagerado para estas cosas, y además... —Otilia desvió la cara y su voz cambió—, además, no tiene confianza en mí. Me encerrará otra vez. ¡Tú no sabes

todavía cómo es papá cuando se enfurece!

—No —dijo secamente Mariana—. Hasta ahora, sólo he podido comprobar su enorme paciencia contigo y con todos.

—¿Crees que te estoy mintiendo?

—Creo que sacas las cosas de quicio.

—Entonces, ¿le vas a decir a papá...? Pero ¿qué le puedes decir, al fin y al cabo? Que Tomás me ha mandado unas rosas... Y eso lo sabes porque yo te lo he dicho.

—Por lo mismo que no es nada grave, no hay ningún motivo para ocultarlo.

—Tú crees que lo sabes todo, ¿verdad? —Otilia apretó los labios rabiosamente—. Crees que conoces a papá mejor que nadie... ¡Ya verás qué sorpresa te llevas!

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has dado cuenta de que papá no puede ver a Tomás? ¡Se pondrá furioso, se peleará con él, y todo por nada!

—No creo que tu padre haga tal cosa.

—¡Pues yo sé que lo hará! ¡Y habrá un disgusto horrible sólo por tu causa! Porque Tomás tampoco es de los que aguantan. Con todo ese aire suave y amable, tiene mucho orgullo. Y está acostumbrado a que todo el mundo le hable con el sombrero en la mano. Papá y él son como dos gallos de pelea, siempre rondándose y mirándose de reojo...

—Yo los he visto tratarse siempre cortésmente.

—¡Claro! Porque se temen el uno al otro..., o se respetan, si te gusta más. Todos, hasta los criados, tenemos cuidado de no darles motivo para que la armen. ¡Por eso, entérate, por eso me subió Benigna el ramo a escondidas! Y ahora vienes tú, recién llegada de Madrid, sin saber de nada, y quieres meterme por medio... ¡Muy bien! ¡Tú verás lo que haces! Pero, si luego te arrepientes, no será por culpa mía.

Mariana no hizo ninguna promesa de silencio. Pero en su interior se propuso callar mientras no tuviera motivos más serios para tomar cartas en el asunto.

No es que la hubieran convencido las razones de Otilia, porque le parecía evidente que la jovencita dramatizaba, pero el antagonismo latente entre Roque Bravo y el marqués de Lorenzana era un hecho que Mariana había intuido en varias ocasiones. Probablemente, una alianza entre las dos familias sería el mejor modo de resolver aquella tensión incómoda, pero era muy posible que una intervención prematura de Roque lo echase todo a rodar.

«Es urgente no hacer nada», ha dicho alguien, refiriéndose a una de esas situaciones prometedoras y frágiles. Mariana, a falta de más completo conocimiento de los caracteres que entraban en juego, decidió atenerse a la prudente norma, sin dejar de mantenerse vigilante.

Roque volvió con el tiempo justo para recoger a Lorenzo y llevárselo al seminario. Gaspar los acompañó, y Amanda les llenó de advertencias y de encargos

para Mondoñedo.

—Quiero que vayan preparando mi casa, porque el frío se nos va a echar encima, y yo no soporto el invierno en la aldea —explicó a Mariana.

Padre e hijo volvieron a los dos días, notoriamente mustios.

—Gaspar echará de menos a su hermano —comentó Mariana, viendo desaparecer escalera arriba al cabizbajo primogénito.

—Pronto le tocará a él la hora de irse —respondió Roque, con el tono breve de quien no quiere dejarse conmover.

En los días sucesivos, Mariana fue dándose cuenta de algunos cambios en la actitud de Roque para con ella.

Por de pronto, fue suprimida aquella ceremonia engañadora de retirarse los dos juntos por la noche. Esto era bastante natural: la situación había quedado establecida y no era preciso insistir en la comedia; pero, además, Mariana observó que su marido evitaba cuidadosamente encontrarse a solas con ella.

Intrigada, llena de curiosidad, Mariana esperó la llegada del domingo, preguntándose si Roque suprimiría también los paseos que daban los dos a solas.

Y el domingo llegó, con misa en Fao, comida con el cura y larga sobremesa. Y cuando el cura montó a caballo ante la familia, reunida a la puerta para decirle adiós, Roque se volvió, sonriente:

—¿Queréis venir a dar una vuelta...? Tú también, Amanda. Llevas dos días sin dar un paseo, y haces mal: si empiezas a encerrarte en casa a mediados de septiembre...

—¡Bueno! —accedió Amanda—. Esta tarde parece que no hace tanto frío...

—¡Frío...! —se burló Roque—. ¡Qué ha de hacer frío! Para pasear, la temperatura ideal. ¡Corre, Gaspar! Sube a buscar el chal de tía Amanda.

—¡Deja, Roque, no seas tan súbito! —dijo Amanda, con dignidad—. Quizás a María no le hace gracia que yo vaya con vosotros...

¿Qué podía decir Mariana en aquellas circunstancias? Aseguró a su cuñada que la encantaba la perspectiva de pasear con ella, y ni siquiera se permitió el lujo de una sonrisa irónica, por temor a traicionarse. Se sentía hirviente de irritación, porque la pequeña maniobra de Roque representaba mucho más que una contrariedad para ella. Era la confirmación de aquel cambio de política, de aquella nueva preocupación de Roque por levantar una barrera entre él y su esposa nominal.

En un agro, separado de la carretera por un muro de piedra, acababan de ser recogidas las patatas, y la tierra removida exhalaba un olor fuerte y saludable. Amanda y Roque hablaban de la cosecha y de las probabilidades de que el tiempo cambiara. Mariana no decía nada ni los escuchaba apenas. Miraba a hurtadillas a su marido, tratando de adivinar sus pensamientos a través de la expresión tranquila y distraída de su rostro.

«¿Qué es lo que teme? ¿Que yo me arroje en sus brazos pidiéndole amor en cuanto me vea a solas con él...? ¡Pues tengo que tranquilizarle, no faltaba más! Quiera él o no quiera, buscaré la ocasión para decirle a solas unas cuantas cosas».

Pero no le resultó fácil la realización de su propósito, ya que Roque empleó una gran habilidad y obstinación en evitar lo mismo que ella se empeñaba en conseguir. Una noche, Mariana, que estaba ya en su cuarto hacía rato, oyó entrar a Roque en el suyo y acto seguido un leve roce metálico en el contiguo cuarto de aseo. Para cerciorarse de lo que ya sabía, lo cruzó, fue hasta la puerta de comunicación, hizo girar el picaporte con mucho tiento y empujó. La hoja permaneció incommovible: estaba corrido el pestillo del otro lado.

Mariana estuvo a punto de echarse a reír de pura irritación, y al día siguiente acechó a Roque con tal constancia y determinación que por fin se salió con la suya.

Fue cuando Roque salía de su despacho acompañado de Egidio, su mayordomo. Mariana había visto entrar a los dos hombres, y aguardaba su momento. Se acercó a ellos y dijo, muy natural:

—Roque, un momento: quiero hablar contigo.

Dio un paso hacia su despacho, y a Roque no le quedó más recurso que hacerse a un lado y despedir a Egidio:

—Ve tú bajando, que ahora voy yo.

Entró en el despacho, siguiendo a Mariana y dejándose la puerta abierta.

—Cierra, Roque, haz el favor —le dijo ella, muy templada—, te aseguro que no tienes nada que temer.

Roque cerró despacio, sin dejar de mirar a Mariana. No parecía sorprendido, pero no sonreía tampoco.

—Yo te ruego, María —dijo con gravedad—, que aceptes la situación tal como está. Es lo mejor, te lo aseguro.

—¡Ya la acepto! —exclamó Mariana, con firmeza—. ¡La acepto y estoy muy conforme con ella! Esto es precisamente lo que vengo a decirte: que no necesitas defenderte contra mí. Yo no he cambiado nada; pienso y siento lo mismo que cuando me casé contigo.

—Y yo también, naturalmente.

—¡No, tú no! Tú has cambiado de actitud desde hace algún tiempo. Desde el día, precisamente, que vino Blanca a despedirse.

—¡Por Dios, María! —exclamó Roque.

Y su gesto de súplica exasperada acabó de enfurecer a Mariana.

—¡Estás muy equivocado, Roque! ¡Equivocado de medio a medio! No he venido a hacerte una escena de celos, ni tampoco aquel día fue ésa mi intención.

—¡Ya lo sé! Nunca he dicho...

—¡No lo has dicho, pero lo has pensado! Y te repito otra vez que te equivocas. Yo

acepto la situación, como tú dices, y no pienso interrogarte sobre tus sentimientos. Si aquel día me di por ofendida fue porque Blanca Lorenzana se propuso ofenderme. ¡Por eso y no por otra cosa! Tú me habías prometido respeto, ¿no es cierto? ¡Eso sí tengo derecho a reclamártelo!

—¿Es que no he cumplido yo mi promesa?

—¡Sí! Sí que has cumplido. No es eso lo que quiero decir.

—Pues entonces... ¿a qué viene todo esto, ahora que Blanca ya se ha ido?

—¿Qué importa Blanca? —Mariana hizo un ademán, como echando a un lado una presencia intempestiva—. ¡Blanca no me importa nada!

—Permíteme recordarte que has sido tú quien la ha nombrado.

—¡Bien, sí...! Es posible... Pero no se trata de ella. Lo que pasa es que tú no quieres entenderme ni dejar que me explique.

—Sí, María. Sí que quiero entenderte; pero...

—¡Pero lo temes, no hace falta que me lo digas! Temes que yo te ponga en un compromiso. Y, justamente, lo que yo quiero es tranquilizarte.

—Bien explícate —dijo Roque, desconcertado y en guardia.

—Tú has cambiado de actitud conmigo desde aquel día, porque creíste que yo estaba celosa de Blanca y sacaste una consecuencia completamente falsa.

—¡Por Dios, María! No te dejes llevar de la imaginación.

—¡No niegues tú la evidencia, Roque! Hasta los paseítos de los domingos te parecen peligrosos. Y eso es porque supones que yo... estoy enamorada de ti. ¡No puede haber otra explicación! Y, si la hay, haz el favor de dárme-la.

Mariana hablaba con arrogancia, lanzándole a Roque las palabras, en pie los dos y frente a frente. Él la miraba con el ceño fruncido, pero, de pronto, ella notó un cambio de gesto, un temblor en sus labios, y tuvo la desconcertante impresión de que contenía una sonrisa. Se quedó tan cortada que no pudo seguir hablando. Pero él volvió en seguida hacia ella los ojos, que por un momento había desviado. Habló tranquilamente:

—Sí que la hay, y es muy sencilla: hay cosas que eran necesarias en los primeros días y ahora ya no lo son. Ahora todo el mundo encuentra natural que mi hermana nos acompañe a pasear.

Aquella explicación nada explicaba, a Mariana le pareció, más que una evasiva, una burla. Sintió deseos de insultar a Roque, o de darle la espalda y dejarlo plantado. Se estuvo quieta un momento, y luego dijo, con lentitud, poniendo voluntad en cada sílaba hasta conseguir que sonaran tranquilas y frías:

—Me has sacado del purgatorio y estoy comiendo tu pan. Te lo agradezco de corazón.

Roque hizo un gesto de vivo disgusto.

—¡Por el amor de Dios, no...!

Pero Mariana le cortó con firmeza:

—¡Déjame terminar! Te lo agradezco todo: tu nombre, tu casa, los riesgos que corres por mí... Pero lo que más te agradezco de todo es que no me pides nada a cambio, todos los días le doy gracias a Dios por no gustarte.

¡No, no era así como debía hablar! La última frase no estaba a tono, y Mariana se mordió los labios al darse cuenta. Se apartó un poco de Roque desviando de él la mirada. Dijo, un poco precipitada:

—¡Bien!, ya te he dicho lo que quería decirte. Tus precauciones son una ofensa inútil.

—No son una ofensa —dijo Roque, inexpresivo.

Mariana estaba al lado de la puerta. La abrió, lanzó un «¡adiós!», por encima del hombro, y ya salía del despacho cuando Roque la llamó:

—¡Un momento, María!

Ella se volvió, con gesto indiferente:

—Dime...

—He notado que no te ocupas nada de la casa y que lo dejas todo en manos de Benigna y mi hermana. Eso no está bien: tú eres el ama de casa.

Mariana sonrió con acritud involuntaria.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Y debes ser tú quien la gobierne. Yo no he insistido en ello hasta ahora porque tú necesitabas reponerte y también tomar tierra, por decirlo así. Pero ya estás llena de salud y conoces perfectamente la marcha de la casa. Lo natural es que te hagas ya cargo de tu puesto.

—¿Para qué? —preguntó Mariana suavemente.

—¿Cómo que para qué...? Ya te lo he dicho: porque es lo natural y porque a todos nos conviene. Amanda va a marcharse pronto. Además, a ti te vendrá bien tener algo en que ocuparte.

—Lo haces por eso, ¿verdad? Porque crees que a mí me conviene.

—Por eso y por todo. Tenemos que procurar... instalarnos, María.

—¿Instalarnos?

—Sí: en la situación, en las circunstancias. Eso era lo que quería decirte cuando tanto te enfadaste. Vendrá el invierno, y será largo. Lorenzo se ha ido: Gaspar y Amanda se irán pronto. Lloverá, y muchos días será casi imposible salir de casa...

—Ya comprendo —murmuró Mariana.

Pero no comprendía más que a medias. En realidad, más que comprender, entreveía un panorama evocado por las palabras de Roque: la lluvia vista a través de los cristales, el fuego encendido en la chimenea, las horas de labor o de lectura, los cortos paseos aprovechando un claro para estirar las piernas, y la vuelta rápida al salón caliente, con su leve olor a humo de leña... Un panorama que debía de ser

tranquilizador y más bien aburrido, pero que no era ninguna de las dos cosas. Era inquietante por virtud, también, de las palabras de Roque y el tono en que las había dicho, que parecía darles valor de advertencia.

Mariana alzó los ojos hacia Roque y encontró su mirada pensativa.

—¿No será mejor esperar a que se vaya tu hermana?

—No. Le halagaré si le pides que te oriente un poco.

—¿Se lo dirás tú a Benigna?

—No tengo nada que decirle. Ya sabe que tú eres la señora.

—¡Está bien! Yo hablaré con ella. Mariana esperó un momento y, como Roque no añadía nada, se volvió hacia la puerta. Pero de nuevo, cuando ya ella salía, Roque habló:

—María...

Parecía indeciso. Mariana le interrogó con los ojos. Él completó, en voz baja:

—Quisiera, de verdad, que... que te encontrases a gusto en casa.

Ella sonrió con acidez.

—¿Por qué te preocupas? Siempre estaré mejor que en medio de la calle, hambrienta y abucheada, como tú me encontraste.

Roque hizo un gesto de rendición, y Mariana salió del despacho, tensa de hostilidad de pies a cabeza. Se fue directamente en busca de Benigna, pues quería aprovechar su estado de ánimo, que la hacía casi desear oposición u objeciones.

No las hubo. Benigna aceptó dócilmente las órdenes, y disimuló bien su sorpresa, si es que la sentía.

Luego Mariana habló con su cuñada en los términos aconsejados por Roque, y tampoco encontró otra cosa que asentimiento y buenos modos.

Pero seguía crispada, y se retiró a su cuarto no bien terminada la cena.

Durmió mal, perseguida por la imagen que la intrigaba y la ofendía: aquel fantasma de sonrisa que había sorprendido en los labios de Roque y que no sabía cómo interpretar. Ella había dicho: «Tú supones que yo estoy enamorada de ti. No puede haber otra explicación de tu actitud». Y Roque había tenido que esforzarse para no sonreír. Estaba grave, muy reservado, y, de pronto, aquellas palabras le habían provocado una sonrisa irresistible. ¿Por qué, si no eran más que la continuación de lo que ella estaba diciendo?

A veces, entre sueños, Mariana creía ver clara ante sí la solución del enigma. Y era muy importante, porque en aquella sonrisa estaba toda la clave de la conducta de Roque y del destino de su matrimonio.

Pero, al despertar, la visión se esfumaba y eran inútiles todos los esfuerzos que hacía Mariana para capturarla.

16.

A finales de mes, el tiempo se ablandó en una llovizna templada y persistente, muy favorable para la próxima sementera del centeno. Mariana no prescindía de sus paseos, bien calzada y cubierta con una capa impermeable cuando era necesario. Otilia la acompañaba siempre, diligente y casi silenciosa, con los ojos brillantes y vivos explorando de continuo los alrededores en busca de una silueta de jinete.

Porque ahora Tomás Lorenzana no aparecía más que así: como una silueta arrogante al borde del camino o entre los bosques, que saludaba al paso de las dos mujeres con un sombrero rendido.

A veces, Mariana percibía algo raro en todo aquel manejo: Otilia estaba demasiado contenta y nerviosa. No lo manifestaba en la misma forma estridente en que hasta hacía poco había manifestado su rebeldía, sino que parecía querer guardar para sí sus sentimientos, y había tomado la costumbre de bajar los párpados cuando alguien —en especial su madrastra o su padre— la miraban de frente.

—Has cambiado mucho en poco tiempo, Otilia —le dijo un día Mariana de pronto.

—He crecido, ¿verdad? Benigna me lo dice...

—No me refiero a eso. Quiero decir que has cambiado de carácter; o, por lo menos, de humor.

—¿De verdad? —Otilia hizo un gesto displicente—. Pues no lo he notado...

Pero se había puesto colorada.

El recelo de Mariana se confirmó: aquella chiquilla escondía algo. ¿O sería posible que los encuentros a distancia con el marqués bastaran a mantener su secreta exaltación? ¿O quizás él le escribía clandestinamente?

Más adelante, Mariana había de reprocharse el haber descuidado aquel peligro que presentía. Pero en aquellos días estaba demasiado absorta en sus confusos sentimientos personales.

Amanda se lamentaba del mal tiempo, y su voz se escuchaba de continuo, apremiante y quejumbrosa:

¡Esa puerta...! Cerrad esa puerta, que hay corriente.

Pero no quería que se encendiera la chimenea, porque, según decía, eso era adelantar el invierno. Estaba ya impaciente por volverse a su casa de Mondoñedo; pero Roque la había persuadido para que esperase a primeros de octubre, con objeto de que él la acompañara, al paso que llevaba a su hijo al colegio de Santiago.

Faltaban pocos días para el viaje, y estaba la casa revuelta y triste con la preparación de los equipajes, cuando, una tarde, Mariana y Otilia, que habían salido, como de costumbre, aprovechando un claro en la lluvia, vieron venir hacia ellas a Roque.

Estaban ya de regreso, cerca del muro posterior del huerto, y a Mariana le bastó el aspecto de su marido para comprender que había pasado algo anormal.

Miró a Otilia y la vio desencajada y pálida. En un relámpago adivinó lo sucedido. Miró de nuevo a Roque, que llegaba ya junto a ella, y se quedó espantada de su expresión.

—¡Roque! —murmuró.

Pero Roque no la oyó; no pareció verla siquiera. Se dirigió a su hija, la cogió del brazo y la abofeteó una vez, y otra, y otra, sin decir palabra.

—¡Roque! —gritó Mariana, indignada—. ¿Estás loco?

Quiso apartarlo de Otilia, pero él la rechazó con fuerza brutal, sin mirarla siquiera.

—¡Habla, desdichada! ¡Explícate! —rugió, con una voz jadeante y tan ronca de ira que resultaba irreconocible—. ¡Discúlpate si es que puedes!

—¡Yo no he hecho nada malo! —exclamó Otilia entre sollozos pero con arrogancia.

—¡Has vuelto a engañarme en cuanto has dejado de estar encerrada! ¡Pero no volverá a ocurrir, puedes estar segura! ¡Hoy mismo te llevaré al correccional, y no saldrás de allí hasta que seas mayor de edad!

—¡Yo no he hecho nada malo! ¡Tomás es libre y me quiere!

—Y tú... ¿eres tú libre? ¡Dilo, dímelo, díselo a María! ¿Eres libre?

Roque zarandeaba a su hija violentamente. El llanto de Otilia se recrudeció con desesperada violencia.

—¡Vamos, habla! —repetía Roque con un sarcasmo que le rasgaba la garganta—. Ahora es el momento de que le expliques a María que yo no tengo potestad sobre ti... ¡Dile por qué la he perdido! ¡Explícale que puedes denunciarme a la autoridad por retenerte contra derecho! ¿No es eso lo que tú sueles decir? ¿Se lo has dicho también al marqués de Lorenzana?

Otilia sollozaba hasta partirse el pecho. Dio una violenta sacudida para soltarse de su padre, pero él la retuvo y alzó de nuevo la mano. Mariana gritó:

—¡No!

Roque la miró con ira, pero no descargó el golpe. Tenía la cara tan demudada y la respiración tan jadeante que Mariana temió por él.

—¡Estás enfermo, Roque! ¡Por Dios, cálmate!

Roque se calmaba ya. Apartó la mirada de su mujer y dejó caer la mano con que aprisionaba el brazo de su hija. Ésta dio un paso atrás, pero no intentó escaparse.

Roque se pasó una mano por la cara. Luego dijo, con penoso esfuerzo:

—Perdóname, María. Perdona... el espectáculo. La verdad es que... apenas si te veía.

—Pero... ¿qué ha sucedido, Roque?

—¿Es que tú no lo sabes? Creía ser yo el último en enterarme.

—Yo no sabía nada... concreto. Nada que puedas reprocharle a tu hija.

Roque hizo una mueca que quería ser sonrisa.

—Entonces, ¿a quién tengo que reprochárselo? ¿A ti?

—Quizá. Yo sé hace algún tiempo que Tomás Lorenzana... se interesa por Otilia. Que le ha mandado flores y que la ronda de lejos en los paseos. No creí necesario decírtelo. Quizá me equivoqué.

—Sí. Te equivocaste. Otilia ha estado viendo a Tomás desde hace semanas.

—¿Viéndole?

—A solas. Por las mañanas, muy temprano, casi de madrugada.

Mariana miró a Otilia involuntariamente.

—¿Es verdad eso, Otilia?

Otilia desvió la cabeza, sin responder.

—Nunca pensé —dijo Mariana lentamente— que Tomás Lorenzana...

—¡No es culpa de Tomás! —saltó Otilia en viva protesta—. ¡Fue empeño mío! Él quería venir a casa y hablar con papá; pero yo no quise.

—Que tú no quisieras, lo creo —dijo Roque—; pero él ha demostrado ser un granuja.

—¡No es verdad, no es verdad! ¡Tomás se ha portado siempre como un caballero!

—¿Viéndote a escondidas de tu padre? ¿Dando que hablar a toda la comarca?

—¿Quién te ha venido a ti con el cuento?

—¡Eso no importa! En toda la aldea no se habla de otra cosa.

Se endureció otra vez la cara de Roque, en una mueca en la que había más dolor que ira.

—¡Y precisamente con Tomás Lorenzana!

—¡Papá, él quiere casarse conmigo!

—¡Calla, cállate!

—¡Por Dios, Roque! —exclamó Mariana—. ¿Por qué te pones así? Al fin y al cabo, no ha sucedido nada grave.

—¿Qué sabes tú? —cortó Roque con aspereza.

—Creo que te obcecas. Me parece natural que Tomás quiera casarse con tu hija, y no veo que haya motivo para atribuirle otras intenciones.

—¿Te parece que es manera de buscar esposa hacerle salir de su casa cuando todos duermen?

—¡Eso fue cosa mía, padre, cosa mía! —gritó Otilia, próxima a un ataque de nervios—. ¿Cuántas veces te lo voy a decir?

—¡Tú eres una insensata! Pero eres también una chiquilla, y él no tiene ninguna disculpa.

—¡Yo le dije que tú eres un tirano! ¡Eso le dije, para que te enteres! Que me

tenías encerrada y que nunca permitirías que un hombre se acercase a mí.

Otilia erguía el busto y desafiaba a su padre, encendidas las mejillas y brillantes los ojos. Roque la miraba, a su vez, con los labios cerrados y una especie de dura serenidad esculpiéndole las líneas del rostro, tan descompuestas un momento antes. Aquello duró un largo momento. Mariana apretaba las manos inconscientemente, temerosa de una violencia más grave; y cuando Roque habló, la frialdad de su voz la sorprendió sin tranquilizarla.

—Vamos a casa, Otilia.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Otilia dando un paso atrás.

—Ya te lo he dicho: llevarte a casa, por de pronto.

—¿Y encerrarme?

—Naturalmente.

—¡No iré! ¡No quiero! —Otilia rompió a llorar, aterrada y rebelde—. ¡No te acerques, no me toques!

Roque dio un paso hacia ella, mirándola a la cara, y ella, llorando, retrocedió un poco; pero no echó a correr, como Mariana temía, sino que dejó que su padre la cogiese del brazo y se la llevara hacia la puertecilla del huerto. Mariana los siguió, despacio, sin unirse a ellos.

Se detuvo antes de entrar, tentada por una idea: ¿no sería conveniente avisar a Tomás Lorenzana de lo que estaba sucediendo?

Estuvo a punto de volverse y echar a correr hacia el pazo; pero no lo hizo, no se atrevió. Tenía el convencimiento de que Tomás quería casarse, pero había otras cosas que no acababa de entender. Suspiró, alzando los hombros, y entró en la huerta.

Al cruzar junto al cenador vio dentro de él una silueta. Se fijó, y reconoció a Benigna, que parecía querer esconderse detrás del pilote de hierro cubierto de enredaderas. Se volvió y se dirigió hacia ella. Al verla venir, Benigna le salió al paso.

—Ya está usted enterada, ¿verdad? —preguntó Mariana.

—¿De qué, señorita...?

—Del disgusto del señor y de las cosas que le ha dicho a la señorita Otilia. Lo ha oído usted todo, no lo niegue.

—Algo oí... Estaba cogiendo unas manzanas para la compota...

—No sabía yo que usted se ocupara de esos detalles... Pero es lo mismo. Usted lo sabía todo desde el principio, porque es la confidente de Otilia. A mí me engañó, pero no a usted, porque usted era quien le traía las cartas. Ella me enseñó una, la primera, la más insignificante. Pero no fue ésa la que cogieron los chicos, ¿verdad?

—Pero... ¿qué dice, señorita? ¿Qué cartas?

La inocencia de Benigna resultaba muy convincente, pero no convenció a Mariana.

—Me dejé engañar, pero sólo a medias. Me parecía una buena cosa ese noviazgo,

y me figuro que a usted le sucedió lo mismo. Ésa es su disculpa. Porque si usted sabe que hay algún impedimento para que don Tomás se case con la señorita...

—¿Y qué impedimento ha de haber? —exclamó Benigna, esta vez con vehemencia—. ¡Solteros los dos y tal para cual en todo! ¿Con quién ha de casarse el señor marqués sino con la hija de don Roque Bravo? Él es el mejor mozo de por acá, y ella una perla que otra no ha de encontrar. Y así no tendrá la niña que irse lejos, ni el señor marqués traerse una mujer de fuera que tire de él para irse a vivir a la capital.

—Todo eso es verdad, y yo lo veo como usted. Y el señor tiene que verlo también, y la señorita Otilia. Pero, entonces ¿por qué andar escondiéndose? ¿Por qué no hablar claro y portarse como es debido?

—¡Ay, señorita...! Los jóvenes son siempre jóvenes...

—Don Tomás Lorenzana no es ningún niño.

—Pero la señorita Otilia sí que lo es. Y como el señor es así, tan... tan recto con ella, la *pobriña* le cogió miedo.

—Otilia no tiene nada de tímida —dijo Mariana, más para sí que para Benigna—. Si ahora está asustada, tiene que ser por algo muy grave. Además...

Mariana se interrumpió, porque estaba pensando en el brutal arrebato de Roque y no quería comentarlo ante el ama de llaves. Al cabo de un momento dijo:

—Me figuro que don Tomás no tardará en enterarse de todo esto.

—El señor marqués va a Lugo —respondió Benigna—. Volverá mañana, si Dios lo quiere.

Las dos mujeres se miraron y se entendieron.

—Quizás es mejor así —dijo Mariana.

Era preferible que Roque tuviera tiempo de calmarse antes de poder ver a Tomás.

Mariana volvió despacio hacia la casa, y Benigna, muy aprisa, por otro camino, en dirección a la puerta de la cocina.

«De prisa corren aquí las noticias: esta mujer se ha enterado de lo que ocurría... casi antes de que ocurriera».

Al entrar en la casa, Mariana estuvo a punto de tropezar violentamente con Gaspar, que salía a todo correr. El chico la esquivó ágilmente.

—¿Ha visto usted a Benigna? Tía Amanda la está buscando...

—Creo que acaba de entrar en la cocina.

Gaspar desapareció a todo correr. Mariana entró en la casa y subió la escalera. Oyó, ya en el pasillo de arriba, la voz agitada de Amanda:

—¿Es usted Benigna?

—No. Soy yo. Pero Benigna vendrá en seguida. Estaba en el huerto, cogiendo unas manzanas.

Amanda apareció en la puerta de su cuarto.

—¡Qué ocurrencia, con dos mujeres en la cocina! Y yo, en cambio, buscando por

todas partes mi ropa planchada... ¡Y con la prisa que le entró a mi hermano de pronto!

—Prisa ¿de qué?

—¡Pues de irnos! ¿No lo sabías? Nos vamos ahora mismo a Mondoñedo.

—¿Ahora mismo?

—¡Sí! Nos llevamos a Otilia. ¡Figúrate qué trastorno! ¿Tú sabes lo que ha sucedido? Roque no explicó nada y tiene una cara que yo no me atreví ni a preguntarle.

—Roque se ha enterado de que Otilia tiene relaciones con Tomás Lorenzana.

Amanda abrió la boca y la dejó abierta en el gesto de asombro y desconcierto más absoluto.

Ya había notado Mariana tiempo hacía que la emoción más frecuente en la solemne viuda era el asombro. A pesar de sus aires de suprema experiencia, la mayoría de los acontecimientos de la vida diaria la cogían por sorpresa. Pero en este caso su estupefacción pasaba de los límites conocidos, y Mariana tuvo que volver la cabeza para no echarse a reír.

—¿Con Tomás...? —pudo al fin articular Amanda—. ¿Relaciones? ¿Quiere decir que... que son novios?

—Sí, eso creo.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Ave María Purísima...!

—Pero... ¿por qué te sorprende tanto? Yo creo que debías alegrarte.

—¿Alegrarme? —Amanda pareció considerar la idea—. ¿Alegrarme...? ¡Pero Roque no se alegró nada!

—No. Y eso no lo entiendo tampoco. Me parece natural que se enfadara; no está bien que se lo hayan ocultado. Pero ponerse como se ha puesto, y, sobre todo, eso de llevarse a Otilia con esta urgencia... ¿Tú lo comprendes, Amanda?

—Verdaderamente —Amanda adoptó su actitud más doctoral—, creo que mi hermano exagera las cosas. Bien está la prudencia y la energía; pero llevarse a la niña en esta ocasión no me parece acertado. ¿Quién sabe si Tomás podría ser una buena solución?

—Solución ¿para qué? —preguntó, suave, Mariana.

—Quiero decir... —Amanda se atragantó un poco—, quiero decir que podría ser un buen partido para Otilia.

—No cabe duda de que lo sería. Un partido inmejorable, sobre todo siendo de su agrado, como lo es sin duda alguna. Sin embargo... —La entonación de Mariana cambió, se hizo más lenta y reflexiva—. Sin embargo, Roque debe de tener un motivo para tomar las cosas como las toma. ¿Sabes tú cuál es ese motivo?

—¿El motivo? Pues... tú lo has dicho: se ha enfadado por... por la manera de hacer las cosas. Hay que reconocer que ha estado muy mal.

—Sí; ha estado mal. Pero eso no justifica la actitud de Roque. Yo creo que hay algo más y que tú lo sabes. Yo creo que el verdadero motivo es... la triste aventura de Otilia.

Mariana sabía que pisaba en terreno prohibido y peligroso. Se sentía como debió de sentirse la mujer de Barba Azul al meter la llavecita en la cerradura de la puerta secreta. El moreno rostro de Amanda se puso de color remolacha.

—No hables así, María —dijo con severidad—. No fue una aventura. ¡Qué palabra tan fea! Y, además, muy impropia.

—Pues ¿cómo lo llamarías tú? —preguntó Mariana, con aplomo pero temblando por dentro.

—Una... equivocación. Otilia no hizo nada malo. Ni siquiera lo de las joyas fue malo. Ella pensaba que era cuestión de vida o muerte, y, además, tenía con qué responder. Tiene dinero, ya lo sabes, de la herencia de su madre. Y, sobre todo —Amanda enderezó la cabeza, más digna y solemne que nunca—, la única persona que podría hacerle reproches a mi sobrina soy yo. Y yo no quiero que se vuelva a hablar nunca de aquello. Y perdóname que te lo diga, María: me parece muy mal que tú lo saques a relucir de una manera tan desagradable.

—Nadie nos oye, Amanda, y a ti no te descubro nada nuevo.

—¡De todas maneras, hay cosas que es mejor olvidarlas!

—Sí, eso dice siempre Roque —suspiró Mariana—; pero él no las olvida.

—¡Es muy exagerado! La cosa no es para tomarla así, ni mucho menos, puesto que Otilia estaba de buena fe.

—¿Está enterado Tomás de...?

—¡No! —cortó Amanda, son sobresalto—. ¿Cómo se te puede ocurrir semejante idea? ¡Ni Tomás ni nadie! No lo sabe ni tiene por qué saberlo.

Mariana se quedó suspensa, buscando el modo de seguir hablando sin descubrir que ignoraba el fondo de la cuestión. Las dos mujeres estaban al lado de la cama, sobre la cual estaba abierta una enorme maleta, y no dejaban de mirar hacia la puerta, para evitar que nadie oyera su conversación. Y en aquel momento, antes de que Mariana hubiera encontrado una réplica, Amanda dijo vivamente:

—¡Ahí viene ya Benigna...!

Y salió al encuentro del ama de llaves. Mariana las dejó enfrascadas en su trabajo y salió de la habitación. Estaba un poco avergonzada de su intentona de sonsacar a Amanda, cuyo único resultado había sido confundir aún más sus ideas.

«Unas joyas..., y Amanda dice que es ella la única que puede pedirle cuentas a Otilia. Y que Otilia iba de buena fe. ¡No comprende absolutamente nada!».

Anocheía ya cuando salió el coche cargado con los equipajes de Amanda y del estudiante, más una maleta que Benigna había llenado apresuradamente con ropa de Otilia.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Mariana a Roque.

—No lo sé. Pronto, supongo. ¡Adiós!

Roque no miró apenas a su mujer. Estaba pendiente de Otilia, que salía seguida de Benigna. Pasó la joven sin mirar a nadie, con la boca apretada y los ojos fijos. Gaspar, en cambio, tendió la mano a Mariana, sonriendo sin conseguir disimular su congoja. Amanda la abrazó con afecto sincero.

—Dile a Roque que te lleve a Mondoñedo y que te deje una temporada conmigo. Pero no ahora: al mes que viene, que aquí es muy malo y yo tendré ya mi casa arreglada.

Y Mariana se quedó sola, bajo el porche, mientras por el camino, entre bojes, se alejaba el trote de los caballos, el crujir de las ruedas sobre la arena, la silueta bamboleante del coche... Entró en la casa y ordenó a Benigna que encendiera un buen fuego en la chimenea de su cuarto. No porque tuviera frío, sino porque se sentía abandonada y temerosa del porvenir.

17.

—¡Señora! ¡Señora!

Benigna hablaba en voz baja y, al mismo tiempo, apremiante. Mariana abrió los ojos, parpadeó, entrevió la cara del ama de llaves inclinada hacia ella, se sobresaltó:

—¿Qué ocurre, Benigna? ¿Qué hora es?

—Son las nueve dadas, señora, y el señor marqués está aquí.

—¿Aquí? —repitió Mariana, aún adormilada.

—¡Sí! Pregunta por la señora.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Aún no le dije nada, que aún no hablé con él. Marcelina *diome* el recado, y yo quise preguntar a la señora. Si quiere que le diga que está en la cama...

Benigna estaba excitada, y a Mariana se le contagió inmediatamente su excitación.

—Abra las ventanas y vaya a decirle al señor marqués que le veré dentro de un momento.

Benigna obedeció la primera orden, pero luego, antes de salir de la habitación, vaciló un momento, como si estuviera a punto de decir algo. Al fin salió sin hablar y cerró la puerta tras sí.

Mariana saltó de la cama y se vistió todo lo de prisa que pudo, pero cuidándose de borrar todo rastro de alcoba o *negligée*.

Cuando entró en la sala, Tomás Lorenzana estaba paseándose por ella a largos pasos. Se detuvo en seco al ver a Mariana y se inclinó para saludarla.

—¡Buenos días, María! Y perdone esta visita intempestiva. Llevo dos horas rondando la casa para hacer tiempo, y ya no podía más...

—¡Siéntese, haga el favor! Le creía a usted de viaje...

—Fui a Lugo para ocuparme de varios asuntos, pero me encontré con que el gobernador estaba fuera. En su ausencia, no podía hacer nada. Además, estaba impaciente lejos de Otilia.

—¡Ah! —hizo Mariana suavemente pero en un tono significativo.

—Sé que es inútil ya andar con secretos: nos veíamos a diario, en una forma o en otra, y muchos días dos veces. Al llegar aquí me he enterado del insensato drama... ¿Qué ha sucedido? ¿A qué viene todo esto? ¿Es verdad que Roque ha maltratado a Otilia?

Tomás estaba pálido y hablaba en voz más alta de lo acostumbrado en él, aunque era evidente que luchaba por contenerse.

—Esa pregunta es absurda, Tomás —dijo Mariana suavemente.

—Sí... Es posible. ¡Discúlpeme! No debía escuchar habladurías, pero sé que Roque es violento a veces, y no puedo soportar que haga sufrir a Otilia por mi causa.

—Roque sólo desea el bien de su hija. Y usted obró muy mal viéndola a escondidas.

—¿Cree usted que no lo sé? Pero no pude hacer otra cosa.

—¿Por qué?

—Pues... ¡bien!: las circunstancias vinieron así. No es que quiera disculparme. Sólo deseo darle a Roque todas las explicaciones que me pida.

—Fue Otilia quien le pidió el secreto, ¿verdad? Ella misma me lo ha confesado.

—Entonces, ya conoce usted mis motivos. ¡Es inaudito! Roque tiene a su hija atemorizada: Otilia está convencida de que él no consentirá que ningún hombre la corteje. Yo pensaba que eran exageraciones de chiquilla, pero ahora empiezo a pensar que es la pura verdad. ¡Llevársela así, raptada como quien dice, a esconderla de mí!

—Reconozca usted que su forma de comportarse justifica el recelo de Roque. Mientras no se asegure de los propósitos de usted, es natural que quiera librar a Otilia de su influencia.

Tomás sonrió de pronto, más calmado. Dijo, con una ironía en la que había buena parte de genuina sorpresa:

—Pensaba yo que Roque tenía más confianza... no en mí, sino en sí mismo. ¿Cómo puede pensar que yo... ni nadie vaya a acercarse a su hija con una intención turbia?

—Usted... es muy galante, Tomás. Y una chiquilla tan joven como Otilia puede fácilmente tomar demasiado en serio su galanterías.

Tomás se puso colorado y rió, captando la alusión de Mariana; pero conservó todo su aplomo.

—Yo sé distinguir, María: no es lo mismo hablar con una mujer de mundo, que conoce el juego, por decirlo así, y no da a las palabras más valor del que tienen, que con una colegiala como Otilia.

—Tiene usted respuesta para todo —sonrió Mariana—. Sin embargo, yo soy testigo de que desde el primer día en que encontró usted a Otilia conmigo, empezó a cortejarla.

—¡Porque ese mismo día empecé a pensar en casarme con ella!

—¿De verdad? —dijo Mariana, escéptica.

—Pero ¿es que tiene algo de sorprendente? Fue como descubrir el Mediterráneo: algo que no veía de puro tenerlo constantemente ante los ojos. Una alianza entre mi familia y la de Roque es algo que se cae de su peso, algo elemental, casi inevitable. Sólo que yo, hasta aquel día, no me había dado cuenta de que la hija de Roque era una mujer, y una mujer deliciosa, además. Usted, como es mujer también, no puede darse cuenta, pero hay en Otilia un encanto muy especial, un picante en su inocencia que la hace irresistible. Y yo, además, no tenía motivo para hacer resistencia, ¡muy lejos de ello!

Tomás hizo un gesto muy expresivo de incompreensión.

—Cuanto más lo pienso —dijo—, menos entiendo el proceder de Roque. Porque si Otilia es un buen partido para mí, sobre todo en mi actual situación, estoy seguro (si perdona la jactancia) de que Roque me considera un buen partido para su hija.

—Supongo —dijo Mariana sin convicción— que todo se debe a la desobediencia de Otilia y a la falta de franqueza de usted.

—¡Él es el verdadero responsable! Pero, aunque así no fuera, dos enamorados, antes de saber que lo están, tienen que verse y hablarse unas cuantas veces. Creo que en Francia se hacen los esponsales sin que los interesados se hayan hablado nunca a solas; pero aquí nunca se han hecho las cosas de ese modo, y menos en nuestro siglo. Hubo falta por mi parte, y si Roque me la hubiera reprochado, yo le habría reconocido razón. Pero esta huida a uña de caballo, reconozca usted que es sacar las cosas de quicio.

Mariana calló porque no encontró réplica. Tomás acababa de expresar su propio pensamiento. Él la miraba como adivinando su sentir, y al cabo de un momento dijo, en tono ya tranquilo:

—¿Cuándo vuelve Roque?

—No lo sé. Me dijo que pronto, pero sin precisar. Creo que él mismo no lo tenía pensado.

—Me parece lo más probable. Pero yo no puedo esperar. Me han dicho que iban a Mondoñedo. ¿Es eso verdad?

—No lo sé, no estoy segura de nada. Amanda iba a Mondoñedo; Gaspar, a Santiago. No sé dónde se habrá detenido Roque.

—¡Bien! —suspiró Tomás—. Tendré que buscarle.

—¡No, no, por Dios! ¡No haga usted eso!

—¿Por qué?

—Es preferible esperar a que Roque se calme y hable con su hija, Si acaso, escríbale usted exponiendo su buena voluntad.

—¿Cómo voy a escribirle, si no sé dónde se encuentra? —Escríbale a casa de su hermana. Ella le hará llegar la carta.

—Bien está —dijo Tomás al cabo de un momento de reflexión—; seguiré su consejo. Pero si Roque no da señales de vida en unos pocos días, le buscaré dondequiera que se halle.

18.

Roque se presentó al tercer día, cuando Mariana estaba acabando de comer. Fue Benigna quien le anunció su llegada, con voz de misterio y los ojos abiertos en redondo.

—¡Señora, está llegando el señor! El coche acaba de parar a la puerta.

Mariana salió al encuentro de su marido, y le encontró en la balconada, acabando de subir la escalera exterior. Tenía la cara inexpresiva y gris y los hombros más cuadrados que nunca; al verle, a Mariana se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Roque! ¿Qué ha pasado? —dijo antes de pensarlo.

—¿Qué quieres que pase? —dijo él con aspereza.

—Nada, discúlpame... ¿Has recibido carta de Tomás?

—Sí. Vendrá a verme esta tarde.

—¡Dios mío! Pero... ¿por qué?

Mariana se interrumpió. Roque dijo con rudeza:

—Por qué ¿qué?

Mariana se lanzó, irritada de pronto:

—¿Por qué tienes tanto miedo a esa entrevista?

—¿A qué entrevista?

—A la que vas a tener con Tomás Lorenzana.

—Estás diciendo muchas tonterías —dijo Roque—. ¡Anda, entremos! Me han dicho que estabas comiendo.

—Ya he terminado. Y tú, ¿no quieres comer?

—He tomado un tentempié por el camino. Ahora no tengo apetito. Me voy al despacho.

—¿Cuándo vendrá Tomás?

—No lo sé... Acabo de mandarle recado de que ya estoy aquí.

Tomás llegó una hora más tarde. Desde la sala le vio Mariana, sin ser vista, recorrer el pasillo hacia el despacho de Roque. Vio también a Roque salir a recibirle. Tomás sonreía, seguro de sí. Pero la sonrisa de Roque era una mueca crispada. Cuando los dos desaparecieron tras la puerta del despacho, Mariana se quedó quieta mirando hipnotizada la hoja de madera negra.

Naturalmente, en líneas generales, no podía menos de adivinar el motivo de la angustia de Roque, por más que las alusiones de Amanda la habían desconcertado. Imaginaba a su marido sentado frente al marqués de Lorenzana haciéndole una confesión tan amarga siempre y mucho más para hacérsela precisamente a él...

Le sentía sufrir al otro lado de la puerta, como si estuviese dentro de él. Sentía la garganta contraída, y la lengua trabada, y las manos húmedas de sudor... Sentía el antagonismo contra Tomás, dispuesto a convertirse en odio si su respuesta era

negativa...

«¡Si ahora se echa atrás y deja plantada a Otilia...!».

Mariana no pudo aguantar más y salió de la sala. Una parte de su mente registró con extrañeza la intensidad de aquellos sentimientos: eran sus propias manos las que estaban sudorosas, y su propia garganta la que estaba agarrotada. Pero estaba demasiado sumergida en el momento presente para detenerse en análisis.

Empezó a pasear por el jardín, sin perder de vista la puerta, con la esperanza de ver salir a Tomás. Pensaba que con sólo verle comprendería cuál había sido su reacción.

No tuvo que esperar mucho, aunque a ella se lo pareció. Estaba de espaldas a la puerta en el momento en que Tomás salió, pero le vio en seguida, cuando avanzaba despacio por la senda enarenada, cabizbajo y distraído. Él no la vio hasta que estaba a punto de tropezar con ella.

—¡Ah...! María, buenas tardes.

—¡Tomás!, ¿qué ha pasado?

—¿Sabe usted ya...?

—¡No sé nada!, pero no es difícil adivinar que Roque le ha dicho... algo acerca de Otilia.

—¿No se lo ha dicho a usted?

—No. Ni a nadie más que a usted. Pero lo que yo quiero saber es lo que usted ha contestado. ¡Dígamelo, por Dios!

—Roque no ha querido que le conteste.

—¿Que no ha querido?

—No. Se niega a oír mi respuesta hasta que haya reflexionado, durante una semana.

—¡Una semana! —exclamó Mariana, incrédula y casi espantada.

—Es empeño de Roque, no mío. Su esposo, María, es un gran caballero.

Una oleada de placer encendió la cara de Mariana, que desvió los ojos, turbada, como si temiera mostrar a Tomás sentimientos demasiado íntimos. El quiso despedirse en seguida.

—Con su permiso, será mejor que me vaya. Estoy... un poco trastornado. ¡Estaba tan lejos de imaginar nada semejante! Para mí, Otilia no era más que una niña.

—¡Y lo es, Tomás! —exclamó Mariana con calor—. Lo que ha ocurrido, yo no lo sé con detalles ni quiero saberlo. Pero estoy segura de que, en el fondo, no ha pasado de ser una niñería.

Tomás sonrió con triste burla:

—¡Y yo que me sentía tan orgulloso de haberla despertado a la vida de mujer...!

—No la abandonará usted ahora, ¿verdad? Sería cruel después de lo ocurrido.

—¡No ha ocurrido nada de lo que yo sea responsable!

—¡Ya lo sé! No quiero decir eso. Me refiero... a la notoriedad de todas estas idas y venidas. Si ahora deja usted a Otilia, será tanto como descalificarla. En cambio, si se casan ustedes, nadie sospechará que haya habido aquí más que un arranque de genio de Roque.

—Todas esas cosas —dijo Tomás, sonriendo de nuevo— son las que Roque *no* me ha dicho.

—Y yo tampoco debía decírselas, quizá, pero sé que Otilia le quiere y que de usted depende su suerte.

—También dependerá de ella la mía, si la hago mi mujer.

—¡Será una esposa excelente, estoy segura!

—No tiene usted ningún motivo para decir eso, más que el temor de ver sufrir a Roque.

Aquello no tenía réplica posible, sobre todo dicho en el tono suave y burlón del marqués de Lorenzana. Mariana calló y él se inclinó en despedida.

—¡Adiós, María! Vuelva usted a su lado. Creo que la necesita.

Se alejó rápidamente, y Mariana volvió hacia la casa. No pensaba seguir el consejo de ir en busca de Roque, pues no estaba segura, ni mucho menos, de poder servirle de consuelo. Se dirigió no al despacho, sino a la sala, que estaba ya en penumbra. Alargaba la mano hacia el cordón de la campanilla para pedir a Benigna que trajera luces, cuando oyó la voz de Roque:

—¿María...?

—Sí, soy yo, Roque. ¿Te molesto?

—Estaba esperándote... ¿Quieres acercarte?

Roque hablaba con una voz sorda y baja. Mariana le vio entonces, hundido en una de las butacas que rodeaban la chimenea, apagada en aquel momento. Se acercó. Él no se movía ni volvía la cabeza para mirarla. Y, de pronto, Mariana hizo algo imprevisto y sorprendente para ella misma: vencida por un impulso de compasión, se dejó caer de rodillas al lado del sillón donde estaba Roque.

—¡Todo saldrá bien, Roque!

Él siguió inmóvil, mirando al vacío, sin manifestar ninguna sorpresa ante la singular acción de Mariana. Sólo dijo, al cabo de un momento, con la misma voz cansada y sin vida:

—¿Qué es lo que tú sabes, María?

—Sólo lo que adivino, pero con eso me basta. Tomás me ha dicho que eres un gran caballero: son sus palabras.

Roque rió brevemente.

—¿Qué sabe Tomás?

—Sabe que has sido leal con él, como muy pocos en tu caso lo hubieran sido.

—No he sido leal con él. Ni contigo tampoco.

—¿Conmigo...? ¿Qué quieres decir?

—Le he exigido a Tomás que reflexione, que piense en la posibilidad de que se haga público lo que ahora sólo sabemos unos pocos. Pero no lo he hecho por lealtad, sino por proteger a mi hija. No quiero que el día de mañana pueda su marido llamarse a engaño.

—Amanda opina que no debías decirle nada a Tomás, puesto que Otilia no hizo nada malo.

—¡Pobre Amanda! Su ley es la de los niños: «Fue sin querer».

—Quizá sea la ley de Dios también.

—Quizá. Pero en todo caso, no es la de los hombres.

Mariana no pudo contener su impaciencia ni un segundo más.

—Pero... ¿qué has dicho acerca de mí? ¿En qué no fuiste leal conmigo?

—No te dije nada de todo esto.

—¿Y por qué tenías que decírmelo? No era cosa tuya ni tenía nada que ver con nuestro matrimonio.

—El nombre de Otilia es el mío.

—¿Qué cosas dices, Roque! —Mariana rió casi—. ¿Crees que yo estaba en situación de pararme en tales puntillos?

Roque tardó un momento en responder. Mariana adivinaba que seguía sus propios pensamientos, sin escucharla más que a medias. Ella estaba sentada sobre los pies, con la barbilla apoyada en los brazos, cruzados sobre el sillón. Una postura de intimidad confiada, propia de una esposa que ha cruzado las turbulencias del primer tiempo de matrimonio y ha aprendido los gestos de ternura. Si así fuese, no importaría que Roque no la mirase ni tendiera la mano para acariciar su cabeza, porque ella sabría que su presencia le penetraba y le consolaba.

Pero nada de esto pensó hasta más tarde, ni tampoco tuvo conciencia de la loca esperanza que la poseía; no se sentía a sí misma, porque estaba pendiente de los labios casi invisibles de Roque.

—No está en mi poder ser leal con todos, y tuve que elegir a mis hijos. Estoy atado a ellos y a mi casa, no me pertenezco a mí mismo. Además...

Roque se interrumpió y, ahora sí, volvió la cara hacia Mariana; pero con ello la sumió aún más en la oscuridad, porque la ventana estaba al otro lado. Dijo, con una suavidad nueva en la voz:

—Además, cuando me casé contigo, no te conocía. Recuérdalo siempre. Conocía tu vida y tu tribulación. Pero no sabía nada de tu alma. Por eso me casé contigo.

—¿Quieres decir —murmuró Mariana— que, si me hubieras conocido mejor, no te habrías casado conmigo?

—Ciertamente que no.

Mariana guardó silencio, pero no porque estuviera ofendida. De ordinario,

bastaba una palabra de Roque ambigua o mal interpretada para ponerla en guardia o herirla. Ahora, sin embargo, aquella declaración, en sí misma injuriosa, tuvo el poder de reanimar su oscura esperanza. ¡Algo iba a suceder! Algo iba a decir Roque que cambiaría las cosas entre los dos... Pero Roque no dijo nada más, y el tiempo latió en la oscuridad como un pulso que se va extinguiendo. Mariana tragaba saliva, entreabría los labios para hablar y no decía nada.

Una luz se reflejó en el espejo, sobre la chimenea, dando la impresión de que se había abierto una ventana; y la magia del instante se rompió. La luz fluctuaba y crecía: era Benigna que venía con el quinqué. Mariana se apartó de Roque, no porque le importara que Benigna la sorprendiese en aquella actitud, sino porque todo era distinto ya; o, mejor dicho, todo era igual que siempre.

Cuando Benigna entró, Mariana estaba ante la chimenea frotando una cerilla, para prender fuego, ya preparado desde la mañana. El ama de llaves se sobresaltó un poco.

—¡Ah...! Perdona, señora; no sabía que estaba aquí... ¿Quiere que deje la luz, o me la llevo...? —Déjela, Benigna, gracias.

El ama de llaves colocó el quinqué en su soporte y se retiró. Las piñas secas usadas como astillas ardían con clara llama en el hogar. Mariana dijo, sin volverse del todo, tranquila y distante:

—Aún no me has dicho para qué estabas esperándome —Roque se puso en pie, con movimientos lentos, cansados.

—Quería disculparme por mi comportamiento de estos días pasados. No recuerdo con detalle lo que te dije, pero sé que he estado muy brusco y que tú has tenido mucha paciencia conmigo.

Ella hizo un leve movimiento de hombros y siguió mirando a las llamas.

—¿Dónde está Otilia? —preguntó.

—Con mi hermana, en Mondoñedo. Sabe que yo he venido para hablar con Tomás. Por eso no temo que haga ninguna tontería.

—¿La vas a dejar allí toda la semana?

—No. Iré mañana a buscarla. Ya no hay motivo para tenerla alejada. Además, ésta es una temporada de mucho trabajo y no puedo seguir yendo y viniendo.

Las piñas crepitaban en el silencio de la sala. Mariana sentía a su espalda la presencia de Roque y, sin poder evitarlo, volvió la cabeza. Lo vio de pie, muy alto visto desde abajo, recortado sobre la luz blanca del quinqué, con las sombras rojizas de las llamas pasando por su inclinada cara. Vio su mano derecha que ascendía lentamente, oblicuamente, hasta introducirse bajo la solapa izquierda de su chaqueta, y la vio emerger un instante después, para caer, vacía, a lo largo del costado.

Mariana cerró los ojos y volvió la cara vivamente.

—¿Qué te ocurre, María? —preguntó Roque, sorprendido de su gesto.

—No... Nada, nada.

Roque aguardó un instante. Luego, como Mariana no decía nada más, se apartó de ella, cruzó la habitación y salió.

Mariana oyó sus pasos que se alejaban y relajó su postura, apoyando la espalda en el borde de la chimenea.

Vería a Roque dentro de muy poco, a la hora de la cena; pero no lo deseaba. El nexo misterioso que por un instante los había unido estaba ya roto.

—«Quizá no ha existido nunca más que en mi imaginación».

19.

Anochecía cuando llegó el coche que traía a Roque Bravo y a su hija. Mariana, que los veía desde la sala, dudó si bajar a su encuentro, y al fin optó por quedarse donde estaba. Le decidió a ello la actitud de Otilia, que salió del coche muy envuelta en su capuchón y se precipitó al portal como si estuviese lloviendo a mares.

Al cabo de un momento entró Roque, solo, a saludar a su mujer.

—¿Cómo está Otilia? —preguntó Mariana.

—Encerrada en sí misma y dura como las peñas.

—¿Sigue culpándote a ti?

—No habla palabra, ni apenas contesta más que un sí o un no cuando se le apremia. Luego la verás. Bajaré a cenar.

Los tres solos, en el gran comedor, en torno a la gran mesa, pasaron un mal rato durante la cena. Es decir, lo pasó Mariana y sin duda Roque también, aunque fue él quien mantuvo obstinadamente durante todo el tiempo un simulacro de conversación. En cuanto a Otilia, no habló, ni miró a nadie, ni comió apenas. Tenía la cara como achicada y los ojos duros. Mariana la comprendía muy bien; pensaba que ella misma debía de tener una expresión semejante cuando esperaba, sentada en el banquillo, la reaparición de los jurados con su sentencia.

En cuanto se sirvió el postre, la joven dijo, sin mirar a Roque:

—¿Puedo irme, padre?

—Sí, haz lo que quieras.

Otilia se levantó y salió con un «¡Buenas noches!», inexpresivo al que Mariana respondió con dulzura y Roque con brevedad.

—¡Pobre niña! —murmuró Mariana—. ¡Es terrible para ella esta incertidumbre!

—¿Y crees que para mí es agradable? Pero tengo que defender su porvenir.

—Yo estoy convencida de que Tomás...

—¡Por Dios, no hablemos de Tomás! —cortó Roque con violencia.

Y Mariana comprendió que, para él, la humillación de aquella espera resultaba más insoportable que la incertidumbre misma y que todos los temores.

Al día siguiente, Roque había ya salido cuando Mariana se levantó. Al abrir la ventana notó en el aire olor a estiércol y a tierra removida. Se alegró de que Roque tuviera un trabajo absorbente al que entregarse. Cuando Benigna le sirvió el desayuno, Mariana preguntó:

—¿Cómo está la señorita Otilia?

—Hecha un ovillo en la cama, *pobriña*, sin comer, ni hablar, ni mover pie ni mano... Si sigue así, ¡Dios nos ampare y la Santa Virgen!, va a morir la infeliz...

Mariana no dijo nada. Pensaba en la conveniencia de ir a ver a su hijastra.

—¡Tan contenta que ella estaba este tiempo atrás! Yo no sé lo que pudo pasar...

¡No será que don Tomás la ha dejado, porque si a tanto se atreve...!

Benigna dejó en el aire la frase preñada de amenazas contra Tomás y de preguntas a Mariana. Pero ésta prefirió no recogerlas, y Benigna, con un suspiro, salió del comedor al cabo de un momento.

Mariana decidió, por fin, dirigirse al cuarto de Otilia, aunque mucho temía no ser recibida. Pero cuando iba hacia la escalera, oyó un rumor de voces y se detuvo con sorpresa, creyendo reconocer una de ellas.

«¡Tomás! ¿Será posible?».

Se adelantó unos pasos y vio en seguida que no se engañaba: Tomás Lorenzana estaba a la puerta de la sala, hablando con Benigna. Al ver a Mariana, el ama de llaves se retiró, con un conato de reverencia y un mascullado:

—¡Con permiso...!

—Buenos días, María —dijo Tomás—. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—¿Conmigo?

—Sí: sé que Roque no está en casa, y he venido precisamente por eso.

—¡Ah...! —hizo Mariana, interrogante y fría.

—Entremos al salón, ¿le parece?

—Bien. Entremos si usted quiere.

Entró ella delante, y él la siguió y cerró la puerta a su espalda. Dijo inmediatamente y casi con brusquedad:

—María: es preciso que yo hable con Otilia ahora mismo.

—¿A espaldas de Roque?

—En cierto modo. Pero no pretendo que la entrevista sea a solas: usted estaría presente.

—Lo siento, pero no puedo acceder.

—¿Por qué? ¿Qué puede haber de malo en ello?

—No lo sé; pero cuando usted ha esperado a que Roque esté ausente es porque supone que él no va a dar su permiso.

—¡Por favor, María! Hay cosas que Roque no comprende. Yo esperaba que usted las comprendiera. No voy a decirle a Otilia nada que su padre no pueda oír. Pero sé que, estando él presente, ella no será la misma. Roque la intimida, la paraliza, y yo necesito que sea sincera.

—Dígale usted eso a Roque, y seguramente lo comprenderá.

—Mucho me temo que no. Además, yo no quiero correr el riesgo. Necesito hablar con Otilia para salir de dudas. ¡Lo necesito con urgencia, no puedo pensar mientras no le haya hablado! ¡Por Dios, María, no sea usted tan timorata, no es propio de usted!

—Yo tengo confianza en el juicio de Roque —dijo María.

Pero vacilaba y Tomás lo advirtió.

—¡Él mismo le agradecerá que le dé usted resuelta esta dificultad! Yo espero y deseo ardientemente... lo mismo que desea él. Pero mis sentimientos no son lo que él supone.

—No le comprendo a usted —dijo María, de nuevo recelosa.

—¡No me haga explicárselo ahora! Se lo explicaré todo a Otilia en su presencia. ¿Qué más garantía puede exigir Roque?

—Pero... usted no ha tomado aún su decisión.

—¡No, ni la tomaré sin hablar con Otilia! ¿Es que no lo comprende usted?

—Sí —dijo Mariana, despacio—, lo comprendo.

—¿Entonces...?

—¡Bien está! Llamaré a Otilia. Espere usted un momento.

Mariana, asustada de su propia audacia, salió del salón y se encaminó al cuarto de Otilia. Vio a Benigna que acechaba desde el pasillo de la cocina, pero siguió rápidamente, sin darse por enterada. Bajó la escalera casi corriendo y llamó con los nudillos a la gruesa puerta de lo que en otro tiempo había sido granero.

—¡Otilia! Soy María. ¿Puedo pasar?

No se oyó ninguna respuesta. Mariana dio la vuelta al picaporte, pero la puerta no se abrió.

—¡Otilia! —dijo, impaciente—. ¿No me oyes? ¡Ábreme! Estás cerrada por dentro, ¿verdad?

—¿Qué quieres? —dijo por fin Otilia, con voz sin timbre—. ¡Déjame, estoy en la cama...!

—¡Pues levántate en seguida y ábreme! ¡Tengo que decirte una cosa importante!

No se oyó más respuesta, pero al cabo de un momento la puerta se abrió. Otilia estaba en camisón con el pelo recogido en trenzas. Mariana entró, apresurada, en la habitación.

—¡Vístete aprisa, Otilia! Tienes visita.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¿No imaginas quién es?

—¿Quién...? —murmuró Otilia, con los ojos muy abiertos.

—Tomás Lorenzana.

—¡Tomás! —susurró Otilia—. ¡No puede ser!

—¡Está arriba, en la sala! Quiere verte en mi presencia. No sé lo que dirá tu padre cuando se entere, pero yo no he tenido valor para negarme.

—¡Dios mío...! ¡No me atrevo, María!

—¿Que no te atreves? ¿Tienes miedo de ver a Tomás?

—Sí. Mucho miedo.

La voz de Otilia no tenía timbre, era sorda y apagada.

—Entonces... ¿qué quieres que haga? —preguntó Mariana—. ¿Le digo que se

vaya?

—¡No, no! —exclamó Otilia con alarma.

—Entonces... ¿subirás a verle?

—Sí... Subiré... Me vestiré y subiré...

—Pues anda: date prisa, que yo te ayudo.

Otilia temblaba, tragaba saliva, se mordía los labios. No acertaba a hacer nada a derechas, y de no estar allí Mariana habría tardado horas en vestirse adecuadamente. Mariana le ajustó el corsé, la ayudó a calzarse, eligió en el armario un vestido, se lo pasó por la cabeza, le abrochó por detrás la fila interminable de corchetes...

—¡Anda, ya estás! Siéntate, que te peine...

La empujó por los hombros para sentarla ante el tocador. Otilia se vio en el espejo y dijo, casi llorosa:

—¡Este vestido no me gusta!

Mariana se echó a reír.

—¡Eso está bien, parece que te despiertas! Pero no creo que Tomás se fije mucho en tu vestido... Además, éste es bonito y te cae bien. ¿Cómo quieres que te peine?

—¡No lo sé! Estoy fea. De todos modos, estaré fea.

—¡Nada de eso! Estás conmovedora, y estoy segura de que a Tomás se le hará mantequilla el corazón con sólo verte.

—¡No te rías, por Dios! —La carita de Otilia se crispó.

—No me río, tontina —dijo Mariana con suavidad—; pero tampoco hay motivo para llorar. ¡Al contrario! Tomás ha venido, y eso quiere decir que no ha podido esperar hasta el plazo que le dio tu padre.

Cepilló hacia arriba los hermosos cabellos de su hijastra, los sujetó con un lazo en lo más alto de la cabeza y los dejó caer por la espalda.

—Así estás muy bien y así es como Tomás te ha visto siempre... ¡Ya estás! Vamos en seguida.

Otilia se levantó muy pálida y con movimientos inseguros. Mariana la cogió por los hombros.

—¡Escucha, Otilia! —dijo con firmeza—. No tienes por qué sentir miedo. Tu suerte está en tu mano, y sólo necesitas una cosa: ser leal con Tomás. Eso es lo que él quiere de ti: sinceridad. Aunque tengas vergüenza, aunque te cueste mucho trabajo, aunque te parezca que si le dices la verdad estás perdida, no le digas ninguna mentira.

Otilia volvió la cara y removió los hombros para liberarlos de las manos de su madrastra. Mariana la dejó ir y la siguió luego. Subieron la escalera una tras otra, y, al llegar ante la puerta de la sala, Otilia se detuvo, volviéndose a medias. Mariana se adelantó, abrió la puerta y empujó a la muchacha hacia dentro. Entró ella también, muy erguida para disimular su turbación. Se sentía indiscreta, y con gusto hubiera retrocedido para dejar sola a la pareja. Pero Tomás, como si adivinara sus dudas, se

adelantó hacia la puerta y la cerró, dejando dentro a las dos mujeres. Sonreía, pero su boca temblaba un poco.

—Necesito su presencia, María —dijo—. No quiero que Roque tenga nada que reprocharnos.

—Tampoco yo lo quiero —dijo Mariana—. Me quedaré, desde luego.

Cruzó la sala hacia la ventana. Otilia estaba en medio de la habitación, de espaldas a la puerta y a Tomás, que se había quedado junto a ella. Mariana contuvo el deseo de pasarle un brazo por los hombros y obligarla a volverse. No quería intervenir, sino reducir al mínimo su obligada presencia. Apartó el visillo de la ventana y miró hacia el exterior, aunque toda su atención estaba, inevitablemente, absorta en lo que oía.

—Otilia..., ¿no quieres mirarme? —dijo Tomás Lorenzana suavemente. Y como Otilia no respondía, añadió, con un suspiro—: ¡Como tú quieras! Ya me mirarás luego. Por ahora, basta con que me oigas. Tu padre me lo ha dicho todo. Es decir: todo lo que él sabe, y que a él le parece lo más importante. Pero para mí no lo es.

Con el rabillo del ojo, Mariana vio que Otilia hacía un movimiento como para volverse hacia Tomás, y luego lo reprimía, bajando la cabeza y retorciéndose los dedos enlazados de las manos. Movié los labios, pero lo que dijo fue inaudible. Tomás siguió hablando con la voz un poco insegura, pero con firme decisión de decir cuánto traía pensado.

—Los hechos que tu padre me ha contado me duelen mucho más que lo que sé decir. Pero no son lo más importante para mí. Lo que de veras me importa y me llega adentro es... Eres tú, Otilia. Tu padre dice que fuiste, sobre todo, una víctima. Y yo no dudo ni por un instante de que así lo cree. No tengo derecho a dudarle después de su comportamiento conmigo. Pero... hay cosas que yo necesito verlas muy claras, entenderlas muy bien.

De pronto, Otilia se tapó la cara con las manos.

—¡Vete, Tomás, vete! —gritó, casi llorando—. ¡María, dile que se vaya!

—¡No, no me iré! —dijo Tomás, alzando también la voz—. ¡No me iré sin hablar contigo!

—¡No te diré nada más! ¡Vete!

Tomás cogió a Otilia por los hombros y la hizo volverse hacia él. Ella, llorando, forzaba el cuello para hurtarle la cara.

—¡Escúchame, Otilia, me oirás aunque sea a la fuerza! Tu padre insiste mucho en el peligro de que todo se descubra, tiene empeño en que yo medite sobre ello. ¡Muy bien!: ya he meditado. He supuesto que todo el mundo conoce la historia, y he visto con entera claridad que eso no me impediría casarme contigo. ¿Comprendes? ¿Me has entendido? La duda que me atormenta es otra muy distinta y sólo tú puedes desvanecerla...

—¡Nadie puede desvanecerla! —exclamó Otilia, agresiva, entre sollozos—. ¡Ni yo ni nadie!

—¿Tú sabes ya lo que quiero decir?

—¡Sí, sí que lo sé! ¿A qué has venido? ¡Vete, y dile a mi padre que no quieres casarte! O, si no, yo se lo diré. ¡No quiero casarme contigo!

—¡Sí que quieres! ¿Por qué eres tan cobarde? ¿Por qué no das la cara? ¿Por qué no me dijiste la verdad desde el principio? ¿Por qué me engañaste, Otilia? ¡Eso es lo que quiero saber!

—¡Yo no te engañé! ¡Mentira! ¡No te engañé! Nunca te dije..., ¡no te dije nada de mí!

—Y en eso justamente estuvo el engaño.

—¡Pues si fue engaño, vete! ¿Por qué has venido, si piensas que soy falsa y mala?

—No sé lo que pienso, y quiero saberlo. No me iré hasta que me hayas contestado.

—Pero ¿qué quieres que te diga? ¿Que soy buena y te quiero? ¿Me creerías si te lo dijera?

—No es eso lo que quiero que me digas: quiero que contestes a una pregunta.

—¡No contestaré!

—¡Escucha la pregunta, primero!

—¡No quiero oírla!

—¡Pues la oirás! Si tu padre no se hubiera empeñado en decírmelo todo, tú ¿qué habrías hecho? ¿Habrías callado? ¿Te habrías casado conmigo dejándome creer... lo que yo creía? ¡Dímelo, Otilia! ¡Contesta!

Otilia irguió la cabeza y cuadró los hombros, desafiante.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Te conformarás si te digo que no, que yo estaba ya decidida a decírtelo todo?

—¿Es ésa la verdad? ¿Me lo hubieras tú dicho por tu propio impulso?

—¡No!

—¡Otilia!

—¿No es la verdad lo que quieres? ¡Pues aquí la tienes! ¡Nunca te hubiera dicho la verdad, nunca, nunca! ¡Ni tampoco me hubiera casado contigo!

—¿Qué estás diciendo?

—Y tú ¿qué estás pensando? ¿Que yo quería pescarte, marqués de Lorenzana? ¡Pues no, no me conoces! Yo no quería nada, no pensaba nada. Siempre te había mirado... como si no fueras de este mundo. Nunca me había atrevido a fijarme en ti como en un hombre corriente... Y luego, de pronto, un día...

Con un brusco arranque, Otilia se separó de Tomás.

—¡Vete, déjame! ¿Qué quieres que te diga? —dijo rabiosamente, golpeando el suelo con el pie.

—¡Eso, justamente eso que estabas diciendo! —dijo Tomás, acercándose a ella, pero sin tocarla.

—¡Ya he terminado, no hay más!

—Apenas si has empezado, Otilia —replicó él con terca suavidad—. Estabas diciendo que un día...

Ella se encogió de hombros y rió con acritud.

—¿Es que no sabes lo que pasó? Pues María sí lo sabe: que te lo diga ella.

—Lo que yo quiero saber, nadie puede decírmelo más que tú.

—¡Pues te lo diré, para que te vayas contento! Tú quisiste enamorarme, y lo conseguiste en seguida. Me parecía imposible que me quisieras, y, sin embargo, lo creía. Pero me daba cuenta de que aquello no podía durar mucho, y cuando tú me decías que querías hablar con mi padre, yo te decía que no, porque sabía que eso sería el final. Prefería morirme antes que contártelo todo... ¡Y ojalá me hubiera muerto de verdad!

Otilia sollozaba con violencia, cubriéndose la cara con las manos. Tomás alargó las suyas hacia ella, pero no llegó a tocarla. Miró a Mariana, que apartó de él la mirada.

—¡No llores así, Otilia, por Dios! —dijo por fin, trastornado.

Ella se volvió de nuevo, fiera.

—¡No quiero que me tengas lástima! ¡No quiero que te cases conmigo pasando por todo y pensando que te rebajas! Si no lo supieras, y si yo estuviese segura de que no ibas a saberlo nunca..., entonces quizá me habría casado contigo, ¡y sin ningún remordimiento de conciencia, porque...!

Otilia se ahogó en su propia vehemencia, se interrumpió, se secó la cara con bruscos frotos del revés de la mano. Cambió de tono, con un ademán de derrota.

—¿Cómo me vas a entender? Aquello ocurrió, y yo no lo olvidaré nunca. Pero, para mí, ya no importa nada. Si nadie lo supiese, si tú no pudieses saberlo, sería lo mismo que si lo hubiera soñado. Mi padre dice que fui una víctima... Tú dices que le crees, pero no le crees...

—¡Sí que le creo, Otilia!

—No sabes lo que crees. Ni yo tampoco. Decir que fui una víctima es muy poco decir. Tendrías que haber conocido a Alfonso para entenderme.

—¡Por Dios, no...! —quiso cortar Tomás, crispado.

—¡Sí! —insistió Otilia—. ¿No quieres la verdad? ¡Pues te juro que quiero decírtela! Pero es muy difícil... Cuando pienso, me parece que lo entiendo todo muy bien. Pero cuando hablo me parece que nadie puede entenderme... ¡Déjame que te hable a mi manera! O, si no, vete. Quizá sea mejor.

—Te escucho, Otilia. Di lo que quieras.

Otilia respiraba agitadamente. Tenía el ceño fruncido y varias veces entreabrió los

labios y volvió a cerrarlos, como si no encontrase las palabras justas para expresarse. Al fin dijo, con brusquedad:

—¿Por qué se avergüenza mi padre de mí? Las joyas no eran mías, pero ¿y qué? Alfonso las necesitaba; era cuestión de vida o muerte; yo no podía dejarle morir.

—Pero, Otilia, todo aquello era una comedia.

—¿Y cómo iba yo a saberlo? ¡Por eso digo que no puedes entenderme! Si hubieras visto a Alfonso, con aquellos ojos...

Se cortó Otilia bruscamente. Su voz se hizo dura.

—Para mí, todo aquello era verdad: si no tenía el dinero aquella noche, Alfonso se suicidaría. Y yo le quité las joyas a la tía Amanda, porque no tenía tiempo de discutir con ella. Tenía dinero para pagárselas, pero eso era lo de menos... ¿No cogerás tú una barca que no sea tuya para salvar a un hombre que se está ahogando?

—Sí, ciertamente. Pero... no fue sólo eso lo que hiciste.

—¡No! Hice otra cosa: casarme con Alfonso.

Mariana, sin darse cuenta, emitió una exclamación ahogada. Otilia se volvió a mirarla.

—¿Es que tú no lo sabías? —preguntó secamente.

—No —murmuró Mariana—. No lo sabía.

—¡Pues ya lo sabes! Me casé con él en una ermita, en medio del campo. Nos casó un cura viejo y gordo, y dos amigos de Alfonso fueron testigos.

—Pero... entonces... —murmuró Mariana, desconcertada.

—Luego resultó que el cura no era cura ni la boda fue boda, y que Alfonso se escapó al cabo de tres días y nunca volví a saber nada de él. ¡Pero yo me casé con él! ¡Estuve casada tres días! Fue una locura, un disparate, ¡pero no fue ningún pecado!

—Ciertamente que no lo fue —dijo Mariana con firmeza.

—Pero si así piensas, Otilia —exclamó Tomás con vehemencia—, ¿por qué no me dijiste la verdad? ¡Eso es lo que necesito saber! Si lo que sucedió fue una desgracia de la que no tenías que avergonzarte, ¿por qué, cuando yo te dije que te quería...?

—¡Es que entonces ya había aprendido muchas cosas! Cuando mi padre me encontró... no fue lo malo que estaba furioso. Lo peor fue que... no podía mirarme de avergonzado. Me pegó en la cara, sin mirarme siquiera. Yo quise explicarle, y él ni me oía. Ya estaba enterado de toda la farsa. Me trajo a casa, pero yo sabía que hubiera querido mejor verme muerta.

—¡Estás exagerando, Otilia! ¡Eso que dices no es verdad! —protestó Mariana casi con violencia.

—¿Tú qué sabes? Mi padre creía que yo no tenía ya remedio, que nunca podría ser como las demás, ni casarme con un hombre honrado, ni tener una casa y unos hijos.

—¡Estoy segura de que nunca te dijo tales cosas!

—Decir, no decía nada, pero me trataba como a una leprosa.

—¡Eres tú quien le trataba mal a él! Procurabas atormentarle a todas horas.

—¡Por favor, María! —intervino Tomás enérgicamente—. Deje usted hablar a Otilia. Ahora se trata de ella, no de Roque.

—Yo fui mala con papá —dijo Otilia—; pero ¿qué querías que hiciera? No podía conformarme con que fuera verdad lo que él pensaba. Si Alfonso era malo, entonces yo era mala también por haberle querido.

—¡Eso es una tontería! —restalló Tomás.

—¡No, no es tontería! Los hombres pensáis así. Si yo estuviese casada de verdad con Alfonso, entonces no habría vergüenza. Pero si no estaba casada, entonces tenía que esconderme y vivir avergonzada toda la vida... ¡Por eso no me podía conformar! Por eso le decía a papá que la culpa era suya, que él no dejaba que Alfonso me encontrara. Por eso le escribía a Alfonso, aunque el cartero me devolvía todas las cartas...

—¿Tú... deseabas que volviese? —preguntó Tomás en tono inexpresivo.

—¡Yo sabía bien que no volvería nunca!

—Pero... ¿deseabas que volviese? ¿Le echabas de menos?

—¡No, no, no! —gritó Otilia rabiosamente—. ¡No entiendes nada! ¡Yo sólo quería... estar limpia! Quería que hubiera sido mi marido... y que hubiese muerto después. ¡Y si no lo entiendes, vete ya! ¡Yo no quiero seguir hablando de estas cosas!

Tomás no tuvo tiempo de responder. Roque Bravo abrió la puerta bruscamente. Miró a su mujer, a su hija. Se encaró con Tomás.

—¿Quiere usted explicarme qué significa esto? —dijo, con una alteración de voz y gesto que Mariana encontró injustificada.

—Muy sencillo —dijo Tomás, sonriente—, he venido a pedirle a usted la mano de su hija.

20.

Roque cerró la puerta a su espalda y se quedó quieto, enmarcado en ella, sin decir palabra. Estaba rojo y tenía la boca apretada. Mariana le miraba sin comprender: parecía que la petición de Tomás, en lugar de aliviarle de un gran peso, sólo servía para aumentar su furor. Pero ¿era furor aquello? ¿O era otra emoción diferente?

En todo caso, algo por completo inesperado para todos. Otilia y Tomás miraban a Roque con el mismo asombro que Mariana. Ésta pronunció, como un aviso más que como una pregunta:

—¡Roque! ¿Qué te ocurre?

—Quedamos en que esperaba usted ocho días —dijo por fin Roque, volviendo la cara hacia Tomás.

—Usted me dijo que reflexionara, y yo no necesito más reflexiones. Lo que necesitaba era ver a Otilia.

—Ha hecho usted muy mal.

—¡No estoy de acuerdo! —Tomás sonrió, seguro de sí, un poco petulante, muy simpático—. Estoy muy satisfecho de mi decisión... y de sus resultados.

—Cuando yo entré, Otilia gritaba y estaba a punto de llorar.

—Se enfadó conmigo porque yo me puse muy pesado. Pero, a pesar de todo, yo sé que me quiere. ¿Verdad que me quieres, Otilia?

Otilia se puso colorada, pero miró a Tomás con firmeza.

—¡Sí! —dijo, con la cabeza y con los labios.

—¡Pues eso es lo único que necesito saber! Ya ve usted, Roque, que los plazos son del todo inútiles. Dentro de unos días volveré con algún pariente respetable para hacer oficialmente la petición; pero yo necesito llevarme ahora su respuesta.

Roque se quedó callado y sin mirar a nadie durante un rato tan largo que Mariana estaba ya a punto de llamarle otra vez con un grito. Pero fue Otilia quien gritó:

—¡Papá! ¿Por qué te quedas así? ¿Quieres que Tomás piense que... que no le he dicho la verdad?

—No se trata de ti, hija mía —dijo Roque, inexpresivo y sin mirarla.

—Pues, entonces, ¿de quién?

—¿De mí, quizá? —completó Tomás—. ¿No le gusto a usted para yerno?

—De sobra sabe usted que no es eso.

—Pues, entonces, contésteme.

Aún hubo una pausa, aún tuvo tiempo Otilia de exclamar, nerviosa:

—¡Padre! ¡Contesta!

—Cásate, hija mía —dijo por fin Roque—, y sé muy feliz.

—Lo será, si de mí depende —dijo Tomás inclinándose ante Otilia y con perfecta naturalidad. Y añadió, volviéndose a su futuro suegro—: ¡Gracias, Roque! No se

arrepentirá usted de su confianza. Y, ahora ¿será mucho pedir que me permita llevarme a mi prometida a pasear un poco? Sin salir del jardín, desde luego.

Había un asomo de ironía en la amable voz del marqués. Roque no le respondió en seguida. Podía dudarse de que le hubiera oído. Mariana habló, incapaz de contenerse:

—¡Claro que sí! Pueden ustedes irse; pero que Otilia coja un chal: debe de hacer fresco.

Tomás se adelantó a abrir la puerta y dejó pasar a Otilia, que volvía los ojos inquietos para mirar a su padre; luego salió tras ella. Cuando cerró la puerta, Roque miró a Mariana con dureza.

—¡Me has desobedecido a sabiendas, María!

—Tú no me prohibiste que recibiera a Tomás, ni que le permitiese ver a Otilia —replicó Mariana fríamente.

—¡Pero sabías cuál era mi intención!

—Sí, lo sabía. Pero Tomás me dio sus razones y me convenció.

—Lo cual significa que crees conocer mejor que yo lo que conviene a mi hija...

El tono áspero de Roque acabó por sublevar en Mariana muchos sentimientos que llevaba dentro comprimidos.

—¡Sí! En este caso, usé mi propio juicio; y, además, acerté.

—¿Tú qué sabes?

—¿Saber? ¡Lo veo! Otilia ha defendido su causa mejor que hubieras podido hacerlo tú mismo.

—¡Eso es lo que yo quería evitar!: que Tomás se encontrase atado antes de haber reflexionado sobre los riesgos.

—Pero ¿qué riesgos? Los que a ti tanto te espantan, a Tomás apenas le preocupan. Ha dicho que se casaría con Otilia aunque su aventura fuese ya pública.

—¡Ésas son cosas que se dicen! Además...

Roque se cortó bruscamente. Luego continuó, siempre áspero:

—Me habéis cogido por sorpresa entre los tres. Me habéis puesto entre la espada y la pared, con Otilia mirándome casi como a un verdugo... ¿Qué podía yo hacer?

—Lo que hiciste, naturalmente. Aunque podías haberlo hecho con mejor cara.

—¡No sabes lo que dices ni lo que has hecho!

—Pues, entonces, explícamelo tú. Si hay algo que yo ignoro, dímelo.

—¡No hay nada que decir! Además, ya no tiene remedio. Pero recuerda que tú serás responsable en gran parte de que Otilia y Tomás se casen.

—¡En parte mayor de la que tú supones! —afirmó Mariana con orgullo—. Fui yo quien hizo que se encontraran. Para eso llevé a tu hija de paseo. Estaba segura que Tomás era el hombre que necesitaba. Me propuse unirlos, y lo conseguí.

—¡Te advertí que no lo hicieras, María! —exclamó Roque con los dientes

apretados—. ¡Te dije que no intentarás mezclarte en la vida de mi hija!

—¡Sí, me lo advertiste! Que no me metiera en nada, que no quisiera comprender nada... Me lo advertiste más de una vez, y yo me propuse obedecerte. Me propuse aislarme de ti y de los tuyos y observaros fríamente, como si fuerais muñecos sin vida... o como si lo fuera yo misma. Pero no fui capaz de hacerlo.

—¡Pues es una lástima! —lanzó Roque, restallante.

—¡Sí, todo esto es una lástima! Un error muy grave. ¡Tuyo, Roque, más que mío!

—Es posible. Pero creo que olvidas las circunstancias.

—¡No, no las olvido! Ni tampoco la gratitud que te debo.

—¡No se trata de eso!

—¡Claro que sí! Me salvaste, fuiste muy generoso; pero te equivocaste al juzgarme. Yo no soy sólo un cuerpo que necesita alimento, y reposo, y cobijo. Me trajiste a tu casa, a vivir con los tuyos. No tengo otra familia ni otros afectos en este mundo. No tengo ni siquiera recuerdos dulces en que refugiarme. Tendría que ser un monstruo o tener el alma muerta para portarme como tú pretendes: no pensar, no juzgar, no interesarme por las personas a quienes veo vivir y sufrir... Me acusas de entrometida, y eso me duele. Pero... ¿no te entrometiste tú en mi vida? ¿No insististe, y arrollaste mi voluntad con la tuya, sin permitirme decir que no?

—¡Sí! ¡Eso fue lo que hice! Y, como tú dices, cometí un error. Y, desde entonces, cada paso que doy es otro error más, hasta encontrarme atado de pies y manos en un callejón sin salida.

Roque estaba fuera de sí; su voz era destemplada y ronca. Pero Mariana comprendió entonces que su intuición había acertado: no era ira el verdadero sentimiento de su marido, sino la angustia de la impotencia.

—¡Roque, por Dios! —suplicó. ¿Qué te pasa?

—¡Nada! ¿Qué quieres que te diga? No hay nada que decir, y ahora menos que nunca. Ya está todo hecho, ya no tiene remedio, ya no puedo volverme atrás. Tomás se casará con Otilia, y eso acabará de cerrarme los caminos. Ni vivo ni muerto podré ya hacer nada. Pero acuérdate siempre de que tú lo has querido.

Roque dio media vuelta y salió de la sala. Mariana se quedó por un momento mirando a la puerta, preguntándose por qué no le había detenido. Suspiró, desalentada.

Su cabeza en aquel momento no era más que un laberinto de confusión y dudas.

Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín. Otilia y Tomás recorrían lentamente el sendero principal, acercándose a la casa, absortos el uno en el otro. Formaban una magnífica pareja.

«¿Por qué no me habló Roque de la falsa boda de Otilia? Es su mejor atenuante, y lo natural sería que su padre deseara contármelo, sobre todo últimamente, cuando yo estaba ya enterada a medias... Amanda no me lo contó porque dio por cierto que yo

lo sabía. Pero ¿por qué no me lo dijo Roque el día en que hablamos los dos en esta misma sala...?».

Otilia y Tomás se habían detenido ante la puerta de casa. Otilia alzó la cabeza y vio a Mariana. Los dos alzaron la mano en un saludo sonriente.

Y Mariana, de pronto, sintió los ojos ardientes de lágrimas y una intensa conciencia de su propia soledad.

21.

La casa toda olía a manzanas. A las manzanas perfectas, recién recogidas, cuidadosamente extendidas, una junto a otra y sin tocarse, sobre los suelos de madera de las buhardillas. Y a las otras manzanas que se cocían abajo, en la cocina, en grandes cacerolas, con azúcar, para hacer con ellas confituras, exquisitas como ningún otro dulce que Mariana conociera. Durante días, aquella pulpa de intenso perfume se dejaba escurrir en sacos de lienzo blanco, para separar la carne del zumo. Con el zumo se hacían jaleas, bellas como rubíes o topacios; y con la carne, la pasta, oscura y aterciopelada, cuyo sabor tenía profundidades insospechadas que merecían un paladeo lento y conocedor...

Octubre es un mes hermoso en el campo gallego. Otilia traía pies de maíz, con varias panochas, cuyas filosas hojas abría para mostrar el grano de brillante amarillo coronado de una blanca y sedosa melena. Los colocaba en el vestíbulo en grandes cántaros de barro, provocando la reprobación de Benigna.

—¡También te es capricho, mujer...! ¡Mismo parece esto una cuadra!

—¿Una cuadra? ¿Y por qué, con lo bonito que está?

—¡Estará, mujer! Bonito para las vacas...

Y Otilia reía. Ahora reía por todo y cantaba moviéndose por la casa, aunque algunas veces se quedaba ensimismada mirando adentro de sus recuerdos. Pero no a los recuerdos tristes del pasado, sino a los inmediatos: las palabras y los gestos de Tomás, que eran el centro de su mundo.

A finales del mes empezaron a recogerse las castañas. Otilia y Mariana fueron el primer día. A Mariana nunca dejaba de maravillarle la agilidad con que los rapaces trepaban a los árboles con las enormes zuecas en los pies. Le parecía un ejercicio circense, casi imposible, pero ellos lo realizaban como la cosa más natural. Los erizos caían al sacudirse las ramas, y una moza abrió uno con sus zuecos, mostrando en la operación la misma asombrosa destreza que los muchachos al trepar. Las castañas surgieron, brillantes e intactas, y la moza se las puso a Mariana en la palma de la mano.

—¡Gracias! ¡Qué hermosas son!

Poco después aparecieron Roque y Tomás, que venía a invitar a comer a toda la familia de Meilán. Los novios echaron a andar delante. Mariana mostró a Roque las primicias que le había ofrecido la moza.

—¡Qué bonitas son! —dijo—. Nunca me había fijado en el precioso color y brillo que tiene la cáscara de una castaña nueva.

Roque pasó la mirada de la mano de Mariana a su cabeza.

—El mismo color y el mismo brillo que tu pelo —dijo con absoluta naturalidad. Mariana se sonrojó.

—¡Vaya! Es la primera vez que me dices un piropo.

—No es un piropo —dijo Roque con sequedad—, es una semejanza que salta a la vista.

Pero Mariana estaba contenta.

Comieron en el pazo, en el enorme comedor con su alfombra persa gastada hasta la trama y sus altos vajilleros cargados de plata. Todo resto de antagonismo entre los dos hombres parecía haberse desvanecido. Y, verdaderamente, Roque habría necesitado muy mala voluntad para mantenerse tieso ante la actitud fácil y sencilla del marqués.

—Bueno, Roque: supongo que, desde ahora, todas mis penas han terminado. Usted piensa que yo soy un indolente, y puede que sea verdad. Pero lo peor que me ocurre es que soy ignorante. Dejo que mi mayordomo haga las cosas a su modo, porque no estoy nada seguro de hacerlo yo mejor. Pero desde ahora, con su consejo, me sentiré sabio. Las tierras de Lorenzana estarán casi tan bien cuidadas como las de Meilán.

Algunos días más tarde volvió a llover, ahora más copiosamente, no con la violencia de las tormentas de verano ni con la ligereza de las cercanas de septiembre, sino con una regularidad de muy mal agüero.

Mariana y Otilia cosieron toda la mañana ante la chimenea, casi silenciosas bajo la influencia sedante del monótono y poderoso cantar del agua.

Por la tarde se presentó Tomás a caballo, chorreándole el agua por el ancho sombrero y el *mackintosh* de tres capas. Otilia oyó el chapoteo de los cascos, se asomó a la ventana y la alegría de su cara iluminó la oscura atmósfera.

Roque acudió a saludar a su futuro yerno. Los dos hombres hablaron un rato de ferias y de ganados. Luego asaron castañas en las brasas de la chimenea, y era Tomás quien las sacaba del fuego con los dedos y les quitaba la cáscara para ofrecérselas a las mujeres.

—¡Qué buenas saben! —dijo Mariana—. Me gustan más que el *marrón glacé*...

—¡Dónde va a parar! —exclamó Tomás—. Las castañas hay que comerlas así: en esta época, en un día de lluvia y recién sacadas del fuego, bien calientes.

—¡Oh, y tan calientes! —exclamó Mariana, dejando caer la que Tomás le había dado—. ¡Me he quemado!

—¡Qué sensible es usted! —rió Tomás—. Se ve que no es gallega.

—¡Desde luego! Me asombra que puedan ustedes comérselas así, ardiendo como brasas.

—Es nuestra condición —Tomás miró a Otilia, que estaba sentada junto a él, en el suelo ante el hogar—. Los gallegos llevamos dentro tanto fuego que nada puede quemarnos si no es nuestra propia sangre...

Los dos novios se miraban, y Mariana alzó hacia su marido una ojeada

impremeditada, cargada de burla, de alusiones, de desafío.

No había en la sala otra luz que la de las llamas. Los ojos de Roque brillaban, muy claros, extrañamente claros, y el iris castaño parecía traslúcido y encendido. No apartó la mirada de la de su mujer, sino que la sostuvo largamente, sin un parpadeo.

—Otilia —dijo lentamente, sin desviar los ojos de Mariana—, he tenido carta de tu tía Amanda. Como habla principalmente de ti, creo que debes leerla.

Sólo entonces, al dar la carta a su hija, dejó de mirar a su mujer. Mariana bajó la cabeza apretando la boca, con ganas de llorar y agredirle. Sabía ya por qué él había hecho aparecer la carta precisamente entonces. Y, en efecto, él seguía diciendo:

—¿Puedes leerla con la luz del fuego?

—Sí, sí perfectamente...

—Pues léela en alto, anda. A María también le interesa.

—«Querido Roque —empezó a leer Otilia—, me alegra mucho la noticia que me das de la declaración de Tomás de Lorenzana y de su noviazgo con nuestra querida Otilia. Pienso que no podíamos pedir mejor acomodo para ella, ni tampoco Tomás esposa más adecuada para él...». —Rió Otilia, en inciso—. ¡Qué modo tiene tía Amanda de decir las cosas...!

—Yo creo que las dice muy bien —dijo Tomás—, tú eres la única esposa adecuada para mí; y la prueba es que casi me he hecho viejo aguardándote.

—Sigue leyendo, Otilia —ordenó, Roque.

—«... Hasta el detalle de que sea algunos años mayor que ella me parece muy conveniente. Mi querido esposo me llevaba a mi dieciséis, y eso no impidió que nuestra unión fuera la más feliz. Y lo mismo puede decirse de la tuya con María. El objeto de esta carta, además de darte mi enhorabuena, que te ruego transmitas a Otilia, es recordaros que un equipo de novia no se arregla en un mes ni en dos. Como tú eres hombre y Otilia una chiquilla, seguramente no habréis pensado en ello. Pero estoy segura de que María estará de acuerdo conmigo. Lo mejor será que vengan las dos, Otilia y María, a pasar esta temporada en mi casa. El otro día estuve hablando con la madre Presentación, y me dijo que tienen unos preciosos dibujos nuevos para bordados de mantelerías y juegos de cama, y también en casa de Benito Soureiro me enseñaron unas piezas de Holanda finísima que acaban de recibir. Es necesario que Otilia lo vea todo, y habrá que contratar costureras en casa para la labor de batalla...».

Mariana apenas oía ya. La carta era lo que ella imaginaba: una respuesta de Roque, una repulsa.

«Unas calabazas».

Ya no tenía ganas de llorar. Miró otra vez a Roque hasta atraer su mirada, y dijo, sin parar mientes en que interrumpía la lectura de Otilia:

—¿Qué te parece, Roque? Yo creo que Amanda tiene razón: debemos irnos

cuanto antes.

—¡Oh!, pero yo no tengo ninguna gana de irme ahora a Mondoñedo —dijo Otilia, quejumbrosa.

—Malo sería que la tuvieras —dijo Mariana sonriendo con aplomo—; pero es muy cierto que hay que preparar tu boda, y para eso no basta con mirar a los ojos de tu amado.

—Debes ir, Otilia —confirmó Roque brevemente.

—Mondoñedo está cerca —dijo Tomás—. Yo iré a verte con frecuencia, si tu padre lo permite.

—No será necesario que estés mucho tiempo allí —concluyó Mariana—; podrás volverte dentro de una semana, por ejemplo. Yo me quedaré con Amanda hasta que ella venga por Navidad, y entre las dos nos ocuparemos de todo.

—¡Muchas gracias, María! Eres muy buena conmigo.

—No me lo agradezcas, boba. La verdad es que estoy deseando tener un pretexto para irme de aquí una temporada. El campo en invierno es un poco triste para mí, que no estoy acostumbrada a este clima. Por lo menos, en Mondoñedo habrá calles bien enlosadas y buenas funciones de iglesia. Y espero que tu tía Amanda me admita en su partida de tresillo, con el penitenciario y su hermana.

Por un instante, Mariana sintió que había ido demasiado lejos. Tomás Lorenzana la observaba pensativo, y Otilia volvió una mirada hacia su padre, para ver cómo le caía la guasita suave de su mujer. Roque se levantó diciendo, en tono positivo y concluyente:

—¡Muy bien! Creo que los planes de María son muy acertados. Dispondré el viaje para la semana que viene.

22.

Mariana pasó en Mondoñedo algo más de un mes, y, por el recuerdo que quedó en ella de aquel período de tiempo, lo mismo podía haber sido un año o una semana. La monotonía de sus ocupaciones le hacía difícil distinguir un día de otro, sobre todo porque el único interés de su vida estaba concentrado en algunos momentos de sus conversaciones con Amanda: los momentos en que ésta hablaba de su hermano Roque.

Y ni aquellos momentos ni lo que se decía en ellos estaban sujetos al ritmo del tiempo presente.

—Raimundo, mi esposo, apreciaba mucho a mi hermano Roque. Le miraba casi como a un hijo, porque le llevaba veinte años. Pero decía que sus arrebatos le traerían algún día desgracia. ¡Y ya ves si acertaba!

—Yo sólo he visto uno de esos arrebatos: cuando se enteró de las entrevistas de Otilia con Tomás. Y, en realidad, parece que el resultado ha sido bastante bueno.

—¡Ah, pero es que tú acabas de llegar y no has visto nada todavía! Gracias a Dios, parece que todo va a terminar bien; pero no puedes figurarte lo preocupadísimo que hemos estado por esa niña. Y todo por culpa de su padre, que hizo una montaña de un grano de arena...

—La verdad, Amanda: robarte las joyas para escaparse con un hombre, a mí no me parece un grano de arena precisamente.

—¡Ay, por Dios, María, qué modo de hablar! Eso fue lo que hizo Roque: interpretarlo todo de la peor manera y perder la cabeza completamente. Le dijo tales cosas a Otilia, que la pobre criatura enfermó. Y él se fue en busca de aquel hombre... ¡Y gracias a Dios que no lo encontró! Yo me figuro que el nombre que nos dio era falso. Ya sabes que estábamos en Guitiriz. Yo voy todos los años a tomar las aguas, y aquel año Otilia había venido conmigo. En la fonda encontramos a aquel joven, muy bien parecido y distinguido. ¡Fue terrible para mí, puedes creerme! Una mañana, cuando estaba vistiéndome, Otilia se esfumó. Me dejó una cartita en mi mesilla de noche, diciéndome que iba a casarse con Alfonso Arnáez... De veras creí que me daba un ataque.

En la atmósfera acolchada y melosa de la habitación, las reminiscencias dramáticas tomaban un carácter casi apacible, porque Amanda gozaba repitiéndolas, por mucho que hubiera sufrido al experimentarlas. Pero Mariana las oía crispada de pronto, arrepentida de sus comentarios, ansiosa de que su cuñada cambiase el tema sin entrar en más detalles, porque una de las palabras que acababa de oír había hecho vibrar dentro de ella un oscuro temor que era preciso apagar en seguida, antes de que tomase cuerpo y se impusiera... Dijo apresuradamente:

—No debes pensar más en aquello. Gracias a Dios, ya pasó. ¿Para qué amargarte

con malos recuerdos?

—Tienes razón —suspiró Amanda, de no muy buena gana—; pero lo que quería decirte es que Roque agravó el caso con ese carácter suyo...

Mariana calló. Deseaba oír hablar de Roque, pero no de la aventura de Otilia. En otra ocasión, cuando estaban las dos cuñadas cosiendo en una salita, no lejos de la amplia galería de cristales donde se había instalado el taller para las costureras y bordadoras, Mariana hizo una pregunta acerca de la enfermedad de su antecesora, la primera mujer de Roque.

—¡Pobre Otilia! —suspiró Amanda—. Se llamaba como su hija. O, mejor dicho, su hija se llamaba como ella... Murió de consunción, la pobrecita. Nunca fue muy fuerte, y desde que nació Lorenzo no volvió a levantar cabeza. Estuvo en cama cinco años.

—Y Roque, ¿cómo se portó con ella?

—¡Mujer, qué pregunta! Una cosa es que yo diga que mi hermano es violento a veces; pero como recto y buen corazón, no hay quien le ponga una tacha. Raimundo lo decía siempre: «Roque tiene juicio y tiene temple. Si no tuviera tanta arrogancia, sería un santo». Y, desde luego, con la pobre Otilia, un santo fue... La atendió como una hermana de la caridad y jamás le dio un disgusto. Y eso que, aquí entre nosotras, es una cruz para un hombre joven y fuerte el verse atado a una inválida.

—¿No hubo algunas... habladurías entre los aldeanos? —aventuró Mariana audazmente.

—¿Ya te han ido con el cuento? ¿Quién fue? ¡Supongo que Benigna no se habrá atrevido...!

—No. Benigna no me ha dicho nada.

—Entonces, ¿quién?

—¡Nadie, mujer! Es fácil figurárselo, dadas las circunstancias.

—¡Claro que te han venido con el cuento! Pero no me digas quién, si no quieres. ¡La gente es tan mal pensada y tiene la lengua tan larga! Otilia, la pobre, nunca llegó a enterarse, gracias a Dios... y al respeto que Roque imponía a todos. Un día me dijo que, si su mujer llegaba a sospechar algo, despellejaría vivo al que tuviese la culpa... El caso fue que lo consiguió: la pobre Otilia vivió y murió en paz.

—Y... ¿quién era ella? ¿Una aldeana?

—¡Ella no era nadie! ¡Qué cosas dices, María! Todo eran puros chismes, calumnias de envidiosos, que siempre están buscando la ocasión de tirar la piedra y esconder la mano... Roque la ayudaba porque era viuda y se había quedado en mala posición; sólo que, como era joven y no era fea, y como Roque estaba en la situación que estaba... Pero tú ¿cómo puedes dudar ni un momento...? ¡Roque es todo un caballero!

—Desde luego. Pero, cabalmente, ése es un pecado que los caballeros suelen

perdonarse a sí mismos con facilidad.

—¡No mi hermano! Roque tendrá sus defectos, yo no lo niego; pero es un sincero cristiano.

Mariana reprimió su réplica. En verdad, no tenía ninguna base para discutir con su cuñada, a no ser el violento desasosiego, el despecho doloroso, la sed de saber que se había apoderado de ella. ¿Sería Roque uno de esos señores de aldea sobre los que tantos cuentos corren en Galicia? Recordaba unas palabras del párroco cuando le había felicitado por su matrimonio, una alusión a los peligros que corre un viudo joven y *en su posición...*

Si aquella historia de años atrás tenía fundamentos, eso significaba que ahora, cuando la situación de Roque era en cierto sentido equivalente...

Mariana había dejado de coser, atravesada por un vivo dolor que le llegaba hasta las puntas de los dedos. ¡Cuánto se habían ahondado sus sentimientos desde el día de la despedida de Blanca Lorenzana! Entonces, su efervescente arranque de celos aún podía ser tomado por una protesta de orgullo. Ahora, en cambio, no había posible duda sobre la naturaleza de aquella desolación que la dejaba sin fuerzas, desmadejada en la butaca, tan pálida que sobresaltó a Amanda.

—¿Qué te pasa, María? ¿Te sientes mal?

—No... No es nada. Tengo un poco de jaqueca toda la mañana y me duelen un poco los ojos.

—Claro, ¿cómo no te van a doler...? ¿A quién se le ocurre ponerse a coser teniendo jaqueca?

—Sí, creo que será mejor que te deje.

—¡Naturalmente! Vete a tu cuarto ahora mismo, y échate con la ventana bien cerrada. Ahora mismo iré yo a llevarte una taza de tila...

—No es para tanto; muchas gracias...

—¿Cómo que no? ¡Tienes una cara malísima! Anda, anda: yo sé muy bien lo que es una jaqueca... Te prepararé también compresas de agua de colonia.

El malestar de Mariana no era de los que se alivian con tila y compresas frescas; pero estaba dispuesta a aceptar cuantos remedios caseros dispusiese Amanda con tal de acogerse a aquella cómoda explicación. No obstante, cuando se quedó sola en la habitación, a oscuras y con una servilleta sobre la frente, sintió una cierta vergüenza de su situación.

«¿A qué viene esto ahora? Amanda cree que estoy enferma, y casi es verdad. Cualquiera diría que he descubierto algo nuevo... Como si yo no supiese ya hace tiempo que quiero a Roque y que me pesa cada día más el no ser de verdad su mujer. Le tuve admiración desde el principio. Admiración... y miedo. Me decía el corazón que me haría sufrir mucho. ¿Era esto lo que yo temía? ¿Llegar a quererle y vivir junto a él y siempre lejos de él?».

No, no era precisamente aquello. El presentimiento tenía otro carácter, no sentimental, sino... Pero Mariana no quería definirlo.

«Hay un misterio entre Roque y yo, pero yo no quiero pensar en él. No quiero atormentarme imaginando explicaciones que seguramente no tendrán nada que ver con la verdad. Lo que tengo que hacer es hablar con Roque sinceramente. Armarme de valor para hablarle con sinceridad, sin enfadarme ni acobardarme, diga él lo que diga. ¿Por qué he de avergonzarme de decir que le quiero? ¡Soy su mujer! Y tengo derecho a saber cuál es el impedimento que nos separa, suponiendo que exista. No quiero adivinarlo ni inventarlo. ¡Quiero que él me lo diga!».

De pronto se echó a reír. Se levantó bruscamente, quitándose de la frente la compresa, cuyo intenso olor alcohólico la mareaba más que calmaba.

«¡Qué fácil es pensar estas cosas, aquí a oscuras yo sola! Pero cuando me vea frente a Roque y él me mire como suele hacerlo, tan tranquilo, tan seguro de lo que quiere y de lo que no quiere...».

Jamás sería capaz de hablar con él con la calma y deliberación que ahora imaginaba. Roque conseguiría, en cuanto se lo propusiera, hacerla saltar de ira o enmudecer de vergüenza.

Mariana suspiró, sentada al borde la cama, sin decidirse a ponerse en pie ni tampoco a acostarse de nuevo.

«Él no quiere entenderme, y no consentirá que le diga lo que no quiere saber... Pero ¿por qué, Roque, por qué? ¡Así no podemos seguir eternamente!».

El 22 de diciembre llegó Gaspar de Santiago, vía Lugo, y aquella misma noche apareció Lorenzo con su maleta, liberado del seminario.

A Mariana la emocionó el verlos: eran el anuncio de la Navidad, de que su temporada de destierro había terminado y de que se acercaba el momento de afrontar su destino.

Al día siguiente, Roque se presentó acompañado de Otilia; la familia estaba aún desayunándose, y Amanda manifestó su asombro reprobador ante aquella llegada tan temprana.

—Pero... ¿cómo es posible, Roque? ¿A qué hora habéis emprendido el viaje? ¡Tendréis que haber salido casi de noche!

—Casi, no. Completamente de noche.

—Pero... ¿por qué esas prisas?

—Porque Otilia tiene que hacer aquí no sé cuántas cosas, y yo quiero que salgamos en seguida de comer.

—¿Que salgamos? ¡No querrás decir hacia Meilán!

—Eso quiero decir, precisamente.

—Pero... ¡qué disparate! ¿Para qué esas prisas? Es mucho mejor que os quedéis a dormir aquí, y mañana...

—No. Ya he dejado dicho en casa que volveremos a dormir.

—¡Jesús, Roque, qué afición a las prisas! ¡Te aseguro que no lo comprendo!

Mariana sí creía comprenderlo; pero, naturalmente, se abstuvo de decirlo. Amanda se pasó la mañana sofocada y murmurando entre dientes, por más que su equipaje estaba preparado y la casa recogida desde hacía tres días. Mariana acompañó a Otilia a sus pruebas, que eran sólo de ropa interior y algunas prendas de batalla, ya que estaba previsto un viaje a Lugo para los vestidos y sombreros.

El regreso a Meilán se emprendió inmediatamente después de comer. Fue Roque quien tomó las riendas, con gran decepción de los chicos, que proyectaban ir en el pescante al lado del cochero.

—¡Qué cosas tiene Roque! —suspiraba Amanda mientras se acomodaba en la banqueta posterior, al vidrio—. A veces parece un chiquillo. ¡Mira que el empeño de ir ahí arriba pasando frío!

Esta vez, Mariana no se atrevió a sacar la conclusión que se le venía a las mientes. Estaba convencida de que Roque no quería pasar la noche en casa de su hermana; había notado también la precipitación, carente de naturalidad, con que él la había besado al saludarla; pero pensar que si iba en el pescante era para evitar el tener que sentarse junto a ella durante el viaje era quizá llegar demasiado lejos. Había otras explicaciones posibles y sencillas, como, por ejemplo, que le gustase guiar el coche.

Sin embargo, Mariana se sentía exaltada interiormente. Apenas hablaba, ni tampoco escuchaba la animada conversación sobre trapos que mantenían Otilia y Amanda. Sonreía vagamente a las exclamaciones de los dos muchachos, que parecían deliciosamente sorprendidos de encontrarlo todo igual que antes de su marcha, como si hubieran estado ausentes diez años en lugar de tres meses. Y mientras tanto seguía sin distraerse el hilo de sus reflexiones, hilvanando una argumentación coherente, destinada a Roque. Hasta tal punto llegó su concentración, que se sorprendió iniciando un movimiento con la mano para reforzar una de sus inapelables razones. Sonrojada, miró alrededor para ver si alguien lo había advertido; pero, por suerte, todos estaban hablando en aquel instante y gesticulando con animación.

—¡Mira, Gaspar, mira, mira...! ¡Ya se ve la Peña Crespa...! ¡Mira, date prisa, que no la ves!

—¡No grites de ese modo, Lorenzo! —amonestaba Amanda, llevándose las manos a los oídos—. ¡Me vas a dejar sorda!

—¡Mira, Lorenzo, ahí va Manuel de Arriba con las vacas! ¡Manuel, Manuel...!

Gaspar sacaba medio cuerpo por la ventanilla para saludar al aldeano, que correspondió llevándose la mano al sombrero y sonriendo apaciblemente bajo su espeso bigote rubio y cano.

—¡Están locos! —suspiró Amanda, resignada—. Menos mal que ya estamos llegando.

Cruzaron pocos momentos después bajo el arco de piedra; y Mariana, recordando su primera llegada a Meilán, sintió calor en el corazón. Esta vez, a pesar de todos los temores y de todas las incógnitas, sentía que entraba de verdad en su casa.

23.

Tomás Lorenzana estaba invitado a cenar aquella noche, y las señoras tuvieron el tiempo justo para embellecerse antes de bajar al comedor. Mariana, en su cuarto, recordó que tenía veintisiete años y que la causa de sus peores tribulaciones había sido el ser demasiado guapa. Buscó en el armario, entre los vestidos que nunca se había puesto desde su otra vida. Había uno, rojo lacre de faya y terciopelo, y otro negro, de tul y encajes, que la favorecían particularmente, pero que eran, quizá, demasiado vestidos para la ocasión. Dudaba Mariana si su audacia llegaría hasta ponerse uno de ellos a pesar de todo, cuando Otilia llamó a la puerta y entró sin esperar contestación.

—¿Qué vas a ponerte, María? ¡Ponte el vestido más bonito que tengas!

—Estaba pensando en eso precisamente... El que más me gusta en este negro, pero quizá tiene demasiado escote. Parece más propio para la ópera que para una cena en familia.

—¡Oh, pónitelo, María! —exclamó Otilia con entusiasmo—. ¡Es precioso! Y, además, así yo puedo ponerme el mío blanco de volantes... ¡Anda, pónitelo! Ésta no es una noche como todas: tenemos que celebrar que los chicos y tú habéis vuelto y que ya estamos todos en casa... Sacaremos champán, ¿quieres? ¿Qué te parece? ¿Se lo digo a Benigna de tu parte?

—¡Está bien! —dijo Mariana, después de una corta vacilación—. ¡Díselo a Benigna!

Otilia salió corriendo. Mariana se vistió con calma y cuidado. Sonriendo, sacó de sus estuches unos pendientes de esmeraldas y un collar de perlas de tres vueltas, con broche a juego con los pendientes. Todo ello era falso, pero Mariana no lo había sabido hasta que, en su peor momento de necesidad, había intentado venderlo.

«¿Qué importa, al fin y al cabo? —se dijo, probando ante el espejo el efecto de las llamativas alhajas—. Cuando las creía legítimas me parecían preciosas. Y ellas no han cambiado en nada. ¿Por qué llamarlas “falsas”? Ellas no mienten: sólo brillan... Y sí valiesen mucho dinero no estarían en mi poder».

Se las puso resueltamente y bajó al salón, donde estaba ya reunida toda la familia. Al entrar, la primera mirada que encontró fue la de Tomás Lorenzana, que se detuvo risueña y admirativa sobre su rostro... Hasta creyó notar Mariana un leve parpadeo de aprobación, casi de complicidad, que la hizo enrojecer ligeramente. Luego oyó la voz de Otilia, sincera y juvenil.

—¡María, qué guapísima estás! ¿No es verdad, papá, que está preciosa?

—Ella siempre lo está —dijo Roque.

Lo dijo con calma, con demasiada calma, pero a Mariana no se le escapó que el color de su frente se había encendido un poco.

Otilia, de blanco, parecía casi vestida de novia, y hasta Amanda estaba deslumbradora con un vestido de terciopelo morado. Aquel color sentaba como un par de tiros a su piel morena, pero producía el deseado efecto de suntuosidad.

—¡Qué elegante, Amanda! —dijo Mariana.

—¡Cosas de esta chiquilla! —suspiró Amanda, encantada en el fondo—. Se ha empeñado que nos pongamos de tiros largos, sin más ni más...

—Personalmente —dijo Tomás—, me parece una excelente idea.

—Pero no es correcto —dictaminó Amanda—, para estar a tono, los caballeros debían vestirse de etiqueta.

—Ahí está, precisamente, lo genial de la idea —sonrió Tomás—, ustedes, las señoras, son más felices y están más hermosas cuando se visten. En cambio, los hombres, cuanto más solemnemente nos vestimos, más feos y más torpes resultamos...

—Eso no es cierto: un verdadero caballero nunca está más a sus anchas que cuando viste de etiqueta. Raimundo, por ejemplo, mi difunto esposo, tenía siempre un gran empaque; pero de frac..., ¡vamos!, de frac resultaba verdaderamente señorial...

Un instante de respetuoso silencio —durante el cual Gaspar y Lorenzo bajaron humildemente sus miradas al suelo— acogió la evocación de la fiel viuda. Luego todos pasaron al comedor.

La cena fue copiosa y excelente. Sonreían las doncellas que servían a la mesa, y también Benigna, que se asomaba de cuando en cuando a la puerta de la antecocina. Todos bebieron mucho champán. Todos menos Roque. Amanda invocaba su hígado para que no le sirvieran más, pero no era capaz de dejarlo en la copa una vez servido. Roque amonestó un par de veces a los chicos, pero Tomás se encargaba de servirles a escondidas de su padre. Mariana bebía también, y su excitación íntima irradiaba hacia fuera en belleza y alegría. A veces oía su propia risa y se asustaba un poco; pero luego veía cómo todos le hacían eco y la miraban complacidos. ¡No tenía nada que temer!

—¿Tú no bebes, Roque? ¿Por qué? ¿No te da vergüenza, siendo el amo de la casa...?

—Sí que bebo, María. ¿No ves que estoy bebiendo?

—¡Sí, pero tan poco...! Aún estás en la primera copa...

—Llevas muy mal la cuenta, me parece.

—¡Bebes muy poco, Roque! Me estoy fijando todo el rato en ti. ¡Anda, brinda conmigo! ¡Pero espera! Espera que llene tu copa. ¡Tienes que bebértela toda de un solo trago!

—¡Tú mandas! Venga ese brindis.

—¡Por los novios! —dijo Mariana alzando la copa—. ¡Por su amor y por su dicha!

Bebieron todos, salvo Otilia y Tomás.

—¡Toda, toda la copa, Roque! —insistió Mariana—. ¡En eso hemos quedado!

—¡Qué extraña esposa eres! —dijo Roque, riendo—. Querer hacer beber a tu marido...

—¡Oh, no, eres tú el raro! Tan sobrio, tan austero, tan asceta, que me haces desear verte perder la cabeza por una vez...

—No creo que te gustase, si sucediera de verdad. Roque sonreía a medias, pero había en su gesto una advertencia. Mariana la percibió, pero no quiso tenerla en cuenta. No sabía si los demás se fijaban o no en ellos; más bien creía que no, pero no le importaba en aquel momento. Miraba sólo a Roque, ávida de interpretar los signos de su cara. Dijo, acercándose un poco a él y bajando la voz:

—¿Por qué estás tan sobre ti? ¿De qué tienes miedo? ¿Del champán... o de mí?

—También tú tienes miedo —dijo Roque suavemente.

—¡No, yo no! Esta noche, no, precisamente.

—Quieres ahogarlo bebiendo, y haces mal. La audacia del vino nunca arregla nada.

—¿Quién sabe? ¿Por qué no haces la prueba, por una vez?

—El valor que yo necesito no puede dármelo el champán. Al contrario.

La sonrisa de Roque había cambiado. Ahora era verdadera, irónica, contenida, y levantó en la mente de Mariana un confuso tumulto.

—¿Qué quieres decir? —murmuró, aturdida.

—Nada, no me hagas caso. Tú juegas con las palabras, y yo tengo que ponerme a tono. Pero ¿no crees que debemos ya pasar a la sala? Todos han terminado el postre.

Mariana se levantó obediente y condujo a la concurrencia hacia el salón, donde aguardaban el café y los licores. Los niños —que en verdad habían bebido más de lo que les convenía— fueron enviados inexorablemente a la cama, y poco después se despidió Amanda, declarándose fatigada.

—Tú también debes de estarlo —dijo Tomás a Otilia—, después del doble viaje de hoy.

—¡Nada de eso! —exclamó la joven, muy excitada—. Nunca me he sentido mejor en mi vida. ¡No me hables de acostarme! Me pasaría bailando toda la noche.

—Ya veremos lo que dices mañana —sonrió Tomás.

—¿Qué importa mañana? Hoy es hoy. ¿No es verdad, María? ¿No sientes tú, como yo, que esta noche es distinta a todas?

—Sí —dijo Mariana con firmeza—, también yo lo siento.

—También tú has bebido demasiado champán —dijo Roque riendo.

—¡No, no es eso, qué tontería! —protestó Otilia, indignada—. Tomas el rábano por las hojas, papá: no estamos contentas porque hemos bebido champán, sino que hemos querido beber champán para celebrar lo contentas que estamos..., ¿no es

verdad, María?

—Sí —dijo Mariana mirando a Roque con un reto sonriente en los ojos—, yo creo que tenemos motivos para estar contentas.

—Por lo menos, uno tienen ustedes —Tomás se puso en pie y saludó con galantería sonriente—, les bastaría mirarse al espejo para ver la vida de color de rosa.

—Pero ¿ya te vas? —protestó Otilia.

—Sí. Y te aseguro que no por mi gusto.

Había una nota decisiva en la voz de Tomás, y Otilia no insistió. Roque cogió del brazo a su mujer para acompañar al visitante hasta la puerta, y Mariana se dejó llevar, aunque pensaba que hubiera sido más amable dejarles un momento de soledad para su despedida.

Al abrirse la puerta entró un frío vivísimo; las mujeres se ajustaron bien los chales que habían cogido al salir del salón, y Roque se volvió para proteger la llama de la vela que traía en la mano y la colocó luego en una pequeña hornacina, excavada a tal fin en el muro de piedra.

Fuera, la noche era lóbrega. Un criado traía de las cuadras el caballo de Tomás y alzaba en la mano un pequeño farol. Roque miró al tenebroso cielo.

—No será raro que tengamos nieve para Nochebuena.

Tomás saltó al caballo y se despidió con un sombrero airoso de los suyos. Se perdió en seguida su silueta, pero Otilia siguió aún inmóvil un instante, escuchando el trote del caballo. Luego entró despacio, y su padre, que aguardaba en el umbral, cerró a su espalda la maciza puerta chirriante. Mariana, con un impulso espontáneo de solidaridad, pasó un brazo por los hombros de la joven.

—Le quieres mucho, ¿verdad? —susurró a su oído.

—¡Tanto, María...! Tanto que no me cabe en el corazón... ¿Tú me crees, María? —añadió, con un súbito cambio de tono.

—Claro que sí —sonrió Mariana—. No te creería si lo negases: el amor es tan patente en tu cara como los ojos o la boca.

Otilia se estrechó contra Mariana y habló confidencial y trémula.

—¡Tú me comprendes! Yo sé que tú me comprendes, porque... porque a ti te ocurre lo mismo que a mí.

—¿Lo mismo que a ti? ¿Qué quieres decir?

—También tú quieres a mi padre con toda el alma, ¿verdad?

—Sí —dijo Mariana gravemente.

—Y también tú has querido antes a otro hombre...

Mariana reprimió un movimiento de retroceso, pero Otilia ya lo había percibido.

—¡Ya sé que no es lo mismo! —se apresuró a decir la jovencita—. Yo... me porté mal, y tú, no. Pero lo que quiero decir es que se puede querer la segunda vez más que la primera. ¡Mucho más! Ahora me gustaría arrancarme aquel pedazo de mi vida. ¡Si

pudiese, María...! Quisiera no haber salido nunca de Meilán y no haber conocido a ningún hombre más que a Tomás...

—¿Quién sabe, Otilia? —dijo Mariana suavemente—. Es posible que sea mejor así. Es posible que el mal recuerdo te haga más mujer y te enseñe a querer mejor a tu marido. En la vida no hay nada que sea fácil y gratuito; ni siquiera el amor. Si tú lo vieses todo de color de rosa y pensaras que la dicha que tienes te pertenece por derecho, probablemente no sabrías conservarla.

Otilia suspiró profundamente, mirando a su madrastra con ojos como estrellas.

—¡Cuánto vales, María! ¡Cuánto me alegro de que papá se haya casado contigo!

Otilia se alzó en las puntas de los pies y echó los brazos al cuello de Mariana, besándola con vehemencia. Luego se volvió a su padre, que, después de correr los cerrojos de la puerta, acababa de recoger la vela que antes había dejado en el hueco de la pared.

—¡Soy muy feliz, papá! ¡Muy feliz! Y a ti te lo debo.

—¡Vaya! —Roque se echó a reír— algo bueno había de tener el champán...

—¡Y dale con el champán! Pero ¡qué prosaico eres, padre! No es el champán, es la felicidad.

Y, enlazando autoritariamente con un brazo a su padre y con el otro a Mariana, emprendió con ellos la subida de la escalera. Mariana sonreía interiormente, porque Otilia estaba ayudando maravillosamente sus propósitos. Recorrieron el pasillo de arriba enlazados los tres y, al llegar a la puerta del dormitorio de Mariana, Otilia arrancó alegremente la vela de la mano de su padre y se alejó con ella. Roque esperó a que su hija desapareciera y luego abrió la puerta y se echó a un lado.

—Buenas noches, María —dijo.

—Entra conmigo, Roque —dijo María—. Quiero hablarte.

—Creo que lo que debes hacer es dormir.

—No antes de hablar contigo.

Roque vaciló un segundo, y luego se decidió a entrar y cerrar la puerta.

—Sinceramente, María: es mejor que no hablemos ahora. Has bebido en exceso y quizá digas algo de lo que luego te arrepientas.

—Estás equivocado. Lo que voy a decirte lo tengo pensado desde hace días. Si he bebido un poco ha sido precisamente para darme ánimos. Esta vez no conseguirás hacerme callar.

—¿Es que lo he conseguido alguna vez? Tengo la impresión de que tú has dicho siempre la última palabra.

La chimenea estaba encendida. Roque se apoyaba en la repisa, exagerando su aplomo y su ironía. Mariana dejó deslizarse por sus brazos el chal y lo colocó en una silla. Luego se acercó a la mesita y abrió la llave del quinqué que había sobre ella. La luz rojiza y mortecina se convirtió en vivo fulgor blanco. Entonces Mariana miró a su

marido, tan sonriente y tranquila como él.

—Es verdad —dijo— que no me has hecho callar precisamente; pero tampoco me has dejado decir lo que quería. Siempre has conseguido acobardarme y he acabado diciendo... cualquier cosa para salir del apuro.

—Yo creo, más bien, que nunca has estado muy segura de lo que querías decir.

—Puede ser. Pero ahora sí que lo estoy. Lo tengo muy bien pensado.

—Pero, en todo caso, no es cosa urgente, ¿verdad? Podrá esperar hasta mañana.

—¡No, yo no puedo esperar!

—Estoy cansado, María.

—¡Mejor para mí! Así tendrás menos fuerzas para defenderte.

—¿Es que te propones atacarme? —Roque alzó las cejas, burlón.

—¡Sí! En cierto modo, sí. Quiero atacar tu... tu muralla, la que has levantado entre tú y yo.

—No es una muralla; es un mutuo acuerdo...

—¡No es verdad! ¡Tú me lo has impuesto!

—Hace bien poco me dijiste que estabas muy contenta de que las cosas siguieran así.

—Quizá lo haya dicho, pero...

—¡Sin quizá! Lo dijiste.

—¡Tú me hiciste decirlo!

—¿Yo te hice decir —la voz de Roque se alteró un poco— que amabas a tu primer marido y que nunca querrías a ningún otro hombre?

—¿Es eso lo que te ha mantenido lejos de mí?

Mariana dio un paso y se enfrentó con Roque bien de cerca, con ese vértigo de los instantes decisivos, resuelta a decirlo todo, fuera cual fuese la reacción de su marido.

—¡Dime, Roque! ¿Fue eso lo que nos separó desde el principio? Yo te he repetido muchas veces que no puedo amarte y que estoy muy contenta de que tú no me quieras tampoco. ¿Es eso lo que te impide acercarte a mí, como a tu esposa que soy?

Roque tardó en contestar un largo momento. Pero habló con dureza:

—No, María. No es eso.

Mariana tenía un nudo en la garganta.

—Entonces... ¿qué es? —dijo, un poco trémula, bien a su pesar.

—Tú eres hermosa, María —dijo Roque sin mirarla—; pero... los hombres tenemos gustos muy distintos.

—¡Estás mintiendo, Roque! —Mariana se irguió con soberbia y seguridad—. ¡Y lo haces, como siempre, para avergonzarme y obligarme a callar!

—¿Tan segura estás de tu encanto infalible? —Ahora Roque la miró, con una sonrisa agresiva.

—¡Es inútil, Roque! Por mucho que te burles, no me harás callar. Tú no te casaste

conmigo porque te gustara, sino porque querías protegerme. No por hermosa, sino por desdichada. Pero ahora soy tu mujer. Soy joven, estoy sana, vivo cerca de ti, no soy deforme... ¡Aunque me digas que te repugno, no lo creeré!

—Me sería muy difícil decirte eso.

De nuevo aquella sonrisa indefinible que otras veces había paralizado a Mariana, pero que ahora acabó de darle seguridad.

—¡No puedes decírmelo porque no es verdad! Y te ríes de mí porque no sé ver lo que está tan claro. ¡Sí que lo veo, Roque, lo vi hace ya tiempo! Desde aquel día, ¿te acuerdas?, en que discutimos en tu despacho. Tú me huías, y yo te dije que eso no podía tener más que una explicación. Y tú reíste como ahora, sin querer... ¡Porque sí que había otra explicación! Y esta noche, en la cena, me dijiste que el alcohol no podía ayudarte... ¡Claro que no! Porque lo que a ti te asusta no es que yo te quiera: es que tú me quieres a mí.

Roque se quedó quieto y callado, mirando fijamente al vacío durante un momento tan largo que Mariana sintió como si aquello fuese a durar ya siempre. Estaba a punto de gritar, fuera de sí, cuando él la miró y dijo, muy tranquilo:

—¿Lo ves como yo tenía razón? Es mejor que no sigamos hablando, porque tú no sabes lo que dices.

Se apartó de la chimenea y se volvió hacia la puertecita de comunicación. Pero antes de que llegara a ella, Mariana reaccionó y se interpuso.

—¡Espera, Roque! —dijo, sin aliento, cogiéndole por los brazos—. No te dejes ir aún, porque aún no me has contestado. ¡Mírame a la cara y dime que no me quieres! Dime que si no te acercas a mí es sólo porque no lo deseas. ¡Júramelo por tu honor!

Roque sonrió, pero en su cara se marcaban las líneas del cansancio.

—Es un extraño juramento el que me pides.

—¡Pero es muy simple! No te pregunto nada que tú no sepas. ¡Contéstame! ¿Lo juras? ¿Juras que no hay otra cosa que nos separe?

—Ya hablaremos de eso.

—¿Por qué no ahora?

—Porque tú no estás en condiciones de razonar...

—¡Estoy perfectamente serena!

—No. No lo estás..., ni yo tampoco.

—¿Tú? —Mariana rió con agrio sarcasmo—. ¡Tú eres inalterable como un pedrusco!

—¡Gracias! Pero eso no es verdad.

—¡No lo digo como elogio!

—Sino como insulto, ya lo sé. Pero tú sabes que no lo merezco.

—Es verdad que te he visto alterado una vez. Y fue por tu hija. A ella la quieres de veras. Pero ante mí eres como una pared de granito. Ya puedo golpearte, que no

moverás ni una pestaña.

Roque seguía sonriendo.

—¿Lo ves como no sabes lo que dices?

—¡Sí, sí que lo sé! Una cosa no tiene que ver con la otra. Ya sé que a mí no me quieres como a los tuyos. Yo soy sólo un perro hambriento recogido en la calle.

Roque hizo un gesto vivo de protesta, pero ella no le dejó interrumpirla.

—¡Sí, me recogiste por lástima! Pero ahora soy tu mujer, y si me huyes es por algún motivo. ¡Y yo tengo derecho a saberlo!

—Estoy muy cansado, María —dijo Roque. Y su voz corroboraba sus palabras—. Te ruego que no me acoses más.

—¡Pero yo no puedo...!

—¡Te lo ruego! —insistió Roque, apremiante—. Si es verdad que sientes... algún afecto hacia mí, déjame algún tiempo para reflexionar. Deja que pasen las fiestas, la petición de mano de Otilia. Luego hablaremos con más sosiego.

—Por lo visto —murmuró Mariana—, es muy grave lo que tienes que decirme...

—Ya hablaremos, María. Ahora..., ¡buenas noches!

24.

Mariana se despertó rota y dolorida, como si hubiera recibido una paliza. Cuando se incorporó sintió náuseas y la nuca rígida. Pensó que no le faltaba razón a Roque: había bebido demasiado en la cena.

Pero, en medio de su malestar físico, latía un punto de felicidad. Sabía que tenía motivos para estar asustada, y lo estaba en realidad. Sabía también que aquella dicha absurda podía convertirse, y seguramente se convertiría, en un mayor dolor. Era algo inconsistente y sin lógica, como la euforia del opio. Pero de momento tenía más dominio sobre su alma que todos los razonamientos.

«Roque me quiere. Lo sé, lo he visto en su cara. No sé en qué momento, quizás en todos. En sus sonrisas, y en su fatiga, y en sus ojos, que se escapaban... Me quiere, como yo a él. Y es mi marido. Me ha pedido algo muy difícil, pero yo lo haré por él, porque le quiero».

Había vuelto a recostarse en la almohada, con los ojos cerrados. Era ya muy tarde, pero Benigna respetaba su sueño. Sin duda, aquella mañana nadie en la casa tendría prisa en levantarse. Nadie más que Roque, a quien ella, entre sueños, había oído lavarse en el contiguo cuarto de aseo.

«Si de verdad me tienes algún afecto...».

Aquí estaba la clave de su alegría insensata, en estas palabras de Roque, que él no hubiera jamás pronunciado si no la quisiera.

«Yo lo sabía ya antes, pero en ese momento lo vi con claridad. ¿Por qué...? No lo sé, no hay razón lógica, pero yo estoy segura. Roque no me habría pedido nada en nombre de mi amor si él no me amase también a mí. “Si sientes algún afecto hacia mí...”. —Mariana rió bajito, con ternura y gozo—. ¡Qué palabras más propias de Roque! Y qué eficaces para conmigo... Las únicas, probablemente, que podían dominarme en aquellos momentos...».

Tampoco ella, menos que nadie, deseaba levantarse aquella mañana; no a causa de la resaca, ligera al fin y al cabo, sino porque deseaba estar a solas todo el tiempo posible. A solas con la imagen de Roque y el fantasma de su sonrisa. Sabía que él evitaría el encontrarse a solas con ella, y ella estaba decidida a someterse a sus designios.

Se levantó, no obstante, antes que Otilia y que Amanda.

Éstas no comparecieron hasta la hora de comer, la una fresca y risueña, aunque declarando que no quería tomar nada más que café amargo, ¡mucho café!; la otra digna y discreta, atribuyendo su malestar a la coliflor, «que siempre le sentaba muy mal por la noche».

Roque no vino en todo el día: había dejado recado de que lo pasaría en una finca que tenía fuera de los límites de Meilán, en zona montañosa.

—¡En Soureiro, figúrate qué ocurrencia! —comentó Amanda sacudiendo la cabeza—. ¡A quién se le ocurre! Por lo visto, ha estado enfermo el casero, y no han hecho aún la matanza. Pero ¿a quién se le ocurre irse allá en la víspera de Nochebuena? Total, para dos cerdos o tres, que serán los que maten... ¡Y con la nevada que está amagando!

—Por eso prefiere no volver de noche —dijo Mariana serenamente—; y yo creo que es muy prudente.

—¡Desde luego! ¡No faltaría más sino que cruzara el monte de noche y nevando...! Pero lo que yo digo: que no debía haber ido. Me parece bien que sea un buen amo y que se ocupe de todos los detalles; pero ¡vamos!, no es preciso exagerar las cosas.

Pero Mariana sabía que esta vez no era el celo de propietario lo que sacaba a Roque Bravo de su casa.

La nevada no comenzó hasta la mañana siguiente, y aún entonces el exceso de frío parecía frenarla. Sus copos eran muy pequeños y dispersos. Roque no apareció hasta después de la comida.

Amanda estaba muy inquieta, pero Mariana no, porque comprendía el plan de Roque. Aquella noche, Tomás Lorenzana vendría a Meilán, y al día siguiente toda la familia comería en el pazo.

Sabía Mariana que Roque llegaría cuando llegó: después de la comida. Sin embargo, al verle cambió de pronto su estado de ánimo y se encontró llena de animación.

—¡Gracias a Dios que apareces! —dijo Amanda con un gran suspiro—. ¡Estaba ya temiendo que la nieve cuajara y te cortase el camino en los altos!

—Sí que está nevando fuerte; pero ya estoy aquí.

—¿Has comido? —preguntó Mariana.

—Sí. Pero me han dado un café muy malo. Dile a Benigna que me lo lleve al despacho.

—Padre: vamos a poner el Niño, para los villancicos —dijo Lorenzo.

—Me parece muy bien. Luego vendré a ver cómo os queda...

Las botas de los chicos resonaron por las escaleras del desván, y Otilia explicó a Mariana que debía sacar las colchas de seda celeste y los candelabros grandes de plata.

Armaron tanto ruido y desorden como si estuvieran trasladando de sitio todos los muebles de la casa. Intervinieron, además de los dos estudiantes y las tres mujeres de la familia, Benigna y uno de los criados. Se trajeron ramas de pino y de acebo, se colgó de la pared una de las colchas azules y con la otra se cubrió la mesa que había de servir como de altar al Divino Niño en su cuna. Se colocó en alto una gran estrella de papel dorado, con su cola larga y curvada, y a los dos lados los candelabros de

plata labrada.

—Ya no faltan más que las velas —dijo Otilia—. ¡Ah!, y el canastillo, tía Amanda.

—Ya lo sé; pero no quiero traerlo hasta que esté todo colocado, no vaya a ser que me lo rompáis.

—Bueno, pues ya está todo. Ya puedes ir a buscarlo. Y tú, Gaspar, dile a Benigna que te dé las velas.

Amanda salió del salón, que olía curiosamente a pino. Al pino fresco y húmedo de las ramas recién cortadas y al pino ardiendo de la chimenea.

Otilia ensanchó el pecho en una honda aspiración.

—¡Qué lindo está! ¿No es cierto, María? ¿No es preciosa la carita del Niño?

—Sí, es una bonita imagen...

—Sólo falta el cestito de la tía Amanda para ponérselo a los pies. Es todo porcelana, con flores de porcelana también, y como es bajito y alargado, hace muy bien a...

Un estrépito llegado del exterior interrumpió a la joven. Era un grito de Amanda, mezclado con un golpe y voces contritas de los chicos. Y en seguida la de Roque.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Mi canastillo! ¡Estos locos me lo han roto!

—Fue sin querer, tía Amanda.

—¡Naturalmente! —dijo Roque con sequedad—. ¡Sólo faltaría que fuera queriendo!

—Es que veníamos corriendo y no la vimos...

—¡Claro! Venís como caballos desbocados... ¡Vaya por Dios! ¡Mi canastito, tan lindo! Y que tenía mucho mérito: era muy antiguo...

—Bueno: yo creo que se podrá pegar... No está muy roto... —alegó Gaspar con timidez—. Sólo cuatro pedazos... o cinco.

—¡Pegar! ¡Quedará horroroso!

El grupo entraba en el salón. Los dos niños alzaban las manos, mostrando los trozos de porcelana, y Amanda acercaba a ellos las narices desconsoladamente.

—Yo creo que sí, tiene arreglo —dictaminó Roque resueltamente—, yo te lo llevaré a La Coruña. Allí hay un sitio donde se dedican a estas cosas...

—¿Y tú crees que quedará bien?

—Ya verás como sí, pero, en todo caso, ya no tiene remedio y no hay que darle más vueltas. Llévate esos pedazos y envuélvelos con cuidado.

Amanda irguió la cabeza, algo picada por el rápido corte de su hermano. ¡Claro, como el canastillo no era suyo y los chicos sí...! Ese pensamiento le asomó a la cara mientras colocaba los trozos de porcelana sobre una bandeja para llevárselos; pero no fue expresado en voz alta, y Roque no dio más muestras de haberlo captado que una

casi imperceptible sonrisa. Luego que Amanda salió, con su bandeja en las manos y erguida como una sacerdotisa, Roque se volvió hacia el altar.

—Está muy bien —dijo—. ¿Y las velas?

—¡Aquí las traemos!

—A ver: colocadlas, pero con cuidado. No hagáis más estropicios...

—¡Lástima! —dijo Otilia—. Se echa de menos el cestito...

—¿Qué le vamos a hacer? Eso ya no tiene arreglo —cortó Roque.

—Pero debíamos poner otra cosa a los pies de la cuna... Lo malo es que tiene que ser una cosa alargada y baja, porque, si no, tapa al Niño Jesús...

—¡Espera! —dijo Mariana con animación—. Yo tengo una cosa que quizá sirva... Creo que tiene precisamente la forma que conviene...

Corrió a su cuarto y salió de él un momento después trayendo en la mano el pesado y extraño candelabro que había adornado la mesa del despacho de Antón Mendoza. Estaba contenta de poder contribuir con algo propio al adorno del altar de la Nochebuena. Le parecía como sumergir su antigua vida en la presente: casi como romper un maleficio. Más tarde se asombró de que aquel objeto no hubiera provocado en ella siniestros recuerdos; pero, de momento, mientras recorría el pasillo con él en las manos, iba pensando en el efecto que haría a los pies de la cuna con unas velas cortitas. Detrás, en el fondo de su pensamiento, sólo había una imagen: Roque, sonriente y amistoso, esperándola en el salón.

Y, en efecto, al oír sus pasos, él volvió la cabeza con su semisonrisa navideña. Los dos chicos corrieron hacia ella.

—¿A ver...? ¿A ver...?

—¡Oh, qué preciosidad, María! —dijo Otilia.

Pero Mariana no les veía ya ni les oía. Estaba mirando a Roque, cuya expresión se había demudado de pronto, como si lo que veía en las manos de su mujer fuera un manojo de víboras.

—¿Qué es eso? —murmuró—. ¿Qué traes ahí?

—Un... candelabro. ¿Por qué? —murmuró Mariana, aturdida.

—Pero... yo creía que...

Roque se cortó, se dominó con un esfuerzo. Dijo, sin expresión:

—¡Llévatelo! No me gusta. No... no armoniza con los otros...

Mariana se quedó mirándole, con el candelabro en las manos.

—¡Pero papá...! —murmuró Otilia. Los chicos miraban a su padre, sorprendidos e intimidados.

—¿Qué es lo que creías, Roque? —preguntó Mariana fríamente.

—No me gusta; llévatelo.

—Pero no es eso lo que ibas a decir. Has dicho: «Yo creía que...». ¿Qué? ¿Qué es lo que creías?

—No tiene importancia —dijo Roque—. En realidad, si tienes mucho empeño, puedes ponerlo.

Roque había dominado ya su gesto y su voz, pero había algo que no podía dominar, y era el fluir y refluir de la sangre en sus venas. Su cara, que un momento antes había palidecido, ahora estaba roja hasta la raíz de los cabellos. Mariana dijo al fin, sin saber si hablaba a destiempo o si decía alguna incongruencia:

—No, no tengo empeño... No tengo ningún empeño...

Se volvió y salió de la sala, llevando en las manos el manojito de serpientes. Y la evidencia impecable se abría camino en su mente, paso tras paso, con lógica fría: Roque había reconocido el candelabro y se había sorprendido de verlo en sus manos.

«Si lo hubiera visto en mi cuarto o en mi equipaje, sabría que era mío, no tendría por qué sorprenderse. Pero no fue aquí donde lo vio, sino en el despacho de Antón. Y si lo vio allí es porque estuvo allí. Estuvo allí la noche en que lo mató».

Había llegado a la puerta de su cuarto y se quedó unos momentos allí plantada, sin abrirla, sin sentir nada, como si se hubiese convertido en madera y sólo quedase viva en su cabeza la ruedecilla del razonar.

«Yo pensaba que había entrado en la Audiencia por casualidad. Pero no fue así. Entró porque le llevó su conciencia. Él mató a Antón. Por eso pagó a mi abogado y por eso, cuando vio que la absolución no servía de nada, se empeñó en casarse conmigo».

Mariana dio vuelta al picaporte y entró en su dormitorio. Las maderas de los balcones estaban aún abiertas, y las cortinas, descorridas. La luz que entraba de fuera era blanca y fría. Los copos que flotaban ante los cristales parecían negros por contraste con el fondo de nieve recién cuajada. En la chimenea, el fuego casi agotado apenas tenía un leve fulgor rojizo. Mariana había perdido la noción de donde se encontraba. Estaba sólo pendiente, en angustiosa espera, del dolor que sin duda sentiría dentro de un instante, el dolor de la puñalada que acababa de recibir.

El candelabro pesaba tanto en sus manos que, sin darse cuenta, para sostenerlo lo apretaba contra el pecho. Pero no se le ocurría soltarlo.

«Yo lo sabía ya. Lo sabía hace tiempo. Sabía que esto tenía que terminar así. Sabía que querer a este hombre sería mi desgracia. Ahora tengo que irme de aquí. Tengo que irme en seguida».

Su mente recorrió los armarios, se preguntó por las maletas —¿dónde estarían?—, se detuvo en pequeños detalles prácticos. Pero todo aquello no era real todavía, no se traducía en ningún movimiento, porque faltaba un trámite previo indispensable: el dolor. No podía arrancarse a Roque sin sufrir, y todavía no había sentido nada...

Los ángulos de la plata del candelabro se clavaban, a través del vestido, en la carne de su pecho, y ella seguía mirando al mundo exterior, que, casi de pronto, se había quedado sin luz. Ya los copos no eran negros ni la nieve caída era blanca. Ya

todo era gris y yerto.

25.

Se abrió la puerta, y una luz entró con el paso fuerte de Roque. Mariana no se volvió a mirarle. Se cerró la puerta.

Roque dejó sobre la mesa el quinqué, se acercó a Mariana y, sin decir nada, fue a quitarle el candelabro de las manos. Pero ella retrocedió, encendida de ira.

—¡Déjame! ¡No me toques! ¡Vete!

—Cálmate, María —dijo él, muy sosegado.

Pero con ello no hizo sino aumentar el furor de Mariana.

—¡Tú no eres mi marido! Nuestro matrimonio es nulo y monstruoso: ¡tú mataste a Antón!

—¡Por favor, no alces la voz!

—¿Por qué no? —dijo ella, bajándola no obstante—. ¿Qué importa ya el escándalo? ¿Crees que vas a poder evitarlo? Es lo único que te importa, por lo visto, pero has caído en él sin remedio. Yo me voy de aquí ahora mismo, esta misma noche.

—Después de oírme harás lo que quieras. Yo mismo ordenaré que te preparen el coche.

—Pero ¿qué es lo que puedes decirme? ¡No intentarás negar que tú mataste a Antón!

—No. No lo niego.

Mariana cerró los ojos y vaciló, como si sólo en aquel instante sintiera dentro el significado de la verdad. Roque adelantó una mano para sostenerla, pero ella, como si lo presintiera, abrió los ojos y retrocedió violentamente.

—¡No me toques!

—¡Bien, no te alteres! Pero siéntate, lo necesitas.

—¿Por qué esta infamia, Roque? ¿Por qué? ¿Para engañarte a ti mismo? ¿Para hacer callar tu conciencia?

—Tenía que hacerlo, María. Y lo hice de buena fe.

—¿De buena fe? ¡Tú sabías que nuestro matrimonio sería nulo, porque una mujer no puede casarse con el asesino de su marido!

—Te equivocas, María.

—¡Sé muy bien lo que hablo! Y tú has confesado que mataste a mi marido.

—Te equivocas, María; escúchame. En primer lugar, Antón Mendoza no era tu marido.

—¿Qué dices?

—Que tu matrimonio fue también una farsa.

—¡A mí me casó el párroco de mi pueblo!

—Pero Antón Mendoza estaba ya casado.

—¡No lo creo! ¡Estás loco!

—Se había casado en Cuba a los dieciocho años. Su mujer vive todavía, según creo, pero no quiere saber nada de él.

—¡Dios mío...!

—Era un depravado, que fingió casarse varias veces, y siempre con mujeres a las que pudiera robar. Una de ellas, mi hija Otilia.

—¡Eso lo suponía! ¡Por eso lo mataste!

—Le había buscado durante meses, y cuando le encontré se jactó de su hazaña y me desafió a que le denunciara.

Roque calló un momento, porque no podía dominar su voz, y Mariana vio revivir en su cara el furor espantoso de aquel instante.

—Tenía en la mano la plegadera de plata y jugueteaba con ella sin mirarla; pero yo sabía bien que la había cogido como arma. Sonreía, y yo me cegué. Salte sobre él por encima de la mesa. Lo más lógico hubiera sido que me matara él a mí. Cuando le vi caído, con el puñal clavado bajo el brazo, me pareció que la mano de Dios le había hecho justicia. Comprobé que estaba muerto y salí. Nadie me vio ni sabía que yo estaba en la casa, porque el mismo Antón me había abierto la puerta.

—¿Es que te esperaba?

—Sí; yo había dado con él en un garito, donde solía pasar jugando varias noches a la semana. Y él me citó en su casa.

—Entonces fue por eso por lo que me hizo a mí salir...

—Sin duda. He pensado mucho sobre el motivo de su cita. Cuando en tu juicio oí que te había arruinado y que ya no te quedaba nada, comprendí que se proponía sacarme dinero a mí, a cambio de dejar en paz a mi hija. No llegó a decirlo, porque yo salté antes, pero me dio a entender que Otilia estaba loca por él y le seguiría a donde él quisiera...

Fue ahora cuando se sentó Mariana, que hasta el momento había desoído el consejo de Roque. Se dejó caer sobre la silla de tieso respaldo que estaba junto a la mesita, en medio de la habitación.

—Aquel hombre tenía que acabar así —continuó Roque al cabo de un momento—. Era un jugador que ponía en el juego su propia vida y no tenía noción del bien ni del mal. Toda su familia, incluso su esposa, como ya te he dicho, había renegado de él. Desde muy joven se comportó como un insensato, sin otro placer que la burla y el peligro. Sin embargo aquella noche no creía correr ninguno. Tenía un cuchillo en la mano y una pistola en el cajón de su mesa.

Roque calló un instante, mirando a Mariana, pero ella estaba rígida en su asiento y no le devolvió la mirada.

—Salí a la calle —continuó Roque— poco antes de que cerrasen los portales. Pero no me alejé de allí. Entré en un café de enfrente y te vi llegar con tus amigos. Entonces, naturalmente, no sabía que eras tú, pero la casa tiene pocas viviendas, y se

me ocurrió que pudieras ir al entresuelo y descubrir lo sucedido. En efecto, saliste al momento, sola y enloquecida.

Ahora sí que miraba Mariana a Roque, con ojos muy abiertos y espantados. Él continuó:

—Supuse que ibas en busca del sereno para que llamara a la policía. Pensé, naturalmente, que debía irme lejos cuanto antes, pero no lo hice. Acabé mi copa, la pagué y salí a la calle. A poco te vi volver con un hombre que traía un cabás negro, y comprendí que era un médico y no un policía.

Mariana se puso bruscamente en pie.

—¡Claro! —exclamó con exaltación—. ¡Fue entonces cuando te vi! Me temblaba la mano y no podía abrir la puerta. El médico me quitó la llave para abrir él. Y entonces fue cuando te vi, quieto, con el sombrero muy echado a la cara, y te vi alzar la mano y meterla en el bolsillo interior de la levita y sacarla luego, sin nada en ella...

—Todo eso es muy posible.

—¡Es la verdad! ¡Fue entonces cuando te vi! No pensé en ti, pero se me quedó grabada tu figura y sentí que serías mi desgracia. ¡Lo sentí desde el primer instante, y volví a sentirlo cuando te vi en la Audiencia!

—Sin embargo, yo estaba allí para hacer por ti cuanto pudiera.

—¡Sólo una cosa podías hacer por mí! ¡Decir la verdad! ¿De qué podría servir que me protegieses de aquellas fieras, si todos los que conocían mi historia eran fieras para mí?

—Eso fue lo que yo pensé, y por eso me casé contigo.

—¡Sí, te casaste, a sabiendas de que todo era una farsa! ¡Tú no has sido nunca mi marido!

—Lo he sido y lo soy.

—¡No, no lo eres! ¡Ni siquiera pensaste en serlo! ¡Yo no soy más que tu remordimiento! Hasta el cura lo dijo, que nuestro matrimonio era nulo si tú habías decidido no consumarlo.

—¡Es que nunca decidí tal cosa! Escúchame, María, por tu bien, por el bien de los dos. Escúchame un momento con calma.

Mariana apartó la cara con gesto duro, pero no habló.

—No hay impedimento entre los dos —dijo Roque—, en primer lugar porque, como te he dicho, Antón Mendoza no estaba casado contigo.

—¡Eso es lo que yo no creo!

—Pronto lo creerás, porque te mostraré pruebas que no dejan lugar a dudas. Pero aunque no fuera así, aunque estuvierais casados, tampoco habría impedimento, puesto que yo no le maté para conseguirte. ¿Comprendes ahora? Yo podía casarme contigo sin obstáculo, y decidí hacerlo. Decidí hacerme cargo para siempre de ti y de tu suerte, puesto que era responsable de ella.

—¡Quisiste salvarme sin perderte, librarme de la vergüenza sin cargar tú con ella, dártelas de generoso cuando, en realidad, eres un cobarde incapaz de hacer frente a tu castigo!

Mariana lanzaba las palabras a la cara de Roque sin alzar mucho la voz, con una dura sonrisa de desprecio. Pero Roque no se alteró.

—Mi castigo sí hubiera podido afrontarlo —dijo tranquilamente—. Ni siquiera habría necesitado para ello mucho valor. No fue un asesinato lo que yo cometí, sino un homicidio, y con tantas atenuantes que lo más seguro es que cualquier jurado me habría absuelto. No es que quiera justificar mi acción. Fue un arrebató ciego y siempre lo llevaré sobre mi conciencia. Pero el muerto era el seductor de mi hija, a la que había engañado con los más viles medios, y, además, me provocó con burlas y amenazas capaces de ofuscar al hombre más sereno.

—Entonces —empezó Mariana con violencia—, ¿por qué no...?

Se interrumpió de pronto, y Roque sonrió levemente.

—¿Por qué no confesé? Tú misma lo has comprendido, ¿verdad? No era por mí por quien temía, sino por mi hija. Y también por ti, María, aunque tú te niegues a creerlo. Mi confesión te habría librado de la sospecha de asesinato, pero habría publicado a todo viento que Antón Mendoza no era tu marido. ¿Habría sido muy favorable situación la tuya, sola, pobre y con una historia turbia a tus espaldas?

—¡Yo nunca dudé de estar casada, ni tuve motivos para dudar!

—Ya lo sé. En tu conciencia no había sombras. Pero ante el público, tu historia, contada en una sala de Audiencia, en manos de periodistas, ¿qué efecto habría tenido sobre tu nombre y sobre tu futuro?

—Total —rió Mariana con sarcasmo—, que debo estarte muy agradecida.

—Nunca he dicho tal cosa, ni lo creo. A pesar de todo, quizás era mi deber confesar la verdad. Si tú lo crees así, estoy dispuesto a hacerlo.

—¡No mientas, Roque, no seas hipócrita!

—Te juro que, si tú lo dispones, ahora mismo iré a entregarme al juez.

—¡Lo dices porque sabes que yo no te lo mandaré!

—Eso es verdad: creo que no me lo mandarás. Pero, si me lo mandas, lo haré.

Mariana dio la espalda a Roque y se volvió hacia la ventana. Apoyó la frente en el cristal helado y miró sin verla la fantasmal noche blanca.

—Te casaste conmigo como penitencia —dijo lentamente—. ¡Nada te importó mi persona! Sólo pensabas en ti mismo, en tu conciencia, en tu honor... Te hubieras casado lo mismo aunque yo fuera deforme o idiota.

—Pero se da el caso —dijo Roque tranquilamente— de que eres hermosa de cuerpo y alma. Ningún hombre puede vivir a tu lado sin enamorarse de ti.

Mariana apretó con fuerza las manos sobre el marco de la ventana. Habló sin volverse, con una voz que quería ser sarcástica pero que temblaba.

—¡No intentes más engaños, Roque! No quieras llevar tu... reparación demasiado lejos. Me has hecho tu mujer sólo de nombre.

—Y jamás te impondré otra cosa. Si quieres ser... eso que has dicho, mi penitencia, en tu mano lo tienes.

—¿Qué quieres decir...?

—Si tengo que continuar siempre así, viviendo al otro lado de esa puerta, contigo tan cerca y tan lejos..., te aseguro que la cárcel sería más fácil de sobrellevar.

Mariana sentía a Roque muy cerca a su espalda, y habló sin saber apenas lo que decía, ansiosa sólo de seguir oyéndole, de que él dijera todo lo que ella esperaba:

—Podemos anular nuestro matrimonio.

—Quizá podamos. Y si tú eliges esa venganza, yo me someteré.

—¿Venganza...? —murmuró Mariana—. Quieres decir... por el escándalo.

—Tú sabes muy bien lo que quiero decir. —La voz de Roque hablaba ahora muy cerca del oído de Mariana—. Sería duro castigo vivir a tu lado sin ser tu dueño; pero perderte del todo sería aún más cruel.

Era una voz que ella no conocía, pero que había presentido muchas veces. Una voz baja e íntima, pero que conservaba siempre una nota leve de ironía; porque Roque Bravo no abandonaba nunca la guardia de su orgullo.

—Te pido un plazo, María, ahora que ya sabes de mí tanto como yo mismo. Lo bueno y lo malo que soy, lo fuerte y lo débil, tú puedes juzgarlo. Por eso me siento ya libre para hablarte de mi amor. Mientras tú no conocías la verdad, no me sentía con derecho a intentar tu conquista.

Mariana se volvió para mirar a su marido y para encontrarse en sus brazos. Estaba pálida, pero también ella lograba conservar una sombra de burla en su sonrisa.

—¿De veras, Roque, no has intentado conquistarme...?

—¿Es que lo dudas? ¿No me has reprochado muchas veces mi reserva y mis huidas...?

—Cierto; pero... es que me da miedo creerte, Roque. Si todavía no has intentado enamorarme..., ¿qué va a ser de mí cuando lo intentes?



«Miguel Arazuri» es el seudónimo de Carmela Gutiérrez de Gamba, autora de esta novela. Profesora de Historia en el Instituto «Ramiro de Maeztu» de Madrid, fue autora de varios libros de divulgación científica, y durante los años sesenta escribió una serie de novelas que alcanzaron una gran popularidad y que, escenificadas por la compañía teatral de Radio Madrid, fueron difundidas a toda España por la Cadena SER.

Con una excelente ambientación histórica, las novelas de Miguel Arazuri encierran siempre una intriga o un misterio que hace difícil al lector interrumpir su lectura una vez comenzada. Sus personajes poseen tal vigor y humanidad que acaban haciéndose familiares y entrañables para el lector. En muchas de sus novelas la trama policiaca se instala por primera vez en una ambientación española. La riqueza de su lenguaje y la agilidad de sus diálogos han hecho de esta autora una de las primeras firmas en la novelística juvenil de nuestra época.